UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRENTA UNIVERSITARIA

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

FILOSOFIA Y LETRAS

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRENTA UNIVERSITARIA

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:
Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
Dr. Francisco Larroyo

Secretario:
Mtro. Juan Hernández Luna

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:
Eduardo García Máynez

DIRECTOR:
Francisco Larroyo

SECRETARIO:
Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:
Anual (4 números)

En el país	$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto.	$ 4.00
Número atrasado . . .	,, 5.00

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Tomo XXXII. México, D. F., enero-diciembre de 1958. Núms. 63-69

Sumario

ARTICULOS

Francisco Larroyo. . . . . *La influencia de la pedagogía francesa en México* . 13

Alfonso Reyes. . . . . *Las supervivencias en la religión griega* 25

Rafael Moreno. . . . . *El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes.* 37

Dr. Ricardo Guerra . . . . *Ramos y sus discípulos.* . 49

Santiago Vidal Muñoz . . . *La responsabilidad del filósofo en el mundo actual.* 59

Leopoldo Zea. . . . . *El positivismo en Iberoamérica* 67

Robert S. Hartman . . . . *Aspectos éticos de los satélites* 75

Emilio Uranga. . . . . *El proceso del Ser* (Feuerbach contra Hegel) . . 91

G. de la Lama de González. . *El pensamiento de Guadapada.* 101

Francisco Monterde . . . . *El presentimiento de los viajes interplanetarios en la literatura universal* . . 109

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Amancio Bolaño e Isla . . . *Los problemas lingüísticos derivados de los satélites artificiales* 119

Fryda Schultz de Montovani. . *Amor y tragedia de Larra.* 127

José Almoina . . . ' . . *Los testamentos de Erasmo.* 135

Joaquín Antonio Peñaloza . . *Aires clásicos del Polifemo de Góngora.* 167

Aurelio Espinosa Pólit (S. J.). *De la Eneida* (cinco paneles) 175

Pedro Urbano González de la Calle. . . . . *Contribución al estudio de las epístolas atribuidas a Salustio y rotuladas* (Ad Caesarem senem de re publica) 197

Paciencia Ontañón de Lope. . *La despedida en los corridos y en las canciones de México* 245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Edmundo Félix Escobar Peñaloza . . . . . *Pedagogía de la Enseñanza Superior* (Francisco Larroyo) 257

Edmundo Félix Escobar Peñaloza . . . . . *Didáctica de la Filosofía* (J. M. Villalpando N) . . 260

Luis Recasens Siches. . . . *Instante, querer y realidad* (Luis Abad Carretero) . 264

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Roberto Caso Bercht. . . . *Estudio acerca de la axiomática del valor* (Theodor Lessing). 269

Miguel Bueno. . . . . *Historia de la Filosofía Moderna* (Francisco Romero) 271

Miguel Bueno. . . . . *Diccionario de Filosofía* (José Ferrater Mora). . 273

Mtro. J. Hernández Luna . . *Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras*. . . 275

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ARTICULOS

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LA INFLUENCIA DE LA PEDAGOGÍA FRANCESA EN MÉXICO

En México, la influencia, siempre vigorosa, de la pedagogía francesa se deja sentir en tres etapas bien características. La primera, la más difusa (hasta 1867) prepara la independencia y, consumada que fue ésta, contribuye a dar la fórmula constitucional de nuestra política educativa. En la obra de la independencia de México la educación tuvo notoria importancia, pues es un hecho pedagógico la superación de ideas y el contagio de normas de acción.

Llena la segunda etapa la filosofía y pedagogía del positivismo (hasta 1914). En México se organiza la enseñanza en todos sus niveles y tipos gracias a aquella doctrina, que, con mucho, tuvo mayor influencia en México e Iberoamérica, que en la propia Francia.

En la tercera etapa, desde la segunda década de nuestro siglo, tiene lugar aquella influencia, a manera de factor y exponente, en lo que suele llamarse la recepción de la pedagogía contemporánea en México y su resonancia en las instituciones educativas de todo tipo.

I

Hasta fines del siglo XVII, la Nueva España se alimentó de las ideas dominantes en la Metrópoli en materia de política y de gobierno; pero durante el siglo XVIII se inicia en América un movimiento cada vez más vigoroso en favor de la cultura francesa. Sobre todo, las ideas liberales, que determinaron en Francia la Revolución de 89, fuéronse infiltrando en todas las capas sociales de la Nueva España, con sus consiguientes efectos. La Revolución Francesa fue, en efecto, como el *alma mater* de la emancipación de los iberoamericanos.

El liberalismo político es la doctrina que proclama los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. En contra de la forma de gobierno absolutista, postula que todos los hombres son libres e iguales; que la libertad de cada persona se extiende hasta el punto en que no daña a los demás; que la ley es la voluntad del pueblo expresada por boca de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

sus representantes; que nadie impunemente puede atentar contra la persona o propiedad de otro; que todos los ciudadanos pueden desempeñar cargos públicos; que, en fin, todo hombre es libre para pensar y escribir.

En Francia, los filósofos enciclopedistas propagaron en escritos seductores esta teoría política, ligada, a veces, a doctrinas deístas y anticatólicas. Propagadora también eficaz de esta doctrina política fue, asimismo, la francmasonería.

Francia es en el siglo XVIII el centro cultural del mundo. En la Nueva España se intensifica la circulación de la literatura político-francesa desde mediados de esta centuria. La Inquisición da cuenta y razón de que en México existen y son leídos libros heréticos provenientes de Francia, que subvierten las instituciones consagradas por la tradición. Se mencionan, entre otros: *Historia de Francia*, de Mezeray, "que contiene apreciaciones injuriosas a la verdadera religión"; algunas obras de Rousseau; *Metafísica y Lógica*, de Condillac; las obras de Voltaire, que habían sido prohibidas por un Edicto (mayo de 1763); *Pensamientos Filosóficos*, de Diderot, obra prohibida en 1766, en virtud de que en ella aparecen "proposiciones que llevan al ateísmo, materialismo, libertinaje y ruina de las buenas costumbres, con desprecio de toda autoridad divina y humana"; *Miscelánea de Literatura, de Historia y de Filosofía*, de D'Alembert; *Derecho Público de Europa*, del Abate Mably; *Espíritu de la Enciclopedia y las Costumbres*, de Vicente Toussaint; *Las Ruinas o Meditaciones sobre las Revoluciones de los Imperios*, de Volney; *Elementos de las Ciencias*, de Lemaux; *Sistemas de la Naturaleza*, de Mirabeau; *Meditaciones Filosóficas y Meditaciones de Prima Philosophia* (1789), de Descartes; *Cartas Persas* (1772), de Montesquieu; *Tablas de las Colonias Inglesas en la América Septentrional* (1779), de Raynal.

Incluso los clérigos de las más diferentes jerarquías leían y comentaban esta clase de obras; hubo censuras del Santo Oficio en contra del arzobispo de México, por leer y retener libros franceses prohibidos. Se refiere, también, que el virrey Marqués Carlos de Croix era aficionado lector de la *Historia Filosófica y Política*, de Raynal. Pero la clase media ilustrada era la más adicta a este tipo de obras y la que, consciente del crecimiento interno de la Nueva España, mostró al pueblo el camino de la independencia.

Consumada que fue nuestra independencia, logra Francia, como de suyo se comprende, decisivo influjo en nuestra existencia política. Curioso, impresionante, explicable: "federalistas", nuestros legisladores copiaban la forma de gobierno angloamericano, bajo la censura de ideas francesas; "centralistas", veían en la Carta de Luis Felipe o en los estatutos del Segundo Imperio, la fórmula buscada.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Más tarde, nuestros hombres de la reforma ¿en dónde se instruyeron en la práctica de la política democrática? ¿En dónde aprendieron a combatir a las clases privilegiadas? ¿En dónde, a destruir el feudalismo, a quebrantar el poder del ejército, a reducir a sus justas pretensiones la preponderancia del alto clero? No hay duda: la obra de quienes concibieron y aplicaron las leyes de Reforma fueron hombres que habían leído, y comprendido, la literatura francesa de la Revolución.

La educación en México independiente, como en Iberoamérica toda, se orienta desde un principio en la línea de la pedagogía política. Ésta había logrado su rigurosa formulación, de Condorcet a Guizot, pasando por Talleyrand y Lakanal, este último el creador, en su moderna concepción, de las escuelas normales. El Informe de Condorcet, aprobado por la Asamblea Legislativa, se convirtió en *decreto* en agosto de 1792; en él quedó establecida la enseñanza nacional, única, gratuita y neutra.

En México, don Lucas Alamán y el Dr. Mora, los primeros, se preocuparon y ocuparon del tema educativo, ya en la época del movimiento de independencia. Informados de todo cuanto ocurría en Francia en materia de educación, caen por igual en una forma de optimismo pedagógico, explicable a la sazón. Una vez consumada la Independencia, eliminado Iturbide del Poder, comienzan a tomar cuerpo estas ideas en torno al problema político-pedagógico. Así se llegó a una consecuente y comprensiva legislación educativa. Don Valentín Gómez Farías, don Crescencio Rejón, don José María Covarrubias, don Juan de Dios Cañedo, don Juan Bautista Morales, Fray Servando Teresa de Mier y don Miguel Ramos Arizpe, entre otros, sentaron las bases de tan necesitada y decisiva cuestión.

Aquellas importantes ideas pedagógicas y los debates alrededor de los preceptos educativos constitucionales dieron los fundamentos y los antecedentes para una substancial reforma legislativa, años más tarde. Por fortuna, en esta época ocupó el poder un político con la habilidad bastante y la resuelta energía para realizar tamaña empresa. Tal político fue don Valentín Gómez Farías.

Gómez Farías era uno de los políticos que había intervenido en la Constitución de 1824, en la que la forma de gobierno representativa y federal hizo sus mejores armas contra el centralismo. Ahora, en 1833, ocupaba la Vicepresidencia de la República, y, por ausencia temporal del general Antonio López de Santa Anna, se encontraba al frente del Poder Ejecutivo.

La política de Gómez Farías como jefe del Gobierno fue de avanzada. En materia de educación partía de la idea de que la instrucción del niño es la base de la ciudadanía y de la moral social. "La enseñan-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

za primaria, decía, que es lo principal de todo, está desatendida y se le debe dispensar toda protección, si se quiere que en la República haya buenos padres, buenos hijos, buenos ciudadanos que conozcan y cumplan sus deberes."

Con Valentín Gómez Farías tuvo lugar una reforma radical legislativa. Se sustrajo la enseñanza de las manos del clero y se organizaron y coordinaron las tareas educativas del Gobierno. Se creó la Dirección General de Instrucción Pública para el Distrito y Territorios Federales (tal creación venía a significar toda una nueva manera de concebir en México el problema educativo); se estatuyó que la enseñanza sería libre (toda persona podría abrir escuelas); se promovió la fundación de escuelas normales (con gran incomprensión de la época); se fomentó la instrucción primaria para niños y adultos analfabetos, y se suprimió la Universidad (primera extinción).

Por medio de la creación de esta Dirección General de Instrucción Pública, se vino, nada menos, que a secularizar la enseñanza. "La Dirección —declara el artículo 3o. de tan significativo decreto— tendrá a su cargo todos los establecimientos públicos de enseñanza, los depósitos de los monumentos de arte, antigüedades e historia natural, los fondos públicos asignados a la enseñanza y todo lo perteneciente a la instrucción pública pagada por el Gobierno."

Otros artículos del decreto señalaron que la Dirección nombraría a todos los profesores de los ramos de enseñanza, formaría todos los reglamentos de enseñanza y gobierno económico de cada uno de los establecimientos, designaría cada dos años los libros de texto y, en general, orientaría y realizaría las tareas educativas del país.

El desarrollo de la educación política del pueblo tuvo, es cierto, un obstáculo que vencer. En 1843, fueron expedidas por Santa Anna las *Bases Orgánicas,* de carácter constitucional, para regir los destinos de México. En el artículo 60 de dicho ordenamiento, se fijaba que la educación tendría una orientación religiosa. De hecho, lo que se buscó por el Partido Conservador con este precepto era asegurar de nuevo el monopolio de la enseñanza.

Dos acontecimientos vinieron, empero, a frustrar este propósito. La actitud asumida por Manuel Baranda al frente de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, y la resuelta acción de los grupos progresistas en favor de la libertad de enseñanza. Esto explica que en la primera oportunidad que tuvieron estos grupos, lograron elevar a ley tan caro principio.

En efecto, en el *Estatuto Orgánico Provisional,* expedido en 1856, se declaró, por vez primera en nuestro derecho constitucional, el principio de la libertad de enseñanza; principio que, como se ha mostrado ya, orientó la política educativa de Valentín Gómez Farías. "La ense-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ñanza privada, decía el artículo 39 de este Estatuto, es libre y el Poder Público no tiene más intervención que la de cuidar de que no se ataque a la moral."

Un año más tarde, en la Constitución de 57, se daba una fórmula más general a este precepto educativo: "La enseñanza es libre. La ley *determinará qué profesiones necesitan título* para su ejercicio" (Art. 3o.).

Hombres destacados participaron en la redacción de esta nueva e histórica carta constitucional: Ponciano Arriaga, Francisco P. Zendejas, Santos Degollado, Luis de la Rosa, Benito Gómez Farías, Valentín Gómez Farías, Justino Fernández, Ignacio Mariscal, José María Mata, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco . . .

En los debates acerca del precepto educativo, algunos diputados tergiversaron el sentido de la norma. Ignacio Ramírez, empero, zanjó la disputa. Si todo hombre, decía, tiene derecho de emitir su pensamiento, todo hombre tiene derecho de enseñar y de ser enseñado. De *esta libertad es de la que se trata en el artículo.*

Las Leyes de Reforma constituyeron, por decirlo así, la edición mexicana de los principios fundamentales de la Revolución Francesa. Es por ello que, la Intervención Francesa en México, de 1861 a 1867, fue combatida en lo ideológico con el pensamiento liberal de los enciclopedistas. A los patriotas se impuso el deber de abominar de la Francia armada de Napoleón III; a los patriotas se impuso el deber de unificar sus anhelos por el espíritu de libertad y de justicia de la Francia Revolucionaria.

II

Así, tras el hecho dramático del fusilamiento de Maximiliano en 67, se crea de manera definitiva en México la República Federal Laica, pocos años antes, cuatro, de la creación constitucional de la Tercera República Francesa. En esta nueva etapa se opera un segundo impacto en nuestra vida pedagógica. De nuevo, la Francia filosófica suministra la idea rectora.

Cuando el Gobierno de la República llega, triunfante, a la ciudad de México, en julio de 1867, todas las instituciones de enseñanza secundarias y de enseñanza superior estaban desorganizadas. Sorprendía, dada la incuria del Imperio, que se hubieran mantenido en pie algunas escuelas primarias.

Pero a poco se fueron desvaneciendo los recuerdos de la lucha encarnizada que sostuvieron República e Imperio. Y ya en el poder, Benito Juárez se propuso organizar la administración, preocupándose grandemente por la enseñanza. Nombró ministro de Justicia e Instrucción Pública al Lic. Antonio Martínez de Castro. Éste, a su vez, encomen-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

dó tal empresa a una comisión presidida por el distinguido positivista Gabino Barreda. Fue una feliz coincidencia para la política del liberalismo que, por esta época, se dejara sentir, con fuerza siempre mayor, la filosofía positivista. La pedagogía del liberalismo no hubiera podido crear en México, con su repertorio de principios abstractos, un sistema de educación pública con perfiles tan bien definidos.

La Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, que promulgó el presidente Juárez en diciembre de 1867, como fruto de los trabajos de aquella comisión, representa esta síntesis. En ella se daba unidad a la enseñanza y se declaraba gratuita y obligatoria la educación elemental. La misma Ley organiza sobre bases sólidas los estudios secundarios: se funda la Escuela Secundaria para Señoritas y, lo que sin duda tuvo grandes y magníficas consecuencias en la vida intelectual del país, se establece la Escuela Nacional Preparatoria; en fin, tan importante Ley vino a reglamentar la enseñanza superior (Escuela de Medicina, Escuela de Jurisprudencia, etc.).

Como se va diciendo, el instrumento ideológico que permitió organizar este programa educativo fue la filosofía del positivismo, de Augusto Comte, cuya doctrina apunta ni más ni menos que a promover una reforma total de la sociedad humana. El Dr Barreda, discípulo de Comte en Francia, fue el propagandista y el más grande exponente de la doctrina en México. Barreda y su grupo habían venido trabajando en pro del positivismo mucho antes de 1867. La cátedra, la publicación en revistas y periódicos científicos, la conversación, etc., fueron medios eficaces para propalar la doctrina; una doctrina que se oponía de manera resuelta a la filosofía espiritualista y escolástica enseñada en seminarios y planteles superiores dominados por la Iglesia. Puede decirse que, a la caída del Imperio de Maximiliano, el método y concepción del mundo positivista eran aceptados por muchos hombres de claro talento.

Los positivistas mexicanos llegaron a agruparse en la Sociedad Positivista de México; durante catorce años (1900-1914) editaron la "Revista Positiva", donde de manera incansable expresaron su pensamiento. El grupo fue numeroso. Tuvo personalidades relevantes: Ignacio Ramírez, Río de la Loza, Manuel Payno, Francisco y José Díaz Covarrubias, Juan Sánchez Azcona, Protasio Pérez de Tagle, Jorge Hammken y Mexia, Eduardo Garay, Adrián Segura, Pablo Macedo, Manuel Ramírez, Francisco Bulnes, Francisco G. Cosmes, Telésforo García, Francisco Pimentel, Santiago Sierra, Carlos Díaz Dufoo, Diego Fernández, Manuel María Contreras, Jacinto Pallares, Leandro Fernández, Manuel Fernández Leal, Joaquín D. Casasús, Agustín Aragón, Alfonso Herrera, Mariano Villamil, Porfirio Parra, Manuel Flores, Horacio Barreda, etc.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Quien contemple la vida educativa de México en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, advertirá cierto desarrollo de la idea y doctrina positivista. En Francia, ciertamente, no tuvo el positivismo, en la organización de la enseñanza, señalada importancia. En Iberoamérica, al contrario, mucha y muy prolongada. En Francia, los ministros Jules Ferry y René Goblet logran dar a las instituciones docentes una estructura que perduraría por muchos años. Las leyes educativas que vinieron a dar a éstas consistencia institucional, han sido reputadas como modelo de legislación, para el mundo entero. Los ministros mexicanos Joaquín Baranda y Justo Sierra, quienes, a la postre, rompieron el frente ortodoxo del positivismo, introdujeron con frecuencia reformas en todos los niveles de la enseñanza, no sin la influencia de aquella legislación, tarea que al fin culminó en el plan educativo de 1907. "Falta constituir, decía el maestro Justo Sierra, la Escuela Normal Superior y de Altos Estudios, cuya organización meditan ya en estos momentos, por encargo de la Secretaría que es a mi cargo, personas idóneas; falta, asimismo, organizar el Instituto de las Academias y Sociedades Científicas, y falta, sobre todo, la Universidad Nacional, que una, coordine y dignifique las instituciones educativas secundarias y superiores y que les dé un alma común para unimismar los pensamientos y las aspiraciones nacionales."

Dos de dichas realizaciones trascendentales tuvieron lugar en 1910. Por Ley de 7 de abril de este año, se creó la Escuela Nacional de Altos Estudios. La creación de ella significó la primera institución en México consagrada específicamente a cultivar en su más alto grado la ciencia, y a promover, por ende, metódicamente la investigación en todas sus ramas. Los objetivos de la Escuela Nacional de Altos Estudios serán, decía la Ley Constitutiva (Art. 2o.): perfeccionar, especializándolos y subiéndolos a un nivel superior, estudios que en grados menos altos se hagan en las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros y de Bellas Artes, o que estén en conexión con ellos; proporcionar a sus alumnos y a sus profesores los medios de llevar a cabo, metódicamente, investigaciones científicas que sirvan para enriquecer los conocimientos humanos, y formar profesores de las escuelas secundarias y profesionales.

La propia Ley establecía que los trabajos de investigación y de alta docencia quedaron divididos en la susodicha Escuela en tres secciones: Humanidades (Filosofía, Lenguas y Literaturas clásicas y modernas, Historia y Pedagogía); Ciencias exactas y naturales, y Ciencias sociales políticas y jurídicas.

Como puede advertirse, la Ley prescribió el cultivo superior de la Pedagogía y la tarea específica de preparar maestros para la enseñanza secundaria y profesional. Por ello, aunque no tuvo el carácter expreso

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de normal superior, hay que ver en ella los orígenes inmediatos de ésta.

La Escuela Nacional de Altos Estudios se inauguró en septiembre de 1910; su primer director fue el eminente hombre de ciencia Porfirio Parra.

La obra educativa de don Justo Sierra fue multiforme; pero dentro de su variada gestión nunca conculcó la unidad fundamental de su tendencia pedagógica. Pensaba que todas las creaciones pedagógicas, desde el Jardín de Niños hasta los Estudios Universitarios, debían estar alentados por un noble patriótico ideal. Dentro de este marco de ideas, restableció en 1910 la Universidad, suprimida por última vez en 1865.

Para efecto tal, aprovechó la celebración del primer centenario de la Proclamación de la Independencia, y el apoyo y simpatía del Presidente de la República. Hubo cierta oposición, de los positivistas, para tan importante creación, pero dicha resistencia fue casi imperceptible. El Congreso de la Unión expidió el 24 de mayo de 1910 el Decreto que restablecía la Universidad; decreto que fue promulgado por el Ejecutivo de la Unión dos días después. La inauguración de la Universidad Nacional de México tuvo efecto el 22 de septiembre de 1910 con la asistencia del Presidente de la República y de enviados especiales de muchas Universidades importantes del mundo. Las Universidades de París, de Salamanca y de California fueron las madrinas de la renaciente Universidad.

Pero así como en el siglo XVI, el modelo de nuestra Real y Pontificial Universidad de México *(manu regia et pontificia condita)*, fue la Casa de Estudios de Salamanca; ahora se tomaba de la Universidad de París la moderna estructura. La ley francesa del 10 de julio de 1896, inspiró, en efecto, la figura académica de nuestra Universidad. La universidad debería ser unitaria y múltiple a la vez, abierta a cuanto puede ser objeto de estudio e investigación, con tantos compartimientos como divisiones orgánicas de las cosas, compartimientos distintos pero no separados, al través de los cuales habría de circular una misma vida, un mismo espíritu. Como decía Louis Liard, refiriéndose a la universidad creada en la mencionada ley: *C'était l' Encyclopédie mise en acte.*

En punto a política educativa, Justo Sierra es un continuador de Baranda. Los grandes designios y táctica política de éste, orientan los ideales y determinan los medios que pone en práctica aquél, bien que perfeccionándolos y situándolos en nuevas y más agitadas circunstancias sociales.

Justo Sierra tiene una posición bifronte en la historia de la educación en México. Penetra hasta sus más radicales consecuencias la pedagogía del liberalismo y, gracias a ello, es el primer político de la

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

educación en el país, que advierte las tareas modernas de una pedagogía social, las cuales muy pronto se manifiestan en los ideales políticos de la Revolución de 1910.

III

La teoría pedagógica en México, al iniciarse nuestra Revolución de 1910, había evolucionado lo suficiente para poder entender y asimilar las nuevas corrientes pedagógicas que circulaban por Europa hacia esta época. El estado de inquietud y de inseguridad que prevalecía en el país, empero, impidió por lo pronto, establecer el benéfico contacto de la pedagogía mexicana con las nuevas doctrinas de la pedagogía mundial.

Es hasta fines de la segunda década del siglo cuando llegan a México las nuevas ideas, entre las cuales destaca la llamada *pedagogía de la acción*. La esencia y nombre de esta doctrina no provienen de que hasta ahora se venga a comprender que el hecho educativo sea actividad. Incluso la doctrina tradicional acepta que el aprender es posible por un acto mental del discípulo, pues el aprender intelectual y memorista es una suerte de actividad.

La pedagogía de la acción da un nuevo sentido a la conducta activa del educando y saca de ahí importantes consecuencias. Funda su doctrina no en la mera idea del acto y esfuerzo. Advierte que lo fecundo del proceso educativo reside en una específica acción, en cierta actividad que no se exige al niño desde afuera, a título de una imposición externa, sino de una actividad que surge por modo espontáneo o sólo es sugerida por el maestro tomando en cuenta los vivos intereses y las naturales necesidades del niño: una actividad que va de dentro a fuera, vale decir, autoactividad.

La pedagogía de la acción se ha elevado poco a poco a este concepto de la autoactividad. Desde fines del siglo XX aparece el movimiento de las "escuelas nuevas", que, superando la escuela memorista y libresca con su concepto intelectualista de la educación, extiende la actividad escolar a otras manifestaciones de la vida infantil, mediante trabajos manuales, técnicos y agrícolas; mediante juegos y excursiones; mediante la introducción de la moral y el arte como principio de acción en la escuela. Así, frente al concepto de la actividad intelectual de la escuela memorista, la pedagogía tocaba la meta de un tipo de actividad variada o múltiple. De este concepto de actividad fue fácil ya, gracias a los grandes teóricos de educación actual, remontarse a la idea de la actividad espontánea, venciendo, de paso, el aparente antagonismo entre esfuerzo e interés.

La pedagogía de la acción supera la doctrina de la enseñanza objetiva. Para conocer una cosa no es suficiente con observarla; precisa, de manera muy particular, manipularla: ejercitar con ella, por igual, la mente y las manos del niño. El lema de la educación integral, bajo cuyo signo había laborado hasta entonces la pedagogía en México, reducía, de hecho, tan comprensivo propósito a la transmisión de un limitado grupo de conocimientos, descuidando y, a veces contrariando, la naturaleza, los derechos, los intereses y las necesidades del niño.

Los primeros pedagogos extranjeros, cuyas doctrinas y publicaciones influyeron de algún modo en la educación en México, fueron: John Dewey, José Ingenieros, Preaston W. Search, Kerschensteiner, Ad. Ferrière, Ed. Claparede, Wetekapm, Stanley Hall, A. M. Aguayo y Lorenzo Luzuriaga.

De todos ellos, los teóricos de la pedagogía de la acción en lengua francesa, son los que han tenido mayor influencia en México. Así se revela otra vez la congenialidad de los dos pueblos. Hay más: los pedagogos en lengua francesa han creado e internacionalizado esta nueva orientación pedagógica. Pedro Bovet acuñó el término *école active* y Ad. Ferrière es el creador del *Bureau International des Ecoles nouvelles.*

Pero, como lo ha evidenciado Eduardo Claparede, la nueva educación es tributaria, en mucha parte, de Juan Jacobo. En general, Rousseau es nombrado, a veces citado, para bien o para mal, en la literatura pedagógica, antes del siglo XX, en México y en otros países de Iberoamérica. Mas no es comprendido en toda la fuerza del término. Es ahora, al través de la pedagogía de la acción, como América entiende, y valoriza, y hace fértil al Rousseau pedagogo.

En nuestro tiempo, las ideas se internacionalizan, y tras ellas, las instituciones de todo tipo, conservando empero, su atuendo nacional.

México está necesitado de reformar su enseñanza, sobre todo en sus niveles y tipos no universitarios. Nos agobia como peso muerto el problema cuantitativo de la educación, mal comprendido, mal planteado, impidiéndonos precisar y calibrar los aspectos cualitativos. Mas unos problemas y otros se implican, se co-implican, se hallan en obligada, viva dependencia. En faena tan compleja, con los pies bien sentados en nuestra circunstancia, volvemos la mirada a los grandes maestros de la pedagogía. Entre ellos, a Demolins, a Decroly, a Cousinet, a Profit, a Celestino Freinet, a Dottrens, a Roger Gal . . . Se hace un cotejo, se hace pedagogía comparada. Así, Francia está en nuestros problemas, está en nuestros proyectos. Los centros de interés, la pedagogía del equipo, la imprenta en la escuela, los tipos infantiles, la enseñanza individualizada, la orientación escolar.

Y, de manera parecida, en las letras, en la filosofía, en la plástica, en la historia, en la política, en la técnica . . . La cultura francesa hasta ahora ha sido elemento y estímulo en la expresión de México. En la encrucijada de las naciones, México ha logrado su mayoría de edad de la mano de Francia; y de la mano de Francia ha empezado a dar de sí sus propias esencias, desde hace décadas. Buena estructura, Francia se recrea en su obra; México es ya el protagonista de su propio destino, y, como protagonista de su propio destino, México va con Francia, ahora como ayer, en la encrucijada de los tiempos que llegan.

DR. FRANCISCO LARROYO.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LAS SUPERVIVENCIAS EN LA RELIGIÓN GRIEGA

1. *La religión griega suma los rasgos de varias etapas del espíritu,* ley general de las instituciones fundamentales. En toda religión se perciben los legados automáticos de la religión precedente. Abolida ya la danza ritual, perdura su espectro, y la Catedral de Sevilla hospeda el Baile de los Seises. Hasta la edad clásica, solapados bajo el olimpismo, se deslizan los engendros errantes de la prehistoria. Los cuerpos anacrónicos se diluyen entre nuevos pretextos. En plena época de la Ilustración, por ejemplo, los filósofos atenienses sostienen que los nombres de las cosas son una expresión esencial de su naturaleza, y no convenciones y hábitos humanos: resabio evidente del pensar mágico.

No nos extrañe, pues, si en las imaginaciones míticas, que no están sujetas al freno racional, encontramos cosas sólo comprensibles por referencia a la tradición subyacente, pero en modo alguno dentro del cuadro mental del olimpismo.

Por lo que a los ritos respecta, se diría que el hombre fabricó un aparato de actos y fórmulas, y luego lo fue aplicando tal cual era o modificándolo con una lentitud temerosa en las sucesivas etapas de su pensamiento. La historia de las religiones, dice Frazer, se reduce a un largo esfuerzo para dar explicaciones nuevas a los usos antiguos.

2. *Hay supervivencias notorias en los grandes cultos:* Fiestas Antesterias, Dipolias. Tesmoforias, acaso las Eleusinias, las Elafebolias, Dedalas y Dionisiacas.

Las Antesterias fueron incorporadas oficialmente al culto ateniense de Dióniso. Uno de sus elementos peculiares era el destapar y tapar las cántaras de vino: exorcismo tradicional contra los difuntos maléficos.

En las Dipolias atenienses era de rigor la *bouphonía* o matanza del toro, a la cual seguían la condenación del cuchillo empleado para degollarlo y la simulada resurrección de la víctima, rasgos de primitivismo todos ellos.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Las Tesmoforias eran unas fiestas sacras exclusivas para las mujeres. Se celebraban anualmente por toda Grecia y de Cirene a Sicilia, aunque no en iguales fechas. Nominalmente se consagraban a Deméter y a Kora, pero las diosas por ninguna parte aparecen. El rito de la vegetación se mueve por sí solo. Como otros actos al aire libre, éste ni siquiera necesita la presencia de sacerdotes. Su elemento principal era la matanza del lechoncillo. Los restos se escondían en pozos o *mégara* para servir como abono al siguiente año. Aquí no hay ofrendas a las diosas, sino trato directo entre las mujeres y la tierra.

En Eleusis y en otros centros religiosos perduran los sortilegios de la fertilidad, sutilmente asociados a la creencia de ultratumba y a la posible comunión con los dioses.

La gente, en las Elafebolia de Yámpolis y de Lafria —derivadas éstas de Calidón—, y en las Dedalas del Citerón y el Eta, encendía fogatas como nuestra Hoguera de San Juan. Ahora bien: la ecuación entre fuego y vida es tan universal como añeja, y ni siquiera ha tomado en cuenta a Prometeo que, junto a esto, parece una invención reciente.

¿Y hay erupción más manifiesta del primitivismo represo que los ritos dionisíacos, inspirados aún en el despertar pavoroso de la conciencia? La orgía, el vino y la sangre los anuncian al mundo, y más tarde, en las Dionisíacas Cívicas como en las Rurales, las procesiones fálicas y los rasgos obscenos arrastran todavía el duermevela de la pesadilla original.

3. *Algunas costumbres rituales respiran vejez y se enredan con supersticiones muy añejas.* El culto de los antepasados no sólo se practica en la ofrenda fúnebre —costumbre que aún perdura en mil pueblos y, desde luego, entre nosotros—, sino que se halla en variadas supervivencias, y lo mismo abarca la adoración de los héroes, la de los padres, los exorcismos y la propiciación de espectros.

La Expulsión del Hambre, en Queronea, que aún se celebraba anualmente bajo el arcontado de Plutarco —siglo I de nuestra Era—, consistía en echar de la ciudad a una esclava, vapuleándola con una rama de *agnus castus* para comunicarle con ella las virtudes vitales. La esclava es un *phármakos,* paga por todos como aquel chivo expiatorio de los antiguos hebreos que se abandonaba en los páramos. No hay aquí religión ni dios, sino magia descarada y reacia. La vetustez de la costumbre no necesita comentario.

Tampoco lo exige la evocación de la lluvia —hechicerías en el pozo de Hagnos (Monte Licayeto o Liceo), y en Halos (Monte Pelión)—, aunque se ocultara ya su antiguo sentido con invocaciones en el nombre de Zeus. Los carros de ánforas en el cuño de las monedas de Cranon son una última pisada de la magia pluvial.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

El sacrificio de Ifigenia y los pases de los domadores de vientos, en Corinto y otros lugares, son otros tantos conjuros de la magia climática, a que Grecia dio cierto desvío, pues siempre fue reacia a la "profesión del mago".

A los despojos animales se atribuía virtud íntima. En lo alto del Pelión, los mancebos pedían la lluvia al Zeus Acreo, revestidos con pieles nuevas de cabra. Estas pieles eran defensas milagrosas contra el pedrisco y la centella. El discutido rito de "la lana de Zeus" —*Dios Koódion*—, asociado a la facultad "maimáctica" o estruendosa del dios, tal vez engendró el mito del Vellocino de Oro, que siempre ronda el Monte Lafistio. El poder de los Pelópidas depende de la posesión del cordero áureo que Tiestes robó a su hermano Atreo, así como sedujo a su esposa. Empédocles se inspiró en muy viejas tradiciones cuando, para defender del viento a su ciudad nativa de Acragas, mandó colgar por las laderas cercanas unas cortinas de cuero y asno.

Las procesiones comenzaron por tener valor de hechicerías. En Metana, cuando el soplo del sudeste derribaba las viñas, se partía en dos un gallo; dos oficiantes paseaban sendas mitades por los contornos del sembrado, marchando siempre en sentido inverso. En el sitio donde volvían a encontrarse, se enterraban los despojos del ave: visible aplicación del círculo mágico, que los labradores trazaban para defender de plagas sus parcelas. Otras veces, se hacía trotar en redondo a una mujer en luna.

La práctica punitiva del dios es clara herencia de la prehistoria. Cuando la deidad defraudaba las esperanzas de los fieles, se la castigaba como a un amuleto. Consta por las *Talisias* de Teócrito que los campesinos de Arcadia azotaban la efigie de Pan en cuanto escaseaban las subsistencias. El azote se hacía con haces de cebolla albarrana —planta fertilizante—, y se encargaba de la ceremonia a los niños, rasgo típico de la magia. ¿A quién puede sorprender tal costumbre, cuando todavía hay gente que pone al santo de cabeza? Frazer ha recogido ejemplos en Japón, China, Cantón, Siam, la Sicilia de nuestros días, y llama graciosamente a estas prácticas: "tomar el reino de los cielos por la tremenda".

4. *Las supervivencias se aprecian igualmente en las incorporaciones de las deidades.* Además de las "incorporaciones", encontramos en el culto, en las artes y en las letras de Grecia y Roma, ciertas "personificaciones" de ideas abstractas que no llegan a adquirir cuerpo y que se desvanecen constantemente hacia la retórica y las figuras de dicción. Así cuando escribimos "Justicia" con una mayúscula, por "apoteosis gramatical", como dice Bouché-Leclercq. La personificación queda comprendida entre dos extremos: la *Tyche* —Fortuna o Azar— estuvo a punto de ser diosa; la Fama, en Virgilio, no pasa de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

símbolo poético. Dejemos a un lado estas sombras. Tampoco ha llegado el momento de referirnos a las personalizaciones que ganaron cauda mitológica: el Tiempo, las Horas o Estaciones, el Alba, el Día, la Noche, etc. Las incorporaciones auténticas son realmente dioses que habitan en cosas físicas, o son estas cosas mismas hechas deidades.

Procuraremos enumerar algunas supervivencias de dioses incorporados, conforme a un método puramente explicativo, que no corresponde a sistema alguno y sólo busca la claridad de conceptos. Las incorporaciones divinas pueden acontecer en fenómenos y objetos del mundo físico, en seres del orden vegetal o animal, y excepcionalmente, en seres humanos. Los fenómenos del mundo físico en que las deidades se incorporan pueden clasificarse en cuerpos celestes, meteoros, elementos y piedras.

5. *Los cuerpos celestes* hechos dioses pertenecen a cosmogonías remotas, aún no emancipadas racionalmente. No sólo son anteriores a los primeros físicos jonios del siglo VII, sino anteriores a Homero, que pudo pertenecer al siglo VIII. La *Ilíada* conserva vestigios de estos cultos bárbaros: En los pactos para suspender la guerra y decidirla mediante un duelo singular, Menelao pide que se apresten los sacrificios para el Zeus verdadero, y para el Sol y la Tierra; y Agamemnón, junto a Zeus y a los Ríos, invoca también al Sol y a la Tierra. Pero claramente se entiende que los cultos olímpicos pertenecen a los aqueos, y los cosmogónicos, a los troyanos: el pacto debe respetar las creencias de los dos bandos. Además, el Sol es buen testigo, porque "lo ve y lo oye todo". En la mitología, hace el chismoso.

Ya hemos dicho que la Diosa Tierra, acaso heredada del Asia Menor por la cultura egea, pasó a Grecia confundida con la Artemis. La "próvida Tierra", en sí misma, es objeto de veneración sin ritos. Los ritos más bien se dirigen a las deidades que velan por el logro de las cosechas: Deméter, Kora, Ceres. Las personificaciones mitológicas de la Tierra (Rea, Gea), del Cielo (Urano), del Caos original, etc., no alcanzaron culto especial.

Por lo que al Sol respecta, ya da en qué pensar el que la mitología griega, al recogerlo, le asigne su lugar en la familia de los Titanes y lo dé por hijo de Hiperión, raza anterior al orden olímpico. Gradualmente, la poesía tiende a identificar a Helios con Apolo, y ya se sabe que poesía y mitología se fertilizan entre sí. Cualquiera que sea el porvenir reservado al culto solar en las sectas del estoicismo y del mitraísmo o en la institución imperial de Aureliano, este culto arranca de vetusteces naturalistas. Cuando Anaxágoras afirmó que el Sol era una masa candente, y la Luna una masa opaca "no mayor que el Peloponeso", hubo indignación en Atenas. Pero la actitud general de la mente griega respecto a los cuerpos celestes, aunque se los consí-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

derara divinos, no era de atención religiosa. Como decía Platón, basta, al paso, saludarlos con reverencia. Aunque él mismo nos asegura que los cuerpos celestes fueron los primeros dioses de los griegos. Rodas, caso único, rendía un culto al Sol, rasgo de su mixtura bárbara.

La Luna, en muy variadas hipóstasis, pasea todavía en su barquilla viejos misticismos matriarcales, relacionados con la perpetuación de la especie, rancios pavores en que perduran los principios femeninos del mundo y el enigma de la sangre periódica. Como la vida, la Luna crece y mengua; también resucita. Todo, en el curso de la Luna, es magia y *tabú*. Quiere ser la esposa o la hija del Sol, es errabunda y muchas veces siniestra. Anda absorbida en las varias facultades de Hera, Io, Artemis, Hécate; cobra mito en Selene. Pasife la cretense, que tuvo Oráculo en Thalamo, puede ser una de sus formas. El folklore, la brujería y la poesía tienen mucho trato con ella y la vinculan con las energías eróticas. Es propicia en creciente, es nefléfica en menguante y, cuando es llena, comunica encantamiento amoroso a la piedra selenita. Los tesalios ven hechicería en sus eclipses. La gente alejandrina supone que la Luna es reino de las almas. En sí misma, nunca tuvo culto.

Las constelaciones y los mitos estelares son generalmente de elaboración tardía. El Zodíaco fue importado de Babilonia hacia el siglo VI, y el verdadero auge de la mitología estelar más bien se debe ya al interés de los alejandrinos por la astronomía. Tal vez el de Andrómeda —que arrastra consigo a Perseo, Cefeo y Casiopea— sea el único mito prehistórico de este orden, si, como se supone, viene desde Creta y Filistia. Y Orión, ya familiar a Homero, difícilmente podría separarse de su mito. El tema se relaciona con la metamorfosis y recuerda el caso de los Dióscuros o Jóvenes Dioses también convertidos en estrellas. Hubo dos mitos puramente estelares en la literatura de la edad clásica: Héspero y Heósforo —luceros de la tarde y de la mañana—, resueltos en un solo astro por Parménides o por Pitágoras.

6. *Los meteoros* pueden comenzar por las nubes que, consideradas algún tiempo como cuerpos celestes, ocupan lugar después de las estrellas. Queda el vago rastro de Nephélee, amada por Ixión, de que nacieron los Centauros. Y queda la vaga sopecha de que esa Diosa-Nube haya podido ser la propia Hera, aunque Zeus haya querido engañar con una Nube-Hera el apetito sacrílego de Ixión. Hay rumores de que Helena —amén de sus asociaciones lunares— fue también una nube, como las divinizadas por las sagas del Norte. Lo cual se relaciona con la versión de que Helena nunca estuvo en Troya, sino solamente su sombra, fábula ya tardía. Al igual de sus her-

manos los Dióscuros —ellos de buen agüero, ella de mal agüero—, Helena suele aparecer en el fuego de Santelmo.

Zeus, para quien el trueno y el rayo son atributos, bien pudo andar en ellos antes de su configuración personal. Cuando, por protervo consejo de Hera, Semele pidió al dios que se le presentara en su verdadera apariencia, Zeus apareció en forma de rayo y la fulminó.

7. *Los elementos* comienzan por el menos palpable. El odre en que el Éolo de la *Odisea* ha encerrado a los vientos procede de un cuento universal. Pero aquí hay la huella inequívoca de un Dios-Viento. La religión olímpica conoce a Tifón o Tifeo, padre de Noto (Viento Sur) y de Céfiro (Viento Oeste), a los que debe añadirse Bóreas (Viento Norte). Los raudos caballos de Aquiles son hijos de Céfiro y de una Arpía. En Hesíodo, Astreo (Hombre-Estrella) y Eos (Aurora) han tenido tres hijos-vientos. Aristófanes, en las *Ranas*, habla del sacrificio a Tifeo. Los atenienses establecieron un culto a Bóreas, que los ayudó a destruir la flota persa. En la Torre de los Vientos (Atenas del siglo I), los vientos adoptan forma humana (es decir: divina). Entre los romanos, se personalizan el septentrional Aquilón ("Águila"), el Austro meridional y Favonio (Céfiro), que es el favorito; y hay un Templo de los Tempestades que data del siglo III. Las Arpías son, entre otras cosas, esos ventarrones traviesos que, como decía Ruskin más o menos, levantan remolinos, se cuelan por las ventanas abiertas y empolvan la mesa del escritor o le arrebatan las cuartillas.

El fuego, que por buenas razones nunca adquirió fisonomía, perdura en Hestia y sus cultos públicos y privados. Esta divinidad hogareña es menos definida que la correspondiente Vesta romana, la cual llegó a poseer templo propio y un colegio de sacerdotisas o Vestales. En la leyenda de Prometeo, el fuego está asociado a los tesoros divinos, ya con Hefesto, ya con Helios (el Sol) o con el mismo Zeus. Entre las novedades de Homero, Hestia se ha desvanecido, pero la conserva Hesíodo el arcaico.

No parece que la lluvia haya sido objeto de incorporación especial. O se la generalizó en la tempestad de Zeus y en las aguas de Posidón, o simplemente se la incluyó en los cultos agrarios. Dioses Fluviales, dispensadores de la fertilidad y los frutos terrestres, tienden por todas las praderas de Grecia sus plateadas barbas de espuma.

La tierra de que está hecha la Tierra, en condición de elemento, nunca fue incorporada. El tema nos llevaría a otro campo, a las teorías de la física natural y de la primera metafísica sobre la sustancia del mundo: lo húmedo, lo etéreo, lo ardiente, lo seco, la materia, el infinito, la mente, etc. Los primeros filósofos griegos que se ocuparon de los elementos los llamaban "simientes", dando así a

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

entender que se referían a ciertas materias primordiales y no siempre ni necesariamente a estas materias de última evolución, perceptibles por los sentidos.

Pero no olvidemos a Iris, hecha de lluvia y luz, arco de colores que va y viene entre cielo y tierra, mensajera de los dioses ante los mortales.

8. *Los Dioses-minerales* han llegado desde muy lejos. El primitivo adoró siempre las piedras, ya brutas, ya ligeramente talladas. Las gemas y las ruinas monumentales demuestran el culto de las piedras en Creta, Micenas y otros pueblos vecinos.

Hay piedras a las que se asigna un mensaje sobrenatural, acaso meteoritos que se han visto caer del cielo, como los tres peñascos de Orcómene que figuran las Gracias, o el Zeus Descendente (Kappoótas) de Gitón. En Fane, se adoran treinta piedras de aspecto cuadrangular bajo sus nombres individuales. En el Feneo arcádico, se jura por las *Petroma* de Démeter-Kora, dos piedras ensambladas. Zeus está en el *Omphalós,* mármol abombado de Delfos. Según la fábula preolímpica, el Omphalós es la piedra que Rea hizo tragar engañosamente al "artero Cronos" para evitar que devorase al Niño Zeus como ya había devorado a sus demás hijos. Vomitado por Cronos, este obvio fetiche de la Diosa Terrestre es el Ombligo de la Tierra. Salvo el parecer de Frazer, se supone que aquella Niobe vista por Pausanias en las laderas del Sipilón era una roca con apariencia de mujer. En Tespia, Eros es una piedra bruta. Enlazando la fecundidad con la muerte, los frigios plantaban unas piedras fálicas en las tumbas. Todavía en tiempos de Luciano —siglo II de nuestra Era— los retores de Samosata se burlan de los supersticiosos que oran ante las piedras ungidas de aceite y coronadas.

Entre las piedras talladas descuellan los obeliscos, las pirámides y los pilares. Zeus suele asumir esta forma. La Rea cretense y la Cibeles asiática —Reina de los Leones— son pilares con un esbozo femenino. Se asegura que las leonas del Portal de Micenas están adorando al mismo pilar en que se apoyan. El Obelisco de Megara se llamaba Apoyo Carino. La columnilla de piedra que guardaba las puertas en los hogares atenienses era el Apolo *Agyieús,* contrafigura del Apulunas oriental, cuyo nombre ha sido descifrado hace pocos lustros en las inscripciones hetitas. Son objeto de culto las hermas o bustos de Hermes, puestos sobre pilares cuadrangulares y provistos de una prominencia viril.

También los romanos tenían sus dioses Términos, imágenes pétreas que servían para deslindar tierras y ahuyentar ladrones, a las que consagraban un rito anual y cuyo parangón oficial era el Júpiter

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Término, piedra venerada en el Capitolio: prueba de que estas nociones proceden del lejano fondo ario.

La apariencia singular o la supuesta virtud curativa de ciertos pedruscos —*betillos*, fetiches— los hacía suponer divinos y los asociaba con determinadas deidades: el Héracles de Yeto y de los cultos heroicos; la *lapis manalis*, amuleto de lluvias que los pontífices trajeron de la Puerta Capena.

De esta adoración de la piedra —mesa de altar elemental, lápida mortuoria, monolito, pilar más o menos tallado— nacerá la estatua. El drama de Lord Dunsany, *Los dioses de la montaña*, nos muestra cómo pueden brotar los mitos de las piedras antropomórficas. Cuando las piedras dejen de ser dioses, serán todavía lugares sacros.

9. *Los Dioses-vegetales* cuentan entre los más antiguos. Creta y Micenas conocieron la religión del árbol. El plátano de Europa en Gortina, testigo de los amores de Zeus, el encino oracular de Dodona, que hablaba con el rumor del viento, el sauce de Hera en Samnos, el olivo de Delos y los de Atenas, son rastros de divinidades vegetales, aun cuando puedan ser, a la vez, unidades simbólicas de los bosques sacros. El laurel, eficaz contra las contaminaciones de orden espiritual, tiene por patrono al dios Apolo, purificador por excelencia. En Temnos, Afrodita es un mirto verde. A Deméter y a Cares incumben los granos y cereales —don de aquélla, pues de ésta no tenemos leyenda—, y la virtud de las diosas late en las semillas. Triptólemo es el viajante agrícola de Deméter. Dióniso transfigura en vino su preciosa sangre, y en Tebas, es un tronco apenas revestido de un manto, y más tarde reforzado con tal o cual moldura de bronce. Artemis Ilitia, la comadrona, infunde a la yerba artemisia su don medicinal, provechoso a las parturientas. Es "Lygodesma" por el sauce, "Caryatis" por el castaño, "Cedreatis" por el cedro. La misteriosa Britomartis se asocia al pino y al lentisco en las guirnaldas de sus festines. Pluto el rico ha sido alguna vez un Dios-Árbol, medio plantado en tierra. Esparta adoró a los Dióscuros bajo la apariencia de un par de vigas. El culto de Pan está hecho de rocas, fuentes y árboles. En las Ninfas, el vigor silvestre y la humedad vegetal expresan el anhelo amoroso, y su nombre significa "las Novias". Los héroes Jacinto y Narciso están en las flores de su metamorfosis.

10. *Los vestigios de antiguos animales sagrados son innegables*, acéptense o no los resabios del "totemismo" primitivo, que algunos creen ya superado para los días de la Grecia prehistórica y aun de la dispersión aria, y que otros ven todavía impresos en los nombres y emblemas de las familias más conocidas.

El clan frigio de los Ofiógenas, los nacidos de la serpiente y guardadores de la triaca contra la mordedura; la serpiente emblemá-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

tica de los Erecteidas; los Spartoí de Tebas, así llamados por haber nacido de los dientes del dragón, sembrado en tierra y el dragón grabado en la tumba de Epaminondas; las "tripiernas" o avásticas de los Alcmeónidas, familia de Pericles; el caballo de los Pisistrátidas: los cuartos traseros equinos de los Filedas (¿tribu dividida?); los "*bucranios*" o cabezas de toro de los Butades, no representan cultos actuales de "totemismo", pero, al menos, muestran los hereditarios estigmas de aquella institución prehistórica. Parece averiguado, en efecto, que estos signos no proceden directamente del *totem*. Pero ¿cómo probar que no acarrean su recuerdo inconsciente? La coincidencia ¿puede ser únicamente casual en este caso, cuando corresponde tan cabalmente a la primera distribución de grupos sociales, y cuando todavía, en el tumulto de las creencias griegas, persiste la comunión con el animal consagrado?

Cierto es que, ya en la familia de los Olímpicos, las divinidades siquiera parcialmente zoológicas o "teriomórficas", al tipo del Buey Apis, son excepcionales: así la Deméter-Yegua de Figalia (pues la supuesta Hera-Vaca de Micenas, que Schliemann creyó haber descubierto, está desechada). Abundan los epítetos o calificaciones sacras de referencias animales, pero pueden ser simples metáforas: la Atenea Ojos-de-Buho o *Glaucoópis*, la Hera Ojos-de-Novilla o *Boópis*, calificativo ya generalizado en Homero para todas las mujeres de grandes ojos.

El animal es con frecuencia atributo o acompañante del dios: el águila de Zeus, la vaca de Hera (pues el pavo real, como el gallo de Hermes, son invenciones muy tardías), el buho de Atenea, las serpientes en el caduceo de Hermes, el León-Diónyso y el Toro-Diónyso, y hasta las singulares tortugas de Pan en Monte Partenio. Apolo, dios de la poesía entre otras facultades, se identifica con el cisne que canta para morir según la fábula —tal vez el silbón, único que no grazna con aspereza—; y si Horacio anhela ser un cisne, se entiende que ambiciona ser reconocido como poeta verdadero. Apolo también se acompaña del cuervo y del delfín. La paloma pertenece a Afrodita, acaso por ser el ave de las Diosas Madres asiáticas, Atargatis, Istar y otras. Junto a estas divinidades, vuelan a veces los gorriones, aves libidinosas, según consta por la poetisa Safo. Ya las epifanías minoicas solían asumir forma volátil. En Italia, los gansos se consagran a Juno, la Hera latina, y el lobo y el pájaro carpintero son criaturas de Marte.

Aquí no hay más que residuos y ecos. Los dioses en nada participan ya de la naturaleza animal. Los Olímpicos no son siquiera híbridos, y ni para volar han necesitado de alas. De un salto se trasladan a donde quieren, ellos y su mensajera Iris y los corceles de sus carros. En las artes figurativas, la influencia asiática acabará por prenderles

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

alas: así esas imágenes que se llaman "persas". Hermes, a lo sumo, usa unas sandalias voladoras a modo de refuerzo, por lo mismo que suele recibir comisiones fatigosas y buscar por mares muy lejanos a las seductoras que se atraviesan en el regreso de Odiseo. Entiéndase que las sandalias de Hermes son voladoras, no precisamente aladas, aunque la plástica haya tenido que interpretarlas así, a modo de jeroglifo para decir "veloces".

Las divinidades menores se animalizan más fácilmente. Hasta ellas no llegó en plenitud la redención antropomórfica que bañó a los Olímpicos. Los ríos son toros. Aganipe y otras fuentes poseen naturaleza equina. Los reptiles o anguiformes parecen adecuados a los dioses y a los héroes terrícolas: Erecteo, Asclepio, en cuyos templos hay serpientes. Ya en esta segunda categoría, o categoría de los héroes, la familia híbrida es numerosa. Las Sirenas, en un principio, eran aves infernales aunque de rostro femenino, como también lo son las Arpías, y luego se han vuelto mujeres-peces, hembras morfológicas de los Tritones. Los Sátiros son hombres cabríos y también mediocaballos; los Centauros, invariablemente, hombres equinos.

Hay también algunos animales tocados de virtud divina. Los caballos de Aquiles, criaturas sobrenaturales de los vientos, son de esencia mezclada: por gracia de Hera, Janto adquiere voz humana un instante para vaticinar la muerte de su amo. De igual esencia participan todos los animales que han sido presentes de los dioses; los caballos que Zeus obsequió a Tros a cambio del rapto de Ganimedes; los que dieron la victoria a Pélope y a Abas. Y con mayor razón, aquellos que han sido engendrados por los dioses mismos: Skyfios, brote de la simiente de Posidón o del golpe de su tridente, el primer caballo conocido. También Posidón, para dar a Minos una prenda, ha hecho nacer un toro del mar. Él mismo, transformado en garañón, persigue a Deméter —que, en Arcadia, huía disfrazada de yegua entre las manadas de Ongkios—, y engendra en ella el caballo maravilloso Arión, y a una hija cuyo nombre no nos es dable revelar, porque solamente lo conocen los iniciados. Mucho más familiar en las literaturas es Pegaso, el caballo volador de Belerofonte. Este Pegaso era hijo de Posidón y la Medusa.

11. *Las metamorfosis lo mismo acontecen entre dioses o entre personajes menores.* Pero las metamorfosis de los dioses son transitorias; las de los personajes menores son definitivas, salvo para dos semidioses que se mudan a voluntad como los "genios" del cuento árabe: Nereo, el Viejo del Mar, padre de las Nereidas, vidente benévolo e incapaz de embuste, y el embustero y disimulador Proteo, espíritus ambos de la metamorfosis, de la onda que rueda. La cual, por lo visto, no siempre es "pérfida", puesto que no lo es Nereo.

Homero nos habla de la facilidad con que Atenea y Apolo se transforman en buitres para presenciar el combate desde la encina troyana, y nos cuenta cómo Atenea, hecha golondrina, ayuda a Odiseo en la matanza de los Pretendientes. Zeus fue un instante toro para Europa, cuclillo para Hera, cisne para Leda, lluvia de oro para Dánae. Ya hemos visto a Posidón-Caballo corriendo detrás de Deméter-Yegua por los llanos de Arcadia.

Estas metamorfosis fugaces bien pueden significar una recaída de los dioses en la forma prehistórica de su infancia, su más cómodo simulacro. Un intérprete exacerbado llega a decir que los dioses parecen preferir la forma animal para sus asuetos galantes por la tierra, por significar ello un retorno a la fuente de su vigor. No nos atrevemos a recomendar abiertamente esta hipótesis.

Las metamorfosis de los simples personajes míticos son innumerables, y las ha divulgado Ovidio en sus poemas. ¿Quién no sabe de Dafne-Laurel? ¿De los árboles Filemón y Baucis? ¿De Tereo, Procne y Filomela, la abudilla, el vencejo y el ruiseñor? ¿De Io convertida en vaca? Crímenes, amores o celos, la pasión es siempre el origen de estas metamorfosis. Con estas mudanzas muere la fábula y no volvemos a saber de ella. Salvo en el caso de Io, que sigue peregrinando, en Esquilo, para darnos otra muestra más de los errores olímpicos junto al caso de Prometeo. Góngora pone fin a su *Polifemo* cuando Acis, aplastado por el peñasco y sueltas las linfas de sus venas,

> a Doris llega que, con llanto pío,
> yerno lo saludó, lo aclamó río.

Es de notar que las metamorfosis heroicas raras veces se refieren a animales de especie superior, como los mamíferos. Acaso éstos quedan reservados a las diversiones pasajeras de un dios. Las aves son muy socorridas. Boio, antigua sacerdotisa de Delfos, consagró al tema una obra perdida: *Ornithogonía*.

Merece señalarse una curiosa transformación temática, y es la adopción de disfraces animales en ciertos cultos: oseznas de la Ártemis Brauronia, mancebos-potros en algún rito dionisíaco; probables inspiraciones del coro zoológico en Aristófanes: aves, ranas, avispas.[1]

12. *Dos incorporaciones excepcionales* ofrecen especial interés, los Dioses-Instrumentos y los Dioses-Hombres. Respecto a los primeros, la supervivencia es manifiesta. Los segundos nos llevan a cuestiones más trascendentes y requerirán otro capítulo aparte.

[1] Recuérdese la *Apoloquinotosis*, atribuida a Séneca el filósofo: singular metamorfosis del emperador Claudio en calabaza.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Los instrumentos culturales o relacionados con las creencias —objetos de humana hechura— algún día fueron divinizados. Son símbolos de investidura o *son talismanes, y en sí mismos los adoraba:* el cetro de Atrio, cuya trasmisión Homero evoca con reverencia; el cetro de Cadmo —ambos documentados en Pausanias—; la lanza de Ceneo; la doble hacha, "bipena" o *labrys* sacrificial de Zeus, emblema del rayo.[2] En Lidia, esta hacha es talismán real, arrebatado por Héracles a la reina de las Amazonas, obsequiado por éste a Onfale, y de ella transmitido siempre a sus herederas femeninas. Los trípodes, atributos de la adivinación, aseguran el mando y son objeto de rivalidades, disputas y cesiones. Los Eteobutades de Atenas se comunican entre sí el sacerdocio mediante la entrega de un tridente sagrado. Linceo, yerno de Dánao, para que su hijo Abas pueda heredar el trono de Argos, tiene que poner en sus manos el escudo que Dánao había dedicado al templo de Hera.

Estos valiosos objetos suelen llamarse *agálmata,* pero tal palabra designa también las ofrendas en general, las imágenes y los animales consagrados al sacrificio.

13. *Las deidades no se explican totalmente por las supervivencias,* ni en su génesis ni en su significado religioso. Quede esto bien claro. De las numerosas teorías propuestas sobre la formación de los dioses griegos, no preferimos ninguna, y nos parece mucho más cuerdo disponer de todas, de cada una según el caso, pues cada una encierra una parte de la verdad.

Mil motivos se entretejen para urdir el manto de un dios: la magia naturalista, el paralogismo, el equívoco verbal, el sentimiento del misterio y la dependencia, la sola imaginación religiosa, la necesidad antropomórfica, el legado de anteriores creencias, las mezclas y las luchas étnicas, la obra conjunta de las especulaciones filosóficas, las letras y las artes, las vicisitudes políticas, las transformaciones sociales y los desarrollos económicos... Todo dios griego es una síntesis casi imposible de deshacer, un compendio de la jornada humana. Y lo que importa en los dioses es la definitiva orientación que al cabo ha logrado darles la edad clásica. En los lechos de la subconsciencia colectiva, la edad clásica preparó la síntesis superior de todas estas síntesis todavía parciales: progreso del Espíritu que el lenguaje de Hegel ayuda muy bien a expresar.

ALFONSO REYES.

[2] Nilsson piensa que la doble hacha no es tal símbolo, sino una evocación del arma usada en el sacrificio o un cómodo asunto ornamental.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

EL HUMANISMO PEDAGÓGICO Y MORAL DE ALFONSO REYES

En el decurso de los tiempos, el genio griego levantó un ideal político, educativo, de conducción de hombres, que expresa la palabra *paideia* o el término humanismo. También los latinos, gracias a la capacidad creadora de Cicerón, que supo resumir las aspiraciones de su pueblo, dejaron en la *románitas* una imagen que habría de trasponer los siglos. Entre nosotros el humanismo y el empeño educativo han sido pensados, pero, sobre todo, han sido puestos al servicio del hombre mexicano, con el propósito expreso de realizar, en nuestro medio y de acuerdo con nuestras limitaciones, la parte de humanidad que nos corresponde. Así Las Casas, Vasco de Quiroga, Zumárraga, en el siglo XVI; Alegre, Clavijero, Alzate, Hidalgo, en el XVIII; Mora, el Nigromante, Pesado, Altamirano, Casasús en el XIX, y Justo Sierra, Caso, G. Méndez Plancarte, Samuel Ramos en el XX, forjaron un tipo ideal de hombre que es ya, de algún modo, parte de la historia nacional. Dentro de esta tradición de larga prosapia está el lugar de Alfonso Reyes. Él también enseña insistentemente un paradigma humano y lo lanza a la patria como acicate de las voluntades, como un gran reactivo patrio que ponga en movimiento y salve a la vez. Y cabe insistir en esta afirmación, que vamos a probar en las siguientes páginas, porque se escribe con toda naturalidad que Alfonso Reyes es polígrafo, crítico literario, pensador de América, poeta, autor de novela; pero no parece escribirse con igual derecho sobre Alfonso Reyes humanista. Sin embargo, en la obra de este escritor mexicano se encuentra diseminada una teoría del hombre.

I

Ciertamente, quien sepa leer cualquier escrito de Alfonso Reyes, sea de ficción, sea ensayo, sea investigación, encontrará un tema que surge de manera natural, sin aspavientos, sin dramas, con mesura:

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

el tema del hombre. Diríase que su obra entera es, desde distintos ángulos, una respuesta a los problemas humanos, una búsqueda de lo que el hombre es más esencialmente, que termina en un mejor conocimiento de las posibilidades humanas. Y no se trata de una comprensión teórica, sino de mostrar "el pleno contenido humano" que se esconde, por ejemplo, en la armadura de la ciencia,[1] en las diversas formas de la literatura, en el pueblo, en la democracia. Pues Alfonso Reyes no inventa su tema, lo estudia amorosamente como es, como sujeto al fin de carne y hueso, de espíritu y cuerpo, que empieza por formar parte de una familia, luego de una patria y después de la humanidad. El hogar, dice en la *Cartilla Moral*, "es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad humana total. Esta sociedad es el conjunto de todos los hombres".[2] No existe por eso el problema de recomponer el todo a partir del individuo, ni menos, de concebir al hombre como la reunión de parcialidades. Alfonso Reyes, al contrario, posee, por así decir, la intuición simultánea del hombre en general y de este hombre que es, según veremos adelante, mexicano. De esta manera los rasgos típicos, la vida subjetiva, la filosofía, la civilidad, las leyes, la ciencia, la literatura, se dan todos juntos en el hombre, tal como siglos atrás llegó a quedar configurado por el genio griego.

Pero, ¿qué es lo genuinamente humano? De conformidad con una tradición que llega del mundo antiguo y que finca después sus raíces en Grecia y Roma, Alfonso Reyes responde que la vida de la inteligencia es "el capítulo esencial de la vida humana, puesto que lo característico del hombre entre todas las demás cosas y creaturas es participar en la inteligencia".[3] El orden intelectual es, pues, lo genuinamente humano. Lo que significa que cuanto más el individuo sea elevado del simple plano de la naturaleza, por el cultivo del espíritu, tanto más será humanizado. La educación cobra así su verdadero sentido y alcance. En las obras de Alfonso Reyes existe una reiterada ambición de enseñar. No habla, es verdad, de programas o de educación escolar, pero en todos los casos señala un ideal, una meta. En pocas palabras podría decirse que sus diversos escritos confluyen en la formación humana. Tal vez por esto la relectura de sus obras me ha recordado tan de cerca la *paideia* de los griegos, esa "modelación paulatina" del hombre y de la persona de acuerdo con un ideal fijado de antemano. Y con razón, pues en el escritor mexicano el proceso educativo abarca a todas las fuerzas que obran sobre el individuo a lo largo de su vida y establecen la posibilidad de la convivencia humana dentro del hogar, de la patria y de la

[1] Tentativas y Orientaciones, Editorial Nuevo Mundo, México, 1944, p. 82.
[2] *Cartilla Moral*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1959, p. 54.
[3] *Tentativas y Orientaciones*, p. 36.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

humanidad.[4] Así la verdadera escuela viene a estar, al igual que en el tiempo de los griegos —¡otra vez los griegos!— en los lugares más diversos, en la calle, en el periódico, en el aula, en la familia, *en la nación.*[5] *Porque todo esto* vuelve más hombre al hombre.

II

La educación entendida de esta manera se convierte en cultura, la cual en ocasiones es "todo el modo de vivir de cualquier grupo humano", y, en especial, el descubrimiento y valoración de la persona humana. Aunque opera de inmediato sobre el individuo, se caracteriza por tener una finalidad social, consistente en realizar los ideales de un pueblo. Por esta razón la cultura no puede crecer colateralmente a las otras actividades humanas, siendo ella misma núcleo y meollo del hombre. Y, de modo parecido, su función no se agota en transmitir un conjunto de *conocimentos,* ya que tiene por objeto trabar todas las actividades técnicas, la circulación del comercio, la inteligencia y la emoción, la teoría y la práctica. De la cultura depende, dice a los universitarios de Monterrey, "que el último martillo que bata el hierro en el último taller resulte encadenado a la fórmula algebraica que los estudiantes escriben en el encerado de sus aulas".[6]

El especial modo como *la cultura establece* esta unidad que se da en el hombre es la continuidad. Hay continuidad entre la técnica y la teoría, entre la práctica y la contemplación, entre la política y la vida. Puede decirse que la obra de la cultura es esta continuidad. Alfonso Reyes pudo, por la década del 30, cuando las generaciones se educaban al grito de "nada tengo de común con la historia", insistir en que "la ley de la continuidad" era la "ley de la cultura",[7] porque su *intento era salvar al hombre* y su unidad radical. Desde entonces perdura en él la idea de que la cultura unifica al hombre. Lo unifica primero sobre la redondez de la tierra. Lo unifica también en las relaciones humanas. Lo unifica consigo mismo por obra de la inteligencia.[8]

No es cuestión, como pudiera parecer de primer intento, de una concepción intelectualista que establezca conexiones abstractas entre todas las cosas. Según Alfonso Reyes se trata de la vida completa, con toda su dignidad y con todos sus peligros. La unidad que da la cultu-

[4] *Junta de Sombras. Estudios Helénicos,* El Colegio Nacional, México, 1949, p. 299.

[5] *Junta de Sombras,* p. 300.

[6] *Obras Completas,* t. VIII, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 453.

[7] *Tentativas y Orientaciones,* p. 54.

[8] *Cfr. Op. cit.* p. 50, 66-7.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ra es, pues, la unidad que el hombre ha de tener necesariamente para durar como hombre en el universo. Unificar no consiste en estancarse sino en "facilitar el movimiento".[9] Pero también la cultura es un camino abierto que comunica entre sí a los distintos órdenes del saber. Unas disciplinas se ayudan a otras. Se fertilizan mutuamente. Abren, por así decir, "las compuertas, los vasos comunicantes",[10] y el contacto humano resulta más ancho. El hombre puede así ir de la patria a las ideas universales, de los propios autores a los clásicos, del comercio o de la técnica al espíritu. Se comprende ya por qué Alfonso Reyes sostenga una tesis que viene a ser como el trasfondo de su pensamiento entero: la tesis de una cultura política o de la política entendida como cultura. Estamos en presencia de toda una concepción, que se descubre aquí y allá, según la cual el hombre contemporáneo no puede resolver el problema de su convivencia con el antiguo humanismo, hecho de cultura literaria, ni con el que nació del positivismo, hecho de cultura científica, sino solamente con una forma de cultura política. "Sólo la cultura política puede precavernos" de los sobresaltos humanos, de los peligros de la ciencia.[11]

La cultura política consiste en dos cosas: en obedecer "a las novedades de que el tiempo viene cargado", y en hacer ideas que abarquen a todos los hombres, pues "la cultura quiere alumbrar por igual a todos los hombres y este todos —los hombres—, lleva en sí el postulado político".[12] Lo cual quiere decir que nosotros debemos entender esta nueva política, que tiene por base a la cultura, como una especie de educación ciudadana, de paideia, a la manera de lo que sucedía en la polis de los griegos o en la civitas de los romanos.

Queda en claro que la cultura es fermento de humanismo. Mas, ¿cuál es la verdadera cultura? Con esto llegamos a otra convicción que no abandona jamás a Alfonso Reyes y que lo trasplanta, de golpe, a la tierra más puramente ática. Me refiero a la idea de que no hay cultura sin moral. La moral "da a todas las cosas su verdadero valor dentro del conjunto de los fines humanos", dice en la *Cartilla Moral*.[13] Por eso la verdadera cultura no es el simple adelanto en muchas cosas. Cultura es moral. Cuando la moral se pierde de vista, la civilización y la cultura degeneran, destruyéndose a sí mismas. Lo contrario pasaría si siempre fuéramos mejores: entonces el progreso humano "no sufriría esos estancamientos y retrocesos que hallamos en la historia".

[9] *Op. cit.*, p. 38.
[10] *Op. cit.*, p. 72.
[11] *Obras Completas*, t .VIII, p. 459; *cfr.* p. 458, y *Junta de Sombras*, p. 338.
[12] *Obras Completas*, t. VIII, p. 459.
[13] *Cartilla Moral*, p. 19.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Llevado por estas preocupaciones en las que se debate fundamentalmente la suerte humana, Alfonso Reyes matiza su obra de principios éticos, regados aquí y allá, hasta que publica el año pasado una doctrina completa en la *Cartilla Moral.* Se trata, lo que ya es decir, del documento mexicano que más trae a la mente el recuerdo de las grandes conquistas griegas y romanas en torno a la conducta ética. Pero no es sólo el recuerdo: la claridad de la expresión, la mesura de las tesis, la actualidad de las ideas antiguas transportan al lector ensimismado a un mundo inexistente, tal como hubiera sido la vida si la humanidad hubiera realizado los más puros ideales de Grecia, Roma y el cristianismo. Ciertamente se percibe la presencia de la cristiandad y de los latidos; pero Grecia lo cubre todo. Alfonso Reyes elabora una teoría personalísima de los "respetos" humanos, en donde el concepto "respeto" ha de entenderse como dignidad o valor de la persona, porque resume las aportaciones más significativas del pensamiento griego, desde Homero y Solón hasta los estoicos ¡Cómo se siente uno transportado al mundo que crearon Sócrates, Platón, y Aristóteles! Moral es para él lo que fue para los griegos, aquello que la naturaleza o la racionalidad exige del hombre, a saber, "el respeto. . . a sí mismo". *Aidós y némesis,* "el rubor ante los propios errores y la indignación ante la injusticia ajena, aunque no nos afecte",[14] son los dos ejes de la ética antigua y también del prototipo humano que traza Alfonso Reyes: un hombre constitutivamente bueno y veraz, respetuoso, cortés, educado, limpio, industrioso, hogareño, patriota y servidor de la humanidad.[15] No es por eso una moral de normas externas, sino de "respetos", de cuya obediencia depende el destino humano. Pero que nadie busque en la *Cartilla Moral* un sistema comparable al estoico o al de Kant, pues Alfonso Reyes sólo tiene el propósito de mostrar que el fin de la ética es el hombre y que la conducta moral trabaja siempre por humanizarlo más, por hacer que sobresalga sobre la bestia, a la manera del escultor, dice, que talla el bloque de piedra y saca de él una estatua.[16] En este sentido su concepción moral viene a constituirse en el fundamento de la política educativa y, consecuentemente, del humanismo.

III

Si la educación humaniza, si la conducta moral igualmente humaniza, es hora de preguntarnos cómo los mexicanos podemos llegar a la cultura o con arreglo a qué principios hemos de ir realizando la moral. A pesar de que las obras y la actividad de Alfonso Reyes dan una respuesta clara, expresa, a estas preguntas, hubo un tiempo,

[14] *La Antigua Retórica,* Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 62.
[15] *Cartilla Moral,* pp. 35, 59-61.
[16] *Cfr. Op. cit.* p. 13.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cuando el "matiz local" era elevado a categoría universalmente válida,[17] en que se le pidió que se ocupara de los valores nacionales y en que su entrega a lo universal fue vista como descastamiento. Mas fue esa una feliz ocasión para que dejara su testamento mexicano en un ensayo que llamó *A vuelta de correo,* donde encontrarán sus raíces patrias, hasta los que leen sin atinar con el sentido de las cosas. Y, en verdad, sus escritos están siempre referidos a México de algún modo: por el recuerdo, por la mención, por los problemas, por las letras, por la tarea de salvar al hombre. Lo que pasa es que Alfonso Reyes abarca conjuntamente lo nacional y lo universal, los hombres mexicanos y el hombre en general, de acuerdo con su expresión de los "vasos comunicantes", que gusta repetir.[18]

Es evidente que los mexicanos sólo podemos humanizarnos por la educación o paideia. La pregunta se torna por eso en la cuestión de cómo se educa al hombre. En el *Discurso por Virgilio* expone su ideario educativo, de manera tan bella, que uno no sabe qué admirar, si el equilibrio clásico de la prosa, o el hábito del pensamiento, o al maestro que de veras enseña. Más tarde presenta un resumen de su pensamiento en *A vuelta de correo.* Allí dice que debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones "cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana, aun cuando ello sea tesoro o depósito provisional de las clases hasta ahora más alejadas de nuestra política".[19] No caben ya los equívocos. Alfonso Reyes entiende al hombre desde la tierra mexicana. El punto de partida hacia el universo es nuestra propia cultura. Porque al hombre sólo puede educársele con lo propio. Lo propio fortalece "el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza".[20]

Así son las cosas debido a la necesidad del nacionalismo en los tiempos actuales. Aunque muchas veces "las torres de la parroquia" nos obligan a vivir en un mundo estrecho, es preciso reconocer que en el sentimiento nacionalista se arraigan "las nociones elementales de dignidad política y hasta de decencia personal", leemos en *Tentativas y orientaciones.*[21] Mientras no haya una garantía mejor que lo substituya, el respeto a la patria debe impulsarnos a hacer por la nación cuanto sea posible. Piensa Alfonso Reyes que el primer paso que da el hombre en la existencia, y a veces el único que podemos dar, en bien de la humanidad en general, es servir a la patria.[22] De manera que el cuidado de la patria no sólo permite el sentimiento solidario

[17] Esto acontece en 1930.

[18] *Cfr.* el artículo aquí aludido o el ensayo *Atenea Política* de *Tentativas y Orientaciones.*

[19] *Obras Completas,* t. VIII, p. 440.

[20] *Tentativas y Orientaciones,* p. 7.

[21] p. 149.

[22] *Cartilla Moral,* p. 43.

entre los pueblos, sino que es el campo de acción en que "obra nuestro amor a la humanidad".[23]

Tal vez el problema consista en señalar lo mexicano. Indudablemente está en el matiz local, lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco,[24] que viene a ser "como adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho".[25] Pero la realidad de lo nacional no está hecha, reside en una intimidad psicológica todavía indefinible.[26] Todos la estamos haciendo y no es posible predecir por dónde surgirá.[27] Lo que sí sabemos es que tenemos interés por "cuantas cosas interesan a la humanidad". Para eso somos humanos. Nada de lo humano puede sernos ajeno, sólo la ignorancia.

Y así como es extranjero en la humanidad quien ignora el deber patrio, así también el que olvida lo humano permanece ciego a lo nacional.[28] La patria es una ventana hacia el universo. Lejos de sufrir la nación menoscabo con lo universal, se beneficia. "La única manera, dice, de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo".[29] A esta actitud no es posible llamarla descastada, pues tenemos intereses en la humanidad por el hecho innegable de que somos hombres. Al contrario, estamos en peligro de deshumanizarnos en la medida en que no cumplamos la ley de la intercomunicación, que es la ley de la humanidad moderna.[30] Por eso Alfonso Reyes sentencia: "insistir en lo fundamental, en lo universal, pero sin atentar a lo propio: tal sea la norma". A nosotros cabe estudiar, por igual, después de su ejemplo, lo extranjero y lo propio, adoptar y conciliar todas las conquistas del hombre, y procurar hacer una síntesis que sea nuestra. Lo que interesa más en nosotros, en definitiva, es que somos hombres "mexicanos". "Mexicanos" es el adjetivo que da origen al matiz singular, a la psicología diferenciada, al folklor *sui generis*, al condimento específico. Lo que más importa, lo fundamental, es que somos hombres y tenemos derecho a todo lo humano. Al fin y al cabo "somos una raza de síntesis humana".[31]

Y, sin embargo, lo nacional tiene primacía en la educación. "En la formación de los hombres debe entrar la mayor proporción de sa-

[23] *Op. cit.*, p. 60.

[24] *Cfr. Obras Completas*, t. VIII, p. 441.

[25] *Tentativas y Orientaciones*, p. 20

[26] *Obras Completas*, t. VIII, p. 441.

[27] "No hay que interrumpir esta química secreta. Calma y tiempo son menester. Es algo que estamos fabricando entre todos. Nunca puede uno sospechar dónde late el pulso mexicano". Ibid.

[28] *Cartilla Moral*, pp. 42-3.

[29] *Obras Completas*, t. VIII, p. 21.

[30] *Tentativas y Orientaciones*, p. 21.

[31] *Obras Completas*, t. VIII, p. 451; *Ultima Thulel*, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1942, p. 219.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

via nacional que destila la historia",[32] dice. No existe por eso el peligro de que la cultura universal descaste el espíritu de nuestro pueblo. Ella llega después de lo nacional, cuando ya el proceso educativo ha configurado un alma patria mediante las enseñanzas que dan la familia, la escuela, la sociedad, la nación en suma, el mundo en que vive todo ser humano. Primero, pues, se conoce o ha de conocerse nuestro pasado, que nos viene de nuestra vida propia, tal como ha quedado expresada en la historia nacional. "Y después, a través de esa formación, pasen en buena hora las corrientes universales, las cuales no podrían... ser descastadoras".[33] De este modo se abre legítimamente para nosotros el camino de la universalidad. La educación nos forma al mismo tiempo para la comunidad en que vivimos y para nuestra misión humana.

IV

Dadas las alternativas de nuestra historia, es razonable que nos asalten dudas sobre la capacidad del hombre mexicano para la cultura universal. Pudiera suceder que nadie nos impida hurgar en el patrimonio común del espíritu con el mismo derecho de otros pueblos, pero que no lo hagamos por ignorar que poseemos esa propiedad o por carecer de ideales, crecidos y enraizados en el suelo nacional, que apunten hacia la humanidad. ¿Dónde, pues, se encuentra lo propio? Alfonso Reyes escribió en varios lados que la historia destila savia nacional. Efectivamente nosotros, como cualquier pueblo, contamos con un pasado, en el cual hemos de estudiar los ideales humanos, como desprendimientos suyos y como reacciones sobre él.

Cuando la mayor dolencia de la época consistía en olvidar que teníamos un pasado, Alfonso Reyes insistió en que el único camino para ser hombre era aprovechar la tradición nacional. Respetar la tradición no significa traducir el presente hacia el pasado, sino, al revés, el pasado hacia el presente.[34] Tampoco asimilar el pasado significa *ser conservador o retrógrado en el sentido vulgar de la palabra*;[35] es la posibilidad del progreso y el desarrollo, pues toda cultura se afianza sobre la tradición, recogiendo el patrimonio de los siglos.[36] Todavía más: la única manera de asegurar el presente es contar con el pasado.[37] De esta manera, convencido de que hay una tradición que sirve

[32] *Obras Completas*, t. VIII, p. 441.
[33] *Ibid.*
[34] *Tentativas y Orientaciones*, p. 52.
[35] *Op. cit.* p. 51.
[36] *Ibid.*
[37] "Todos debiéramos estar convencidos de que la manera de asegurar el presente es asimilar el pasado. ¿Lo estamos deveras? Pues para asegurar el presente es necesario contar con el pasado". *Ibid.*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de trampolín para que los pueblos se lancen a la historia universal, convencido también de que cada nación es el fruto de su esfuerzo consciente y de su propio pasado, Alfonso Reyes da los últimos toques a lo que podríamos llamar su teoría humanista. Porque del hombre se ha tratado en todo lo anterior.

Ahora bien, cuando por cultura se entiende, como lo hace Alfonso Reyes, el descubrimiento y valoración de la persona humana, entonces no puede haber para nosotros más tradición ni más cultura que la inventada por los griegos y luego propagada por los romanos y el cristianismo. "Somos helenocéntricos", esa es la verdad.[38] Cobra así un completo sentido la afirmación de que lo propio son las humanidades y de que la salvación de los mexicanos habrá de venirles por el apego a su tradición. "¡Volver a lo propio, a lo castizo, hacer nuestro y derramar a todos ese secreto de humanidades que hace tiempo se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política!", aconseja en el *Discurso por Virgilio.*[39]

Por humanidades ha de entenderse, en primer lugar, la cultura helénica. Y las razones son obvias. La obra por excelencia del genio griego es el hombre.[40] Piensa Alfonso Reyes que los griegos procuraron el ideal humano por las artes espirituales, como la música, la filosofía, la poesía, la historia, la retórica, "los oficios de la palabra". Y ya se sabe cómo la obra entera del literato mexicano trata de constituir con estos mismos materiales un ideal humano que los mexicanos podamos realizar. Por eso es humanismo.

Pero también por humanidades ha de entenderse la cultura latina, porque fue el conducto por el que nos llegó la paideia griega, y porque su visión del hombre sigue operando en nosotros, gracias a la idea de la vida que heredamos del cristianismo.[41] Nada extraño resulta entonces que cada palabra latina excite una palabra nuestra y aumente su peso de significación, "sus calorías de aliento espiritual".[42] Las ideas que manejamos tienen igualmente una carga, la historia entera de una civilización.[43] Por eso el contacto con los clásicos significa un descenso a los "pozos ocultos de nuestra psicología colectiva".[44] Mediante ellos cada hombre se injerta con sus antepasados y, lo que es todavía más importante para el caso, se siente unido al mismo tronco. Las humanidaes nos proporcionan la conciencia de la humanidad. Los clásicos humanizan. A su contacto el hombre que zozobra llega a la armonía: "el orbe latino, dice, devuelve al hom-

[38] *Junta de Sombras*, p. 299.

[40] *Tentativas y Orientaciones*, p. 299.
[41] *Cfr. Loc. cit.; Tentativas y Orientaciones*, p. 9.
[42] *Tentativas y Orientaciones*, p. 13.
[43] *Op. cit.*, p. 11.
[44] *Op. cit.*, p. 11

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

bre su lugar en medio del... concierto de la naturaleza y devuelve a la voluntad racional su antiguo tono".[45]

Queda así resumido el ideal humano que en parte realizaron los griegos y los latinos. Pero ahora se trata de un ideal nuestro, al alcance, por así decir, de nuestra mano, ya que la paideia o la humanitas vienen a ser tan nuestras como lo fueron, proporcionalmente hablando, de los antiguos. Si entonces ellos las constituyeron, hoy se han tornado en "senda medida a nuestro paso".[46] El mismo Alfonso Reyes puede presentarse como ejemplo. Escribe el *Discurso por Virgilio* "atendiendo a un llamado genuinamente nacional",[47] por lo que, sin grandes esfuerzos, muestra a los lectores que es posible pensar y sentir la realidad mexicana guiado por el poeta del lacio. Al final de la lectura Virgilio se siente nuestro y nosotros podemos ver, a través de "la materia virgiliana", que tiene ya dos mil años de elaboración, "como a través de una lente, el espectáculo de México", escribe en *Tentativas y orientaciones.*[48]

V

Con todos estos elementos ya se puede señalar cómo Alfonso Reyes es humanista mexicano, al constituir precisamente lo que podemos llamar la paideia nuestra, de donde ha de salir, con el esfuerzo de nuestra voluntad, el ideal mexicano que deba alcanzarse. Y puesto que en definitiva el humanismo es para él educación política, también está aquí delimitada la tarea del educador. Así como resulta preciso abandonar las influencias exóticas que no se aclimataron en México, así habrá de salvar todo el caudal de ciencia que trajo a nuestra cultura la reforma de Gabino Barreda, y rescatar "los olvidados tesoros de una tradición con la que se andan perdiendo algunas de las más preciosas especies del alma mexicana".[49] Y ciertamente los autores griegos y latinos nos vinculan de modo estrecho con el hombre y sus preocupaciones, adhieren, además, decisivamente nuestra alma nacional a determinadas formas de civilización, a una jerarquía de valores morales y a una concepción de la vida y la muerte, que son características de la cultura occidental.[50] De todos los clásicos puede decirse lo que Alfonso Reyes dijo en cierta ocasión de Virgilio: "dotar a los niños (con ellos) es alimentarlos con médulas de león".[51]

45 *Obras Completas*, t. VIII, p. 431.
46 p. 29.
47 *Op. cit.*, p. 6.
48 *Op. cit.*, p. 4.
49 *Op. cit.*, p. 13.
50 *Op. cit.*, p. 4.
51 *Op. cit.*, p. 8.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

De esta manera, con los clásicos, venimos a cerrar un círculo, dentro del cual se mueve el humanismo de Alfonso Reyes. La cultura, según se dijo, está orientada a cierta educación humana; cultura y educación constituyeron, cuando las cosas se miran desde la altura del hombre, una política. Pues bien, con una mesura y una tranquilidad que comienzan por asombrar y acaban por convencer, Alfonso Reyes afirma que en *la paideia griega y la latinidad* se encuentran las orientaciones que deben regir "nuestra alta política educativa".[52] Esto significa que la formación del hombre, así como la elevación de la patria a un nivel universal, están condicionadas por la aceptación del humanismo que naturalmente nos viene de nuestro pasado. ¿Por qué seguir desterrando los clásicos? "Quiero los clásicos, dice, para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como vehículo natural para todo lo autóctono".[53] No es este un tema fortuito en la obra de Alfonso Reyes. Existen reiteraciones, conscientes por cierto, en las que a veces toma en cuenta lo griego y a veces lo latino de nuestro pasado. En el fondo de todas sus preocupaciones por el hombre de México alienta el gran tema que ha movido a todos los pensadores americanos, a saber, América como *tierra de utopía*,[54] América que alguna vez ha de llegar a convertirse en la voz por donde hablen todos los hombres. Para que América cumpla su destino ha de tener un punto de partida. Ese ya existe: es el humanismo constiuido por la tradición latina y griega. "De aquí partimos. Desde aquí esperamos".[55] Cualquier otro punto de referencia nos perdería en vagabundeos incoherentes. Grecia primero y después Roma han dado ya pruebas de su eficacia y han demostrado su resistencia como continentes de cultura. Los griegos llevaron a los latinos hacia la hegemonía del mundo; el alma latina transportó a los hombres del paganismo al cristianismo. Con seguridad mañana llevarán a nuestra América a la experiencia definitiva. "¡No rompáis, dice, el instrumento precioso: os quedaríais desarmados, en medio de la transformación del mundo. En buena barca bogamos: haya tormentas!".[56]

El humanismo mexicano así concebido está hecho para luchar y para ganar la batalla en un mundo de incertidumbre, en el que se anuncian catástrofes, como es el contemporáneo. El verdadero fruto del humanismo, en efecto, es, según Alfonso Beyes, la resistencia moral para los reveses exteriores. Humanista es el que sigue adelante

[52] Alfonso Reyes recogió en un volúmen que llamó *Ultima Thule*, sus principales escritos sobre el tema.

[53] *Tentativas y Orientaciones*, p. 25.5

[54] *Ibid.*

[56] *Junta de Sombras*, p. 327.

[55] Pág.

sobre las tumbas y el que pisa impávido sobre ruinas.[57] La paideia, la educación política, consiste en modelar un ideal de hombres en cada hombre, y en aceptar a la humanidad con todos sus peligros.[58] Mientras vivimos, el hombre que somos, se está haciendo en el yunque.[59] Las cosas humanas no maduran fuera de nosotros, maduran dentro. Tal es el significado de estas palabras que escribió el año de 1943, en *Tentativas y orientaciones,* cuando parecía que la humanidad llegaba a sus últimas fronteras: "¿tenemos, pues, que adelantar por la vida tristes y cabizbajos, entonando sordamente nuestro *morituri morituros salutant?*" (los condenados a morir saludan a los condenados). De ninguna manera. La historia enseña que es digna de vivirse una vida de empeños, con tal que se quiera conquistar una tierra más justa. Los pueblos, por siglos, han combatido afanosos, sin que se extinguiera "la lumbre del espíritu".[60]

¿Este humanismo, político y militante, es definitivo o es transitorio? La pregunta, por extraña que parezca, tiene sentido. Pues Alfonso Reyes, en sus estudios de Grecia,[61] al referirse al humanismo de Protágoras, lo califica de solución "transitoria e incompleta", porque deja en la sombra los problemas divinos. En cambio, el humanismo de Platón, que acaba por volver al sentimiento religioso, es considerado como definitivo. Sin duda el criterio que aquí utiliza es el histórico. Su pensamiento sobre este punto no admite discusiones después de lo que hemos delineado atrás. Podemos pensar, es cierto, que un humanismo que en nuestros tiempos haga depender el destino radical del hombre sólo de la paideia, de la educación, de la política por la cultura, constituye la última jugada que el hombre puede hacer por sí mismo. Mas no queda otra salida para el humanista moderno. O en estos momentos de peligro se retira estratégicamente a lo que Alfonso Reyes llama "última fortaleza humana",[62] y allí se salva, salvando a la humanidad; o perece. La lección que ya debemos saber es ésta: sólo el hombre puede salvar al hombre. Y Alfonso Reyes desde su mirador en la tierra mexicana pone sus apuestas en favor del hombre.

RAFAEL MORENO.

[57] *Ibid.*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

RAMOS Y SUS DISCÍPULOS

No vamos a hablar en esta *Mesa Redonda de los discípulos* de Ramos —casi todos los aquí reunidos lo hemos sido en una forma o en otra—; vamos a ocuparnos de la doctrina, de la filosofía de Samuel Ramos, de aquello que hace que pueda hablarse de discípulos en el sentido más hondo de seguidores o participantes de una doctrina *filosófica*.

Discípulos de Ramos somos en este sentido todos los que de alguna manera, ya sea crítica o no, hemos estudiado y desarrollado algunos de los aspectos de su filosofía. Pero ¿cuál es su filosofía?

La obra filosófica de Samuel Ramos se constituye en torno a varios temas fundamentales: en "El Perfil del Hombre y la Cultura en México", "fundó decisivamente —escribe el doctor Gaos— la antropología filosófica del mexicano y la filosofía de la cultura mexicana". En otras obras se ocupa del *Humanismo*, de la *Historia de la* Filosofía en México, de la Estética, etc.

Estos temas fundamentales de la obra de Samuel Ramos han sido el objeto de estas Mesas Redondas. Pero hay uno, el primero que mencionamos, la antropología filosófica del mexicano, en el que la obra de Ramos ha alcanzado máxima difusión. Da origen a todo un movimiento que en múltiples campos (filosofía, sicología, historia, arte) reconoce expresamente a Samuel Ramos como su iniciador y maestro. Para hablar de Ramos y sus discípulos nada mejor que este tema: México y lo Mexicano.

En la historia de la filosofía, en la historia de las ideas de México, la obra de Samuel Ramos ocupa lugar privilegiado. Sus reflexiones filosóficas acerca de México (su historia, su cultura) y de lo mexicano; su teoría sobre un "Nuevo Humanismo"; su *Historia de la filosofía en México;* su "filosofía de la vida artística"; sus trabajos sobre la pintura mexicana (su estudio de Diego Rivera), su obra toda,

[1] Leído en la Mesa Redonda de homenaje a S. Ramos, organizada por el Centro de Estudios Filosóficos.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

constituye una de las más valiosas aportaciones a la cultura mexicana.

En los últimos veinticinco años se desarrolla en México un movimiento en el que participan por igual pensadores y artistas, cuyo tema central es el conocimiento, la comprensión de nuestra realidad. Es justamente en este campo donde el pensamiento de Samuel Ramos ha tenido mayor importancia y difusión. Su libro *El perfil del hombre y la cultura en México,* publicado en 1934, constituye el punto de partida de esta corriente de ideas y reflexiones acerca de lo mexicano. En *El laberinto de la soledad* dice Octavio Paz refiriéndose al doctor Ramos: "su libro continúa siendo el único punto de partida que tenemos para conocernos. No sólo la mayor parte de sus observaciones son todavía válidas, sino que la idea central que lo inspira sigue siendo verdadera: el mexicano es un ser que cuando se expresa se oculta, sus palabras y gestos son casi siempre máscaras."

A la importancia de la obra de Ramos hay que añadir la de su propia vida: su actividad como maestro, en la Universidad y en el Colegio Nacional; como Director de la Facultad de Filosofía y Letras, como Coordinador de Humanidades, fue en todos sentidos enormemente positiva y fructífera para nuestra patria.

Su vida entera estuvo consagrada al pensamiento, a la reflexión filosófica y a la enseñanza. En sus relaciones con los demás logro siempre algo que, sobre todo en México, adquiere especial significación: la generosidad. De muy pocos podría decirse, como de Samuel Ramos, que "fue un hombre, en el mejor sentido de la palabra, bueno".

México y lo mexicano

En Samuel Ramos la preocupación por el tema de lo mexicano es permanente y representa la dirección fundamental de su obra y sobre todo el aspecto que mayor influencia ha ejercido en el pensamiento mexicano contemporáneo.

En el siglo XIX, escribe Samuel Ramos, "espiritualmente era México un país colonial. El ideal supremo del burgués mexicano era ir a Europa, educarse en sus escuelas y universidades, con frecuencia para no volver más a la patria. Sus hombres vivían inconformes de haber nacido en este lugar del planeta y aunque las circunstancias los forzaran a estar en México, su espíritu vivía en Europa." La tarea histórica de México consistía ya desde entonces en lograr "hacer nuestra la cultura universal". El positivismo fue un momento importante en nuestro desarrollo pero más tarde se hizo necesario superarlo y esto, observa Ramos, sólo fue posible a partir de la Revolución de 1910.

Era menester "rehabilitar los altos valores de la vida muy reba-

jados en *México por influencia del positivismo*". "La obra cultural del Ateneo de la Juventud, iniciada por el año de 1908, debe entenderse como una lucha contra la desmoralización de la época... Por la calidad de sus miembros y por la unidad de su acción es el Ateneo de la Juventud un acontecimiento en nuestro país. La vocación de cada uno de los ateneístas era heterogénea. Había humanistas como Pedro Henríquez Ureña; filósofos como Antonio Caso y José Vasconcelos, el primero orientado hacia la enseñanza universitaria y el segundo hacia la acción política. Había ensayistas como Alfonso Reyes, Julio Torri y Jesús Acevedo; críticos como Eduardo Colín; poetas como González Martínez. No era el Ateneo un cenáculo aislado del mundo: su programa era renovar y extender la cultura. Todos sus miembros eran escritores y la mayor parte de ellos han sido después profesores de la Universidad. Dentro de la variedad de objetos a que cada uno se dedicaba, había en la actividad de todos una intención común: la moralización."

En la medida en que la Revolución se estabiliza va decayendo este impulso y se va perdiendo poco a poco el aprecio por los valores de la cultura. Aparece en México un cierto "abandono de la cultura", frente al cual era menester reaccionar. Para el mexicano la tarea urgente, inmediata, era realizar una cultura propia. Había que lograr la síntesis de lo universal y lo nacional superando tanto la sumisión a Europa como el desprecio y la ignorancia de lo extranjero. Ni europeísmo ni nacionalismo. La actitud debía ser "reunir lo específico del carácter nacional y la universalidad de sus valores".

La realización de una cultura propia, mexicana, como síntesis de lo nacional y lo universal, sólo será posible, sostiene Ramos, partiendo de la investigación, del conocimiento de lo mexicano. Y ésta es justamente la tarea que se propone llevar al cabo. En su *Historia de la filosofía en México* explica el surgimiento de esta problemática: "una generación intelectual que comenzó a actuar públicamente entre 1925 y 1930 se sentía inconforme con el romanticismo filosófico de Caso y Vasconcelos. Después de una revisión crítica de sus doctrinas encontraba infundado el antiintelectualismo, pero tampoco quería volver al racionalismo clásico. En esta perplejidad empiezan a llegar a México los libros de José Ortega y Gasset, y en el primero de ellos, las *Meditaciones del Quijote*, encuentra la solución al conflicto en la doctrina de la *razón vital*. Por otra parte, a causa de la Revolución, se había operado un cambio especial que, iniciado por el año 1915 se había ido aclarando en las conciencias y podía definirse en estos términos: México había sido descubierto. Era un movimiento nacionalista que se extendía poco a poco en la cultura mexicana. En la poesía con Ramón López Velarde, en la pintura con Diego Rivera, en la novela con Mariano Azuela. El mismo Vasconcelos, desde el

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Ministerio de Educación, había hablado de formar una cultura propia y fomentaba todos los intentos que se emprendían en esta dirección. Entretanto la filosofía parecía no caber dentro de este cuadro ideal *del nacionalismo, porque ella ha pretendido siempre colocarse en* un punto de vista universal humano, rebelde a las determinaciones concretas del espacio y del tiempo, es decir, a la historia. Ortega y Gasset vino también a resolver el problema mostrando la historicidad de la filosofía en *El tema de nuestro tiempo.* Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote,* aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional."

Más adelante el doctor Ramos nos indica el sentido de su propia obra: "En esta frase de Ortega: 'yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo' veía el que esto escribe una norma que aplicar a México, cuya realidad y cuyos problemas eran completamente desconocidos para la filosofía." La meditación filosófica podía muy bien servir a la definición de la circunstancia mexicana, a la determinación de lo que es o puede ser su cultura tomando en cuenta las modalidades propias de nuestra cultura y la forma en que éstas han modelado la fisonomía peculiar del hombre mexicano. Con estos propósitos el autor publicó en 1934 un libro titulado *El perfil del hombre y la cultura en México* en el que se intentaba, por primera vez, explorar filosóficamente el pasado histórico de México, a fin de explicar y aclarar los rasgos específicos de su vida presente que pudieran constituir una especie de caracterología del mexicano y su cultura. El autor consideraba indispensable esta investigación previa para fundar sobre datos positivos los ideales de la futura vida mexicana. En aquel libro terminaba afirmando que la obra más urgente de la cultura mexicana era "la plena realización del hombre, la cabal integración de su personalidad como mexicano".

El alcance y significado de este libro de Ramos se muestra claramente en la apreciación hecha por el doctor Francisco Larroyo *en La filosofía americana* (México, 1958): "Samuel Ramos... en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México* estudia el problema de la cultura mexicana dentro del ámbito total de la cultura. La obra de Ramos es una morfología histórica de la cultura mexicana, así como una valoración en proyección ecuménica de esta cultura y de los obstáculos que hasta ahora han entorpecido su viable, adecuado, cimero destino." Etapas, formas de cultura, por ventura ya en trance de sobrevivirse o utópicas, son la "cultura derivada por imitación", mimética y la "cultura de primera mano", original, autóctona. La forma, deseable y ya asequible, dice Ramos, es la "cultura criolla", la "cultura universal hecha nuestra". Pero esta cultura, portadora de un nuevo humanismo, esta cultura nacional y universal al par, cuanto más pro-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

pia y fecunda más universal, esta cultura superior necesita para sostenerse de cierta forma social de cultura media que es su atmósfera vital. "Esta última sería el cuerpo que ha faltado para completar la totalidad orgánica de nuestra cultura y hacerla eficaz. Sólo cuando a la comunidad le sea accesible la ilustración media, fluirá por todas sus partes el alma de la minoría culta y la moverá como el sistema nervioso mueve los miembros de un organismo."

"Al dar la fisonomía de las formas de la cultura mexicana y enjuiciar ésta, Ramos hace filosofía de la historia."

Para Samuel Ramos el punto de partida es, como ya dijimos, el estudio del hombre, del mexicano. La primera parte de su trabajo consiste en una descripción de la psicología del mexicano, su propósito es establecer "cómo funciona, en general, el alma del individuo". Su tesis central "la psicología del mexicano es resultante de las reacciones para ocultar un sentimiento de inferioridad". Esta tesis se obtiene a partir del análisis de los tres tipos sociales que le parecen más representativos: el "pelado", el mexicano de la ciudad y el "burgués mexicano".

El "pelado" pertenece a una fauna social de categoría inferior y representa al deshecho humano de la gran ciudad. El esquema que resulta de su observación es el siguiente: el pelado tiene dos personalidades, una real y otra ficticia. La personalidad real queda oculta por esta última, que es la que aparece ante el sujeto mismo y ante los demás.

La personalidad ficticia es diametralmente opuesta a la real, porque el objeto de la primera es elevar el tono síquico deprimido de la segunda.

Como el sujeto carece de todo valor humano y es impotente para adquirirlo de hecho, se sirve de un ardid para ocultar sus sentimientos de menor valía.

La falta de apoyo real que tiene la personalidad ficticia crea un sentimiento de desconfianza de sí mismo. Tal desconfianza produce una anormalidad de funcionamiento síquico, sobre todo en la percepción de la realidad. La anormalidad de esta percepción consiste en una desconfianza injustificada de los demás, así como en una hiperestesia de la susceptibilidad al contacto con los otros hombres.

Como nuestro tipo vive en falso, su posición es siempre inestable y lo obliga a vigilar constantemente su "yo", desatendiendo de esta manera a la realidad.

"En el mexicano de la ciudad la nota de su carácter que más resalta a primera vista es la desconfianza." Esa actitud originaria se presenta con o sin fundamento, "emana de lo más íntimo de su ser. Es casi su sentido primordial de la vida. No hay nada en el universo que el mexicano no vea y juzgue al través de su desconfianza, reobra

sobre ella dándole una especie de justificación objetiva. El individuo se siente flotar en un mundo inestable en el que no está seguro ni de la tierra que pisa; su desconfianza aumenta y lo hace apresurarse por arrebatarle al momento presente un rendimiento efectivo."

Relacionada íntimamente con la desconfianza aparece la susceptibilidad. Se vive alerta, a la defensiva, siempre temeroso. Todo se interpreta como una ofensa. Esta susceptibilidad hipersensible es causa de su mal humor, de su carácter iracundo y violento. El mexicano es pasional y agresivo por debilidad.

El deseo más fuerte y más íntimo del mexicano es ser "un hombre que predomine entre los demás por su valentía y su poder; la sugestión de esta imagen lo exalta artificialmente, obligándolo a obrar conforme a ella, hasta que llega a creer en la realidad del fantasma que de sí mismo ha creado".

Si estas notas sobre el mexicano convienen ante todo, según Samuel Ramos, al habitante de la ciudad, al burgués se le reservan las características de ser la clase más inteligente y más cultivada del país. Su carácter se integra, al igual que en los casos anteriores, por reacciones contra un sentimiento de menor valía. Su finura y cortesía, a menudo exageradas, esconden la misma susceptibilidad y violencia del "pelado". Los sentimientos de inferioridad que le producen desagrado y depresión, se ocultan en lo inconsciente y se manifiestan a veces como sensaciones vagas de malestar, debilidad, sentimiento de incapacidad, de deficiencia vital, etc. El "mexicano burgués" realiza la simulación, la creación ficticia de su yo, de modo tan perfecto, que es casi imposible distinguirlo del yo verdadero. Para ocultar su sentimiento de inferioridad superpone a lo que es, la imagen de lo que quisiera ser, que va desde el afán de evitar el desprecio ajeno hasta una verdadera voluntad de poder. La creación de uno mismo, a partir de la imagen deseada por la fantasía, exige un cuidado constante y la complicidad de los demás hombres que se convierten en meros espectadores de un personaje imaginario. Se vive la ficción sin darse cuenta de su mentira; no hay en ello un propósito consciente y deliberado sino la acción de fuerzas inconscientes. Se le hace trampa a la vida. La satisfacción que produce al simulador su imagen le hace abandonar todo esfuerzo para lograr una realización auténtica. El simulador pasa al través de los años sin experimentar ningún cambio. El mexicano de hoy es el mismo de hace cien años.

"El mexicano es un hombre que huye de sí para refugiarse en un mundo ficticio. La inconsistencia de su personalidad, que puede desvanecerse, exige protección; de allí la exagerada susceptibilidad y como consecuencia de ella la maledicencia a la que corresponde la supresión de la autocrítica."

"El mexicano necesita convencerse de que los otros son inferiores a él. No admite, por tanto, superioridad ninguna y no conoce la veneración, el respeto y la disciplina. Es ingenioso para desvalorar al prójimo hasta el aniquilamiento. Practica la maledicencia con una crueldad de antropófago... Cada individuo vive encerrado dentro de sí mismo, como una ostra en su concha, en actitud de desconfianza hacia los demás, rezumando malignidad para que nadie se acerque. Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista."

"Es rasgo característico de la psicología mexicana inventar destinos artificiales para cada una de las formas de la vida nacional. Nunca toma en cuenta la realidad de su vida. La planea como si fuera libre para elegir todas las posibilidades que se presentan a su mente."

En resumen, el sentimiento de inferioridad se manifiesta constantemente en la conducta del mexicano, por eso, dice Ramos, "nos hemos valido sistemáticamente de esta idea para explicar nuestro carácter... aplicando rigurosamente las teorías sicológicas de Adler al caso mexicano".

¿Cuál es el sentido, la significación última de este sentimiento de inferioridad? ¿Cuál es su origen? ¿Por qué "mientras que en otras partes ese sentimiento se presenta en casos individuales más o menos numerosos pero siempre limitados, en México asume las proporciones de *una deficiencia colectiva?*" ¿Es posible superar este sentimiento de inferioridad? ¿Cuál es el camino para lograr esta superación?

Frente a estas cuestiones la respuesta de Samuel Ramos está ya claramente formulada: "Hasta ahora los mexicanos sólo han sabido morir; pero ya es necesario adquirir la sabiduría de la vida." En primer lugar, y ante todo, esta sabiduría ha de manifestarse como "autoconciencia", como conocimiento riguroso de nosotros mismos, de nuestra historia; en segundo lugar como la ruta o el camino a seguir.

A la descripción sicológica del mexicano de acuerdo con la teoría adleriana del sentimiento o complejo de inferioridad, sigue en la obra de Ramos la interpretación de este sentimiento no como algo constitutivo de nuestro ser sino como el resultado de una serie de actitudes explicables históricamente.

El sentimiento de inferioridad es algo que el mexicano ha adquirido en el curso de su historia. El sentimiento de inferioridad no se manifiesta en el mexicano en tanto que ser humano sino en tanto que mexicano. Lo afectado estrictamente es su conciencia nacional, su "conciencia de la mexicanidad", el "*hecho de ser mexicano*". El mexicano, escribe Samuel Ramos, *no es un ser inferior* sino que tiene el sentimiento de su inferioridad. No es una inferioridad real sino el efecto de una actitud que consiste en desvalorizarse a sí mismo; "en la mayoría de los mexicanos es una ilusión colectiva" consecuencia de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la aplicación a la realidad mexicana de escalas de valores, de ideales, correspondientes a otros países, particularmente los europeos.

Frente a las teorías que pretendieron fundar una inferioridad real del mexicano, ya fuera por el simple hecho de ser "americano" o por su carácter mestizo, sostiene Samuel Ramos que se apoyan, en último término, en la idea de que la cultura y el hombre europeos encarnan los valores absolutos, la raza superior. "Hegel, escribe Ramos, atribuye a los americanos una positiva inferioridad. Los mismos mexicanos así lo creyeron en el siglo pasado y aun formularon una tesis autodenigratoria. Nuestra idea no debe tomarse como una autodenigración más. Al contrario, deseamos sinceramente demostrar que aquel sentimiento carece de una base objetiva, pues hasta hoy la biología de nuestra raza no ha encontrado ningún dato para suponer que esté afectada por alguna decadencia orgánica o funcional."

En conclusión, para Samuel Ramos el sentimiento de inferioridad del mexicano tiene su origen en la historia: "Al nacer México se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores. Se presentaba en la historia cuando ya imperaba una civilización madura, que sólo a medias puede comprender un espíritu infantil. De esta situación desventajosa nace el sentimiento de una inferioridad que se agravó con la conquista, el mestizaje y hasta por la magnitud desproporcionada de la naturaleza. . ." "La organización colonial tendía a deprimr el espíritu de la nueva raza. Los conquistadores eran soldados, no hombres de trabajo, que tuvieron que explotar sus nuevas posesiones por medio de la raza vencida. Por eso el trabajo en América no tuvo el significado de un bien para librarse de la necesidad, sino de un oprobio que se sufre en beneficio de los amos. La voluntad y la iniciativa de los mexicanos carecía de oportunidad en que ejercitarse. La riqueza no se obtenía mediante el trabajo, sino merced a un privilegio injusto para explotar a las clases de abajo. El comercio era un monopolio del clásico abarrotero español. que venía de paso a América para llevarse una fortuna a su tierra. La minería y la agricultura eran fuentes de una riqueza que también huía a Europa. Unos cuantos privilegiados podían educarse en los colegios y seguir después una profesión liberal. Las profesiones se reducían casi a dos: la de cura o la de licenciado. La mejor oportunidad de vivir que tenía la clase media era la burocracia. Así, la masa de la población reducida a la inactividad se hizo perezosa y resignada a la pobreza de la cual no tenía otra esperanza de salir que el favor de Dios manifestado en forma de lotería."

Durante la Colonia se acentúa, pues, el sentimiento de inferioridad que surge con la conquista. Pero es justamente a partir de la Independencia nacional cuando este sentimiento se va haciendo cada vez más patente en la vida de México. El "optimismo nacionalista"

es la tónica propia del movimento criollo que ha logrado alcanzar el poder y la independencia frente a España. El optimismo es exagerado; se trata de ponerse a la altura de la civilización europea. Pero pronto aparece una "desproporción entre las posibilidades reales y el ideal que perseguían".

Juan Hernández Luna, en su excelente libro sobre Samuel Ramos, nos ofrece un resumen de esta explicación histórica de la formación del *sentimento de inferioridad en el mexicano:* "... apenas se inicia la marcha de la nacionalidad mexicana... estalla un conflicto entre lo que se quiere hacer y lo que se puede hacer, un choque entre las ambiciones desproporcionadas y las capacidades reales. Tal choque lleva a los mexicanos a advertir que sus fuerzas son inferiores a sus fines propuestos; los hace comparar los resultados obtenidos con los que deseaban obtener y ven que éstos son inferiores a aquéllos. Al fin comprenden que se estaban echando a cuestas una empresa sobrehumana, de modo que hasta la raza más fuerte se hubiera sentido empequeñecida al proponérsela. Este conflicto entre el querer y el poder desajusta las funciones síquicas de los mexicanos, agudizando su sentimiento de inferioridad engendrado por la Conquista y la Colonia y que, como un fantasma, los acompañará hasta nuestros días.

Este sentimiento va aumentando durante el siglo XIX debido a *nuevos "accidentes históricos"*. La derrota y la pérdida del territorio frente a los norteamericanos en la guerra del 47; el Imperio de Maximiliano y la Intervención Francesa, etc. Años más tarde la situación del país, a pesar de la obra de Juárez y de la Reforma, no permite tampoco la superación de este sentimiento. "El orden porfiriano —escribe Ramos— favorece solamente a la clase que está en el poder. La educación pública es precaria, la cultura superior insuficiente. No es pues extraño que todas estas desgracias conduzcan a la autodenigración o sea a una valoración negativa de la nacionalidad." También las opiniones del extranjero repercuten claramente en la idea que el mexicano se forma de sí mismo: "desde la campaña de desprestigio atribuida a Poinsset hasta las campañas de las agencias norteamericanas que esparcían por todo el mundo las más absurdas informaciones sobre la Revolución de 1910 hay una continua afluencia a México de opiniones desfavorables que contribuyen a deprimir el valor de la nacionalidad entre los mismos mexicanos".

Todo el análisis anterior nos muestra con evidencia el origen histórico y *accidental del sentimiento de inferioridad*. El carácter del mexicano, escribía Ramos en 1934, se nos aparece como una máscara, como un disfraz que oculta nuestro verdadero ser.

Hay que destruir este falso sentimiento, esta idea deprimente que el mexicano se ha formado de sí mismo en el curso de su historia. En esto consistirá justamente, como ya decíamos, la "sabiduría de la vida".

La educación en México, y ésta es la tesis central de Samuel Ramos, debe proponerse la realización de esta tarea. Gracias a la educación "desaparecerá automáticamente el falso carácter que, como un disfraz, se superpone al ser auténtico de cada mexicano para compensar los *sentimientos de desvalorización* que lo atormentan. Comenzará entonces una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará el espíritu en libertad para la conquista de su destino. Cuando el mexicano haya escapado del dominio de las fuerzas inconscientes, querrá decir que ha aprendido a conocer su alma. Y, en ese instante, comenzará una nueva vida bajo el signo de la sinceridad.

La educación nos permitirá realizar esa segunda independencia, siempre y cuando se fundamente en un verdadero conocimiento del hombre de México. Es el *humanismo* el único punto de partida que permitirá al mexicano la superación de sus características síquicas ya indicadas y la realización de su ser histórico futuro. El mensaje de Samuel Ramos *Hacia un nuevo humanismo* se formula en este libro que pretende ser "un resumen de las convicciones filosóficas del autor".

DR. RICARDO GUERRA.

LA RESPONSABILIDAD DEL FILÓSOFO EN EL MUNDO ACTUAL *

Un filosofar auténtico, constituye una autodefinición del hombre filósofo; es un comprometerse abiertamente en el mundo a través del pensamiento. No escapa a este designio la investigación sobre cuál es la misión y la responsabilidad del filósofo en el contexto de la situación problemática propia del paisaje espiritual de nuestro tiempo.

El problema, con sus múltiples implicaciones, es extremadamente complejo y controvertido. Un análisis obliga a dilucidar: ¿qué entendemos por "filósofo", por "responsabilidad" y por "mundo contemporáneo"?

En el substrótum de esta comunicación, destaca como fundamental la exigencia de una toma de posición frente al problema de *la libertad* y del *valor*.

Sumariamente, se pone en relieve lo que nos parece el Fundamento de esta cuestión, en cuatro enunciados principales de la tesis.

1. *El filósofo caracterizado desde los puntos de vista de su historicidad y de la esencia de la filosofía.* Un planteamiento radical de estos problemas, adquiere sentido pleno en el marco de una Filosofía del Hombre. La investigación acerca del acto singular de filosofar, implica una investigación sobre la esencia de la filosofía y sobre la historicidad del "hombre filósofo".

El filósofo auténtico, (auténtico en el sentido de procedencia real y cierta y no respecto a la exactiud de un contenido), a diferencia del no-filósofo o del pseudo-filósofo, es el sujeto que piensa filosóficamente, *pero* creadora o recreadoramente, y comunica su pensamiento; éste siempre debe significar alguna contribución original a la reflexión e investigación filosófica.

---

* Comunicación presentada al III Congreso de la Sociedad Interamericana de Filosofía (VI Interamericano), celebrado en Buenos Aires entre el 31 de agosto y el 5 de septiembre de 1959.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Por una parte, el filósofo es "un hombre de carne y hueso", con una biografía personal en su calidad de ser histórico, social, etc., susceptible de ser considerado, por ej., en estudios tipológicos. Por otra, realiza una singular tarea sistemática, en cuanto "hombre teorético" en busca de la verdad, con actitud alerta y aptitud crítico-valorativa. Nada de lo humano me es ajeno, expresa la sabiduría de Terencio. De ahí que podamos suponer que, aun lo denominado habitualmente "extrafilosófico", puede ser tratado, con rigor, filosóficamente. Esto significa que el filósofo logra cierta clase de certeza, posibilitada por su vocación a la omnicomprensibilidad; hace entrar "en juego la esencia entera del hombre", y *se compromete*, desde la partida, con alguna idea de la filosofía, con alguna concepción del mundo, del hombre y de la vida humana, aparte de otros eventuales compromisos teóricos y prácticos, en ineludibles conexiones filosóficas. Esto implica pensamiento e información. Julián Marías, al destacar la infrecuencia del pensamiento en la actualidad, entre otras cosas, recomienda la búsqueda de un equilibrio entre la información y el pensamiento. Sin negar en absoluto la importancia de la información y de la erudición, expresa que éstas son "las grandes simuladoras porque fingen vida intelectual donde sólo hay manejo de inertes objetos intelectuales".

2. *El filósofo contempla y busca la verdad, universal y necesaria, desde su situación problemática actual.* El filósofo responsable de su acto de filosofar comunicado, se mueve en dos momentos diversos, pero que confluyen a la determinación de su situación total, en la cual piensa filosóficamente, y desde donde se justiprecia su responsabilidad.

Solamente la idea de verdad universal y necesaria, salva del relativismo historicista al filósofo, en cuanto poseedor de algo común a todos los filósofos y que, no obstante, reflexiona en una época determinada, subsumido en la tradición filosófica y de modo alguno indiferente a los graves problemas de nuestro tiempo, y preocupado por el futuro, ante el cual "*es*" y —en cierta medida— "debe ser" responsable de su filosofar actual. El pensamiento del filósofo, no sólo significa un *compromiso* con su época, que es primordial, sino compromiso en el re-pensamiento, en la reiteración, reinterpretación y revaloración del pensamiento surgido y desenvuelto en el pasado; y, por último, compromiso al encarar la perspectiva imprecisa del porvenir del hombre y del destino de la persona humana.

Los problemas y temas predominantes en una época, determinan las variables de índole histórico que afectan, en el filosofante, al "órgano de reacción para la totalidad del ser", si usamos la expresión de Simmel. Éste sería el segundo momento configurador de la situación del filósofo de hoy, y que coadyuvará a esclarecer su misión y respon-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

sabilidades. Se trata de la "tónica" del mundo contemporáneo, modulada en problemas y tópicos relevantes, honda y abundantemente tratados en nuestros días.

Los hechos y situaciones históricas son singulares y podemos aceptar el supuesto: existen ciertos problemas y temas predominantes, y frecuentemente angustiosos, en cada época. Y, por lo tanto, en la nuestra. Parece destino espiritual y cultural del hombre el tenerlos. La investigación previa y rigurosa de esta problemática permitiría, sin duda, revelar aquello de característicamente sobresaliente del mundo de hoy, en base a lo cual sería posible, aquí y ahora, precisar la misión y responsabilidad del filósofo, encarando: lo que, retro-yectivamente, hemos sido, desde el ángulo de la filosofía en su historia; lo que, en primera inspección, realmente ahora somos; y lo que, proyectivamente, en el campo de las posibildades, seremos.

Entre las diversas reflexiones que se han hecho sobre el mundo contemporáneo, sólo destacaremos aquí, una de Heidegger, de inestimable valor. Considera nuestra época como *época de crisis en todas las disciplinas y, en particular, en las ciencias.* Pero "crisis" como movimento de "revisión" de conceptos fundamentales; revisión radical y creadora y no síntoma de debilidad y de derrumbe. ¡Es de esperar que tal interpretación del mundo actual, enfrentando al porvenir, no defraude las esperanzas que animan a la dramática aventura humana!

3. *Responsabilidad implica aceptar un "grado de libertad" y adherir a una posición axiológica.* A) En cuanto al primer aserto, sólo si admitimos —aun cuando sea en calidad de supuesto— un cierto grado "ínfimo" de libertad, tiene sentido hablar de responsabilidad del filósofo, o cualquier otro tipo de hombre, en la dirección señalada en esta comunicación. El auténtico filosofar exige una toma de posición frente a tan delicado problema, cual es este enfrentamiento a la antimomia libertad-no libertad (ésta en cuanto determinismo absoluto). Esto significa centrar el problema de la responsabilidad del filósofo en el controvertido tema de la libertad humana, el cual aparece comprometido, desde la partida, en la concepción del hombre que sustentemos y que suscribamos. No podemos, sin embargo, esperar cándidamente "unanimidad alguna acerca de lo conocido definitivamente".

Este apenas perfilado "grado ínfimo" de libertad, es el que permite salvar la nota de la libertad del espíritu, frente al determinismo absoluto. Posibilita la selección misma, y permite seleccionar esto o aquello que ayudará a conformar las consecuencias del acto de filosofar, del que el filósofo será garante.

Nos preocupa el concepto de "responsabilidad" en el compromiso voluntario, específico de la acción humana. En primer término, responsabilidad comprendida como "responder de..." (algo). A. Lalande,

por ej. concatena el problema de la libertad y de la voluntad en estas tres cuestiones, aparte de sugerir otras resonancias: un grado de comprensión de la naturaleza del acto; las consecuencias del mismo, y la voluntaria realización de aquél. Aristóteles señala al hombre como "*causa responsable* de todas las cosas que depende de él hacerlas o no hacerlas; y sólo de él dependen las cosas de que es causa". Por otra parte, en estas otras palabras, está explícito lo que el Estagirita entiende por *la libertad y lo voluntario*: "cuantas cosas están en el individuo el no hacerlas, pero las hace con pleno conocimiento y por sí mismo (espontáneamente), estas cosas necesariamente son voluntarias".

Intentar establecer responsabilidades del acto voluntario de filosofar, en el cual se ejercita la libertad, podrá entonces significar: primero atribuir al hombre el ser causa responsable de su acto; segundo, afirmar las consecuencias de aquello de que es causa y, tercero, la libertad en el acto voluntario expresada en el hecho de que de él depende hacer o no hacer las cosas de que es causa.

No es propósito de este breve trabajo incursionar por la vieja y siempre nueva discusión en torno a este tópico, ni aun explorar críticas, como aquella tan aguda de Shopenhauer en su ataque al libre arbitrio y, particularmente, al mencionado pensamiento aristotélico.

El "grado" de libertad aludido, implica cierta conciencia de la propia libertad. Se podrá expresar, de acuerdo con Bernard Guillemain: *a) objetivamente*, al considerar al sujeto llamado a ser responsable, susceptible y apto para recibir sanción o censura, o aprobación o estima de nuestros actos como sujetos garantes: *b)* desde el enfoque *subjetivo*, al ser reconocido aquél como sujeto de una obligación autoimpuesta o exteriormente impuesta a él, (sujeto que "responderá a. . ."). Este autor considera *"la libertad como condición necesaria de la responsabilidad"*.

El filósofo filosofa en vista a un fin, pues en el acto voluntario "todo se mueve en virtud de un principio intrínseco que supone algún conocimiento de ese fin". El fin filosófico del acto de filosofar, puede ser alcanzado o no alcanzado; pero el conocimiento del fin y de la naturaleza peculiar de ese acto, se enlazan con sus *consecuencias*, de las cuales el filósofo responde. Lo anterior conlleva el complejo problema de la posesión de un cierto grado de *pre-visión* humana del futuro. Esto significa atribuir cierta autarquía al espíritu humano (ver nota 4). En todo caso, se trata de una capacidad para pre-ver (de manera incompleta), "algo" del ser del hombre —y por qué no de la humanidad— en su realización futura.

¿Cómo exigirle responsabilidad al incapaz de pre-ver, en alguna medida, las consecuencias de su acción? No obstante, en las faenas filosóficas, debido a que una doctrina o un señalado pensamiento fi-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

losófico, pueden llegar a influir en el futuro, positiva o negativamente, orientando o desorientando (de acuerdo con la idea de bien o el canon axiológico al que adhieran quienes pre-ven consecuencias del filosofar), existe el peligro personal para el filósofo responsable, de la *consecuencia no buscada,* no prevista, no esperada. Hay notables ejemplos en la historia.

Nos interesa puntualizar de Aristóteles: libertad para hacer o no hacer; responsabilidad al hacerlas o al no hacerlas. El filósofo, al no ser impedido de hecho por causas internas o externas, tiene la obligación de contribuir a la filosofía con su esfuerzo intelectual responsable. Es, de esta suerte, responsable de su filosofar en el silencio y en el aislamiento, más que nunca en esta época de crisis e inseguridades, cuando son muchos los que esperan demasiado de la filosofía. Más aún cuanto que *la obra* filosófica escrita, compartida, es el testimonio que tiene el prójimo para apreciar filosóficamente su valor, en la perspectiva histórico-cultural. También es responsable de la comunicación de su pensamiento a través del diálogo vivo, de la formativa y alta docencia filosófica y de la difusión por otros medios. Jasper ha dicho: "Hay que aceptar la exigencia de que la filosofía sea accesible a todo el mundo. Los prolijos caminos de la filosofía que recorren los profesionales de ella sólo tienen realmente sentido, si desembocan en el hombre." Por otra parte, de acuerdo con la reflexión de Francisco Romero, la mayoría del pensamiento auténtico y profundo, no proviene por entero del aislamiento intelectual ni por completo de la postura dialógica: "la soledad plena sólo se da en los extravagantes o excéntricos, y la excesiva atención al pensamiento de los demás inmoviliza el propio, cuando no es ya signo de su inseguridad e inconsistencia".

Todo lo sumariamente tratado en este punto y la problemática predominante del mundo contemporáneo sirven de base, entre otras cosas, para esclarecer y puntualizar la responsabilidad de esta índole, "compartida". Ello significa, por una parte, que el filósofo responsable de modo alguno puede justificar una *indiferencia* frente a sí mismo y respecto a la realidad el mundo que vivimos y a los problemas de la filosofía de todos los tiempos. Y, por otra parte, significa que el filósofo de hoy, tiene la responsabilidad de *lograr una efectiva colaboración* filosófica, y, tal vez algún día, una racional *coordinación de las investigaciones filosóficas,* por lo menos para comenzar, en nuestro Hemisferio y, después, colaboración y coordinación con otras regiones del mundo. ¡Cuán extraño es el hecho contemporáneo: cuando los hombres realmente, tal vez más que nunca, se comunican más, tal vez más que nunca se conocen y se comprenden menos!

B) En segundo término, en íntima e inseparable conexión con el primer aserto —sobre el "grado" de libertad— surgen los proble-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

mas de la responsabilidad del filósofo y el establecimiento de sus responsabilidades, bajo el signo de la necesidad de tomar una definida posición frente a los valores. El filósofo, nuevamente se ve abocado a precisar su posición ante la antinomia primordial de —un orden inmanente— un orden trascendente absoluto de ser y de valor. Negando la legitimidad del problema de los valores, se desconoce la legitimidad del enfoque de "la responsabilidad" en cuanto a un "responder frente a. . ." La actitud de omnicomprensibilidad del filósofo se recorta de inmediato y se circunscribe al dominio del ser y de la pura conceptualización. En tal circunstancia, bien pudiera carecer de sentido todo cuanto podamos afirmar acerca de "valorar" y de "re-valorar" cualquier pensamiento filosófico. De esa manera la "problemática de la responsabilidad" prescinde de los valores a los cuales concedemos *importancia y significación en el estudio del sujeto responsable.* No solamente se "responde de. . ." (algo), sino también se "responde frente a. . ." Ello apunta a un responder frente a valores de una sociedad, de un estado, o a valores supremos, etc. Evidentemente, se discutirá acerca de cuál "tabla de valores" se acepta, trátese de valores relativos y subjetivos, personales o socialmente aceptados, o de valores absolutos y objetivos. Pero el problema subsiste y se manifiesta de diversas maneras. Por ejemplo para apreciar el cumplimento o no cumplimiento de las responsabilidades contraídas por el filósofo. También para dar sentido a la validez y a la valoración de las responsabilidades del filósofo del mundo actual, las cuales se escinden necesariamente: *a)* en valoraciones actuales de responsabilidades respecto al acervo filosófico del pasado, (tenemos ahí ofrecida a nuestra investigación y valoración, el libro siempre nuevo de la vieja historia del pensamiento filosófico), y *b)* en valoraciones actuales de responsabilidades derivadas del filosofar en relación al "presente" y al mundo por venir; he ahí el libro inédito del desenvolvimiento espiritual del hombre futuro. En tal desenvolvimiento, habrá alguna suerte de "huellas" o signos, más o menos profundos, brillantes y señeros del pensamiento contemporáneo. *Esa "huella" posible, e imprecisamente previsible en* sus grandes lineamientos —o a lo menos presuponible— en el pensamiento y en la vida futuros, puede servir de "guía" a una prudente "pre-orientación" en lo que de significativo ella pudiera tener, desde su irrealidad que nos motiva aquí y ahora, con respecto a las consecuencias de un filosofar responsable en el mundo contemporáneo.

El pensamiento filosófico surgido en el pasado, es susceptible de ser incesantemente re-descubierto, re-pensado y re-intepretado en un nuevo filosofar desenvuelto en algo así como en un siempre nuevo "presente". "Nuestro presente" ofrece una especie de perspectiva o coordenada referencial par valorar y re-valorar la filosofía y sus consecuencias, propias de un filosofar en cuanto acción ya realizada, ac-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ción en vías de realización. La acción por ser realizada, admitiría acaso una cierta pre-valoración en el mero campo de las posibilidades.

4. Finalmente, como una derivación de los anteriores puntos, y *aceptando lo que de esencial hay en la teoría de los valores, el establecer y el apreciar responsabilidades del filósofo, deben comprenderse en relación con el ser teórico, el ser ético y el ser social del filósofo.* A pesar de que la persona no mostraría fractura ontológica en la unidad de sus actos espirituales, si seguimos a Scheler (Ética), el ser humano se exterioriza mediante comportamientos que apuntan hacia objetivos valiosos para el sujeto, hacia valores de diferente altura y jerarquía; hacia valores intelectuales, morales, sociales, etc. La armonía perfecta entre ellos, sería nota del *filósofo ideal.* Pero en la existencia individual y concreta de los filósofos, hay debilidades, genuinas de su naturaleza humana. No poseen individualidad ni beatitud angélicas. Son "hombres de carne y hueso" y alma. Según Espinosa, los hombres son susceptibles de ser dominados por las pasiones, lo que puede hacerlos contrarios los unos a los otros, y con afecciones de la excesiva estimación y del menosprecio. No obran libremente al actuar de mala fe. Son seres susceptibles de alejarse de aquello que estiman bien.

Los filósofos, intelectualmente responsables, pueden investigar y alcanzar un concimiento ético y, sin embargo, no ser responsables como individuos en la convivencia social.

La responsabilidad del filósofo que prima, en una eventual jerarquía de los tres valores consignados, es la referente a su estricto pensamiento filosófico. Problema aparte sería indagar y pronunciarse acerca de la responsabilidad del filósofo en su vida cotidiana, no-filosófica. La historiografía de filósofos, consagrados ya en la Historia de la Filosofía, muestra ejemplos de ruptura de la unidad de los actos espirituales de la persona, mirada y estimada desde el estricto punto de vista del comportamiento moral y social.

Una posible vía hacia una más acabada sistematización de esta materia, quizá pudiera ser lograda, al distinguir en el filósofo —para el cual se acepte el *ideal* de lograr la armonía perfecta entre su ser teórico, su ser ético y su ser social—, las siguientes responsabilidades: *a)* aquéllas relativas a su pensamiento filosófico estricto, en relación con la universalidad y necesidad de la verdad. Esto lo recoge, a través de los siglos, la Historia de la Filosofía); *b)* y aquellas responsabilidades diversas en su vida singular y concreta (de su biografía personal), que interesarían, por ejemplo, a la historia, a la caracterología, a la sociología del saber, etc.

De esta manera, es posible comprender que el hombre tiene una misión y responsabilidad dentro del amplio campo de la contempla-

ción y de las actividades humanas. Si todo tipo de hombre cumple o puede cumplir alguna misión o función en la vida y es garante, en alguna medida, de los efectos de sus acciones, al filósofo le corresponde cumplir y responder de las específicamente suyas. Si aceptamos que el filósofo, como un tipo humano, posee la aptitud, y la actitud alerta, para padecer el vértigo metafísico de su Tiempo, ante el cual se descubre lo precario y breve de la vida del hombre y, más aún, ante el dominio mismo de "*lo posible ahistórico*", podemos preguntar: ¿en qué sentido y en qué medida podríamos asignarle al filósofo una cierta responsabilidad última, perteneciente al hombre y, por lo tanto relacionada con la realización plena de su esencia (por lo demás nunca lograda prácticamente), en su historia, y con un eventual destino, común a todos los hombres?

SANTIAGO VIDAL MUÑOZ.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

EL POSITIVISMO EN IBEROAMÉRICA

La lucha por la libertad, la adopción de instituciones que permitiesen su expresión en Iberoamérica, resultaba tremendamente difícil. Tanto que en Hispanoamérica llevaba ya cerca de medio siglo de discusión verbal y guerra sin cuartel sin llegar a grandes resultados. Las fuerzas liberales habían alcanzado predominio, pero a costa de grandes sacrificios. Las tierras hispanoamericanas se encontraban desoladas. En México, por ejemplo, el triunfo liberal obtenido a pesar de la intervención francesa en 1867, había dado lugar a una pugna entre los mismos liberales por el poder. En el resto de Hispanoamérica las discusiones sobre el poder una vez logrado el triunfo de las fuerzas progresistas azotaba sus poblados. Mientras tanto ese mundo, al que en vano se trataba de alcanzar, crecía y se expandía sin discriminación alguna sobre todos los pueblos no occidentales, incluyendo los iberoamericanos. Éstos ya habían tenido duras experiencias de esta expansión. México la había sufrido en 1847 al ser amputado por los Estados Unidos. Francia lo había invadido en 1863 apoyando, nada menos, que a las fuerzas que le impedían incorporarse al progreso. Francia e Inglaterra y luego los Estados Unidos, se disputaban el resto de los pueblos iberoamericanos para explotar sus materias primas. Así la entrada en el nuevo mundo en otro rol que no fuera el de colonia iba resultando cada vez más difícil. Mientras se discutía sobre la libertad y la forma de gobierno y los gobernantes que correspondían a su realización, el Mundo Occidental acrecentaba su poder. Un poder de carácter material apoyado en la capacidad de sus hombres para transformar las materias primas en artículos de comercio necesarios para el nuevo confort del mundo. La capacidad industrial y comercial del mundo occidental era la que hacía la grandeza material de sus pueblos. Estos pueblos triunfaban porque se habían entregado al trabajo sin preocuparse ya más por discutir ideas que formaban parte de su propia naturaleza.

Los pueblos hispanoamericanos, esto es, sus líderes, empezaron a preguntarse si no sería mejor invertir los términos abandonando la

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

discusión inútil y las estériles luchas para establecer en primer lugar, el orden que hiciese posible la libertad democrática. Lo primero era dar a sus respectivos pueblos bienestar material y el orden que hiciese posible éste. Primero había que hacer fuertes a estos pueblos materialmente. Esta fuerza era urgente para no caer en un nuevo colonialismo. Los mexicanos, los más cercanos al llamado "Coloso del Norte", sentían mejor que nadie esta urgencia y hablaban de ella en todos los tonos. El mexicano Justo Sierra (1848-1912) hablaba de esta urgencia cuando decía: "Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el desiderátum social; se trataba de que la República —agrega siguiendo a Spencer— . . . pasase de la *era militar* a la *era industrial.*" Y era menester que "pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproxima más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y disolvernos si nos encontraba débiles". Y en un artículo publicado en 1880 había dicho lo siguiente: Es menester que nos vigoricemos, pues de "lo contrario, la incoherencia se pronunciará cada día más y el organismo no se integrará, y esta sociedad será un aborto". Entonces quedaremos inermes, seremos los más débiles en esa lucha por la vida de que habla Darwin. Mientras nos destruimos, "junto a nosotros vive un maravilloso animal colectivo, para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente, armado para devorarnos". Frente a ese Coloso estamos expuestos "a ser una prueba de la teoría de Darwin, y en la lucha por la existencia tenemos contra nosotros todas las probabilidades". El chileno Bilbao ha dicho también: es menester que nos fortalezcamos y nos unamos las naciones indoespañolas, porque los Estados Unidos extienden más sus garras "en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. . . Ayer Texas, después el norte de México. . . Panamá". Se trata de una gran nación: pero "volviéndonos sobre sí mismos y contemplándonos tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aun los contenedores del Olimpo". En cuanto a los argentinos Sarmiento y Alberdi piden a los hispanoamericanos sean como los Estados Unidos del Norte para que en el futuro se puedan incorporar al lado de las nuevas naciones como iguales. El orden, un nuevo orden para hacer la felicidad material de los pueblos, se va a establecer en cada uno de los países hispanoamericanos. Se abandona la discusión por la libertad y se establece el orden que permitirá el progreso material de cada país y, con él, la libertad por añadidura. Grupos de hombres prácticos, que tratan de semejarse a los que han hecho la grandeza de los pueblos sajones, surgen en cada una de las repúblicas hispanoamericanas predicando el orden, el bienestar material y la riqueza para estos pueblos. Lo urgente, lo inmediato, es fortalecer la sociedad,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

integrarla, homogeneizarla. Porque en la medida en que las sociedades se integran y se hacen más homogéneas, lo dicho ya Spencer, se realizará mejor la diferenciación y definición. En la medida en que el orden social sea más permanente, mejor se irá realizando la libertad del individuo. No se puede pasar de la anarquía a la verdadera libertad. Estos grupos de hombres cuya meta es el orden y el progreso material de cada uno de sus países en Hispanoamérica, van formando las oligarquías que van a predominar en el último cuarto del siglo XIX. De estas oligarquías, acaso la más destacada lo será la representada por la larga dictadura del general Porfirio Díaz en México, que dio origen a lo que se ha llamado el porfirismo o porfiriato.

Así, entre los años 1880 y 1900 pareció surgir una Hispanoamérica nueva. Un grupo de países que parecían no tener nada que ver con la Hispanoamérica que había seguido a la independencia política. Un nuevo orden se alzaba en cada país; pero ya no era el orden colonial, sino un orden apoyado en las ideas del progreso y la ciencia. Un orden que parecía preocuparse por la educación de sus ciudadanos y su confort material. A este orden se habían sacrificado las libertades políticas, por considerárseles innecesarias y perturbadoras. En cada país se alzaban oligarquías que se encargaban de este orden y de su expresión en el campo político. La única libertad por la cual se luchaba era la libertad por el enriquecimiento y predominio material de los más aptos, tal y como mostraban las nuevas corrientes filosóficas. Una poderosa inmigración europea hacia los países de la América del Sur hacían pensar en la aparición de otros países semejantes a los Estados Unidos del Norte. La riqueza, teniendo como fuente la industria, pareció ser el mejor de los estímulos en la nueva Hispanoamérica. Los ferrocarriles, caminos e industrias se multiplicaban. Crecía también el número de escuelas en donde se enseñaba a los futuros ciudadanos el espíritu práctico de los pueblos sajones, la forma cómo triunfar en la vida, cómo llegar a ser el más apto en la lucha por el predominio de los más hábiles. La filosofía que justificó este orden y sirvió de orientación en esta nueva forma de educación, lo fue el positivismo. El positivismo en sus dos expresiones: la comtiana y la inglesa. Las corrientes filosóficas de que se habían nutrido los grandes ideólogos de la emancipación política y mental de la América Ibera habían preparado el encuentro con la filosofía de Comte. La ideología, el eclecticismo de Cousin, el utilitarismo y el Romanticismo Social de Saint Simon, sirven como introducción a la filosofía de Augusto Comte. Los iberoamericanos al tropezarse con el positivismo lo reconocen como una filosofía a la cual ya pertenecía sin saberlo. Sarmiento, Alberdi, Lastarria y otros miembros hispanoamericanos de esta generación emancipadora, se reconocen partidarios de la filosofía comtiana al encontrarse con ella como si ya lo hubiesen sido

a priori, antes de conocerla. Dice Lastarria hablando de su generación: "No conocíamos, en efecto, escritor alguno que hubiese pensado como nosotros; y aunque en esos mismos momentos (1844) Augusto Comte terminaba la publicación de su *Cours de Philosophie Positive,* no teníamos ni la más remota noticia del ilustre filósofo, ni de su libro, ni de su sistema sobre la historia, que era el nuestro." "Nosotros no pudimos conocer la *filosofía positiva* de Augusto Comte hasta 1868." Pero su lectura, agrega, nos hizo marchar de "sorpresa en sorpresa": "Era una revelación para nosotros." Una generación de americanos, situados en el "Nuevo Mundo de bosques virginales y sin bibliotecas, de empinadas montañas y sin maestros", de "Riquezas portentosas que no alcanzan ni socorren a los que estudian", llegaba a conclusiones históricas semejantes a las que realizaba el maestro francés en la culta Europa". "¿No habíamos partido nosotros, precisamente en los mismos momentos en que Augusto Comte hacía su curso —sigue Lastarria—, cuando apenas comenzaba la prensa a publicar su obra inmortal, que no ha llegado a Chile sino largos años después, no habíamos partido de idénticas concepciones para fundar en América la Filosofía de la Historia?"

Comte, Stuart Mill y Spencer, fueron los filósofos positivistas que mayor influencia tuvieron en estas ideas. Sin embargo, esta influencia dependió, en cada caso, de las circunstancias a las cuales se les hicieron servir. En México el introductor del comtismo lo fue Gabino Barreda (1818-1881), el cual fue encargado por el presidente Benito Juárez para establecer la forma educativa que permitiese la formación de ciudadanos que en el futuro se encargasen de llevar al país por el camino del progreso. Sin embargo, de Comte no acepta la parte referente a la Religión de la Humanidad, tan sólo las ideas que servirán para formar mentes partidarias del orden social como instrumento de progreso. No faltarán positivistas que siguen a Comte en su Religión de la Humanidad, pero sin arraigo alguno en la vida mexicana. Lo mismo sucede en Chile donde los hermanos Juan Enrique (1852-1927), Jorge (1854-1894) y Luis (1864-....) Lagarrigue realizan esfuerzos porque sea aceptado Comte con su religión en el aspecto de su llamada sociocracia, sin encontrar eco. Aquí es el positivismo inglés el que mayor influencia alcanza, destacándose Valentin Letelier (1852-1919) que ve en esta corriente un instrumento para reforzar el liberalismo que de ninguna manera podría encontrar justificación en la interpretación de los hermanos Lagarrigue como se verá en la polémica que sostendrá con Juan Enrique en la pugna que se abre entre el Poder Ejecutivo y las Cámaras al disolver el presidente Juan Manuel Balmaceda en 1891 las Cámaras. Letelier se opone a este abuso del poder mientras Lagarrigue lo aplaude, por considerar que es el paso legítimo en una sociedad encaminada al orden, tal

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

y como lo había visto Comte ante el golpe de Estado de Napoleón III en Francia. En Cuba Comte es rechazado por Enrique José Varona, que considera peligrosas sus ideas para la emancipación de la isla, no así las de Spencer y Mill. En México Stuart Mill y Spencer influyen en la segunda generación positivista, la educada por la reforma de Barreda. Las ideas de los positivistas ingleses son utilizadas para justificar en el campo político el orden que haga posible la libertad, el paso de la era militar a la era industrial de que nos habla el principal exponente de estas ideas en México, Justo Sierra. En la Argentina el positivismo comtiano influye en el campo educativo representado por la llamada Escuela de Paraná, cuyo principal exponente lo será el educador L. Alfredo Ferreira (1863-1935). El positivismo inglés influyó, por otro lado, en el campo administrativo y político de la misma Argentina, justificando la orientación del grupo que firmó lo que se ha llamado la Oligarquía, cuyo principal preocupación lo fue el progreso material de este país. Pero la combinación de las ideas de Spencer con las de Marx va a dar origen a la corriente socialista que surgió como consecuencia del progreso que en el campo de diversas industrias se hizo sentir en la Argentina. El principal exponente de este socialismo, resultado de esa combinación, lo fue el fundador del Partido Socialista Argentino Juan B. Justo (1865-1928) y José Ingenieros (1877-1925). El primero en su libro *Teoría y práctica de la historia* hace un análisis de la sociedad en que se combinan el biologismo spenceriano con la interpretación de la lucha de clases de Marx. En el resto de los países hispanoamericanos la principal influencia será la de los positivistas ingleses, cuyas ideas servirán de instrumento a los grupos liberales que se han empeñado en dar a sus países el confort material junto con el orden, que es índice de progreso frente a las pretensiones absolutistas de los antiguos conservadores. Aquí también es dejado de lado Comte por considerar que sus ideas vienen a justificar en último término a los gobiernos absolutistas.

En el Brasil, por el contrario, el positivismo no vino a justificar un ideal más como en Hispanoamérica. Siguiendo su marcha en la forma que ya hemos analizado, se encontró con el positivismo y se sirvió de él por encontrarlo adecuado a las nuevas circunstancias como antes el ecleticismo había sido adecuado a las circunstancias propias del Imperio. La nueva realidad, provocada por el crecimiento de las fuerzas industriales en varios centros del país como Sao Paulo, fue debilitando la representada por el predominio de los grandes hacendados y de los explotadores de los ingenios azucareros. La industrialización empieza a desplazar al trabajo realizado especialmente por esclavos en esas haciendas e ingenios. La abolición de la esclavitud en 1888 vino a ser la más clara expresión de este cambio, al cual siguió la proclamación de la República en 1889. El Imperio, en la

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

misma forma como había surgido, desaparecía para dar lugar a una forma de gobierno más adecuada a las nuevas circunstancias. Sin violencia, como el cambio más natural, se realizó esta transformación política. Lo mismo sucede en el campo de las ideas: el eclecticismo que había servido al Imperio deja su lugar al positivismo que servirá mejor a la nueva situación. Éste, como aquél, servirán para frenar cualquier intemperancia que pudiese alterar la suave marcha de la nueva nación. En un caso y en otro, el eclecticismo y el positivismo sirvieron a la realidad sin pretender desajustarla; se ajustaron a ella ayudándola en su marcha. Sobre el positivismo brasileño ha dicho Jackson de Figueiredo, lo siguiente: "Si en vez del positivismo hubiera sido otro el espíritu filosófico que hubiera animado a los fundadores de la República ¿a dónde nos hubiera llevado el entusiasmo demagógico? Como brasileño, al contrario de mucha gente, veo con buenos ojos la influencia más o menos eficaz del positivismo en nuestros 26 años de vida republicana. El positivismo sabe lo que quiere en medio de la confusión de ideas y sentimientos egoístas."

Los seguidores de Comte brasileños, al igual que los ortodoxos hispanoamericanos del positivismo, son también partidarios de una república dictatorial. La República Brasileña se origina en la Escuela Militar de Río, en donde el positivismo había adquirido una gran influencia. Benjamín Constant, profesor de matemáticas de esa escuela fue el difusor de esa doctrina y el líder del republicanismo triunfante. Pero el positivismo también cuenta con sus "puros", sus ortodoxos, entre los que se destacan Miguel Lemos y Raimundo Teixeira Méndez. Éstos han fundado el Apostolado en el Brasil y buscan adeptos para realizar en su plenitud el ideal de sociedad comtiano. La República parece presentarles la oportunidad anhelada, por ello se adhieren a ella dos días después de proclamada. ¿Cuál es el programa de los "puros" para la nueva República? Los miembros del Apostolado encabezados por Lemos y Teixeira Méndez proponen la "Dictadura Republicana" en la cual se combinaría "el principio de la dictadura republicana con la más amplia libertad espiritual: la primera caracterizada por la reunión en el poder ejecutivo de la facultad legislativa, por la perpetuidad de la función y transmisión de ésta a un sucesor libremente escogido por el dictador bajo la sanción de la opinión pública". Por supuesto, estas ideas no fueron aceptadas por la República, sin embargo, se dio a los ortodoxos la oportunidad de participar en ella, se les encargó presentasen un proyecto de nueva bandera republicana. Es la bandera actual del Brasil, que lleva la leyenda *orden y progreso*. Como dice Joao Cruz Costa, "la influencia de las ideas de Augusto Comte no iría más allá de la confección de la nueva bandera republicana, y, más tarde, con motivo de la constitución republicana, de la acción que los positivistas ejercieron en

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado". Su idea de una república dictatorial, fue rechazada desde el principio sin debate. En la República predominaba el elemento liberal. El creador de la República, Benjamín Constant, no pertenecía a la ortodoxia positivista, de ella sólo había tomado lo que consideró adecuado a la nueva situación brasileña. Sin embargo, como registra también Cruz Costa, esta idea de una República dictatorial había de ser grata a los elementos militares más reaccionarios que aspiraban, como en el resto de la América Ibera, al predominio político. El mismo espíritu dictatorial que habrá de hacerse patente en diversas etapas de historia del Brasil y de la América Hispana. José Veríssimo dice que la idea de los ortodoxos positivistas contó "con el apoyo de algunos militares (y no de la totalidad del ejército)". "Los positivistas atrajeron el interés de muchos de aquellos individuos que, como siempre, acostumbran aprovecharse de las ocasiones de incertidumbre para conseguir alguna cosa." Por ello pulularon en el Brasil los adeptos de Comte, "pues era entonces buena recomendación ser positivista". En otros aspectos, sin embargo, el positivismo ortodoxo brasileño representó también el espíritu del nuevo Brasil, especialmente en su oposición a la esclavitud. *De esta oposición a la esclavitud mantenida por el Imperio resultará* la pugna del Apostolado brasileño contra la sede de la Iglesia positivista en París.

"El hombre —decía Teixeira Méndez—, no puede ser propiedad de nadie, pues el productor del capital humano, en modo alguno debe ser confundido con el producto de su trabajo." Nada podía prevalecer contra esta idea humanista, menos aún la consideración de ideas que se derivasen de la "ruina posible de un puñado de esclavócratas". Miguel Lemos, fiel a estas ideas que consideraba representaban el meollo de la Doctrina de la Humanidad, se enfrentará al sucesor de Comte en París, Pierre Lafitte, cuando éste, aconseja a Lemos cierta prudencia ante un miembro de la Iglesia brasileña que poseía esclavos, independientemente de que Comte hubiese condenado la esclavitud. La respuesta no se hizo esperar, la Iglesia positivista de Río Janeiro condenó a la de París por alejarse de las doctrinas del Maestro, la auténtica ortodoxia la tenía ahora América. La Iglesia Positivista de Río se transformó en el centro ortodoxo del positivismo universal. Los hermanos lagarrigue en Chile, se adhieren inmediatamente a la ortodoxia brasileña.

Tal es, a grandes rasgos la historia de las ideas en Iberoamérica en el siglo XIX. Al terminar el siglo la paz y el orden parecían reinar en las nuevas naciones, después de sus penosas experiencias. El espejismo del progreso les hizo parecer incorporarse a ese nuevo mundo que tanto habían anhelado. Cada uno de estos países, para alcanzar esta paz y progreso delegó la libertad de sus ciudadanos, esa

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

libertad por la que tanto se había luchado y discutido. El mexicano Justo Sierra, al referirse a México decía algo que podría valer para toda Iberoamérica: "La nación ha compuesto el poder de este hombre —Porfirio Díaz— con una serie de delegaciones, de abdicaciones, si se quiere extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicitase; pero sin que tampoco esquivase esta formidable responsabilidad... y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para el porvenir, porque imprime *hábitos* contrarios al gobierno de sí mismos, sin el cual puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. Pero México tiene confianza en ese porvenir...; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. *¡Que no se equivoque!...*"

LEOPOLDO ZEA.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ASPECTOS ÉTICOS DE LOS SATÉLITES

Los satélites representan para la humanidad el reto más grande y definitivo de la historia: equilibrar el conocimiento técnico con el moral, o hundirse en un final holocausto. Pues las naciones que ahora se divierten con los letales juguetes de la energía atómica no pueden continuar haciéndolo por tiempo indefinido. Este juego debe terminar o en la aniquilación de la raza humana, o en la comprensión de la inutilidad de un pasatiempo que más bien que internacional es interaniquilante, y en la canalización de las nuevas energías disponibles hacia trabajos cósmicos de la humanidad, que conduzcan a una unión del espíritu moral y de la conquista cósmica, en que la humanidad actúe al unísono.

Así, la ética, que en la actualidad es algo tan arcaico todavía como la física aristotélica, debe salvar de un gran salto la distancia que la separa de la edad moderna, e ir más allá, hacia la era del humanismo planetario. Aunque los moralistas no hayan podido definir todavía la naturaleza del bien, ni influir —no hablemos de guiar— sobre la fraternidad humana sobre la tierra, deberán crear, con todo, los instrumentos para construir una ética planetaria. Por primera vez en la historia, el filósofo —considerado en el Estado de Platón como un lunático que pretende dirigir el curso de su navío por medio de las estrellas—, ha sido llamado, por la lógica de los acontecimientos, a señalar el rumbo a la humanidad.

El filósofo no está del todo a obscuras. Platón y otros han trazado el camino; George E. Moore enfocó la definición, y Bergson, en *Las dos fuentes de la mortalidad y de la religión*, elaboró el programa cósmico. Lo que resta por hacer es atar los cabos sueltos y crear una ciencia ética tan precisa y universal como la física. La tarea está en vías de realización, si bien es tan muda e inconspicua como los satélites son ruidosos y sensacionales. Pero la esencia real de los satélites no es ruido y sensación, sino algo apacible y nada ostentoso. Su esencia es lo hecho hace unos cincuenta años por un joven en Berna, Suiza, al escribir sobre un papel la fórmula "$E = mc^2$", que determinó

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la convertibilidad de la masa y la energía. Los satélites no son sino la confirmación más contundente de éstas y otras fórmulas similares de Einstein y sus colegas, desde Galileo hasta Fermi... La esencia de los hechos gigantescos es el trabajo silencioso y profundo del espíritu.

Lo necesario, actualmente, en el campo moral, no es una acción gigantesca y heroica, sino la tarea apacible, sencilla, cumplida por los científicos a través de los siglos; labor de la cual pueden surgir consecuencias gigantescas y heroicas, como lo ha señalado Bergson incluso en el orden moral. Existen en la actualidad algunas personas que han estado elaborando pensamientos y fórmulas, no sobre la naturaleza física, sino sobre la naturaleza moral. Es posible que algún día estas fórmulas produzcan, en el futuro *moral* de la humanidad, lo que las de Einstein han producido en el presente *material*. En los Estados Unidos ha sido planeado un "Instituto para Estudios Avanzados de Valoración", cuya misión es resolver los problemas éticos provocados por las fórmulas de Einstein —los de la vida y la muerte en la tierra— para lo cual cuenta con medios potencialmente tan poderosos como los de Einstein.

No es utópico afirmar que es posible encontrar un camino para armonizar el desequilibrio moral e intelectual de que estamos aquejados, si un grupo de personas se dedica al problema del valor con la misma intensidad con que los científicos de la naturaleza se dedicaron a los problemas de la energía. De no ocurrir esto, es fácil predecir lo que sucedería. Para ello basta leer el libro de mayor venta en la actualidad. *En la playa (On the Beach)*, de Nevil Shute. La playa es la del océano del tiempo, cuyas últimas oleadas bañan su orilla y mueren lentamente en la arena. Más concretamente, es la playa de Melbourne, Australia, de la ciudad más meridional del mundo, donde las gentes viven las últimas semanas y meses de sus vidas —y de la existencia terrenal—; pues la atmósfera envenenada del hemisferio norte, devastado ya tras la breve guerra atómica de 1961, va derivando gradualmente hacia el sur, llevada por vientos y corrientes. De latitud tras latitud, de ciudad tras ciudad, va desapareciendo la vida al ser atacados hombres y animales por la enfermedad producida por la radiación; una especie de cólera que se inicia con náuseas, vómitos, diarrea, espasmos cada vez más y más violentos y, finalmente, sobreviene la muerte por agotamiento. Como los gobiernos de otras naciones meridionales, el australiano proporciona píldoras de cianuro a quienes quieran usarlas; de modo que, cuando llegue el fin, las gentes mueran pulcramente en sus camas. El mundo entero se va quedando dormido y, como dice T. S. Eliot, en el epígrafe del libro, la humanidad termina no estentóreamente, sino con un quejido apagado... Hay quienes se preguntan, tal como nosotros podríamos hacerlo, por qué el término de la vida sobre la tierra ha de ser tan ri-

dículo; la única contestación es "porque hemos sido demasiado tontos para merecer un mundo como éste". Después de envenenar a su bebé, y a punto de ingerir sus respectivas pastillas de cianuro, el teniente Holmes y su esposa María se preguntan si alguien hubiera podido detener el curso de los acontecimientos... y el teniente dice: "No sé, fue una especie de tontería que no pudo ser detenida. Cuando doscientos millones de seres deciden que el honor nacional les exige arrojar bombas de cobalto sobre su vecino, es muy poco lo que tú y yo podemos hacer para evitarlo. La única salvación posible hubiera sido darles una educación capaz de curar su insensatez."

Y así, la vida sobre la tierra termina en una paradoja: una raza que ha alcanzado la cima del desarrollo en el orden intelectual se destruye voluntariamente, hundida en su estupidez abismal. Esta paradoja, convertida en misterio, intriga a los futuros visitantes del planeta. Por una especie de magia espacio-temporal el informe redactado por esos visitantes, "La Misión Exploradora Selecta", 45,000 años después de la catástrofe, recogido en seis volúmenes que ostentan el título *Culminación y aniquilamiento de la vida en la Tierra,* cae en manos del editor del *Washington Post and Times Herald,* Alfred Friendly, quien hace una reseña del mismo en el número de la revista que corresponde al 26 de junio de 1955, donde puede ser leído... "La tierra en prados y campos y hasta las áreas otrora devastadas están ocultas por un follaje espeso. En algunos aspectos es un planeta singularmente bello, pero en otros más impresionantes produce un horror máximo; pues no hay vida animada alguna sobre la faz de ese paraíso terrestre; no existen ojos, oídos, manos ni huellas... ni cosa alguna inteligente. Mayor que el horror resulta el misterio; pues mientras la Misión Exploradora Selecta adelanta más en sus descubrimientos, acerca de la vida en la tierra, menos y menos se explica su desaparición. Cada descubrimiento registrado, cada deducción comprobada, cada pieza del rompecabezas puesta en su lugar, sirven sólo para hacer más profundo el misterio. Se encuentra ante una civilización, que da signos de un gran adelanto provocado por el deseo vehemente de vivir, como debe serlo todo en la vida; perfecta en su ingeniería, con conocimientos científicos muy vastos; civilización que tenía en gran estima los niveles filosóficos más elevados y que a pesar de todo se destruyó a sabiendas... La expresión 'a sabiendas' —continúa el informe— se usa intencionalmente. Está en el fondo del emigma. Un grupo encabezado por el Jefe de la Misión prueba de manera brillante e irrefutable (tomo II, págs. 560-719) que el terrícola no podía haber ignorado que la emisión de neutrones provocada por más de 240 reacciones de macro-fisión o fusión envenenaría en forma fatal toda vida existente sobre la Tierra. Prueba de ello es que el conocimiento y la técnica indispensables para crear una reacción gigantesca, fisión o

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

fusión, incluyen necesariamente el conocimiento del grado de radiactividad resultante, y de sus efectos sobre las formas vivas"... Hasta aquí el informe. La Misión Exploradora Selecta no pudo comprender por qué el hombre de la Tierra, tan elevado en su desarrollo técnico, fue lo suficientemente tonto en el campo moral como para jugar con los elementos cósmicos al igual que un niño con sus juguetes. Sin embargo, esto fue lo que ocurrió...

Seamos claros; la situación real en este momento es la misma. La razón es que existen dos tipos de conocimiento completamente diferentes: el conocimiento material y el moral. Hasta ahora hemos desarrollado sólo el primero y descuidado el segundo. La solución, para nosotros hombres de la Tierra, dueños todavía de nuestro destino, con un futuro todavía vastísimo, ahora que la Tierra nos invita todavía a continuar la gran aventura de la vida que compartimos con nuestros hermanos en todo el universo, la solución consiste en remediar el retraso del conocimiento moral frente al material, desarollándolo como hemos hecho con el primero. Creo que la mayoría de nosotros conviene en que esto puede hacerse si aplicamos al valor el tipo de pensamiento preciso y adecuado que hemos aplicado a la naturaleza. Supongamos que esto se hubiera logrado —en parte lo ha sido; basta leer lo escrito sobre filosofía del valor y supongamos que la nueva ciencia hubiera conquistado la mente humana, como lo ha hecho la ciencia natural, ¿cuál sería la apariencia de nuestro mundo? Permitidme ahora mostraros mi panorama futurista, que podréis poner junto al de Nevil Shute y al de la Misión Exploradora Selecta, para elegir después.

Así como la ciencia natural describe los hechos espacio-temporales, la del valor describe el *significado* de esos hechos, e incrementa nuestra sensibilidad frente al significado del mundo, en un grado actualmente inconsebible. La pintura de Nevil Shute muestra un mundo de igualdad horrible, sin vida bullente, con ciudades y pueblos muertos, con restos fantasmagóricos de una traición cósmica, escenario de una obra terminada y no obstante bañada por los rayos del sol de Dios, pintada con los colores de las estaciones alternantes, sin un solo ser sensible que pueda percibir la belleza de la Tierra... El mundo que trato de conjurar ante vosotros es el reverso del anterior; un mundo vibrante de vida, lleno de colorido, rico, infinitamente variado, tanto más pleno de sentido que el actual, cuanto menos tiene el de Shute... Un mundo de riqueza cualitativa, en vez de la cuantitativa actual, en el que todos los pueblos están unidos por el común denominador de una sensibilidad infinita para valorar cada ser humano... Escuelas, colegios, institutos y universidades enseñan a alcanzar la plena sensibilidad frente al valor, tal como ahora los institutos tecnológicos enseñan cómo obtener la plenitud de la sensi-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

bilidad física de los aparatos medidores. En razón de la naturaleza de la ciencia axiológica o del valor —que emplea cualidades secundarias como si fueran primarias—, los sentidos del hombre son los detectores más sensibles de significados de valor. La vida, en todos sus aspectos, se ha vuelto más refinada, más sutil, más perceptiva, acelerada por un espíritu nuevo —similar a la era del Renacimiento, tras la crudeza y oscuridad del medievo—. Así como la teoría física agudizó nuestro intelecto, la nueva ciencia ha estructurado nuestro sentimiento; estamos más abiertos a la plenitud del mundo; somos más receptivos frente a los milagros de la vida cotidiana. Nos hemos liberado de la existencia mecánica, monótona, maquinal, que ahora llamamos vida, y que en realidad no es sino lucha por ella. Hemos caído en la cuenta de las cosas que realmente valen: la belleza del mundo de Dios, la risa infantil y el sufrimiento humano, en vez de percibir únicamente el círculo insípido de trivialidades que encierra lo que hoy llamamos vida, con capa tras capa de cosas, artículos, aparatos, adminículos —incluyendo los proyectiles intercontinentales, las bombas atómicas y los satélites en el sentido militar en que muchos hoy piensan en ellos. El espíritu contemporáneo está enclaustrado en un materialismo espeso como niebla densa —basta leer cualquier diario dominical o escuchar la radio o ver a la televisión durante una hora para comprobarlo—; sólo nos queda tiempo para respirar, quizás, una vez a la semana, entre 11 y 12 los domingos, o esporádicamente, durante las vacaciones, cuando podemos ver un crepúsculo o detenernos a escuchar el canto de los pájaros en los árboles... para luego sumergirnos otra vez en la selva de cosas y dejar que Dios y su mundo pasen a nuestro lado, sin verlos. Puede decirse que estamos ya muertos, si bien no caemos porque la enfermedad del espíritu analizada por Kierkegaard no nos deja morir, y nos condena a una pseudovida cuyo único paso lógico inmediato es la extinción física.

La nueva era que yo veo abrirá nuestras almas al significado del valor, como la anterior abrió el intelecto a la medida de las cosas; nos hará realmente seres vivos y dignos de este mundo tan bello. Imaginad cómo la ciencia natural ha cambiado la Tierra, y lo inmensamente refinado de nuestro medio ambiente actual: a partir de una multitud dispersa de aldeas separadas y de ciudades amuralladas de la Edad Media nuestro mundo se ha convertido en una unidad comunicada, ligada por teléfonos y cables, vías férreas y carreteras, caminos aéreos y marítimos, ondas sonoras y luminosas... En forma igual la nueva ciencia cambiará el panorama interior de nuestras almas. En el vastísimo paisaje interno, que se despliega dentro del hombre y entre los hombres queda por realizar el trabajo de cultivo, falta desbrozar y arar, construir carreteras y líneas de comunicación; hay campos por segar, cosechas por levantar, tesoros por descubrir, re-

cursos por movilizar y energías que esperan ser liberadas y que pueden ser tan poderosas como las de la naturaleza material. La nueva ciencia añadirá el espíritu a la tecnología, dará valor a la energía, sensibilidad humana a la sensibilidad de los instrumentos, desarrollando al hombre como la ciencia natural a la materia... Nos enseñará las leyes de nuestra naturaleza interna en la forma simbólica de la ciencia, única forma de conocimiento exacto que poseemos. Hay también otra predicción para esta nueva era. En un dictado hecho a su hija Anastasia en 1910, Tolstoi predijo el advenimiento de guerras mundiales, la aparición de "un nuevo Napoleón" en el norte y, finalmente, una "Federación de Estados Unidos de las Naciones" —prácticamente le dio el nombre de "Naciones Unidas"—. Después de ello dijo: "veo un cambio en el sentido religioso. La idea ética ha casi desaparecido... la humanidad está sin sentido moral, pero... a mitad de este siglo veo la iniciación pacífica de una era ética en que *la luz del simbolismo* opacará a la antorcha del *comercialismo*". La función simbólica de la mente humana, racionalidad verdadera del hombre, será quien restaure el sentido moral y rompa con el dominio de las cosas y las máquinas.

La paradoja que confundió a la Misión Exploradora Selecta, la tontería que condujo a la muerte al teniente Holmes, a su esposa y a su bebé, —junto con todos los hombres, mujers y niños del mundo, rusos, americanos, chinos y de todas las razas, y junto, finalmente, con los pingüinos del Antártico—: esa nuestra estupidez letal, será superada cuando la sensibilidad ante los símbolos sea puesta al servicio de la vida. La paradoja de la existencia humana y la enfermedad de que hemos padecido a lo largo de la historia puede definirse como *nuestra insensibilidad ante la vida, asociada con nuestra sensibilidad frente al pensamiento.* La razón de este fenómeno es muy sutil; está basada en la misma racionalidad que nos ha llevado a la cima de las realizaciones tecnológicas, y sus raíces son las mismas de nuestra filosofía. El hombre, el animal racional, considera que su pensamiento es el valor supremo. El dios de Aristóteles estaba ocupado en pensar, en pensar su pensamiento — y se consideraba que la ocupación más elevada del hombre era pensar acerca del pensador divino que pensaba sus pensamientos. Tomado literalmente, el término aristotélico "teoría" significa "ver a Dios". Si valuamos nuestro pensamiento como lo más elevado, desde el momento que encierre una incorrección, valuaremos como lo más alto algo que es defectuoso. En tales condiciones, toda nuestra valoración, *toda nuestra historia,* resultará equivocada. Ocurre que siempre ha habido, y sigue habiendo, una incorrección fatal en el pensamiento humano: el no ser capaz de pensar válidamente sobre la cosa más importante, sobre la vida del ser humano individual. Por eso no ha podido estimarla en forma correcta, como

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

parte de su ser interior, de su misma racionalidad humana, o como objeto supremo y meta de su historia. Y la razón de tal incapacidad —razón de muchas de las estupideces de la historia humana— es una de las falacias de Aristóteles, repetidas por generaciones innumerables de filósofos, como tantas otras, semiverdades aristotélicas. La falacia es la siguiente: si la razón actúa por abstracción y generalización entonces "lo único" —que por definición no es ni abstracto ni general— no puede ser captado por la razón. Este argumento ha sido conservado como dogma filosófico hasta nuestros días, gracias a su plausibilidad superficial; pues ¿qué posibilidad hay de que las cosas únicas tengan algo en común? Si algo tienen en común dejan de ser *únicas, y si nada tienen en común no pueden ser* conocidas por un concepto genérico... Este argumento deriva de una falacia lógica muy sencilla, descubierta por Bertrand Russell, la de la confusión de distintos niveles de pensamiento.

La ciencia axiológica resuelve la paradoja del conocimiento de lo único, como resuelve la paradoja de Moore sobre el conocimiento de la "bondad"; el concepto de lo único está en un nivel lógico superior al de las propiedades de la cosa llamada única. La cosa es única porque tiene todas las propiedades que tiene; pero la propiedad de "tener todas las propiedades que tiene" no es, en sí, una de las propiedades que según se dice tiene aquella cosa. Así, pues, las cosas pueden tener en común el ser únicas, sin por ello dejar de ser diferentes, o sea tener conjuntos distintos de propiedades... Pueden, por ejemplo, tener bondad en común, y, *no obstante tener cada una* su propio tipo diferente de bondad. En otras palabras, ser único no es una propiedad de las cosas, es propiedad de las propiedades de las cosas.

Esta falacia lógica ingenua ha impedido el avance de la ética humana, como otras no menos ingenuas detuvieron en otros tiempos el adelanto de la ciencia. Hay algo cierto, y no poco, en el juicio de Russell y de otros que consideran a Aristóteles como una de las grandes calamidades de la raza humana. Debido a esa falacia aristotélica la vida humana individual nunca ha tenido una posición intelectual respetable en el pensamiento del hombre. La paradoja de la historia intelectual del ser humano *es que el hombre ha valorado su pensamiento defectuoso como superior a su propia vida.* Mientras más se comprende esto más increíble aparece, a semejanza del misterio que intrigaba a la Misión Exploradora Selecta.

Nuestra historia está llena de exhortaciones y de ejemplos de hombres que han sacrificado su vida por alguna idea; pero no hay *ejemplo alguno de hombres que hayan dejado a un lado sus prejuicios* en beneficio de la vida —excepto en el Evangelio y en la literatura existencialista—. Racionalizaciones, sistemas e ideas han sido

los gobernantes supremos; los seres humanos han sido sus víctimas. Si examinamos la historia encontraremos que todos los grandes crímenes, que todas las carnicerías colectivas e individuales cometidas legalmente por hombres y naciones civilizadas han sido ejecutados en nombre de alguna abstracción, de un concepto, la "nación", "Dios" o la "raza", y ahora —esto es el colmo— en nombre de "sistemas económicos". En todos los casos se ha elevado la protesta individual, como sucedió al ser quemado Servetus por Calvino, cuando Castellio dijo: "Quemar a un hombre no es defender la fe, sino asesinar a un hombre." En forma parecida podemos y debemos decir ahora: "Pulverizar hombres, mujeres y niños con bombas atómicas no es defender la patria, es asesinar hombres mujeres y niños." La Biblia lo dice en palabras antiguas y pocas veces comprendidas: "Vencer el mal con el bien", no con otro mal.

La ciencia de los valores humanos nos hará comprender estas palabras en sus ramificaciones infinitas, como la ciencia natural nos ha hecho comprender las de Euclides y Arquímedes, y hará que el valor supremo del ser humano individual sea una realidad viva que captemos en todos sus detalles. Nuestro medio ambiente será entonces la Familia Humana, en vez del dictado de los sitemas. Las relaciones internacionales serán relaciones interhumanas. Las Secretarías de Gobierno y de la Guerra serán reemplazadas por Secretarías de la Paz, y en vez de alinear proyectiles atómicos destinados contra todos, las Secretarías de la Paz combinarán en todo el mundo los recursos de sus países para ayudar a todos. Dejará de pensarse en las esferas de influencia y se pensará en los seres humanos. En vez de pensar en petróleo se pensará en leche para niños hambrientos; en lugar de pensar en máquinas bélicas, en tractores y en semillas; en vez de pensar en gases venenosos, en medicinas y en lugar de propaganda, en educación. El Secretario de la Paz de cada nación grande canalizará todos los recursos de su país —destinados ahora a hacer padecer a la gente los horrores de la guerra— para ayudar a quienes sufren. Sus agregados serán enfermeras y médicos, maestros y constructores; su poder será compasión y ayuda, y en vez de concesiones petrolíferas y bases de aterrizaje tendrá como recompensa cuerpos y almas salvados para disfrutar del mundo de Dios.

El globo entero estará lleno de institutos que difundirán la nueva ciencia del hombre, desde Boston hasta Vladivostok, desde Melbourne hasta Montreal. Por razones múltiples, históricas, ideológicas, éticas y económicas, también los rusos serán arrastrados por esta revolución espiritual. Son grandes imitadores, como sabemos por su historia. Tomaron primero la civilización occidental, el santo y la limosna; después el socialismo de Karl Marx, originado en la dialéctica de Hegel —que a su vez se remonta a las raíces heraclitianas de la filo-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

sofía occidental— adaptaron a él su forma de vida. Son, además, grandes eliminadores y desechan lo que ya no les sirve: primero el Zar, después le tocará a Marx. Afortunadamente, el esquema marxista es tan elástico que prácticamente cualquier cosa es justificable en su nombre; dialécticamente, hasta su propia negación. Ya ahora vemos cómo Milovan Djilas condena al comunismo en nombre del marxismo. Menos radical, pero probablemente más eficiente, oímos a Kruschev tronar contra la ortodoxia marxista, contra los "testarudos", "talmudistas", "loros", que "aprendieron de memoria" frases viejas, teóricas, que "no valen un kopek". "Si Marx, Engels y Lenin se levantaran de sus tumbas ridiculizarían a estos ratones de biblioteca y comentaristas que en vez de estudiar la sociedad moderna y desarrollar teorías en forma creadora tratan de encontrar en los clásicos una cita sobre lo que debe hacerse en una central de tractores." Exilia a la Mongolia Exterior a los grandes sacerdotes de esta ortodoxia para que, después de una vida de elevada política marxista, aprendan lo relativo a estas centrales. Llegamos al elemento ético, y vemos que la humanidad empieza a despertar en todos los países de la cortina de hierro. Vemos otra vez a Kruschev al frente del espíritu nuevo: "Todos somos humanos"; "en la tina nos vemos todos iguales"; "vivir y dejar vivir"; "el único hecho capital es que tenemos que vivir juntos sobre este planeta"; "lo único que Rusia quiere exportar es su tremenda alegría". En lo económico, lo vemos fragmentar las industrias nacionalizadas y formar unidades descentralizadas, revolución verdadera que rinde al capitalismo la lisonja de una imitación parcial. Lo vemos concentrarse en las necesidades del individuo, en la producción lechera y de mantequilla y en la ambición de superar la producción agrícola de los Estados Unidos en 1961, como ha superado ya a este país en aviones de retropropulsión, proyectiles guiados, equipo para perforación petrolera y número de ingenieros. En Polonia vemos la ruptura de las colectividades agrícolas, el retorno al cultivo individual y el aumento de un 50% en la producción agrícola. Para 1960 el proceso de individualización en Rusia —iniciado ya en Polonia y Yugoeslavia— puede ir tan lejos en agricultura e industria que el gobierno se vea obligado a dar a los trabajadores acciones en sus plantas respectivas; los nuevos accionistas, o socios, elegirán su propio gerente, consocio también y, como lo pidieron los revolucionarios húngaros, los trabajadores se convertirán en propietarios, en vez de que el dueño de las plantas sea ese sistema que llamamos Estado. Esta situación será capitalismo de un nuevo tipo, que en forma extraña se asemeja al capitalismo que está tomando forma en los viejos países de Europa y en Estados Unidos, el llamado capitalismo popular, de utilidades compartidas, o capitalismo de sociedad. Este tipo de capitalismo está convirtiéndose en síntesis de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

los sistemas económicos de Oriente y Occidente. Desde direcciones opuestas ambos sistemas se están acercando mutuamente, y el resultado será, en una y otra parte, una tremenda liberación de energía humana, como ya sucede en Polonia.

En este nuevo clima la aceptación de una teoría de valores humanos no será un milagro, sino algo del todo natural, tan normal como poner los guiones sobre las tes y los puntos sobre las íes. A un experto agrícola americano le preguntaron unos campesinos en Polonia por qué América no enviaba a "alguien capaz de enseñarnos un nuevo sistema de pensamiento", en vez de enviar expertos en agricultura. El hambre espiritual en los países comunistas es tan grande como en Occidente, tal vez mayor. Al platicar con estudiantes de la Universidad comunista de Berlín Oriental, hace algunos años, me dijeron que estaban casi desesperados por lo que llamaban "falta de ética en el marxismo". Permitidme recordaros que el libro de Milovan Djilas, *La clase nueva* prevé el desenvolvimiento de un tipo de comunismo como el descrito. También es pertinente citar en este punto la lucha entre Kruschev y Shukov, que terminó con el poderío de otro sistema inhumano en Rusia, el militarismo.

Si tomáis en consideración todo lo expuesto, estaréis de acuerdo en que no es utopía, sino predicción sólida, decir que en 1961 el mundo estará cubierto de institutos de investigación sobre valores humanos —si es que entonces hay un mundo. Me refiero a institutos científicos cuyo tema básico será la naturaleza humana; y si los institutos actuales técnicos, como el Tecnológico de Massachusetts, tienen un departamento de matemáticas, los nuevos tendrán un Departamento de Teoría del Valor, o Axiología. Si los tecnológicos tienen departamento de matemáticas aplicadas, los futuros tendrán departamentos de axiología aplicada, y así como los institutos técnicos tienen departamentos de física, química e ingeniería eléctrica, los institutos venideros tendrán departamentos de ética, estética, metafísica, ciencia del valor político, y similares.

Al igual que el conocimento físico ha refinado la naturaleza hasta hacerla que nos sirva en sus partículas más etéreas, nuestro conocimiento de la estimativa humana refinará en grado inconcebible nuestra capacidad para valorar. La objeción de que el conocimiento sobre el valor destruye la experiencia del valor es tan inteligente como decir que conocer la partidura de una sinfonía destruye la experiencia musical. En la base de esa objeción hay tres cosas: Primera, la suspicacia de la gente moralmente sensible ante la especie de racionalidad que produjo la bomba atómica, y su escape consecuente hacia lo irracional. Segunda, la ingenuidad de la mente humana al pensar que los problemas concretos deben ser resueltos con ideas concretas, cuando en realidad las ideas más abstractas son las que dan las so-

luciones más concretas. En la obra *La ciencia y el mundo moderno* ("Science and the Modern World") Whitehead dice: "No hay nada tan impresionante como el hecho de que al ascender la matemática más y más a regiones superiores y a extremos cada vez más altos de pensamiento abstracto vuelve a la tierra con una autoridad correspondiente para analizar los hechos concretos." En otras palabras, la esencia misma de lo concreto estriba en lo más abstracto. Lo mismo sucede con el valor, su esencia está en el pensamiento más abstracto, o sea en los símbolos de la axiología... y no es posible llegar a la esencia del valor si sólo se toca lo concreto de los fenómenos del valor. La tercera razón que motiva la objeción de que el conocimiento del valor destruye la experiencia de éste es confundir sentimiento y valoración. La valoración no es más ni menos asunto de sentimientos *estructurados por leyes,* o sentimientos que obedecen a leyes definidas. Las de la música son las de la armonía, las del valor son las axiológicas. El sentimiento del valor no es arbitrario. Según el gran axiólogo alemán Nicolai Hartmann: "El sentimiento del valor no es libre; una vez captado el sentido de un valor no se puede sentir en forma diferente. No se puede considerar la buena fe como malvada ni creer que el engaño o la mentira sean honrables. Se puede ser ciego al valor, pero éste es un asunto distinto por completo; en tal caso no se responde en absoluto a los valores y no los comprende", "como quien carece de sentido musical, o es ciego al color".

Lo que vamos a enseñar, pues, son las leyes que estructuran nuestro sentimiento del valor. Y estas leyes no serán nada si no son universales, absolutas, válidas para cualquier ser nacional, hombre, mujer, o niño europeo, americano, asiático, o habitante de éste o de otro planeta del universo. Dondequiera que haya seres racionales estas leyes tendrán que ser válidas. En la actualidad tenemos leyes universales en la ciencia natural, como la de la gravedad y las demás del universo que hemos formulado y que serán tan inteligibles para los marcianos como para nosotros. Otro tipo de leyes universales es el de las leyes de la música. Si tuviera que ir a Marte llevaría conmigo algunos discos de Mozart y de Bach, que seguramente serían comprendidos como le ocurrió al antropólogo Alain Gheerbrant cuando llevó música de Mozart a unos caníbales de Brasil, quienes se sintieron fascinados. Mozart tiene un atractivo universal, y es seguro que los marcianos, presumiblemente muy inteligentes y cuya evolución nos llevaría unos cientos o millones de años de ventaja, debido a la mayor antigüedad de su planeta y a la mayor longitud de su día laborable, lo comprenderían de inmediato.

Tanto la ciencia física cuanto la música son matemáticas aplicadas, y los principios de la ciencia física, como sabéis, están contenidos en un libro que trata de armonías musicales, *De Harmonice*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Mundi, de Kepler, del año 1619. La matemática es, pues, una estructura más universal que la ciencia física o que la música. Es indudable que los marcianos comprenderían nuestras ecuaciones una vez explicada su base decimal, cosa que podemos hacer fácilmente mostrando nuestros diez dedos. Si ellos tienen también diez dedos todo sería muy sencillo, pues con toda probabilidad utilizarían el mismo sistema numérico. Si tuvieran 16 dedos, u otro número diferente a diez, sería labor fácil hacer la transformación de un sistema a otro. A pesar de su universalidad el sistema matemático no es el más universal posible. El sistema más elevado y absoluto es el sistema del pensamiento racional mismo: la lógica. Así como la ciencia física y la música son matemáticas aplicadas, del mismo modo la matemática es lógica aplicada. Así en el nivel más elevado y absoluto los seres racionales pueden comunicarse por ese mismo sistema lógico. La relación central y fundamental de la lógica es la misma de la racionalidad, la relación entre conceptos y objetos. Es decir, si hay seres que combinan los conceptos de sus mentes con los objetos del mundo tendremos seres racionales. Esta capacidad de relacionar significados conceptuales con objetos es la *definición* de la racionalidad, cosa expuesta con claridad por Ernst Cassirer entre otros.

Si la teoría del valor, de la bondad y de la moralidad, estuviera basada sobre esta relación fundamental de racionalidad, la ética sería comprendida por los seres racionales de todo el universo, como lo es la lógica. La ética nueva en que estamos trabajando algunos de nosotros está basada, precisamente, sobre esta relación central de racionalidad, o sea la existente entre significado conceptual y objeto. Permitidme que en unas cuantas palabras os muestre cómo ello es posible.

Dijimos antes que valor es sentido. Al decir que la vida está llena de sentido indicamos que tiene valor. Si decimos que la vida no tiene ya sentido queremos decir que ya no tiene valor. Sabemos también que el problema fundamental de la ética universal es encontrar una medida absoluta, o pauta para toda clase de valores. La solución obvia sería entonces *utilizar el sentido como medida de valor*, cosa que estamos haciendo en forma relativamente fácil, ya que lógicamente el sentido —el significado— tiene la forma de una medida. ¿Y qué es una medida? La pauta de toda medida es un conjunto de unidades, elegidas arbitrariamente y aplicables a ciertos fenómenos que al ser comparadas con esas unidades pueden determinarse numéricamente. Así, el patrón de longitud es el metro, compuesto por centímetros como unidades. Medimos la longitud de los fenómenos viendo cuantas veces caben en un metro, o cuántas veces cabe el metro en ellos. Si pudiéramos medir el valor por medio del significado tendríamos que utilizar el significado como una vara de medir que aplicamos a

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

las cosas y en la que leeríamos el número, por así decirlo, de un valor. Sucede que el significado no *es* sólo una medida, *sino* que el valor es de naturaleza tal que puede ser medido por el significado. Es evidente que sólo puede medirse algo con una unidad apropiada para ello; no podemos medir el peso de algo con metros, ni la virtud por segundos. ¿Cómo entonces el significado es la unidad adecuada para medir el valor? En la forma siguiente, muy sencilla, exactamente análoga a como el metro es base genérica de longitud, o el kilogramo unidad de peso. En sentido lógico, significado es un conjunto de palabras que indica las propiedades de algo. Cuando un niño pregunta ¿qué es eso? y señala, digamos, una silla, le explicamos que es una silla, le decimos el nombre del objeto y su significado, que sirve para sentarse sobre ella. Le decimos además que todas las sillas tienen una altura aproximadamente igual a la de la rodilla, que tiene un asiento y un respaldo. Si el niño comprende el significado de las palabras empleadas sabrá el significado de lo que es una silla. Si no ha entendido las palabras utilizadas por nosotros seguirá haciendo preguntas hasta comprender. Creemos y aprendemos el significado de las cosas haciendo preguntas, hasta que comprendemos. En sentido lógico significado es llamado "comprensión" o "intención", y es nada más que un conjunto de palabras, reducidas a tres en nuestro ejemplo: "altura", "asiento", "respaldo". Y todo conjunto puede ser utilizado como medida, pues conjunto es algo que puede ser numerado, "1, 2, 3 . . .", y como hemos visto ya, la medida es sólo el instrumento que empleamos para aplicar números a algo, y contar las unidades del patrón. Si las unidades de cualquier significado son las palabras o predicados contenidos en él, una silla completa, una "silla verdadera" medida por un significado completo, es aquella que tiene todas las propiedades contenidas en el significado de la palabra "silla", así como la longitud del metro completo es de 100 centímetros. Tal silla "completa" o "verdadera" es lo que llamamos una "buena silla". O sea, una cosa es buena cuando cumple su significado, cuando corresponde totalmente a la medida de su valor. Si no corresponde a ella no es tan buena, o es mala, como lo sería la silla carente de asiento, de respaldo, o de ambos. "Bueno", "malo", etc., entonces son *palabras para medir significados* y lógicamente no difieren de las palabras "metro", "milla", "docena", "veintena", u otras palabras empleadas para medir. En ocasiones, tales palabras valorativas son utilizadas para medir números, como cuando decimos "la ciudad está plagada de turistas". Con ello queremos decir que hay muchos turistas en la ciudad, y en este caso utilizamos "plagada", palabra valorativa con significado de "muy malo" para indicar "muchos".

La teoría del valor entonces es estrictamente lógica, tanto como

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la misma lógica, como la matemática o la física. En realidad el significado com medida del valor es un patrón mucho más universal que el metro, que cualquiera medida física, y que el número mismo, ya que el número está basado sobre nuestros diez dedos, y el metro sobre la circunferencia del planeta Tierra. De donde debería ser explicado con abundancia de detalles por el marciano, cuya base de longitud puede ser mucho más universal que la nuestra, por haberla tomado, quizá, del radio del universo, o por lo menos del sistema solar. El patrón de valor sería explicado con mucha facilidad, pues *él emplearía exactamente el mismo, llamado bueno, o su equivalente*, a lo que cumple su significado, y malo o su equivalente a lo que no lo realiza. Es posible que en su planeta haya cosas muy distintas de las terrestres; pero cuando el marciano diga "przik tiene todo" sabremos que quiere decir: *"pzrik* es bueno", porque tiene todo lo que debe tener. Cuando diga que todos los marcianos tratan de ser buenos, sabremos con exactitud que los marcianos tratan de ser todo lo que puedan llegar a ser, de desarrollar al máximo y vivir a la altura de su propia medida. Ya que la medida ética es mucho más universal que las medidas físicas, es posible que podamos comunicarnos con los marcianos por lo que toca a lo ético mucho antes *de poder hacerlo en relación a lo científico.* El desenvolvimiento de la nueva ciencia ética puede ser una condición previa de la comunicación cósmica, como lo es ya de la sobrevivencia cósmica.

La nueva ciencia ha iniciado su camino y está siendo enseñada ya. Hemos encontrado que cambia el carácter de la gente joven, que la hace más lúcida, más despierta y más sensible. Hemos visto también que cambia familias enteras y las llena de felicidad y comprensión. De haber tiempo suficiente os contaría algunos casos en detalle. Permitidme contaros uno de ellos por lo menos. Una o dos semanas antes de que los trabajos escolares debieran ser presentados, uno de mil discípulos me dijo que escribir su composición era "lo más importante de su vida". El título de la misma era "Regreso de un hijo al hogar". Sucintamente, el tema describía que al comprender las diversas dimensiones del valor había descubierto que no había amado a sus padres... Se había sentido avergonzado de ellos por ser obreros. Al *entender los valores reales y saber que el valor intrínseco no* tiene relación con lo que *hace* una persona, sino únicamente con lo que *es*, había sentido la injusticia cometida con sus progenitores. Quiso corregirla y tuvo que enfrentarse al problema de cómo hacerlo sin mostrarles que antes nunca había sentido amor por ellos. La composición mostraba el método que había elaborado para superar esta dificultad, cómo les había mostrado su amor, y cómo esto había cambiado la atmósfera total de la casa, que de indiferencia y tensión pasó a ser de cariño, en el que prevalecían, "armonía y risas constantes".

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Hizo esto durante las vacaciones navideñas y redactó su composición al mismo tiempo que ponía en práctica su contenido. Leerla fue una experiencia emocionante, algo como la lectura de un milagro realizado conscientemente. Unas dos semanas después vino a verme, con una carta que le había escrito su madre. En ella le decía que durante las vacaciones habían sucedido cosas tan extrañas y maravillosas que junto con su esposo había estado pensando y platicando al respecto hasta llegar a la conclusión de que, en realidad, nunca lo habían querido. "Durante años sentí que en algunos aspectos tu padre y yo no te habíamos dado lo que te correspondía... Es curiosa la vida, pasan los años, creemos hacer lo que debe ser hecho, somos como ciegos frente a lo que ocurre realmente en torno de nosotros... y la vida pasa a nuestro lado sin que nos percatemos de ella."

Me parece que esta es una descripción perfecta de nuestra situación presente: somos ciegos frente a los valores reales que nos rodean y que están en nosotros... Si el mundo entero pudiera aprender los valores verdaderos, como los aprendieron este muchacho y su familia, nuestras dificultades terminarían en gran parte, el equilibrio de los asuntos humanos sería restaurado, y la escena de las playas de Melbourne jamás podría ocurrir.

Dos aspectos del mundo del futuro han sido expuestos ante vosotros: un mundo de vida y amor, y un mundo de muerte y desolación... Uno u otro tendrá que ser el nuestro... O lo dicho por mí es fantasía y lo descrito por Nevil Shute predicción, o bien lo descrito por Nevil Shute es imaginación —y continuará siéndolo— y lo que yo dije es predicción.

Tenemos en nuestras manos una oportunidad extraordinaria: podemos continuar gastando dinero en perfeccionar bombas de hidrógeno y de cobalto para hacer realidad la escena de Melbourne, dando así al hombre del Espacio Exterior oportunidad para escribir su informe, contenido en seis volúmenes, o podemos emplear parte de ese dinero —algo más que el costo de alguno de los adminículos diminutos que forman parte de un proyectil intercontinental— para concentrar las energías de doce o más personas en la supervivencia humana... La elección depende de nosotros y puede ser definitiva.

Los satélites que giran sobre nosotros en estos momentos presagian o nuestra destrucción o nuestro destino cósmico.

ROBERT S. HARTMAN.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

EL PROCESO DEL SER

(Feuerbach contra Hegel)

En este artículo nos ha de ocupar la requisitoria o proceso, como podríamos también llamarlo, que Feuerbach abre en contra del *Ser* con que empieza y debería terminar si fuera consecuente la *Lógica* de Hegel.[1] Primer punto de acusación: el *ser* de que habla Hegel es un infundio abstracto, fantasmal, sin consistencia real. Confrontando tal ser con el único real, el ser sensible y determinado, se desfonda, se evapora, se exhibe u ostenta como una solemne nadería. Pretender hablar, como quiere Hegel de un *ser indeterminado*, es una empresa sin sentido, contradictoria. Todo ser es determinado y definido, si abstraemos de la determinidad del ser abstraemos también del ser.[2] No nos quedaría un fondo indeterminado pero real sino una nada. El ser indeterminado no existe, es una palabra vacía, sin término a que aludir, un infundio de Hegel.

Segundo punto de acusación: este pretendido ser a más de su inconsistencia es, en la *Lógica* de Hegel, mendaz o mentiroso. Se presenta como un comienzo o principio de la filosofía pero en cuanto se avanza en el libro simple y llanamente niega su condición de auténtico comienzo u origen, enseña que hablando de veras no es un comienzo sino a lo más un introductor o mediador para llegar al genuino origen que es la *idea*. Ésta sí es un comienzo, pero nunca habla, dice Feuerbach, como piensa, pues permite que se diga —que diga Hegel en su *Lógica*—, ser, esencia, concepto, aunque por debajo piensa única y exclusivamente en la idea. *Se habla* del *ser, se piensa* en la *idea, se pone* el ser pero *se supone* la idea. ¿Por qué se oculta

[1] Ver *Zur Kritik der hegelschen Philosophie,* (Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana), por Ludwig Fuerbach, en la edición al cuidado de Wolfgang Harich, *Aufbau-Verlag,* Berlín, 1955.

[2] "*Ser, puro ser* —sin ninguna otra determinación... Es la pura indeterminación y el puro vacío". t. I, p. 107, de la traducción española de R. Mondolfo. *Hachette,* Buenos Aires, 1956.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la idea? ¿Por qué no revela Hegel pronto y breve que tras del ser, la esencia y el concepto anda siempre ocultándose la idea?

Este juego de escondidillas es el resultado de la dualidad entre el pensador y el escritor Hegel. Para Hegel *como pensador,* en la intimidad de sus convicciones, antes que escriba para su lector, eventual o real, la *idea* es el comienzo, el origen de que todo sale y a que todo vuelve, pero para Hegel como escritor que expone la idea, el ser es el comienzo, el comienzo de su exposición, no de su pensamiento. O de otra manera: Hegel, dice Feuerbach, *dramatiza* la idea y le da como origen al ser, le pone un comienzo como un dramaturgo expone en su primer acto los antecedentes del conflicto. El ser es el recurso de que echa mano Hegel en su proceso de exposición de la idea, y es por tanto un recurso nuevamente retórico, necesario dentro de la economía de la manifestación o narración de la idea, pero sólo aquí. Si Hegel no dramatizara la idea y la hubiera necesitado de esa genealogía, no habría sido menester inventarle un antecedente en el ser. Trazarle un "pedigree" a la idea, buscarle un antecesor ilustre en la historia de la filosofía como es el venerable concepto de ser, es un recurso melodramático o si se quiere, irónico, y tal proceder, viene a decirnos Feuerbach, es en sí, poco serio, indigno de un pensador que como Hegel pasa por ser la seriedad misma.

En definitiva pues: por las exigencias de una exposición Hegel tiene que empezar con algo, aunque sea con un infundio. Y pese a las declaraciones solemnes que nunca deja de hacer sobre la necesidad, en filosofía, de un comienzo que sea auténticamente tal, ha empezado su *Lógica*... a la buena de Dios, *geratewohl.* El ser que nos aguarda hieráticamente en los párrafos iniciales de la *Lógica,* es un personaje que al levantarse el telón de esta exposición dramática, inicia una gesticulación impresionante en que insinúa su naturaleza, su inquietante parentesco y hasta confusión e identificación con la nada, que parece convertirlo en el personaje principal de toda la obra y de pronto, para nuestro asombro, pierde importancia, inicia mutis, y se empequeñece hasta la condición de una simple "acomodadora" que nos mete a oscuras en la sala y luego discretamente se sale tras de echarse a la bolsa una modesta propina.

Al *ser* de la *Lógica* de Hegel no le deja pues Feuerbach hueso ano: es un infundio mendaz. Pero ¿qué pasa con el *ser* de la *Fenomenología?* Si el de la *Lógica* resiste muy poco a un análisis de su consistencia y se rinde con facilidad a los argumentos o asaltos de una discriminación, quizás el *ser* de que se habla en la *Fenomenología del Espíritu* —pues aquí también figura como personaje—, es más robusto, más sustancial y tangible, menos expuesto a reproches. Acudamos pues a la obra juvenil de Hegel para decidir el punto.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

El primer capítulo de este libro lleva como título: *La certidumbre* (o evidencia) *sensible o el esto y el mentar.* Con tan resonantes palabras se alude a un momento de la vida de la conciencia de sí mismo o del hombre, digamos para aclarar, en el cual el ser individual y sensible aparece como el único ser real y verdadero, como podemos suponer que lo viven los animales o nosotros mismos cuando nos abandonamos sin especulaciones a las cosas. Pues bien: esta *conciencia* sensible que tan segura está de agarrar entre las manos el *ser,* es víctima sin quererlo y saberlo, a sus espaldas, de una dialéctica que le convierte el pretendido ser individual un ser universal, en una idea. ¿Cómo acontece esta transmutación? ¿Cómo es que ocurre tal escamoteo?

La conciencia sensible alude o mienta un objeto individual, lo señala y exclama: *"Aquí* hay o está un árbol" pero *claro es que no* se queda paralizada en esta afirmación repitiéndola indefinidamente sino que pasa a otro acto de mención y vuelve a pronunciar: *"Aquí* hay o está una casa." La primera verdad que había establecido con toda certidumbre se ha desvanecido por decirlo así. Veamos otro ejemplo: *"Ahora* es de noche." Pero no tardará mucho en que tal verdad también *se pase* y se convierta en ésta: *"Ahora* es de día." La primera de estas verdades, con el transcurso del tiempo, ha perdido "fuerza", o como dice Feuerbach pensando en un vaso de cerveza que se deja estar por algún tiempo: se ha "aguado", se ha vuelto *schal,* ha perdido vigor.

En todos estos ejemplos el "ahora" y el "aquí" se conservan como marco invariable aunque los contenidos con que se le rellene varíen: en un caso es la casa, en otro el árbol, en el siguiente el día y luego la noche. El "ahora" es indiferente a lo que bajo él se subsuma y lo mismo sucede con el "aquí". O con las propias palabras de Hegel: "El aquí no se desvanece sino que sigue siendo él mismo en el desvanecerse de la casa, del árbol, etc., y le es indiferente ser casa, "árbol."

Lo individual —la cosa individualizada hasta su último elemento—, a que aludimos en ese estado que es la conciencia sensible no podemos *ni siquiera* decirlo con palabras. Esta conciencia con su certidumbre o creencia de instalarse firmemente en las cosas individuales, de aludir y mentarlas sin equívoco, o de señalarlas tan precisamente como cuando clavamos el índice en la dirección de la cosa apuntadas es impotente para *decir* a qué alude, de decir en palabras qué es lo que está señalando o mentando pues en cuanto habla pretendiendo igualar su palabra con su gesto indicativo *se desafoca* por así decirlo y en vez de expresar lo individual pronuncia lo universal como nos han enseñado claramente los ejemplos antes aducidos. La conciencia sensible se parece a esos enfermos en que los campos sen-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

soriales táctil y visual están anormalmente disociados, de modo que si se les pide que aproximen el dedo para tocar por ejemplo una mosca que ven que se les ha posado, o les ha posado el médico en la punta de la nariz, el ademán torpe de la mano se cierra en el vacío, se queda sin la mosca, como si se le escapara volando. Lo mismo acontece a la conciencia sensible: en cuanto habla, las palabras vuelan sobre las cosas individuales, son universales desafocados por definición en relación con las cosas sensibles.

Oigamos precisar a Hegel la moraleja de esta singular metamorfosis: "El lenguaje es más verdadero que la certidumbre sensible, por hallarnos en su seno contradecimos nuestra mención inmediata y puesto que lo universal es lo verdadero en la conciencia sensible y el lenguaje se limita a expresar esta verdad, por ello es imposible que podamos decir el ser sensible al que aludimos."

¿Recuerdan ustedes ese ejemplo de *engaño* de los sentidos que se cita en todos los manuales de psicología: el de un bastón que metido en el agua se ve doblado y no recto? ¿Cómo desvanecer esta ilusión de los sentidos? El tacto, suele decirse, corrige el engaño en que me hace incurrir la vista pues recorriendo el bastón con la mano a lo largo de toda su longitud *palpo* que realmente no se ha curvado sino que se mantiene derecho. O también se invoca este otro criterio: puesto que *sé* por las leyes de la refracción lo que ocurre —diferencia de los índices respectivos del aire y del agua—, *mi juicio* informado científicamente *endereza* por decirlo así el bastón, a la vista de mi espíritu que no se deja turbar por la engañosa sensibilidad, no se ha curvado. Lo mismo acontecería aquí. Por convencida que esté la conciencia sensible de aludir a objetos individuales en cuanto *habla*, oye —o ve—, que se ocupa en realidad sólo con universales. El lenguaje es la instancia correctora del engaño fundamental de nuestros sentidos: la certidumbre de apresar las cosas individuales.

¿Qué pretende Hegel destacando este proceso dialéctico? La transmutación o metamorfosis por la cual todo lo que *toco* de individual se me convierte en cuanto *hablo* en algo general o universal ¿es una *prueba* de que la conciencia sensible carece de realidad? ¿Ese universal o general que es el lenguaje y que se presenta como "más verdadero", quiere Hegel que lo reconozcamos como "real" más aún, como "más real" que el de la conciencia sensible? No nos creamos, parece decirnos Hegel, muy seguros de tocar lo real con los sentidos. ¿Por qué no ver lo *real* en el lenguaje, *oírlo?*

El argumento —si es que hay alguno— sólo tiene fuerza probatoria para quien *de antemano* está convencido de la *realidad* de lo universal. Por débil que sea nuestra sospecha de que en el lenguaje hay una radical *irrealidad* ello bastaría para quitar convicción —si

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

es que alguna procura— a las observaciones de Hegel, pues dirigidos los argumentos a la conciencia sensible misma —cuyos abogados somos, dice Feuerbach— no le convencen y he aquí por qué.

Feuerbach insiste muy a menudo en su crítica a Hegel sobre este principio: el filósofo está en la obligación de entablar un diálogo y *no sólo* de dejar transcurrir su pensamiento en un monólogo, o dicho en otra forma: tiene que forjar sus argumentos teniendo a la vista a los escépticos y no a los convencidos, de ganar para su causa a quien duda y no de reforzar el fervor de los que ya de antemano creen. Hegel parece escribir exclusivamente para hegelianos, con sus palabras embriaga a sus secuaces pero deja frío al lector imparcial. Su discurso *aunque escrito,* es para sí, no para el otro, en realidad para Hegel no hay *otro.* En el caso que ventilamos se trataría de convencer a la conciencia sensible misma de la irrealidad del ser sensible y de la realidad del pensamiento y no de reforzar con la dialéctica a quien de antemano cree en la realidad del lenguaje y goza de una sensibilidad espectral.

Veamos en cambio cómo hablaría, según Feuerbach, la conciencia sensible misma y no cómo Hegel la quiere hacer hablar: "Mi hermano se llama Juan Adolfo. A más de mi hermano que se llama así hay muchos otros seres humanos que se llaman Juan Adolfo. ¿Quiere Hegel que yo concluya de este hecho que mi hermano Juan Adolfo no es real?, ¿se seguiría que la *juanidad* es una verdad?" Y siguiendo por la pendiente de este discurso tan "edificante" de la conciencia sensible, Feuerbach saca también su moraleja: "Para la conciencia sensible todas las palabras son *nomina propia* y en sí absolutamente indiferentes, sólo son símbolos de que se sirve para alcanzar su objetivo por el camino más corto posible."

Cuando Hegel nos presenta a la conciencia sensible, subraya que para el "aquí" y el "ahora" son completamente indiferentes los contenidos con que se los rellena, "árbol", "casa", "noche", "día", son meros "ejemplos" que están en un proceso constante de *evanescencia* —la casa deja su lugar al árbol, la noche al día, *und so fort,* etc., etc.—, pero el "aquí" y el "ahora" generales permanecen. Kant decía lo mismo del tiempo y del espacio, dentro de los que todo cambia pero que en sí mismos son invariables pues, ni el tiempo *pasa* sino que todo pasa dentro de él, ni el espacio *se coloca,* pues está en todas partes y todas en él.

Veamos en cambio lo que realmente sucede según Feuerbach. Para la conciencia sensible los nombres son indiferentes frente a la cosa, esta conciencia echa mano de las palabras *irrespetuosamente,* sin reparar en su núcleo de universalidad, sin advertirlo; a esas palabras las ajusta o las recorta a la medida del caso individual a que alude, las embebe en él, ya que para esta conciencia no hay nombres co-

munes sino nombres propios. Cuando dice: "aquí hay una casa" todo esto vale de *esta* casa y sólo para *esta* casa, no importa que con las mismas palabras se pueda aludir sin cambiar una coma a mil más, esta *imperfección* del lenguaje no le preocupa, le es indiferente, se lo deja a Hegel para que escriba su *Fenomenología del Espíritu,* pues no por la incorrección gramatical de confundir el nombre común y el nombre propio deja de ser realísima la cosa individual que designa personalmente con tales símbolos.

Lo que Hegel no quiere ver es que la conciencia sensible no tiene *respeto* por el lenguaje, que lo universal de que éste se precia como su verdad está completamente ignorado por la certidumbre sensible, que es ciega para la dimensión que abre una lengua, una gramática, una morfología pues de toda palabra general hace un nombre propio; en cambio Hegel encandilado por el lenguaje levanta testimonio en su contra por estas infracciones a la esencia universal de los vocablos. Pero no debe sorprender que quien de antemano está convencido —por qué vías no es cosa de precisarlo aquí—, de la realidad de lo universal ve operar o actuar a esta realidad en el más mínimo y minúsculo de los ejemplos: "Ahora es de día" pronto será de noche, cambia el contenido pero queda la forma: "ahora". La situación empero está mal interpretada pues si bien la palabra es ubicua no es ello lo que importa sino que "ahora" funciona para apresar lo inmediato y vale sólo para ello, el resto es de Hegel.

La conciencia sensible decíamos antes no reverencia al lenguaje, lo subordina al gesto de señalar. "*Muéstrame* lo que dices": sería su divisa. Hegel invierte los términos de esta actitud radical y nos quiere convencer de que su definición es esta otra que pone al revés la primera: "*Dime* lo que muestras", tradúceme en palabras lo que señalas. Pero así no se expresa la actitud natural pues su interés reside únicamente en que se designe para cada palabra la cosa que simboliza; va de las palabras a las cosas, no de las cosas a las palabras, desconfía del lenguaje, se atiene a las cosas. La conciencia sensible, como la mano humana, es muda pero eficaz, sabe lo que toca aunque no lo diga.

Una cosa es precisamente *esta* cosa y no un fantasma con que podríamos traficar u operar como con una etiqueta que se le puede pegar a toda cosa y a todas las cosas. Una cosa nos ata, nos pega a ella, nos impone su individualidad. "La realidad del ser individual sensible es una verdad sellada con nuestra propia sangre. En este dominio tiene vigencia el proverbio: ojo por ojo, diente por diente." Ante el mundo formado por las cosas, el mundo de las palabras, el lenguaje, es una irrealidad, una nadería. Las palabras no muerden en la carne de las cosas, son menos que un vaho, exhalaciones sin fuerza, sin poder alguno.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

En tal situación ¿cómo podríamos aceptar que la conciencia sensible se siente refutada, deshecha por no poder decir lo individual? A esta conciencia empastada en las cosas ¡qué puede importarle que se le venga a reprochar que no puede *decir* el ser individual! Decir o no poder decir es algo insignificante, mostrar, señalar es lo que importa. Pues cuando tal conciencia pretende quitarse de enfrente una cosa no es por la vía de generalizar su nombre propio sino poniendo otra cosa en su lugar y esto sin que medien palabras, con la brutalidad con que un hecho desplaza al primero y no una segunda palabra a la primera, como si se tratara de elegir la expresión más adecuada, el sinónimo más exacto. Que se excluyan, que se echen a un lado las palabras, que se den por decirlo así de codazos es una inocentada, una lucha sin sangre, pero que una cosa desplace a otra, un cuerpo empuje violentamente a otro es el *lenguaje* de la conciencia sensible.

¡No poder decir el ser individual! ¿Tal impotencia hay que cargarla a la cuenta de la conciencia sensible o a cuenta del lenguaje? pregunta Feuerbach. "La conciencia sensible ve precisamente en esta impotencia una refutación del lenguaje y no una deteriorización de la conciencia sensible", concreta. Todo el argumento se vuelve en contra del lenguaje y no en contra de la conciencia sensible como pensaba Hegel.

"En su propio terreno la conciencia sensible está en su pleno derecho: si lo contrario fuera cierto nos las arreglaríamos en la vida con palabras en vez de con cosas", sería fácil vivir, sería cuestión de palabras y una buena sintaxis vendría a convertirse en el verdadero negocio de una *eudemonología*.

Que Hegel haya planteado en el primer capítulo de su *Fenomenología* las relaciones entre el pensamiento y la cosa en términos tales que todo se reduce a un juego de palabras en que las palabras tienen ya de antemano ganado el juego, no debe inducirnos a error: la conciencia sensible no pierde la cabeza en tales juegos: antes y después de jugados mantiene intangible su convicción inquebrantable de la realidad pese a que no puede *decir* lo individual.

Volvamos a los ejemplos de Hegel. Como hemos visto habla del "aquí" y del "ahora". Desde un principio los maneja como cuadros o esquemas en que las cosas se acomodan. ¿Por qué no dice "este objeto que está aquí", "este objeto que es ahora"? ¿Por qué *sustantivizar* por decirlo así al "aquí" y al "ahora"? De hecho no se dan nunca separados de los objetos salvo en las gramáticas en que se los estudia como universales. El "aquí" de *este* objeto y el "aquí" en general de cualquier objeto no son el mismo *aquí*. Hegel pretende decirnos que el ser sensible se "desvanece" y que como única verdad nos queda el rígido y universal "aquí y ahora". "Hoy es un ahora, dice literalmente,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

pero *mañana* será también un ahora, pero no *otro* ahora sino el mismo ahora invariable que fue también el ahora de ayer. Aquí está un árbol, allá una casa, pero allá diré de nuevo aquí. El aquí sigue siendo el mismo en todas partes y en ninguna." Como se ve por esta cita tan característica el aquí y el ahora de la conciencia sensible, que mueren y desaparecen con su objeto, para Hegel en cambio, como si fueran el ave Fénix, renacen de sus cenizas y siguen siendo siempre los mismos.

El ser sensible —*este* ser sensible—, se corrompe o altera: de casa pasa a árbol, de noche a día, pero en lugar del primer ser individual ahora desvanecido entra inmediatamente otro ser individual, aparece en vez del primero otro del mismo "género" individual —ojo por ojo, diente por diente—, una palabra aquí otra allá.

Hay pues que aceptar, como dice Hegel, que la naturaleza refuta o niega *este* ser individual, *esta* casa, pero también que de inmediato rectifica su negación, restituye o hace justicia de acuerdo con la ley del Talión, en cuanto que en lugar del primer ser individual, coloca a otro ser individual y por ello el ser sensible, contra lo que cree Hegel, es el ser permanente e invariable de la conciencia sensible, es el ser universal y no los marcos invariables de las palabras, los inmutables cielos adverbiales del "aquí" y el "ahora". No hay un tránsito hacia lo universal sino saltos de lo individual a lo individual. El objeto individual desplaza o sustituye a otro objeto individual, no hay vacío, en cuanto se produce lo llena otro ser individual, pues los "huecos" del ser no son una "grieta" que vendrían solícitas a *resanar* las palabras.

Nuestra excursión por el primer capítulo de la *Fenomenología del Espíritu* fue emprendida por la necesidad de responder a la cuestión de si el *ser* de que se habla, e neste caso el de la conciencia sensible, resiste al análisis, es decir si se muestra como *ser real*. Pronto se echa de ver que Hegel maneja, como siempre subrepticiamente, el *ser ideal* y que a la vuelta de mil sutilidades reduce todo pretendido ser otro, en este caso el ser sensible, al ser ideal. La conciencia sensible es el campo de operaciones de una dialéctica que muestra que en verdad su realidad es lo universal, lo general, la idea. En la *Lógica* el ser se mostró a la larga como un infundio y una mendacidad, no tiene más que el nombre de ser, en verdad es la *idea*. Siguiendo su esquema de siempre Hegel no dialoga, sino que monologa. La idea no habla con lo otro sino consigo misma aunque disimuladamente. Es un monólogo redactado en forma de diálogo. Como antes decíamos: Hegel sólo habla para los hegelianos. El abismo entre el ser de la *Lógica* y el ser sensible no está colmado, sino ignorado, el ser sensible se reduce al ser de la *Lógica*. Por el estilo acontece en la *Fenomenología*. El ser individual de la cosa sensible es llevado a su verdad y por

tanto a su realidad eminente, al reducirlo al lenguaje. Las palabras son la verdad de las cosas. Cuando Hegel habla del "aquí" y del "ahora" este "aquí" y "ahora" no se distinguen en nada de otro cualquiera "aquí y ahora". Son el "aquí" y el "ahora" general o universal y tal es la verdad. Pero si bien parece a primera vista que este resultado es obra de un análisis de los hechos mismos de la conciencia sensible, en verdad, como hemos mostrado, la convicción de la realidad eminente de tales generalidades ya se traía de antemano, funciona como a priori, se le acarrea desde afuera como prejuicio o presupuesto filosófico general que decide del resultado de todo análisis particular.

Porque, como hemos visto, el real y sensible "aquí" o "ahora", lo es siempre de un objeto individual, no es un flotante adverbio convertido en sustantivo común, sino que se distingue de otro cualquiera "aquí" o "ahora" de una *manera real* puesto que son un "aquí" y "ahora" *excluyentes*, que donde están no dejan que otro esté, mientras que el "aquí" y "ahora" de Hegel no son excluyentes, no desplazan, no desalojan, no imponen sus derechos de exclusividad con fuerza y sangre.

Analicemos un momento más la situación. "El aquí es, por ejemplo, un árbol. Me vuelvo y esta verdad se ha desvanecido", dice Hegel. A continuación comenta Feuerbach: "Esto sucede así de fácilmente sólo en la *Fenomenología* de Hegel, en la cual volverse no requiere más que escribir una palabrita pero no así en la realidad en que para volverme tengo que mover mi pesado cuerpo y para más, el que entre tanto la verdad se haya desvanecido es pura patraña, pues sucede que el aquí de ese árbol aún perdura y se mantiene a mis espaldas con su muy real existencia", el árbol limita mis espaldas y me excluye del sitio que ya ocupa. Y epilogando su crítica: "Hegel no se ha instalado realmente en la conciencia sensible y no ha pensado desde ella, sino que para Hegel la tal conciencia sensible es sólo un objeto de la autoconciencia, del pensamiento, pues es la exteriorización del pensamiento *dentro* de la certidumbre de sí mismo, por lo que la *Fenomenología* o la *Lógica*, pues para el caso da lo mismo, empiezan por presuponerse a sí mismas y en consecuencia por cortarse absolutamente de la conciencia sensible. La conciencia de sí mismo no empieza con lo otro del pensamiento sino con el pensamiento del *ser otro* del pensamiento, con lo que, naturalmente, el pensamiento se asegura de antemano el triunfo sobre su adversario pero de aquí también que el pensamiento no refute a su adversario."

Difícilmente se encontrarán en la obra de Feuerbach líneas que como las anteriores resuman tan cabalmente los agravios que hace a Hegel. Monólogo, soliloquio del pensamiento consigo mismo, in-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

vención de un personaje ficticio que como representante de lo otro puede ser fácilmente refutado, inmanencia del sistema, impotencia para colocarse en el punto de vista ajeno, etc.

Hemos pues expuesto la crítica que hace Feuerbach a la noción de *ser* en la *Lógica* y en la *Fenomenología*. Su argumento básico consiste en mostrar que ese *ser* de que habla Hegel no entra y no quiere entrar en diálogo con el *ser* sensible, único real en opinión de Feuerbach sino que pretende *suplantarlo*, substituirlo, que nunca trata con él directamente sino con un representante forjado a la medida de las exigencias del pensamiento, que no habla con lo otro de sí mismo sino consigo mismo finjiéndose que es otro. Este nervio central de toda la argumentación de Feuerbach recuerda inequívocamente ideas medulares de la crítica a Hegel que por los mismos años arbitró Sören Kierkegaard: en el estado estético el hombre finje diversos personajes distintos de sí mismo y se representa en cada uno de ellos como si fueran papeles o personajes de un drama, pero ninguno de ellos es el otro auténtico. El propio yo finje variaciones de sí mismo pero nunca topa con el otro, con el tú. No dialoga.

Esta imposibilidad de diálogo no es, en opinión de Feuerbach, algo específico de Hegel, sino un legado, una herencia que actúa en Hegel, de la filosofía moderna. Hegel no pone en crisis la idea de la filosofía como monólogo sino que, como ingente prejuicio heredado decide en su sentido las cuestiones últimas o sea el problema del "comienzo", del "origen" de la filosofía.

Un texto de las *Meditaciones metafísicas* permite, a nuestro entender, precisar muy agudamente, el "prejuicio" a que alude Feuerbach.

Descartes inicia la *Tercera* de sus *Meditaciones* con estas palabras:

"Cerraré los ojos ahora, me taparé los oídos, dejaré de hacer uso de los sentidos; borraré inclusive de mi pensamiento todas las imágenes de las cosas corporales o, al menos, ya que esto es casi imposible, las tendré por vanas y falsas; y así, en comercio sólo conmigo y considerando mi intimidad, procuraré poco a poco conocerme mejor y familiarizarme más conmigo mismo." [3]

EMILIO URANGA.

[3] Descartes, *Meditaciones metafísicas*, traducción de Manuel García Morente, Colección Austral, Quinta Edición, p. 109.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

EL PENSAMIENTO DE GAUDAPADA

(Materiales para la elaboración de una tesis sobre "La filosofía de Sankara")

La filosofía de Gaudapada es determinante en la evolución posterior del pensamiento hindú y por ende de capital importancia en el estudio de la obra de Sankara. Es este el motivo que nos impulsa a señalar sus características generales y a exponer, con un poco más de detenimiento, las doctrinas básicas de su obra.

Ante la figura de Gaudapada tomamos conciencia del rigor lógico de que es capaz la filosofía hindú. Es este un autor que en su pequeña obra, *Karika a la Mandukya Upanisad*,[1] muestra una serie de características que lo colocan a la altura de los más grandes pensadores orientales. Une a la sencillez en la exposición una profundidad filosófica notable.

Gaudapada pertenece a la escuela Vedanta; su obra es la manifestación más antigua que conocemos de dicha escuela y constituye además un intento de conciliación entre las enseñanzas del budismo y las de las Upanisads. Es tan fuerte la influencia budista en su pensamiento, como veremos más adelante, que ha llegado en su pensamiento, como veremos más adelante, que ha llegado a pensarse que su formación es budista y aun que su obra pertenece a dicha escuela. Esto último es bastante dudoso ya que él mismo dice que enseñará "una doctrina no miserable, aquella del no-devenir y de la igualdad, la que afirma que nada nace de ninguna manera",[2] y más adelante: "El objeto (de estudio) de los sabios es la igualdad, el no-devenir, la no-dualidad",[3] es decir, la doctrina advaita.

[1] Para la transcripción de los términos sánscritos nos hemos basado en la autoridad del *Sanskrit-English Dictionary* de la Oxford University Press, en su edición de 1956, y en la del *Dictionnaire Sanskrit Français*, del "Institut de civilisation indienne", Paris, 1932. Hemos adoptado aquella que nos ha parecido más clara como en el caso de la sílaba AUM que el *Dictionnaire*... transcribe OM.

[2] *Karika de Gaudapada*. Maisonneuve, Paris, 1944; III, 2.

[3] *Op. cit.*, IV, 80.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Dasgupta, Radhakrishnan y Keith piensan que Gaudapada pertenece a una época en que el vedantismo se afirmaba y el budismo, representado por la escuela Madhyamika, se encontraba en pleno florecimiento. Si tenemos en cuenta que la tradición ha considerado a Gaudapada como el maestro de Govinda, maestro a su vez de Sankara, estaremos de acuerdo en que debe de haber escrito su obra alrededor del siglo VII d. J.

La obra de Gaudapada está formada por una serie de sloka o estrofas distribuidas en cuatro libros o agama, de los cuales el primero sigue el desarrollo de la Mandukya Upanisad y parece haber tenido un interés didáctico, y los tres restantes se desarrollan por sí mismo, aunque teniendo en cuenta la doctrina de la Mandukya, por lo que considero importante exponer ésta en primer término, de una manera sucinta, antes de emprender el estudio de las enseñanzas del autor de las *Karika*.

El carácter de la Mandukhya Upanisad es ortodoxo aunque se ha dicho que ya sufre influencias budistas. La obra consta de doce versos que tratan de la sílaba sagrada AUM. Analizan y comparan cada una de sus letras componentes con cada uno de los tres estadios clásicos de introspección, a saber: visva (llamado aquí vaisvanara), taijasa y prajña, añadiendo a esta doctrina ya desarrollada en Upanisads anteriores, el estadio de turiya que es significado por la sílaba completa.

Brahman, el Sí-mismo absoluto, inalterable, imperecedero, es asequible a través de la doctrina de los estadios del alma o jiva, cada uno de los cuales corresponde a un estrato epistemológico y de realización ontológica. El primero es el llamado vaisvanara y corresponde al modo de ser de la vigilia, en él se da el conocimiento de los fenómenos a través de la percepción, medio de conocimiento que carece de validez. Al ser superado éste el sabio se encuentra en el de taijasa o de sueño, en el cual aún existen las representaciones y el modo de conocimiento es el imaginativo; el taijasa sirve de trampolín para alcanzar el estadio de prajña y participa de ambos, prajña y visva. Prajña es el Sí-mismo conceptual, en el estadio de sueño profundo en el cual no existe deseo ni pensamiento alguno, en donde todas las impresiones se han unificado y "sólo el conocimiento y la beatitud restan".[4] La Upanisad dice: "el tercer cuarto es prajña... que es una masa de conocimiento, que está lleno de beatitud y goza de ella..."[5]

"El cuarto estadio... que posee la bienaventurada no-dualidad es la sílaba AUM, el Sí-mismo. Y penetra en el Sí-mismo del Sí-mis-

[4] Radhakrishnan, *The principal Upanisads*, Allen & Unwin, London, 1953; p. 697.

[5] *Mandukya Upanisad*, Maisonneuve, 1944; 5.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

mo",[6] es decir, comenta E. Lesimple,[7] en lo más íntimo del Sí-mismo, *en el atman* indiferenciado, que es Brahman. En este estadio del alma, atman, se unifica con Brahman, y se sumerge en la realidad última: el Ser.

Al desarrollar esta doctrina Gaudapada añade en sus *Karika* que la diferencia entre el estadio de prajña y el de turiya estriba en que, aunque ambos se encuentran más allá de la dualidad, prajña está asociado con la conciencia en el sueño, mientras que turiya la trasciende. Esta tesis del Vedanta tiene suma importancia en la evolución posterior de la filosofía hindú. Sankara al comentar la obra de Gaudapada afirma que la diferencia entre ambos estados se halla en los puntos de vista: "Lo que es designado como prajña (cuando se considera como causa del mundo) será descrito como causa y se encuentra libre de toda relación fenoménica, es decir, en su aspecto real y absoluto."[8]

Tratar de exponer de una manera más clara las teorías propugnadas por esta Upanisad es ya una obra de interpretación que se alejaría bastante del texto, pues esta Upanisad, como todas las demás, no explicita en muchos puntos cuál fue el pensamiento real del escritor, sino que sólo apunta las soluciones a los diversos problemas de la filosofía brahmánica sin explicar cómo es posible tal doctrina ni cuáles son las relaciones que existen entre los diversos postulados.

Las *Karika* de Gaudapada siguen, en su primera parte, como dijimos antes, el desarrollo filosófico de la *Mandukya Upanisad* apuntando sin embargo su posición monista: "La realidad no es más que ilusión, la no-dualidad es la realidad suprema",[9] que desarrollará en las siguientes agamas. En el pensamiento expuesto en estos libros es evidente una influencia budista importante, que será tratada al fin del presente capítulo, pero se afirma de manera preponderante la posición Vedanta.

Para el autor de la Karika el conocimiento es asequible a través de la introspección, por medio de la superación de cada uno de los estadios de conocimiento, hasta lograr el llamado turiya o de identificación total con el absoluto. El sabio "se convierte en el brahman exento de temor, totalmente iluminado de sabiduría."[10] La sruti es considerada como autoridad absoluta y la razón únicamente como medio auxiliar, por ejemplo en *K, II*, 2 y en *III*, 23 en donde se dice que "la sruti es idéntica al sujeto de la creación. . .". Esta idea será aprovechada más tarde por Sankara que declara que la razón

[6] *Op. cit.*, 12.
[7] En su introducción a la *Mandukya. . .*, Maisonneuve, Paris, 1944.
[8] Sankara comentario a las *Karika*, I, 2; *cit.* por Radhakrishnan, *op. cit.*, p. 697.
[9] *Karika. . .*, I, 17.
[10] *Op. cit.*, III, 35.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

es no sólo auxiliar sino parte importante en la tarea por el logro del conocimiento absoluto. Para poder alcanzar a Brahman es menester conocer el valor de la introspección para ir profundizando en cada una de las etapas del Sí-mismo hasta alcanzar el atman incondicionado.

Es indispensable, también, saber que la realidad está por encima de las características fenoménicas del mundo circundante, así como de la dualidad sujeto-objeto a que nos vemos expuestos en los modos de conocimiento de los dos primeros estadios de introspección: visva y taijasa. Gaudapada afirma la posibilidad del conocimiento del absoluto como no-dualidad, a pesar de que está a punto de caer en el nihilismo budista en la sloka 32 de la segunda agama en la que se niega la aspiración a la liberación. No se atribuye categoría de medio válido de conocimiento a la percepción pues "por el hecho de tener un comienzo y un fin se revela como falsa".[11] Más adelante añade: "desde el punto de vista de la razón admitimos (erróneamente) que existe una causa externa de la percepción, pero desde el punto de vista de la realidad se comprenderá que tal causa carece de causalidad".[12]

El conocimiento se da solamente en la intuición del absoluto, hecho que implica la no-discriminación y la represión del espíritu. La no-discriminación significa la abolición del nombre y la forma en sus funciones determinadoras que caracterizan al mundo del fenómeno que abarca, no sólo el objeto externo e interno, en la imaginación, sino también la idea y el pensamiento, como pensamiento de algo. El conocimiento tiene una función de integración total en la unidad absoluta. La represión del espíritu es la superación del deseo y, con ello, del karman. Esta represión llega, en Gaudapada, hasta el extremo de ser postulada la desaparición del espíritu como consecuencia del conocimiento del atman.

Su teoría espistemológica adquiere mayor importancia aun cuando la vemos proyectada en la teoría del ser. Su posición es subjetivista en cuanto se refiere al ser de los fenómenos: "Las cosas visibles para el que vela no existen separadamente..."[13] Gaudapada no garantiza la existencia del fenómeno como producto de la ilusión de Brahman, como hará más tarde Sankara, sino que insiste en su modo de ser ilusorio como producto de la maya. "Las cosas que se encuentran no-desarrolladas en el interior (en la conciencia) y aquellas que se manifiestan en el exterior, todas, son pura y simplemente imaginadas."[14] A pesar de esto el autor se coloca en una posición en

[11] *Op. cit.*, IV, 32.
[12] *Op. cit.*, IV, 25.
[13] *Op. cit.*, IV, 66.
[14] *Op. cit.*, II, 15.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la que no se acepta que posea categoría existencial el no-ser como responsable de la carencia de valor ontológico del fenómeno y de la idea. "El no-ser no tiene por causa al no-ser; del mismo modo que el ser no tiene su causa en el no-ser, el ser tiene por causa al ser..."[15] y aún va más allá al afirmar que las apariencias permanecen inconcebibles (K, IV, 52). El fenómeno no puede ser conocido en el sentido más estricto de dicho término, pues lo único cognoscible y que es a su vez todo conocimiento es el Ser, el Supremo Sí-mismo.

La naturaleza ilusoria del fenómeno interior y exterior se manifiesta en la segunda agama: "Lo que es nuevo (en el sueño), es una propiedad del sujeto";[16] pero ambas visiones "son ilusorias",[17] Ahondando más en el problema Gaudapada no vacila en afirmar que "el pensamiento no alcanza el objeto, ni la apariencia del objeto, puesto que el objeto mismo es inexistente...[18] Es "por el efecto de la maya de dios por la que (el atman) se engaña a sí mismo".[19] A pesar de recurrir a la doctrina de la maya no la desarrolla en todas sus implicaciones y se limita a apuntarla como la solución perfecta para la explicación de la creación dentro de un monismo absoluto. Será Sankara quien la llevará a sus últimas consecuencias.

Al tratar del estado de visva hace constar que la diferencia de realidad del fenómeno que se da a la conciencia en el estado de vigilia y la imagen del sueño sólo estriba en la naturaleza del sentido que efectúe la aprehensión y no en el ser real del fenómno, de tal manera que ambas visiones "no pueden ser distinguidas absolutamente".[20] El efecto, el fenómeno no existe como tal desde ningún punto de vista pues "aquello que no existe en el origen, ni en el fin, tampoco existe en el medio".[21] Su posición subjetivista se muestra más claramente aún en la tercera agama "todos estos seres inmóviles no son dualidad más que en tanto son contemplados por el espíritu; cuando el espíritu cesa de ser espíritu, la dualidad deja de ser percibida".[22] El subjetivismo de Gaudapada no es un subjetivismo ingenuo que afirme la existencia de los objetos en la mente de un sujeto, sino que es únicamente un medio para explicar la carencia de realidad del fenómeno como ente separado de la conciencia. No afirma la realidad del objeto como ideación, ni aun admite la existencia de la conciencia como conciencia de algo. La única

[15] *Op. cit.*, IV, 40.
[16] *Op. cit.*, II, 8.
[17] *Op. cit.*, II, 9.
[18] *Op. cit.*, IV, 26.
[19] *Op. cit.*, II, 19.
[20] Keith, *Religion and Phylosophy of the Veda*, Harvard Oriental Series, 1926; 2 vol., p. 558.
[21] *Karika...* IV, 31.
[22] *Op. cit.*, III, 31.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

realidad posible, insiste una y otra vez, es Brahman. El fenómeno se da en el pensamiento como resultado de la maya, pero ésta no puede dar ser a algo, por lo que, tanto el fenómeno como el pensamiento, sólo poseen carácter ilusorio y no tienen ser de ninguna manera. La única causa posible es Brahman, el cual, por su carácter mismo, no puede dar lugar a algo mutable y por ende mortal. ¿Cómo podría ser el Ser causa del no-ser? dice Gaudapada.

Su filosofía monista se perfila de una manera clara al tratar el tema de la dualidad. "Si existiese la diversidad, desaparecería sin duda. La dualidad no es sino ilusión, la no-dualidad es la realidad suprema." [23] Al hablar de las opiniones dualistas dice: se "admite el devenir de una cosa no-nacida, pero ¿cómo aquello que no tiene orígen, que es inmortal, se volvería mortal?" [24]

La dualidad no existe "de ninguna manera",[25] por lo que carece de validez hablar de fenómeno, de objeto de conocimiento o de creación. Sin embargo el sentido positivo de su obra se muestra al afirmar la cognoscibilidad de Brahman por medio de la introspección, de la inmersión en el Sí-mismo incondicionado en el estado de turiya.

La doctrina de la jiva se desarrolla en función de la maya. Todos los agregados corporales que condicionan al Sí-mismo individual no son sino sueños producidos por "el poder de la ilusión del atman".[26] Para explicar la naturaleza de la jiva recurre el autor al ejemplo, patrimonio de toda la tradición védica, del espacio dentro de un recipiente: "El atman es semejante al espacio y las almas (jiva) a los espacios vacíos de una olla." [27] La relación de la jiva con el atman incondicionado no es como la de una parte con el todo, es el atman mismo que se nos da como diferenciado como consecuencia de nuestra ignorancia; al ser superada ésta el espíritu deja de ser espíritu [28] y los agregados corporales desaparecen.

Al hablar de la influencia budista en la obra de Gaudapada debemos recordar que este autor se formó en un medio en el que esta filosofía adquiría cada día mayor prestigio y en el que florecía una de las escuelas más importantes de esta tendencia, la Madhyamika. La obra de Gaudapada surge como un intento de conciliación entre ambas doctrinas: la budista y la vedanta, y no como una reacción en contra de dicha escuela. En su obra no existe indicio alguno de rechazo. Este intento de conciliación lo lleva en muchos casos a hacer uso de términos de formación budista, como el de dvipadam varam

[23] *Op. cit.*, I, 17.
[24] *Op. cit.*, III, 20.
[25] *Op. cit.*, III, 15.
[26] *Op. cit.*, III, 10.
[27] *Op. cit.*, III, 3.
[28] *Op. cit.*, III, 31.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

"el mejor de los hombres"[29] en la primera sloka de la cuarta agama, o el de alatasanti *"apaisement du brandon"*, nombre con que se designa esta agama. Llega también a glosar párrafos completos de la llamada *Madhyamaka* de Nagarjuna, por ejemplo, en las sloka II, 32 y IV, 22. La importancia primordial de la influencia budista estriba en la asimilación de ciertas doctrinas, por ejemplo, la de la cesación del espíritu o, en la teoría del conocimiento, la posibilidad de un conocimiento en donde no exista ninguna relación de objeto conocido, sujeto que conoce y acto de conocimiento.[30]

La importancia de las *Karika a la Mandukya Upanisad* es muy grande por el hecho de ser ésta una obra fundamental par el estudio de una época de transición de la escuela Vedanta y de constituir un documento de valor incalculable, en el análisis de las influencias recíprocas de las dos tendencias filosóficas más importantes del pensamiento hindú: El Brahmanismo y el Budismo.

G. DE LA LAMA DE GONZÁLEZ.

[29] Battacharya, *The Gaudapada Karika*, 1922, p. 44; *cit.* por E. Lesimple en su Introd. a la *Mandukya...*, Maissonneuve, Paris, 1944.
[30] E. Lesimple, *op. cit.*, comentario a la *Karika*, IV, 99.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

EL PRESENTIMIENTO DE LOS VIAJES INTERPLANETARIOS, EN LA LITERATURA UNIVERSAL

El asunto de esta plática será grato para mí —y deseo que también lo sea para mis oyentes—, ya que invita a volver a lecturas de años mozos. Recuerdo aquel *Libro de estampas*, con texto de Hans Cristian Andersen, "grabado y estampado" por J. Thomas de Barcelona, según decía el colofón, a principios de este siglo, en el que la Luna hace al narrador visitas cotidianas, y en cada una de ellas —treinta y tres— le refiere lo que ha visto por el mundo, en sus diarios recorridos.

En el campo de la mitología, egipcios, etruscos y persas tuvieron figuras aladas. El paganismo helénico dio alas, también, a las sirenas primitivas con cuerpo de ave; a las arpías y las quimeras. Los hebreos conciben a los ángeles, que los cristianos unen a los querubines, en visiones celestes.

Al deseo de elevarse sobre la Tierra, por sugestión de los pájaros, responden la ambición de Icaro, cuyas alas adheridas con cera se desprenden —un símbolo— cuando intenta acercarse al Sol, y el alado corcel Pegaso, que se remonta por entre constelaciones.

Shakespeare crea en *La tempestad* un espíritu alado: Ariel, y Cervantes da al Quijote, aferrado a la Tierra con Sancho, el "aligero" Clavileño, del que hablará, como sabe hacerlo, el doctor Amancio Bolaño.

En los cuentos, no sólo árabes, además de los genios que vuelan, está el caballo con alas —anticipo en la mecánica— y el primer planeador: la alfombra mágica, para solaz de los lectores infantiles de Las mil y una noches (A. U. D.).

La Luna, antes de ser meta de los científicos, lo fue de los soñadores. La cantan y aluden no solamente los poetas románticos: Musset la veía en Venecia sobre el *Campanile*, como punto de una I. Hablan de ella el clásico fray Luis de León, el prerromántico Young, el modernista Lugones y el premodernista García Lorca —"verde

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

luna" del *Romancero gitano;* personaje decorativo, en *Bodas de sangre*—, entre muchos otros. La juventud sitúa en la Luna sus sueños: es góndola imprescindible, para el embarque a Citerea.

Por la misma distancia que media entre la concepción de algo y su realización material, en la evolución del mundo parece regir la ley de que el pensamiento anteceda al acto, a excepción de los reflejos que se ejecutan por instinto de conservación, heredado, inconsciente. Así, la idea es siempre anterior al objeto creado, como el nombre —la palabra que servirá para designarlo— es posterior a su existencia.

Son conocidos los antecedentes del deseo de evasión en el espacio, que el progreso acentúa. En 1647, a iniciativa de Pascal, se comprobó experimentalmente en Puy-De Döme que a mayor altura corresponde menor presión atmosférica: ley que proporcionará sorpresas aun a los sabios. A partir de entonces, se piensa en diversos recursos para elevarse: gansos, imanes, ampollas de rocío por su rápida evaporación.

Cyrano de Bergerac, cuya existencia dramatizó Edmund Rostand; nacido en Perigord en 1619 y muerto en 1655, escribe —influido por Quevedo— la *Historia cómica del viaje a la Luna y los estados del Sol,* que nos llega con lagunas. Satírico y poeta, el gascón, según dice, además del rocío, empleó en el supuesto viaje, tuétano animal, que la Luna absorbía.

En 1649, recordará Verne, Jean Beudoin (?) publicó el *Viaje hecho al mundo de (la) Luna por Domingo González, aventurero español,* desconocido en su tierra.

Cuando, a través de los cuentos, se va de la infancia a la adolescencia y se arriba a la juventud, es inevitable hacer escala en los relatos de Edgar Allan Poe. En otra parte he hablado de esas atractivas páginas en que muestra, con sus diversas caras, el miedo, hasta lindar con el pavor, y lo enfoca desde múltiples ángulos. En ellos se llega a "gozar y sufrir simultáneamente, con el cautivador sobresalto de tan escalofriantes narraciones".

Edgar Allan Poe, como sabemos, fue hijo de una pareja de actores con ascendientes llegados de Irlanda. Vino al mundo en 1809, y pasó de Baltimore a Maryland, hasta encontrar un padre adoptivo en el escocés John Alland, radicado en Vriginia. Recitador precoz, va a una academia en Richmond, antes de viajar por Inglaterra, con sus padres adoptivos. Hace algunos estudios, de francés, latín e historia; pero sueña, sobre todo, hasta que lo despiertan al regresar a los Estados Unidos, para llevarlo de nuevo a Richmond, Virginia, en 1882.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Deportista esforzado en su adolescencia, transcurridos cuatro años, fue a la Universidad de Virginia y de ella pasó a la Academia de West Point, en 1830. Allí la austera disciplina, en un año, no dominó la altivez de Poe. Decidió abandonar la Academia sin consultar al señor Allan, y el 6 de marzo de 1821 fue expulsado de ella. En realidad había dejado de asistir a la Academia desde el 25 de enero de ese año.

A partir de entonces, Poe fue escritor autodidacta y, sobre todo, poeta. Sus *Cuentos de lo grotesco y arabesco* aparecen en 1840. Tres años más tarde le premian "El escarabajo de oro". Su poema "El cuervo" se publica a principios de 1845. Ese mismo año salió la edición londinense de sus *Cuentos*. A Francia llegó su prestigio, antes que Baudelaire emprendiera la versión de sus poesías, que también tradujo Mallarme, quien lo admira abiertamente.

De sus escritos en prosa, Julio Verne conoció los primeros en inglés, y en seguida disfrutó de su lectura en la traducción bodleriana. Tras "El cuento del globo", en el cual los ocho tripulantes del "Victoria" cruzan el Atlántico en 75 horas —en viaje que parecía autentificar el "diario" de uno de aquéllos—, Poe ofrecía la "Aventura sin par de un tal Hans Pfaall", en la que un componedor de fuelles avecindado en Rotterdam se lanza en un globo —cuyo impulso ascensional acelera gracias a diversos recursos— con destino a la Luna, que alcanza a ver de cerca, en un viaje de diecinueve días, según informa a su regreso, en sospechosa comunicación dirigida al Colegio Nacional Astronómico de aquella ciudad holandesa. En el desenlace el autor pasa de lo maravilloso a lo grotesco, por las dudas expuestas sobre el enano y el grupo de ebrios que solía acompañarlo.

Mi generación —y creo que aún acontece lo mismo con la actual, pues se hallan aquí en publicación dos series que incluirán, en 10 tomos, sus 400 escritos— se detenía también, complacida, en la lectura de las obras de Jules Verne: Julio Verne, decíamos, y decimos aún, haciendo grave su apellido al castellanizarlo, como sucede con autores cuyo nombre se adapta al país en que se vive, al convertirlos en autores universales.

Se le leía, entonces, en aquellos compactos tomos de Gaspar y Roig, que reproducían los grabados de las ediciones francesas, ahora exhibidos en el Instituto Francés de la América Latina. Aquellos volúmenes en los cuales la doble columna se abría a trechos, para ceder espacio a las ilustraciones: inquietantes grabados en que varias de las figuras tenían rasgos caricaturescos. En ellos, los coetáneos de Verne leyeron, tanto en España como en Hispanoamérica, sus difundidas obras.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Algunas de ellas viven aún —así lo supongo— en la memoria de lectores pasados y presentes, y su título con alguna alusión a las mismas, bastará para que las evoquen y recuerden su contenido, pues quizás una relectura vendría a romper el viejo encanto que para nosotros conservan, al querer juzgarlas con espíritu crítico actual, como la intensa luz puede acabar con el hechizo de un brumoso cuadro suspendido en la penumbra de una sala antigua.

Esas páginas, que Verne trazó con escasa malicia de escritor, en cuanto a estilo, tienen —por sanas— una salud que, a través de casi un siglo, han conservado, y con ella, parecen desafiar al tiempo.

¿Será Verne un clásico? No lo es, en el sentido de perfección que suele ir ligado a ese concepto; mas puede considerársele como tal etimológicamente, pues son lectura propia, no de una "clase" pero sí de una etapa vital: la adolescencia, la cual equivale ahora, con su sed de aventuras, a un promedio, en cuanto a desarrollo, en las inteligencias a las cuales el actor quiso adaptarse al escribir sus obras.

Verne fue de mediana estatura, barbado, bonachón. Tenía los claros ojos del hombre de mar que pretendió ser. Su fisonomía, por voluntad de uno de los dibujantes que ilustraron sus obras, pasó a ser la de un personaje suyo: aquel doctor que aparece en *Veinte mil leguas de viaje submarino.* De igual manera lo libresco se superpone a lo vital, y sus escritos han hecho que se olvide al hombre que, por cumplir los deseos de su padre, fue abogado, a pesar de que deseaba ser marino, y como escritor, se desvió del teatro a la novela, porque sólo pudo triunfar en la escena, gracias a las adaptaciones de *La vuelta al mundo en 80 días* y de *Miguel Strogoff,* que ahora han triunfado nuevamente, con su proyección en la pantalla.

Según Verne decía a su padre en una carta, con frecuencia acudían a su mente "cosas inverosímiles", que "en realidad no lo son" agregaba. Nacido en 1828, su infancia coincidió con el apogeo del Romanticismo, y en su madurez presenció el brillante ocaso de Víctor Hugo. Por su formación y su sensibilidad él mismo era romántico, ajeno a las complicaciones de las "ciencias exactas". Se halló, también, distante de los naturalistas, atentos observadores de la realidad que los circunda, constantemente ligados a ella, al extraer de sus notas los relatos.

Mal estudiante, buen hijo, hermano ejemplar, marido y padre un poco egoísta, por su método de trabajo y la frágil salud, su existencia, escasamente conocida, dejó rastros en cartas y recuerdos que proporcionan abundante material, no aprovechado totalmente por sus contados biógrafos.

En unos y otros se ve que sus escritos son fruto de una fantasía estimulada por acontecimientos de la época. Sucesos reales: inven-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ciones, conquistas geográficas, adelantos científicos, progreso industrial, que inquietaban al público a mediados del XIX, atraían la atención de lectores que se mantuvieron fieles —quizás lo son todavía— medio siglo, y que por herencia, prepararon a los sucesores de aquéllos.

La vida de Verne daría asunto para más de una conferencia. En la imposibilidad de consagrarle una sola en este ciclo de invierno —quizás en otra ocasión lo haga—, debo ceñirme al tema y, por ello, citar sólo algún rasgo que se relacione con sus obras.

Amigo del novelista Alejandro Dumas —a quien admira desde la juventud y recuerda no sólo en el homenaje al Conde de Montecristo, que le rinde en la madurez, al escribir *Matías Sandorf*—, halla su camino dentro de la novela, cuando el público está fatigado de las abundantes seudo-históricas del padre de *Los tres mosqueteros.*

Verne también partió del relato inspirado en la historia. Tiene particular interés para nosotros el hecho de que su primera obra narrativa —después de éxitos y fracasos en la escena parisiense, con vodeviles y comedias, ahora totalmente olvidados—, su ensayo novelesco inicial lleve por título éste: *Los primeros buques de la marina mexicana,* que resulta un tanto irónico aún, pese a la marcha hacia el mar, y cuente allí la aventura de aquellos dos barcos españoles: el "Constancia" y el "Asia", que en momentos decisivos abrazaron la causa de nuestra Independencia.

Bajo el flujo de Poe, ya al mediar el año de 1850, escribe *Un viaje en globo:* promesa de las *Cinco semanas en globo,* por África, que vendrán después que se asome al Nuevo Mundo —en su primera narración y en *Martín Paz,* de ambiente peruano—, al que volverá con *La jangada,* que le condujo al Brasil inexplorado y con *Norte contra Sur,* sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica, torna a los globos dirigidos, con Poe —"Le canard en ballon"— que le da el título del suyo: *Victoria.* En ese y otros escritos, Verne se apega de la realidad: la agitada época de Luis Felipe, antes que otra evasión —*El viaje a la Luna*— lo arranque, en 1860, de la superficie de la Tierra.

Varias evasiones realiza a continuación, por el océano y por los aires. La que efectúa en el *Nautilus,* con el capitán Nemo —tras un recorrido novelesco y el viaje en el "Great Eastern"—, que recordará en *"Una ciudad flotante"* —precede a la derrota de Francia, en 1870. Mientras Bayard y Neuville ilustraban *"Alrededor de la Luna",* el novelista navegó— costeando, en su barquito: el primer "Saint Michel" —con el que se le ordenó la defensa de una zona marítima— para llegar a Nantes, la villa natal, donde su padre moriría un año después de la ocupación de París por los germanos: en 1871.

Tras un periplo en su nuevo yate: el "Saint Michel III", con escalas en puertos españoles, portugueses y africanos, viene otra fuga, más larga: aquella que, como el segundo libro de Cyrano de Bergerac, tiene por escenario los "dominios del Sol": *Héctor Servadac*. Para las ecuaciones que intercala en el relato fantástico de un viaje por regiones que parecían prohibidas aún a la mente humana, pone a prueba los conocimientos matemáticos de miembros de la familia y aun los cerebros de profesores especializados, que le prestan su colaboración eficazmente, con cálculos precisos.

En las "anticipaciones" de Julio Verne: *Amiens en el año 2,000* y *La jornada de un periodista americano en 2,890* —que tendrán su equivalente, en el futuro, en aquellas de H. G. Wells—, quedaron incluidos varios de los inventos que Edison, Lumière y Marconi llevaron a la realidad, y algunos, como la televisión, que hemos visto nacer y prosperar en nuestros días, sin contar la tercera dimensión en la pantalla, aún en camino de perfeccionarse.

A ellos se unirá, en 1886, la intuición del helicóptero: el "Albatros", que en *Robur el conquistador* navega por los aires. Tales predicciones literarias, en torno a problemas cuya solución requiere un trabajo en equipo, de sabios y técnicos, teorizantes y realizadores, confirman la aseveración de que la fantasía precede a la práctica y vienen a ratificar aquellas palabras de Verne, según las cuales "todo aquello que un hombre puede imaginar, otros podrán realizarlo", además de la convicción de que sus herederos perfeccionarían la obra.

En *El viaje a la Luna* o *De la Tierra a la Luna* se parte del principio de que un proyectil lanzado a una velocidad de poco más de 11,000 metros por segundo, puede llegar a la Luna. Tras las discusiones previas, se escogen materiales y combustible, se cruzan apuestas, y entre Tejas y Florida, se elige un punto en la segunda, para el disparo del cañón gigantesco. La mayor parte del libro se dedica a esas discusiones y a los preparativos —fundición en gran escala, acondicionamiento interior—, antes que, según dice, la "detonación espantosa, inaudita, sobrehumana" sacuda la Florida "hasta el fondo de sus entrañas". Tras la perturbación atmosférica que trae consigo, un mensaje informa que el proyectil se ha convertido en satélite de la Luna.

Su continuación, *Alrededor de la Luna*, contiene los pormenores del viaje que realizan Ardan, Barbican y Nicholl, a quienes acompaña una pareja de perros —Diana y Satélite—, en el interior del proyectil, que es una "cárcel de aluminio".

El diálogo —que Verne, como aficionado a las obras dramáticas, introducía frecuentemente —ocupa muchas de las páginas del libro, en discusiones animadas. Las fórmulas algebraicas ponen la nota científica. "Satélite" muere, y justifica su nombre, porque cuando lo arro-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

jaron fuera, sigue al proyectil. La Luna ejerce su influjo en el jovial francés y sus compañeros anglosajones, cuando se aproximan a ella. Un bólido que pasa los desvía, y tienen que conformarse con observar la Luna, antes de volver a la Tierra, por San Francisco, desde donde se organiza su salvamento del Océano.

Héctor Servadac o *Aventuras y viajes por el mundo solar* amplía, a una escala mayor, el viaje precedente. La novela, dividida en dos partes, ocupó —en la traducción española de N. F. Cuesta, editada por *La voz de México* en 1882— cerca de 800 páginas: indicio del hambre y sed de aventuras de sus lectores. En la inicial, la "Galia" rehace el recorrido hasta la Luna, cuando Mercurio amenaza chocar con la Tierra; pasa entre Marte y Júpiter, y la toman por un cometa. En la segunda, tras de haberse hallado a 220 millones de leguas del Sol, la "Galia" realiza el viaje de retorno a la Tierra, y desaparece, mientras el capitán Servadac y sus compañeros se desmayan al ver los continentes.

No fue Verne aficionado a la experimentación, ni *dilettante* científico —fuera de su elemental interés por las curiosidades que tentaban a otros, en su tiempo. Habría sido incapaz de reparar aun la sencilla maquinaria de su buque; pero su fantasía trabajaba constantemente. Por su imaginación, no pretendió competir con la ciencia— ni estaba preparado para hacerlo. Se adelantó a su época: fue un previsor: mas sus previsiones o predicciones —a veces, ingeniosamente ingenuas— han tenido que ser, a cada paso, rectificadas por los inventores.

Seis años después que apareció *El viaje a la Luna*, de Verne (1886), nace en un arrabal de Londres —Bromley, Kent—, Herbert George Wells, quien desde su modesta posición ascendió hasta colocarse, como novelista, en un sitio equivalente al que George Bernard Shaw ocupó en el teatro.

Tras los duros comienzos de que habla en su *Experimento en autobiografía*, ingresa a los 18 años en la Escuela Normal de Ciencias, con el propósito de ser maestro. Tiene, en aquel campo, un gran iniciador en la biología: el profesor T. H. Huxley, y otros maestros, inferiores a aquél, en Física y Geología. "Estudiante descontento" —así se ha llamado—, se gradúa a los 22 años de edad, y se lanza a la conquista de un sitio entre los escritores, después de enseñar Biología por correspondencia.

Al fracasar en el periodismo literario —fue también, como Shaw, crítico de espectáculos, en alguna revista—, ensaya primero la novela sobre relaciones entre hombres y mujeres, en la que insistirá más tarde y, cuando ha ganado con ella fama y lectores, se desvía hacia la novela científica, que otros habían intentado antes, en Inglaterra, con

menor fortuna, hasta situarse en primera fila, en ese género, no sólo entre los ingleses. Al principio, se le ve como un segundón de las letras, cuando se le compara con Dickens, Lytton, Barrie o Kipling. "Durante dos o tres años —dice también— yo fui saludado... como un segundo —Julio Verne." Después sería, además, "un segundo Diderot, un segundo Carlyle, un segundo Rousseau..."

Entre los libros sobre el porvenir, de su etapa de novelista científico, están —citados los títulos según las conocidas traducciones españolas— *Cuando el dormido despierte, Anticipaciones* y *La guerra en el aire,* que fue anterior a los primeros aeroplanos. Por otras razones, hay que entresacar de su copiosa bibliografía *La guerra de los mundos, La visita maravillosa, Los primeros hombres en la Luna* y *El mundo se liberta* (1914).

Si el *viajero del tiempo* se reveló como articulista, antes que ensayara la crítica teatral, en el *Pall Mall,* en 1895, narraciones como *La máquina exploradora del tiempo,* en la que se volvía hacia el futuro, le permitieron afirmarse en el terreno en que mostraba la transformación material de las ciudades, en las que todo sería grandioso, mientras los hombres que acaparaban la riqueza resultaban cada vez más duros y mezquinos; pero las novelas de amor ponían tregua de esperanza y frenada ternura en ese mundo sombrío.

También marcaron pausas en su recorrido —orientado preferentemente hacia el mañana, a excepción de aquellas dos revisiones del pasado: la extensa y la breve, en que al sociólogo se une el historiador, y el testigo de su tiempo va a asomarse a lo pretérito, con la experiencia de lo observado y leído—, *La visita maravillosa,* con esa inverosímil, pero admisible, presencia de un ángel en la Tierra, a la que no puede adaptarse, y *La guera de los mundos,* con la invasión del nuestro por seres marcianos —finalmente vencidos por los microbios, a pesar de sus rayos mortales—, que abren la puerta al mito de los huéspedes en recorridos interplanetarios.

Viene a mi memoria el encuentro, a través de una edición alemana, la Tauchnitz, con una de las novelas menos conocidas de H. G. Wells, de la cual soñé en ser co-traductor —con el actualmente ingeniero Luis Álvarez Dans, como aliado en tal empresa—, por las condiciones en que leí aquel libro: *The World Set Free* (El mundo se liberta), que apareció en 1914, antes de la primera guerra mundial. Lo hallé, en unas involuntarias vacaciones, cuando las aulas de la Universidad permanecían cerradas, y me sorprendió más que la profecía de la invasión de Francia por los alemanes a través de Bélgica —para evitar el obstáculo de la Línea Maginot—, el hecho de que Wells hablara allí de una guerra a la que ponían fin los aviadores, tras el empleo de un arma terrible cuyo nombre no tenía para mí sentido entonces: la bomba atómica.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Con *Los primeros hombres en la Luna,* H. G. Wells se propuso, como en otras obras suyas de tal género, buscar una solución científica para el viaje al satélite, con otros medios. La halla, originalmente, merced a nuevos recursos. El asunto se plantea intrigando al lector los enigmas, en la primera parte del libro, hasta que el misterioso Cavor, con quien el supuesto autor discute hipótesis —y al hacerlo recuerda el proyectil imaginado por Verne—, construye la esfera con las cortinas corredizas que recubiertas con una sustancia que se vuelve, al enfriarse, opaca a la gravedad: la "cavorita", y es así dirigible, gracias a ellas. El viaje se consuma, con observaciones que anticipan las que ahora la ciencia va confirmando, en lo que se refiere al recorrido, y a partir del capítulo VI, la fantasía vive en la Luna, hasta que Bedfor, solo —desaparecido Cavor—, vuelve a la Tierra al descender en Littlestone. Los mensajes de Cavor, vía Marte, prolongan la irreal aventura.

Poe tuvo, entre otros geniales aciertos que ofrece en su obra, el de imaginar, según los precedentes del siglo XVII, un viajero solitario: un Robinson de las alturas. Por esto se acerca más, probablemente, a la posibilidad de un viaje de exploración hasta la Luna, según ahora lo concebimos. No lo siguió en ese aspecto Verne, que se apartaba de los solitarios Robinsones, porque al aburrido soliloquio, resuelto en "diario", prefería la animada conversación entre los personajes de sus viajes —"extraordinarios"— como las narraciones de Poe, en el título que les dio Baudelaire al traducirlas.

Por su concepción elemental —infantil, casi—, en la que olvidó el choque, necesariamente mortal, que el impulso propulsor inicial del cañón producido en los viajeros, lanza el proyectil al espacio; por la circunstancia de que el mismo autor parezca ignorar algo en que pensaría el hombre menos práctico: la solución —sin solución— de Verne es la menos viable, aunque supere, en cierto sentido, a la de Poe; mas el desenlace, por ser lógico, lo salva.

En cambio, los caminos que exploró Wells, tripulante de *La máquina del tiempo,* en *Los primeros hombres en la Luna,* parecen más de acuerdo con las posibilidades futuras y con las teorías científicas en que busca apoyo. Su proyecto —y la realización del mismo— nos parecen como el reverso de las que empleó el empírico Verne, en *El viaje a la Luna* y *Alrededor de la Luna.*

De los escritores que soñaron, anticipadamente, un viaje de humanos hasta la Luna, y lo describieron como si se hubiera efectuado, paradójicamente quien, —por ahora, al menos—, parece que se acercó más a la realización de su sueño, no es uno de los que buscaron la solución por caminos en apariencia muy próxima a los recursos científicos, técnicos y mecánicos, actuales, sino quien parecía más ale-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

jado de estos últimos, por ser al mismo tiempo un soñador poco práctico dentro de su romanticismo: Verne, quien, como Wells, creyó en el poder limitado de la ciencia, casi tanto como el positivista Comte.

Si la lectura de tales novelas pudiera desencantar, hasta cierto punto a quienes se hallan ahora familiarizados con el tema, por las publicaciones periódicas en que predomina el elemnto gráfico: la imagen, sobre la letra, una revisión de las ediciones ilustradas de las novelas futuristas, podría demostrar que los trazos, y aun las realizaciones plásticas inspiradas por aquéllos, distan mucho de lo que ha traído la concreción de sus ideas.

La atención del público lector —habituado a los prodigios de la mecánica, por los "efectos" o trucos del cine—; el interés avivado en nuestros días por las recientes conquistas en que compiten dos imperialismos, reclaman también imperativamente nuevas informaciones en los diarios; mayor abundancia imaginativa en los cuentos, multiplicados hasta el infinito, en los rotograbados de las revistas y los folletos sobre la materia. En alguna de estas publicaciones puede hallarse hasta un proyecto de conquistas escalonadas correspondiente a los próximos años, y esquemas de futuros viajes interplanetarios, con la duración aproximada de cada uno.

Este interés, ahora estimulado por las noticias sobre lanzamientos de nuevos satélites de la Tierra, viene a explicar, aunque no la justifique, la credulidad de aquellos que aguardan la visita probable de huéspedes de otros planetas, para quienes la imaginación popular encontró hace tiempo vehículos adecuados, en inesperadas formas de transporte que permitan la comunicación interplanetaria.

No es sorprendente, por eso, que las inteligencias infantiles busquen las historietas protagonizadas por viajeros de otros mundos, y que no sólo adolescentes, sino jóvenes y aun adultos devoren —aparte las tradicionalmente famosas novelas de Verne y las más audaces de Wells— aquellos libros en que una fantasía sin lógica, los hace emigrar transitoriamente a otros planetas, como en *El ajedrez vivo de Marte*, y otros volúmenes de Edgar Rice Borroughs.

Por paradoja, en nuestros días, son eslavos y anglosajones quienes empiezan a realizar lo imaginado antes sobre vuelos interplanetarios: hombres de países en cuya literatura en general, la fantasía no abunda, precisamente porque, en vez de soñar, sus técnicos actuaron, con apoyo en la ciencia, al efectuar los experimentos que ahora sorprenden al mundo.

AMANCIO BOLAÑO E ISLA.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LOS PROBLEMAS LINGÜISTICOS DERIVADOS DE LOS SATÉLITES ARTIFICIALES

Dar nombre a las cosas y circunstancias que rodean al hombre y condicionan su manera de *estar* y *actuar* en la vida, dentro de los márgenes generacionales por los que cada hombre se halla limitado, ha sido siempre problema humano y al que hay que darle solución humanamente aceptable. Ahora bien, todo nombre arrastra consigo elementos fonéticos, morfológicos, sintácticos y semánticos que es preciso combinar sabiamente para llamar adecuadamente a los seres, porque todos esos elementos son fósiles e inactivos mientras permanecen separados unos de otros, pero cobran valor expresivo, una vez reunidos, para dar nombre a una *cosa* hasta entonces innominada o desconocida. Pero bien ¿las cosas que vamos a bautizar, poniéndoles un nombre, son lo que son realmente o son sólo lo que a nosotros nos parece que *son*? He ahí el vacilante problema que mantiene en vilo ondulante a nuestro inmortal fantaseador Don Quijote de la Mancha. "De allí a poco, descubrió D. Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una *cosa* que relumbraba como si fuera de oro"... "Díme —dice su escudero— ¿no veis aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una *cosa* que relumbra." Sancho, ladino y precavido, se guarda muy bien de dar nombre a algo que todavía no ha entrado por la vía sensitiva total, dejando en ella una convicción de realidad definida y definitiva. De aquí nace la ecuación *vaci-yelmo* que nos mantendrá en un balancín dubitativo y que es precisamente la razón de ser de la obra inmortal.

En *El Caballero Cifar* éste ve cómo unos juglares "subían por los rayos del sol a las finiestras de los palacios que eran mucho altos". Es lástima que Cifar no dé nombre a estos escaladores celestes, pero no hemos de extrañarlo "La impresión de azarosa sorpresa a causa de inesperados prodigios, exteriores a la persona, es propia de los *Li-*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

bros de Caballerías". La visión metafórica, bellísima y deslumbrante, ahí queda, pero ella no modifica en nada la manera de *ser* y de *estar* o *actuar* del caballero Cifar. La falta de curiosidad científica medieval nos deja con el disgusto de ignorar cuál nombre podrían llevar o dárseles a aquellos juglares que por los rayos del sol subían a "las finiestras de los palacios".

Pero he aquí otro caso con distinta solución: sucede en el Quijote, obra cumbre del Renacimento español, en donde la azarosa sorpresa es consustancial con el arte mismo de la obra, o sea, ontológicamente la obra misma donde "nada acontece sin más ni más sino que todo sucede para poner en un brete a Don Quijote y a cuantos bullen afanosos a su lado, para que hechos y personas den a luz sus latencias y se hagan irradiantes de posibilidades". Por eso, en una misma unidad de experiencia coexisten lo sobrenatural y lo natural, lo religioso y lo profano, lo espiritual y lo físico, lo abstracto y lo concreto. En una palabra, "todo acontece en el libro inmortal para hacer saltar a Don Quijote de sus casillas, para incitarle y ponerle en trance de caballero andante", capaz de acometer las hazañas más inverosímiles.

A los lamentos de la Dolorida y demás dueñas de barbados rostros tiene que suceder el episodio de *Clavileño* para que Don Quijote pueda llevar a cabo la empresa más temeraria de su vida: la venganza de aquellos ultrajados rostros contra "el follón y malintencionado de Malambrino".

Sancho, lleno de curiosidad renacentista (ya en otras partes demuestra este afán de saber lingüístico) desea conocer el nombre de aquel caballo cuya fama va a superar a la de Pegaso, Bucéfalo, Brilladoro e incluso a la del mismo Rocinante. Su ansiedad queda satisfecha por la misma barbada condesa, quien le dice que "se llama *Clavileño* el *Alígero* cuyo nombre conviene con el ser de *leño* y con la *clavija* que trae en la frente y con la lijereza con que camina y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso *Rocinante*".

Henos aquí, pues, ante un nombre perfectamente adecuado a la función y características del famoso caballo, que ha de ir de Zaragoza a Candaya en menos tiempo del que se tarda en descabezar un sueño, "rompiendo los aires con más velocidad que una saeta" . . . , "atravesando la segunda y tercera región del aire donde se engendran los truenos, los relámpagos y los rayos, pasando por la región del fuego", donde a Sancho se le chamuscan las barbas atrevidas. Cervantes, genial, aprieta en la realidad de un nombre que parece no decir nada la función metafórica y trascendente de este *leño-caballo* que desempeña en la segunda parte del Quijote el mismo papel que los *molinos-gigantes* de la primera, si bien éstos se metamorfosearon gracias a la ingente fantasía creadora de Don Quijote, mientras que aquél se debe a la imaginativa satírico-burlesca de los duques que ayudan a crear a

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Don Quijote, cuando la mente creadora del Caballero inmortal ha venido a quedar estéril a fuerza de tremendos e irreparables desengaños.

Los dos pasajes comentados pueden introducirnos en el tema actual de los satélites artificiales.

Todos sabemos que no siempre los nombres dan idea adecuada de las cosas si el uso no se encarga de conformarlos en nuestra mente a la función o característica de esas cosas por ellos denominadas: "Multa renascentur quae jam cecidere; cadentque, —quae nunc sunt in honore, vocabula, si volet usus—, quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi." Así nos habla Horacio cuyos preceptos tienen vigencia actual y actuante. Y no olvidemos que los nombres salidos del vulgo anónimo son siempre más significativos y mucho más adecuados que los inventados o impuestos por técnicos especializados. Veamos dos ejemplos definitivos en defensa de lo que estamos propugnando: del diminutivo de *ferru* que es *ferruculu* y pasa a *ferru'clu,* por la pérdida de la postónica debía salir, según las leyes fonéticas: *herrojo.* Ahora bien, el uso, el pueblo etimólogo, cruzó la función con las características y lo que debiera ser *herrojo* se convirtió en *cerrojo,* es decir, un hierro pequeño que sirve para cerrar; pero fijémonos en que a pesar del cambio tremendo verificado en la palabra, quedan en ella, sin embargo, representadas todas las características y funciones del objeto: hierro + pequeño + función, o sea que sirve para cerrar. La palabra es característica, clásica, perfecta.

Veamos en contraposición, una palabra técnicamente formada: *auto-móvil* = *móvil* por sí *mismo,* el que se mueve por sí. Es claro, que si bien la palabra indica perfectamente la función, no nos indica tan perfectamente las características. Se mueve pero no por sí mismo, es decir, no tiene el objeto esta característica vital, propia sólo de los seres animados que son los únicos que se mueven por sí mismos. ¿Qué sucede entonces?, que la palabra no acaba de adecuarse perfectamente y unas veces decimos *carro,* otras *coche,* otras *automóvil* sin que podamos tildar de imprecisos a quienes hagan uso de cualesquiera de esos vocablos indistintamente. Hay palabras que jamás logran esta adecuación perfecta.

Sirvanos esto sólo de introducción para entrar de lleno al campo de los satélites. La palabra es latina: "satelles-itis" y evidentemente culta. Su forma popular debiera ser *satelde,* o *satedle* en virtud de una metátesis, o *stelle* si se hubiera verificado una asimilación. Todo esto quiere decir que la palabra es nueva en el idioma. Tan nueva que el Diccionario de Covarrubias editado el año de 1611 y reimpreso con adiciones en 1674 no la consigna. Esto quiere decir que nuestros clásicos no la utilizaron. El Diccionario de Autoridades de 1735 dice: *Satélite* lo mismo que corchete o alguacil. Y luego en

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

plural: *Satélites* cuatro estrellas pequeñas que siempre acompañan al planeta Júpiter y otras cinco que andan alrededor de Saturno. Como se ve, aunque determina *la función, la palabra no está* adecuada, no contiene la verdadera naturaleza del objeto. Es muy reciente la verdadera definición: Barcia dice que es planeta menor que gira en torno a otro mayor. Y julio Casares en su Diccionario Ideológico lo define: cuerpo celeste opaco que gira alrededor de un planeta primario. Cuya definición nos parece la única aceptable. En latín tampoco tiene el significado de *astro,* sino de compañero, soldado de guardia de un príncipe, etc. Cicerón llama *satelles Jovis* al águila que suministra el rayo a Júpiter. Horacio llama *satelles Neptuni* a las tempestades que suelen ser las compañeras inseparables del dios de los mares. Sólo Cicerón habla de *satelles noctis* satélite de la noche, pero no se refiere a la luna sino al lucero vespertino. Y bien conocidas son las mismas palabras de Cicerón en su *Oratio in Catilinam:* "audaciae satellitem atque administrum tuae", que traducimos "compañero y cómplice de tu maldad".

Por lo que se refiere a la formación no están acordes los etimologistas. Hay quienes derivan la palabra de *satis* + *ago* = *sátago* que significa: *cuidar mucho de, hacer esfuerzos por, andar solícito,* etc. Entonces, señores, podemos concluir que la palabra *satélite* no se adecúa perfectamente a la naturaleza y funciones del objeto que queremos nombrar. Claro que el uso ha adecuado ya la palabra a los objetos astrales menores que en virtud de las leyes de la mecánica celeste giran en torno a astros de mayores masas, más próximos a ellos que otros que *no lo están tanto.* Así la Luna, es satélite de la Tierra. Estos nuevos satélites tendrían pues, que llevar un sobrenombre que se adecuara a sus funciones o a sus características mecánicas. Y me parece que la razón social *satélite artificial* no dice nada o no se adecúa perfectamente a sus funciones que no son simplemente las de girar en torno a la Tierra sino que tienen misiones más elevadas que llenar y cumplir, si han de sernos útiles a los humanos.

Examinemos ahora la palabra *Luna.* Procede de la prolífica raíz de *lux,* de donde *lucere* y tal vez del plural de *lumen - lumina* que por medio de una contracción perdió la sílaba completa postónica en época muy antigua del Latín Vulgar, pues si la pérdida hubiera sido más reciente, en español sería *luña* y no *luna,* como *dominu* da *dueño* y no *dueno.* Claro que en español podría haber tenido otras soluciones, pero la palabra existe ya en latín en la misma forma en que hoy la tenemos en nuestra lengua. Monlau dice que procede de *lucina a lucendo* pero la i de *lucina,* larga por naturaleza, me parece que no autoriza la contracción que quiere hacerse para convertirla en *luna.* El polígrafo Varrón que vivió del 116 al 27 a. C. en su *Res rusticae* ya emplea la palabra en la misma acepción que tiene para nosotros.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Cicerón, muerto el año 43 a. C. en *De república libri 3* habla de la luna llena, y de la luna nueva, *luna nova*, en "Epistulae ad Atticum" Lo mismo sucede con Columela y otros muchos escritores latinos. Virgilio, como gran poeta, metaforiza las tres fases más visibles de la luna en su *Aeneidos* 4 con esta preciosa frase: "Tria virginis ora Dianae"

Y todos conocemos la frase, creo que atribuída a Pomponio Mela: "Palida luna pluit, rubicunda flat, alba serenat."

La Escritura llama a la luna *luminare minus*, en contraposición y por respeto al sol que es el *luminare maius*. Esto me ha hecho pensar si el plural *lumina* del singular *lumen* y de donde puede proceder, según antes dijimos, por una contracción, aquí sí posible porque la i de *lumina* es breve, muy frecuente en latín y en todas las lenguas, la palabra *luna* no tendría una significación colectiva, referida a todos los luceros que alumbran la noche de los terrícolas y que viniese a quedar solamente para significar al más destacado y resplandeciente de todos esos luceros, que, de paso, tampoco es palabra que pueda aplicarse a la luna, ya que *lucero* es el que hace la luz, y la luna no la hace sino que simplemnte la refleja. Claro que la palabra se ha adecuado ya, aunque imperfectamente, pues sólo las personas cultas saben cuáles son las características específicas y las funciones adecuadas del satélite de la tierra, y así no es raro ver escrito u oír hablar indistintamente del sol, la luna y las estrellas, confundiendo sus funciones y características. ¿Conviene la palabra *luna* a los artefactos en que nos estamos ocupando? Evidentemente que, en la realidad, no les corresponde ese nombre, aunque metafóricamente pudiera dárseles. Si *luna* significa luz, lumbre, estos objetos no poseen luz o lumbre propia, aunque sí reflejen, pero débilmente la que reciben del sol, como la luna, mas sin ninguna de las características de la luz reflejada por ésta. Porque, según esto, también podría llamarse lunas al ejército de asteroides que rodean a la tierra, y a nadie se le ocurre denominarlos de tal manera. Y *¿lunas artificiales?* pues creemos que tampoco dice nada la frase por no adecuarse perfectamente a las características y funciones de los objetos, como dijimos al hablar de *satélite.*

Sigue entonces, "sub judice" el problema. ¿Cómo llamarlos? Conviene hacer algunas consideraciones previas. Tenemos la palabra *futbol* cuya adecuación se ha hecho insensiblemente, sin grandes discusiones previas. El Diccionario de la Academia ya la consigna como propia y su destierro del acervo común del léxico sería asunto más que difícil, imposible. Y es claro que nadie al usar la palabra piensa ya en sus características y funciones, sino en algo que está ahí y que se llama así. Como decíamos al principio, comentando a Horacio: "si volet usus quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi". En cambio todos recordamos, por lo menos todos los que peinamos

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

canas, las discusiones sostenidas en la prensa diaria respecto a los vocablos *amarizar, acuatizar* y otros por el estilo, cuando se trató de dar nombre a esa función de los aeroplanos que se deslizan por el agua antes o después de recibir o frenar el impulso que ha de mantenerlos en el aire. Dichas palabras no han tenido suerte, y ahí están todavía, pugnando por entrar en el acervo común idiomático, a pesar de su pareja y paralela *aterrizar* que ha tomado ya posesión de su sillón académico.

Pasemos pues, a nuestros *satélites artificiales* y tomemos como buena, por el momento, esta expresión que antes hemos juzgado inapropiada.

Hemos de reconocer que los rusos han tenido suerte al lanzar su primer *satélite artificial* y no hablemos del éxito político, diplomático, económico o social sino simplemente lingüístico. El camino por el cual las palabras de una lengua han pasado a formar parte de la estructura idiomática de otra ha sido siempre el mismo. La grandeza y poderío económico y político de un pueblo, militar o religioso, artístico o cultural es la catapulta que abre brecha en las estructuras lingüísticas para que se dejen penetrar por palabras tan extrañas como puedan serlo dos individuos de razas diferentes (que me perdonen los antropólogos si es que no se puede hablar de razas diferentes). Pensemos en la influencia de Francia sobre España en el siglo XI merced a los monjes de Cluny que matizó nuestro incipiente lenguaje de palabras de evidente estructura gala, que tanto contribuyeron a enriquecer nuestro idioma, y que en los siglos XVII y XVIII vuelven a invadirnos gracias a la preponderancia política que Francia adquiere en el período culminante y más brillante de su historia. En los siglos XIV y XV con el prestigio de la poesía simbólica y sobre todo de Dante y Petrarca es Italia, la que nos regala con la suave sonoridad de múltiples palabras toscanas. En el siglo XVI la grandeza política y militar de España obsequia a Europa múltiples vocablos que penetran en todas las lenguas y en ellas siguen viviendo y prolificando con típica fecundidad hispánica. También el ruso había logrado abrir las puertas de Occidente y en nuestro diccionario figuran las palabras *pope, Zar, cosaco,* etc., de indudable ascendencia moscovita.

Pues bien, he aquí el caso de los famosos *Sputnikes,* su significado determinante es algo así como: compañero de viaje o coviajero, y por consiguiente el mismo del *satélite* latino, como hemos visto. Lo que importa es que este *artificial satélite* fue el primero lanzado al espacio y Rusia que lo lanzó es país que ocupa las páginas de la prensa diaria y potencia metida en todas las mentes y corazones del mundo para amarla y bendecirla unos, y odiarla y execrarla otros. Así pues, será bien difícil prohibirle la entrada a dicha palabra *Sputnik* en los diccionarios de todas las lenguas, e imposible desterrarla del lenguaje

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de los mortales. Ahora bien, si éste es un hecho ya consumado, lo importante es adaptar dicha palabra a las regulaciones fonéticas de cada idioma. ¿Qué le sucederá en el nuestro? Bien sabido es que nuestra lengua no admite sonidos oclusivos, ni sordos, ni sonoros en final de sílaba, así que la *t* de *sput* irá suavizándose poco a poco hasta convertirse en una *d* fricativa, lo mismo que le pasó a *atmósfera* que todos pronunciamos *admósfera* y cuya pronunciación damos ya por absolutamente correcta. Lo mismo podemos decir de la *k* final, sonido también oclusivo que no puede prevalecer, y del mismo modo que decimos *coñá* y nos parece afectada la pronunciación *coñac,* terminaremos por podarle a la palabra esa *K* final y nos contentaremos con *espudni,* formando su plural con añadirle simplemente una *s* que nos dará muchos *espudnis.* Por supuesto que como en español no existe *s* líquida inicial, la palabra tendrá que empezar por *e - espudnis.* Claro que no faltará algún madrileño cañí que diga *espuznis,* algún catalán que acentúe las oclusivas y algún mexicano, pues no olvidemos que en México tendemos al enfatismo fonético, que diga *esputnik* y que por consiguiente tenga que formar su plural con la sílaba *es: esputnikes,* pero la fonética que le corresponde es la que señalamos anteriormente, regidora de los destinos fonéticos de nuestro idioma desde que nuestros abuelos abandonaron el cascarón del Latín Vulgar y comenzaron a hablar en *Romance.*

Y veamos cuántas paradojas pueden entrar en la vereda de las posibilidades. Para nosotros, el *Explorer* americano lleva un nombre más adecuado a su función científica en el espacio y, sin embargo, es palabra que nació muerta. Nadie dirá *explorer* ni *explorador.* El ESPUDNI le ha comido la partida. Las consideraciones de otra índole, derivadas posiblemente de este primer hecho, las dejamos a la libertad de pensar y opinar de cada uno de nuestros oyentes o leyentes, ya que afortunadamente esas dos funciones de la mente humana son gratamente posibles en el país libre y liberal en que tenemos la suerte de vivir, desarrollando sin trabas nuestras humanas actividades.

AMAÑCIO BOLAÑO E ISLA.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

AMOR Y TRAGEDIA DE LARRA

La historia es breve y cabe en un papel de cigarro. Como quería Larra que conviniésemos en que todo cabe si sólo se ha de escribir la verdad, o decir lo que de cierto se sabe, o hemos de hablar en razón (". . . si es que hay razón en el mundo que no sea imaginaria", acotaba). Porque aparentemente la historia de su amor dura cinco años y acaba quemándose en el reverbero romántico. Era el clima del siglo; y desde luego, la imagen de Mariano José de Larra se presta a la semejanza: Fígaro es su personaje de ficción, el que ha decidido ser en el palco escénico por donde asoma al mundo. Beaumarchais pudo darle la idea, pero un músico vienés la pauta jovial, y Rossini, la insistencia cromática con que se definirá por siempre al barbero, esto es, al entrometido que fisgonea en la cara de todos. Fígaro es mudable, tornadizo en el afecto —así asegura Larra de sí mismo—, en el interés que le despiertan los seres de este mundo, en los lugares donde se posa, como una falena que ha adquirido conciencia y hace profesión de fe de su variabilidad y de sus devaneos. Si hasta dice que quiere seguir viviendo porque ello le permite variar, haciendo suya aquella frase de Ninón de Lenclos, que dice: "La constancia es el recurso de los feos; las personas de mérito, que saben por donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras a las peñas que en el mar las sostienen y alimentan." Pero, Larra ¿lo sentía así? ¿No era todo escaparate de risa para esconder la trastienda, búsqueda premeditada del lector —el señorito del Madrid de 1832 a 1836— a quien halaga la malignidad y pasa como sobre ascuas por el corazón solitario? Porque Larra está solo. *El casarse pronto y mal,* título de uno de sus comentarios de Pobrecito Hablador, fue acaso uno de los errores con que lo agració el mundo; la carne le brindó el penúltimo,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

y el demonio, que lo estaba rondando, el definitivo. El 13 de febrero de 1837, segundo día de carnaval, con un pistoletazo puso fin a su vida. Para la posteridad se develó el misterio gracias a la curiosa paciencia, infidente, de una mujer que tuvo acceso al cofre de sus papeles secretos: Carmen de Burgos, *Colombine*, que en 1919 dijo en voz alta en su libro, frente a las cenizas del recuerdo tácito, el nombre de aquélla por la que presumiblemente Fígaro se mató. *Dolores Armijo*. La letra de Larra estampa, sola y aparte, con su caligrafía más rotunda, el nombre de esta mujer a la que había escrito esa mañana un billete, y que iba a verlo a su casa, acompañada de una amiga, a la caída de la tarde de ese día de una cuartilla borroneada de notas, temas de artículos, ayuda-memorias y diversiones de la pluma. Larra estaba enamorado de esta casada, hermosa y coqueta —acaso a su pesar—. Ella había sido su amante; estaba dispuesta a no serlo más. La decisión de la virtud, después del error, si es un error la pasión de amor ("¡...pero esta no es pasión, que es tontería —aseguraba Fígaro— y si fuera pasión, sería la que más se pareciera a la de Nuestro Señor Jesucristo"), siempre acarrea consecuencias penosas para alguno de los dos. Larra, que vivía separado de su mujer, la inefable Pepita Wetoret, y guardaba consigo, en la casa de la calle de Santa Clara, a una de sus pequeñas hijas —que iba a ser la que vio primero la escena—, decidió apagar la luz y voltear la mesa, como un jugador que escapa por la ventana. La policía pudo prender el cuerpo, pero el alma quedó a horcajadas, burlándose hasta de sí misma en los papeles revueltos.

Y esta es la hora, a los ciento cincuenta años del nacimiento de Mariano José de Larra —en sus avatares de Duende Satírico, Pobrecito Hablador, Ramón de Arriala, Bachiller Juan Pérez de Munguía, Andrés Niporesas y Fígaro, entre otros que acaso se nos pierdan— de volver por la razón imaginaria del balazo que puso fin voluntario a una existencia a los 27 años de edad, cuando ya no quedaba más que decir para ser grande en las letras. "Cuando más se frecuenta su obra —dice Azorín—, más se convence el lector de la íntima, profunda, inactual modernidad de Larra." Primero entre los escritores de sensibilidad moderna, el único por muchos años en ese siglo XIX, nos será preciso llegar a la generación del 98 para encontrar a quienes se le parezcan, por lo menos en la originalidad de repensar las cosas, en la irreverencia ante los usos establecidos, en el valeroso desafío a los hombres y a las ideas que éstos arrastran, como zapatones cargados de cieno. Pío Baroja y Azorín, entre pocos más, iban a ser los jóvenes que, en 1901, realizarían frente a un nicho del cementerio de San Nicolás, esa solemne y dichosa y tierna ceremonia de reconocimiento al antecesor, al padre inmediato, en España, del pensamiento escrito. Era y sigue siendo así; hasta nosotros, argenti-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

nos, en la mejor línea de nuestra literatura, que es la ensayística, la preocupada por las cosas vivas entre las que nos movemos y actuamos, y no puede dejar de ser crítica, aunque nos duela —y cuya raíz tocamos en Sarmiento— debemos reconocer al progenitor en el desenfado y la osadía de este satírico español, desfacedor de entuertos en sus artículos de periódicos, que hizo de su pluma un arma y de su pecho el blanco de la incomprensión y la ingratitud. Porque Larra quizás no se mató por celos de la mujer amada, tonta especie que echó a rodar una gacetilla de entonces; quizá no se mató por amante contrariado y abandonado en sus empeños, pretexto respetable, pero algo inverosímil para quien, como él, siendo adolescente, prefirió abandonar el campo minado por su propio padre —si nos atenemos a las versiones entrevistas por Carmen de Burgos en alguna hablilla familiar—; por lo que quizá puede decirse que en verdad se mató es por aburrimiento, que es, en nuestro diccionario de sinónimos para uso particular, un hastío de aborrecer al mundo que siempre nos sale equivocado. Pero para esta suerte de disparate, en la disyuntiva cabe una de dos: o creemos más de lo que debemos, y entonces somos ingenuos y nos está bien merecido el cansancio; o pensamos por un momento que, afeados los defectos, puede ser que el mundo se corrija —si quiere—, y entonces somos escépticos.

Esta última, la de la incredulidad y la duda, fue a menudo la posición de Larra; por lo menos fue la que aparentaba, ya que en lo profundo se alzaba en él una fe de reformador, que no subsiste sin un *pathos* romántico. Criticó el teatro de su época, que vivía de prestado, en malas traducciones del francés, de un Scribe que hasta él mismo imitó y plagió, consciente de que lo hacía para seguir la tendencia general, burlándose de ella y de sí, autor de fácil éxito. Nada digamos del eco apresurado que tenían en la escena española Dumas y Víctor Hugo (con todo, llegaban para predicar innovaciones en una literatura que se empeñaba en ser casticista, a todo trance). Los mejores autores peninsulares —Ventura de la Vega, nacido en Buenos Aires, Martínez de la Rosa, El Duque de Rivas, también Bretón de los Herreros, el inesperado García Gutiérrez— junto a esos grandes ejemplos resultaban, un dato curioso y controvertido en la historia universal de lo dramático, o el famoso guión de una ópera italiana, como *El trovador*. Había, entre una multitud de mediocres o francamente malos, algunos cómicos notables: porque en España la pasión siempre tiene algo de exagerado y teatral, es decir que representa más de lo que es, así sea a costas de la propia vida.

Además, Fígaro habló de tesoros artísticos abandonados ("Las ruinas de Mérida"); de las cosas cotidianas (las fondas, las casas nuevas, los carruajes, las visitas, los empleados, el carnaval); de política, una y cien veces; de filología; de libros y autores. Observador

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

social, *analisista,* como le llama Azorín, Fígaro habló de todo; también de historia, seriamente, valorando la publicación de las memorias del favorito Manuel Godoy —el ex Príncipe de la Paz, sobreviviente o testigo de la ruina de su fortuna—. Pero de lo que Fígaro hablaba verdaderamente en serio, durante todos los palimpsestos de su risa, era de sí mismo. Tanto, que se le puede seguir la arritmia a su corazón de maniático triste en los más aparentemente ligeros y festivos y zumbones artículos, a los que sólo por comodidad podemos llamar periodísticos, pues nada puede haber que esté más distante de la prosa impersonal y de la gacetilla de circunstancias que estas notas de Fígaro, premeditadas en el silencio de su gabinete, apuntadas una y otra vez como una idea que se vuelve obsesiva, perseguidas en el bullicio de las calles o el paseo y rumiadas siempre a solas por encima del rumor de las charlas del Café del Príncipe o La Fontana de Oro.

El hombre, Larra, que reniega de su España circundante trescientas veces antes de que cante el gallo. "Mucho nos gusta a los españoles la libertad, en las comedias sobre todo..." "¿Dónde aprendería, siendo español, lo que es un progreso?"; "Cuando uno oye, por ejemplo, la palabra *conspiración,* cree estar viendo un drama entero, y aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad,* sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprenta,* ¿no cree ver detrás la censura, el imposible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe explicar ni comprender?"; "He aquí la razón porque siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España (que Dios guarde de sí misma, sobre todo), suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: '¡Hombre, por usted no pasan días!' Por nuestra patria efectivamente no pasan días; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo.") Larra es, repetimos, frente a las imitaciones transpirenaicas o las frías academias en que se ejercitan sus contemporáneos, y sin compararlo con nadie —porque se es original cuando sólo se responde al patrón anímico de la gente distintiva de un país, que es el propio— el escritor más español, el más genuino, hasta en la expresión del carácter de su pueblo. Goya era así en sus *caprichos,* en sus aquelarres de brujas, de majas abanicándose, de señoritos como langostas con faldón y galera; pero, tanto o más puro, solía pintar a la maja desnuda, o a los fusilamientos de la Moncloa, "para decir eternamente a los hombres —como respondió a un criado que le preguntó por qué pintaba esas barbaridades— para decir eternamente a los hombres que no sean bárbaros". Larra, que parece a veces por sus escrúpulos, o lo finge un lechuguino edu-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cado en París, y tiene un frac verde y otro negro encargados a su sastre que le trae los modelos de Londres, se deja a menudo tentar por el demonio de Goya. Es cuando resulta mejor, quizá de fuerte colorido, como esos panderos de cintas amarillas y rojas; patético, porque adorna y cascabelea junto a la muerte.

Hay muchas escenas goyescas en Larra; entre ellas, "Los tres no son más que dos", pesadilla política, prosa activa en la que, examinada, casi no se advierten más que verbos; el "Cuasi", utopía al revés, en la que se complace en anotar a vuela pájaro todo lo que de mediocre, de frustrado y de aparente han alcanzado los países en el mundo, movidos por hombres y por el gas que en forma de palabras éstos emplean para gobernar los pueblos. Son seres minúsculos que, vistos desde la perspectiva de un Diablo Cojuelo, sólo se emparientan con los ridículos engendros u homúnculos en que se complació la imaginación de otro gran satírico, el irlandés Jonathan Swift, creador de Gulliver. Pero las estampas más goyescas de Larra son las que titula "El día de difuntos de 1836", su reacción o contracara del mismo, publicado en el número siguiente, "Fígaro dado al mundo", y la célebre "Nochebuena" que, como subtítulo, lleva el donaire sarcástico de "yo y mi criado". Pero, ¿por qué Goya, por qué Larra? Si España merece otra cosa, más amable; como otras naciones la merecen de aquellos intérpretes, hijos suyos, que no por adularlas resultan para el juicio público menos patriotas. Al fin y al cabo, como dice Azorín en su estudio *Rivas y Larra,* al analizar la crítica que de las cosas españolas hace este último, "lo que se dice aquí de España, lo mismo puede decirse de otros países..."; y también: "Sea aquí claro o confuso el pensamiento de Larra —desde el punto de vista filosófico—, lo cierto es que se escribe Madrid como pudiera escribirse París o Londres." Es que, nos permitimos agregar, y así lo sentimos a fuer de hispanoamericanos que hemos cogido el cabo del idioma para manejarlo un poco por nuestra cuenta —que alguna ventaja tiene esto de haber nacido en un confín y una época en la que no se reconoce ni tuyo ni mío—, el lenguaje del español es trascendental y está hecho para jugar cara a cara con el destino. De ahí todas esas fintas y desafíos ante la losa, convites al Comendador y trapos rojos al toro de la muerte en que el peninsular se complace. El *ser* y el *estar* son dos verbos que se conjugan parejos, sin confundirse; como que son una de las trampas del idioma, para quien viene de fuera.

Este Larra inconformista —casi diríamos existencialista, *avant la lettre,* si no temiéramos verlo adscripto a una corriente muy en boga, lo que haría sonreír al lector— era así porque, a más de ser español, que es el hombre que menos pierde su impronta en la tierra, a pesar de que lo avienten la emigración voluntaria o la des-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

gracia, tuvo el valor de comprometerse con su tiempo y su lugar en el mundo; y lo que es más: tuvo el valor de empeñar su libertad personal para conservar la de su pensamiento. Porque Larra sabía muy bien con quiénes tenía que habérselas si insistía en llamar a las cosas por su nombre y opinar desembozadamente sobre el Ayuntamiento, las Cortes, los ministros de la Corona y todo el reino, *urbi et orbe.* La censura, esa mordaza que ponía en ridículo a la tan proclamada libertad de imprenta, seguía sus pasos, o mejor dicho sus escritos, y como él aseguraba en el artículo "Buenas Noches" a su invisible corresponsal en París, "si no puede serme agradable que intercepten mi correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor sino a ti" —lo que equivalía a descubrir, el pesimista, que escribía para su coleto—, ". . . dígote por tanto cosas que es vergüenza, ¡por vida mía! que anden impresas, y más vergüenza aún que sean ciertas."

De lo que sacaríamos en consecuencia, a poco que siguiéramos esta senda, que el humor sombrío de Larra podría derivarse de lo que en torno observaba (él, que en la frontera, dice que se le habían desplegado los labios con una sonrisa de indignación y de ironía. . . , mientras una lágrima asomaba a sus ojos al dejar atrás el lugar donde había nacido), y su espíritu, iluminado por otras culturas, no ansiaba sino lo mejor para su España. Por eso fue satírico, antes que por afán de risa —la risa del satírico es mueca del entendimiento que se burla de una realidad que no comparte—, por deseo de reflejar en un espejo a la sociedad y ver de que corrija sus feos gestos. Pero hasta aquí nos quedaría el retrato de Mariano José de Larra como el de un moralista, un arrevesado autor de parábolas, muy intelectual, preocupadísimo, como un político, en reformar con discursos a los pueblos. Entonces, ¿por qué disparó sin hesitar el gatillo de su pistola, a una edad en que se ama la vida y el desencanto todavía no puede abrumarnos? Es necesario que acotemos los términos en busca de algo más real.

Fígaro tenía éxito; era temido su juicio, disputada su benevolencia, ansiada su amistad —la admiración flotaba, indecisa, entre esas estimaciones—; era el escritor que vivía de su pluma, decorosamente, con pingües ganancias para su época, según abona su criado en la Nochebuena de 1836, (pero algo hay que conceder a la exageración del alcohol); en esa primera mitad del siglo XIX era mucha hazaña para un escritor que no ejercía otro oficio —la circunstancia no ha variado gran cosa en el mundo—, ni podía aspirar a ser ministro, como Martínez de la Rosa, ni tenía blasones, como el Duque de Rivas, ni éxito frecuente en el teatro, como Bretón de los Herreros. Larra era sólo Larra, o por mejor decir, Fígaro, el entrometido, el duende, el corazón ambicioso que se le ha dado por pensar y decir

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

lo que piensa, tomándose en serio esa libertad de imprenta que los periódicos le conceden, a ver lo que sale, ellos también a su modo quijotescos; como es quijotesca toda la sociedad humana que jura por Dulcinea sabiendo bien que es Aldonza Lorenzo, una labradora. Porque la ilusión ayuda a vivir, y es el sucedáneo en el hombre de *aquellos mitos* que hacen crecer el alma del niño. Pero un satírico es un hombre que ha recobrado la razón y ya no le queda sino morirse, lo que equivale a decir que vive en constante agonía. Sólo que la desencantada certidumbre de que "en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño" a él le provoca risa, que no es en el fondo burla de nadie sino de sí mismo. Por eso Larra dice del escritor satírico: "Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan a menudo el contento de los demás, es en él la fría impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no sólo sin gozar, sino a veces empañándose." Y también: "confesaríamos ingenuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar a divertir a los demás".

Es que quienes, como él, se han venido componiendo desde sus primeros escritos una cara impertérrita de buen hombre, de pobrecillo, que habla de todo sin que nadie le pregunte su opinión, semejante a esos graciosos ladinos que, como el Ferrús de la novela *El doncel* se mantenía en la privanza del de Villena sólo por reflejar en su agudeza el humor cínico del amo, acaban por que se les contraigan los músculos de la facies, toda ella rígida y clownesca, premonitoria de aquella otra de Yorick que desenterró algún príncipe de Dinamarca.

A Fígaro no se le oculta su dolencia, que es la de una atroz melancolía. Pero, eso sí, al revés de los poetas románticos que hacen de ella el motivo de su inspiración y trasmutan sus lágrimas, por ejemplo, en un hermosísimo *Canto a Teresa,* Larra escribe sólo en billetes escondidos el nombre de su amada, tanto como para conceder a la opinión del siglo que por una mujer puede matarse un hombre... Que sin duda fue el pretexto definitivo, pero no la causa. Cuando él se sorprendía en uno de esos accesos de tristeza, por todo y por todos, que solían acometerlo, se vestía muy atildado, empuñaba su bastón, y con las ojeras más pronunciadas que nunca, salía de su casa dando un portazo y se echaba a medir esas calles de Madrid, con el acompasado andar del que parece ausente cuando alguien lo interroga y él contesta otra cosa, o sigue de largo: "...ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión". Papeles dispersos, artículos a medio empezar y notas borroneadas con esa letra suya en la que mediante un trazo la palabra se enlaza con la siguiente, quedaban sobre la mesa. La ciudad era un inmenso cementerio; los vivos no estaban, porque el día de los muertos habían

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ido a visitar a los que ellos creían ya lejos del mundo. Y Fígaro, queriendo refugiarse en su corazón, encuentra allí una lápida más que dice: *aquí yace la esperanza.*

¡Qué frío, qué impasible modo de tomarse el pulso! Si hasta parece que en él se espejan los hábitos de su padre, médico, cuando opinaba que los mejores doctores a que han de acudir los enfermos se llaman Tiempo, Dieta y Paciencia. Pero Fígaro los ha desechado. Sabiéndose incurable deja, con discreción, señales de su enfermedad por las que el lector puede pasar de largo, como ésa del día de difuntos; luego, las de una aparente mejoría, en "Fígaro dado al mundo", y por fin, fija sus ojos delirantes y su mano que no tiembla en las últimas líneas de "Yo y mi criado": hay allí una caja amarilla donde puede leerse la palabra *mañana.*

"¿Qué encerraba la caja? En tanto la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena.*"

Por donde se ve que ese mañana incubado tan largamente tenía, sí, un nombre femenino, pero que no era el de Dolores Armijo; no era el de la hermosa Marcela, como explicó Don Quijote a los pastores: era el de la tristeza de vivir, que es lo que basta para un suicidio. Sobre todo si se ha servido bien a la risa del mundo.

¿Lo comprendió así su siglo romántico? ¿Por qué ese largo silencio, entonces, que subsiguió por muchos años a su memoria, inexplicablemente oscurecida como la de un réprobo? Parece que dijeron las gentes, dos o tres días después de su partida: ¡Pobre joven, se ha suicidado!

Era la leyenda que podía tapiar el nicho de un hombre que se mató de veras en ese período retórico lleno de disparos de utilería. Porque lo que quedó fue el cuerpo de Larra, caído casi bajo la mesa; la máscara de Fígaro sigue riéndose y preguntando: "¿quién es el público? ¿y dónde se lo encuentra?", seguro de que todavía habrá quien le discuta su sensibilidad de liberal y se resista a comprender sus actos. Porque no nos satisface del todo, ni a los pueblos ni a los individuos, el osado que pone de relieve los defectos sin adularnos jamás. Larra era así: un espejo que prefirió romperse. Para que siga el mundo en sus errores y el hombre en las ilusiones que lo hacen feliz. ¡Qué importa un suicida más!

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LOS TESTAMENTOS DE ERASMO

En una carta del 26 de agosto de 1518, decía Erasmo que sus padecimientos físicos de aquella temporada habían llegado a tal grado que pensó en hacer testamento.[1] Quizá sea esta la primera referencia que documenta su deseo de disponer la última voluntad. Tenía en aquella sazón unos 49 años,[2] pero es posible que, dada su constitución enfermiza, hubiera presentido incluso mucho antes la cercanía de la muerte que, sin embargo, aún iba a tardar dieciocho.

Uno de los extremos que en los tratados ascéticos relativos a la preparación para bien morir no se olvidaba era el de la redacción del testamento; por lo general se hacía una amonestación sencilla y lógica: dejar dispuesto con antelación todo lo relativo a los bienes materiales e intereses terrenos garantizaba que en el momento supremo de la partida, cuando se librara el *agon* decisivo, no se sentiría el agonizante turbado por preocupación alguna ajena a la única de purifi-

[1] Epístola a Antonio Pucci, nuncio papal en Suiza, desde Basilea: "Verum si scias quam periculose plusquam menstruam pituitam excipiens diarrhea sceleratissima non sine torminibus alui nos afflixerit, cum interim operi quod erat prae manibus cogerer sufficere, sat scio, quae naturae tuae bonitas est, doliturus sis etiam mihi tam iustam esse excusationem. *Eo ventum erat vt de condendo testamento cogitarem.* Nunc pestilentia vndique gliscens nos hinc abigit..."

Para esta carta y su destinatario informa P. S. ALLEN, *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami denuo recognitum et auctum,* Ep. 860, t. III, Oxonii, MCMXIII, p. 380, 5-11.

[2] En el *Compendium Vitae,* dice Erasmo respecto al año de su nacimiento: "Supputat annos circiter 57." esto es, 57 años, poco más o menos. Lo escribía el 2 de abril de 1524, y como él mismo afirmaba haber nacido la víspera de la festividad de San Simón y San Judas, es decir el 27-28 de octubre, en aquel año 1524, cumpliría los 58 (en octubre); aunque es posible que contase los 57 por todo el año, dándolos por cumplidos con antelación: en cualquier caso, este cálculo nos lleva al 1467 o 1466 como año natal; pero téngase en cuenta que Erasmo no precisa y todo lo expresa vacilante: "supputat... circiter..." Por doquier nos dejó el Humanista testimonio de su inseguridad y de sus errores respecto a las fechas; véase, por ejemplo, y tan sólo por lo que hace a su capital Epist. a Juan Botzheim, el llamado *Catalogus Erasmi Lucubrationum,* las diferencias en años que ha anotado

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

car el espíritu y elevarlo a Dios. Este tema lo expuso el mismo Erasmo, bastante después de la epístola que hemos citado, al escribir, el 1533, en Friburgo de Brisgovia, su ejemplar y edificante tratado *De praeparatione ad mortem*. Aconseja allí que se disponga todo con antelación suficiente, en claridad de juicio y plenitud de facultades mentales, y que no se deje, para la turbulenta y confusa hora final, el arreglo de los asuntos deleznables de este mundo para que no sean, tales dificultades, impedimento a la salvación del alma. Hay algunos —dice— que sienten horror a dictar el testamento por creerlo de funesto augurio, pero, a más de que con hacerlo no se presenta la muerte antes de cuando debe llegar, es indudable que deja en mayor sociego al que lo redacta con tiempo, es decir cuando posee salud y no le atormenta la enfermedad, mientras cuerpo y espíritu pueden actuar a su albedrío, porque cuando la dolencia le ha postrado en el lecho, entonces "res est cum morbo qui non sinit quicquam aliud agi, cum medicis, cum haeredibus, cum legatariis et captatoribus, cum creditori-

pacientemente ALLEN (*Op. cit.*, t. I, Oxford, 1906, pp. 2, 6, 16, 18, 19 y 33). Estos errores, en cuanto al cálculo del tiempo, contribuyeron a que uno de sus más íntimos amigos, Beatus Rhenanus, en su carta a Carlos V, que prefacia los *Opera Omnia* de Basilea (ed. "princeps", por Froben, 1538-1540), escribiera con fecha 1º de junio de 1540: "Natus est abaui tui Friderichi III Aug. primis imperii annis ad quintum calendas Nouembres Roterodami in Hollandia tua inferioris Germaniae prouincia..." Resulta que el primer año del reinado de Federico III fue el 1440; ahora bien su coronación como emperador no tuvo lugar hasta el 19 de marzo de 1452, de esta manera Erasmo habría nacido en ese año. Tal afirmación contradice las propias declaraciones del Humanista quien en sus *Compendium Vitae*, escribe: "Ubi nonum ageret annum, misit Dauentriam..." Es decir, fue a la escuela de Deventer a la edad de nueve años. Y en la *Exomologesis seu Modus confitendi*, precisa la fecha con una referencia de la mayor importancia: "*Olim quum admodum puer agerem Dauentria*, audiebam mulierculas parum integrae pudicitiae, quarum illic magna tum erat copia, sibi uicisim applaudentes et gratulantes, quod suis amatoribus indulgerent, propterea quod parochus in concione dixisset, pastores quosdam fuisse confessos, quod parum caste sese gessissent erga gregem suum, *erat autem iubilaeum*". (*Op. Omnia*, Froben, *cit.* t. V, p. 128). Se había creído que 1475, esto condujo a afirmar que la fecha del nacimiento era el 1466, es decir 1475 menos 9. Entre los que defendieron esta fecha se cuentan RICHTER (*Erasmus-Studien*, Ap. I), NICHOLS (*Epistles of Erasmus*, vol. I, Ap. 5) y el mismo ALLEN (*Op. cit.*, t. I, pp. 579 y 584, aunque en esta última coloca un cauto signo de interrogación en el año). Puede decirse que la mayoría de los biógrafos posteriores sostuvieron como fecha natal el 1466 (por ejemplo en las biografías aparecidas el 1936 con motivo del centenario de la muerte del Humanista, véase la de GAUTIER VIGNAL, *Erasme*, Paris, 1936). HUIZINGA, en la tercera edición alemana de su *Erasmus* (Basilea, 1941) agregó una nota rectificadora de esa fecha —que había sostenido en las ediciones anteriores—; fue R. R. POST (*Erasmus en het laatmiddeleeuwsche onderwijs, Voordrachten, gehouden ter herdenking van den sterfdag van Erasmus, te Rotterdam*, La Haya, apud Nijhoff, 1936, p. 173) quien demostró que el Jubileo de Deventer, a que se refiere la indicación de la *Exomologesis*, no tuvo lugar, como se había creído, el 1475 sino el 1478; si Erasmo tenía nueve años entonces su nacimiento fue el 1469.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

bus ac debitoribus, cum uxore ac liberis, cum oeconomis ac famulis, cum amicis et inimicis, cum exequiis ac sepultura, cum confessionibus, dispensationibus ac censuris, cum restitutionibus ac placationibus, cum uariis conscientiae scrupulis, postremo et cum fidei dogmatibus... Atqui ad tantum negociorum agmen non sufficit ille temporis articulus, sed summa cura agendum ut ad illum extremum, omniumque grauissimum conflictum homo ueniat quam maxime expeditus... Dum uiuimus ac ualemus, discutiamus quantum licet, negociorum tricas: ac prius quam nos morbus lecto affixeret, disponamus domui mostrae... Quidam abhorrent a condendo testamentum, quasi hic insit aliquid funesti ominis. Haec est nostrae carnis infirmitas. Atqui testamentum ô bone conditum non efficiet ut citius moriasis, sed ut quietius... Caeterum qui liberos habent, aut fratres, aut alioqui legitimos haeredes, prouideant ne qua in diuidundis bonis nascatur inter fratres et afines contentio... Breuiter sic ista digerant explicentque sani, ut nihil necesse sit in morbo curis huismodi intempestiuis torqueri..." [3]

A estas ideas y sentimientos que, en esencia, respondían a la doctrina sostenida siempre por la Iglesia, ciñó Erasmo su conducta personal.

Tres testamentos redactó. El primero en Basilea, el día 22 de enero de 1527; el segundo, en Friburgo de Brisgovia, el 26 de noviembre de 1533, coetáneo del tratado que acabó de citar; el tercero y último lo escribió y firmó en Basilea, en casa de Jerónimo Froben, el día 12 de febrero de 1536.

De estos tres documentos sólo nos han llegado los textos del primero y del último; el segundo se ha perdido, pero su existencia está plenamente demostrada.[4]

El primer testamento

El documento original fue redactado por Erasmo de su puño y letra y en dos ejemplares, pero ambos se han perdido. Por fortuna se

[3] *Opera Omnia,* ed cit., t. V, pp. 1089-1090. La consideración sobre la muerte, con elevación filosófica y copia de citas eruditas, la trató Erasmo en forma de ejercicio de carácter moral, a la manera de Libanio, bastantes años antes —quizá el 1509, cuando se encontraba en Siena y tenía por discípulo al príncipe Alejandro Estuardo, hijo natural de Jacobo IV de Escocia—, en su *Declamatio, De Morte* (incluida en el tomo IV de los *Opera Omnia,* ed. citada, pp. 478-483; se la dedicó después a Enrique Glareano). En cuanto al tema del testamento el autor español que, siguiendo a Erasmo, lo trató con más amplitud fue Alejo Venegas en su *Agonía del tránsito de la muerte,* especialmente en los capítulos X y sgs. del Punto Primero. También el obispo de México fray Juan de Zumárraga dedicó al asunto bastante atención en su *Regla Cristiana Breve* (véanse, en mi edición, impresa por la Edit. Jus, México, 1951, pp. 153-159 y 464), en donde coincide con Erasmo y con Venegas.

[4] El segundo testamento, cuyo texto no nos ha llegado, lo firmó Erasmo en la

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

conserva la copia manuscrita hecha por el heredero Bonifacio Amerbach, quizá ocho años después. En ella aparece reproducida también la constancia notarial levantada por el notario Heintzman de Basilea y anotada por él en la parte exterior del instrumento, en la cual se hace constar su presentación ante el Tribunal de la ciudad el día 13 de junio de 1527 y la formalidad de la declaración de heredero efectuada ante testigos el día 1º de julio siguiente. Al lado de estas anotaciones, copiadas también por él, agregó Amerbach: "Ist ein copy von doctor Erasmus testament. Soll nieman gezeigt, sunder verbrent werden. Dar erst so er vor acht Jaren hie gemacht hatt".[5]

La mayor importancia de este testamento reside en el cuidado que puso Erasmo, al redactarlo, en dar instrucciones sobre la edición de sus *Obras completas*. Expresa su deseo de que tal trabajo lo realice el tipógrafo Froben y que tanto el heredero como los ejecutores testamentarios vigilen la marcha de la empresa. Da indicaciones claras respecto a la labor de corrección, cotejo y tipografía; manifiesta su voluntad de que se convenza al tipógrafo para que incluya por el mismo precio sus versiones de San Jerónimo y San Hilario; señala las personas que, a su juicio, deben intervenir; da una lista de los personajes y centros de cultura a los que desea se remitan ejemplares y fija el número mínimo de éstos que debe imprimirse. Más aún, para la distribución de las obras en volúmenes recomienda a su heredero que se atenga al *Catálogo* redactado por él mismo, es decir a la famosa y capital epístola a Botzheim. En suma, este testamento primero resulta del mayor interés no sólo como anécdota sino como antecedente de la gran edición de las obras del Humanista, que iba a realizar Froben once años más tarde, después de la muerte de Erasmo, pero cuyo proyecto y quizá el comienzo de su ejecución debieron quedar resueltos, a juzgar por el texto de este documento, en vida del de Rotterdam. Es decir el testamento de 1527 complementa el *Catálogo* o epístola a Botzheim y enriquece la bibliografía erasmana.

El texto que vamos a reproducir lo imprimió por vez primera L. Sieber; [6] más tarde lo reprodujo el benemérito Percy Stafford Allen.[7] No me ha parecido excusado dar una versión castellana con aquellas notas que pueden ser útiles, a mi juicio, para el mejor entendimiento de algunos extremos.

casa "Zum Kind Jesu" (A la enseña del Niño Jesús), en Friburgo de Brisgovia, el 26 de noviembre de 1533, y fue testimoniado por el notario de aquella ciudad Matías Rasch Isninus, cuyo certificado se guarda en Basilea en el MS. Erasmuslade 10.

[5] "Es una copia del testamento del doctor Erasmo. No debe mostrarse a nadie, antes bien debe ser quemado. De esta manera lo redactó él aquí hace ocho años."

[6] *Das Testament des Erasmus vom 22. Januar. 1527* Basilea, 1889.

[7] *Op. cit.*, t. VI, Oxonni, MCMXXVI, apéndice XIX, pp. 503-506.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

In Nomine Domini Amen. Anno a Christo nato 1527 postrid. Agnetis Basileae Erasmus Roterodamus, theologiae doctor ac presbyter diocesis Traiecten [sis] inferioris, integra, gratia Deo, sanaque mente, meapte manu declaraui per hoc scriptum vltimam voluntatem meam de bonis meis omnibus quae reliquero. Quorum heredem seu fideicommissarium instituo doctorem Bonifacium Amerbachium, exequtores Beatum Rhenanum Sletstadien [sem], Basilium Amerbachium et Hieronymum Frobenium, volens ac statuens:

Inprimis vt heres sibi ex bonis sumat omnes annulos meos quos in inuentario designatos inueniet, praeterea cochleare pure aureum et duplex poculum inauratum, munus Ducis Georgii, adhaec coronatos centum in pecunia.

Henrico Glareano tradat omnem supellectilem lineam cum duabus vestibus optimis, altera violacea, altera nigra, subducta pellibus madauricis, quae vulgo dicuntur marders, et coronatos quinquaginta.

Ludouico Bero, vt syncerissimo amico, qui non dedignabitur assistere testamento seu fideicommisso nostro, dabit horologium harenarium ex puro auro.

Basilio Amerbachio duas quadras argenteas cum argentea laguncula et cyathum argenteum, cuius operculum habet imaginem S. Hieronymi.

Beato Rhenano fuscinulas duas, alteram auream, alteram argenteam.

Hieronymo Frobenio duas crumenas, alteram cum circulo argenteo, alteram cum argenteo inaurato.

Ioanni Frobenio cortinas lecti cum duobus aulaeis textis.

Sigismundo, castigatori Frobenii, quicquid praeterea vestium est, et ducatos communes viginti sex cum cochleari inaurato.

Ioanni Botzemio, canonico Constantien [si], pro monumento dabit cochleare argenteum, quod habet sculptum Sebastianum.

Conrado Goclenio nomismata aurea et argentea omnia, et sex cyathos argenteos quos nunc habet.

Quod reliquum est vasorum argenteorum aut inauratorum vertetur in editionem operum meorum, ex heredis arbitrio consilioque exequutorum.

Bibliothecam totam vendidi iampridem clariss. Poloniae baroni Ioanni a Lasko quadringentis aureis, e quibus soluit ducentos. Excepti sunt libri Graeci calamo descripti in mem-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

branis aut chartis, pro quibus, si volet habere, numerabit separatim, quemadmodum docebunt syngraphae.

In editione meorum operum, quod ab herede et exequutoribus fieri volo, hoc est:

Curent omnes lucubrationes meas excudendas per Ioannem Frobenium, si fieri possit, aut per alium, eleganter et quam potest fieri pro dignitate, digestas in tomos, quamodmodum in Catalogo designaui. Ad id quo magis subleuetur excusor, volo illi numerari statim post opus inceptum singulis annis trecentos florenos, si perfecerit intra quadriennium, quadringentos si intra triennium. In his tamen lucubrationibus non imputabuntur opera S. Hieronymi aut Hilarii aut similiter a me recognitorum, si non fuerit commodum typographo: quanquam hoc quoque cuperem, si equo pretio posset adduci.

Castigatoribus nolo permitti vt suas additiones assuant meis operibus: tantum emendent errores typographorum incuria commissos, aut etiam sea, modo sit dilucidum, idque faciant paucissimis verbis, post habitam inter ipsos collationem. Aduigiletur etiam diligenter in excudendis citationibus autorum, librorum et capitum. Ad hanc prouinciam potissimus assumi cupio Henricum Glareanum, Conradum Goclenium, Beatum commissos, aut etiam mea, modo sit dilucidum, idque faciant Rhenanum et Bonifacium Amerbachium ac Basilium Amerbachium et Sigismundum. Qui si recasabunt, ius heredi facio alios idoneos sufficiendi. Si Conrad. Goclenius dignabitur Basileae huic negocio preesse, volo illi numerari quotannis coronatos centum vsque ad quadriennium, praeter id quod dederit typographus, si quid dare volet; Glareano aureos florenos sexaginta in annos totidem; Sigismundo quadraginta. Heres suam ac fratris operam estimabit suo arbitrio, si quam impendere volent CeCterum quoniam incerta est opera quam quisque praestabit, permitto heredi vel ex animo suo vel ex exequutorum sententia diminuere augereue salariu mpro modo impensae operae. Nolim tamen plures adhiberi castigatores tribus aut ad summum quattuor; et si duo sufficient operi, paucitatem industria pensantes, tanto copiosius dabitur salarium.

Quin et in pactione cum typographo permitto heredi cum exequutoribus moderationem mercedis pro dignitate editionis ac pro multitudine voluminum quae excudet. Nolim enim pauciora mille quingentis. Cum. Frobenio, aut si quis in eius officinam successerit, liberaluis agi cupio. Si tamen ille graubitur suscipere negocium, sollicitent alium. Si quid huius rei gratia fecerint sumptus vel heres vel exequutores, id de relictis

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

precuniis detrahi volo, vt cuique quod legatum est maneat integrum.

Ex singulis tomis siue partibus curabunt viginti diligenter concinnanda, vt opere perfecto.

summam vnam mittant Archiepiscopo Cantuarien [si],
alteram Cutberto Tonstallo, episcopo Londonien [si],
tertiam Thomae Moro, baroni Angliae,
quartam Ioanni, episcopo Lincolniensi,
quintam Cantabrigiam, vt reponatur in Collegio Reginae, in publica eius Collegii bib[l]iotheca,
sextam Io. episcopo Roffensi,
septiman in Hispaniam, reponendam in bibliotheca Cesaris,
octauam ad Episcopum Toletanum,
nonam ad Ferdinandum, fratrem Caroli Caesaris,
decimam ad Bernardum, episcopum Tridentinum,
vndeciman ad Bap. Egnatium,
duodeciman ad Collegium Busleidianum Louanii, in eius bibliotheca reponendam,
tertiam deciman reponendam in Collegio Liliensi,
decimam quartam Tornacum, reponendam in Collegium quod instituit Petrus Coutrellus pro linguis ac bonis literis,
decimam quintam ad Franciscum Cranenueldium, senatorem consilii Mechlinien [sis],
decimam sextam Gandauum ad Abbatem diui Bauonis,
decimam septimam ad M. Laurinum, decanum S. Donatiani, reponendam in eius collegii bib[l]iotheca,
decimam actauam ad Nicolaum Euerardum, Hollandiae praesidentem, aut qui illi successerit,
deciman nonam ad Hermanum Lethmanum theologum,
vigesiman ad monasterium Ecmondanum, reponendam in eius bibliotheca.

Ex his si qui erunt mortui, alios eliget heres quos volet. De pactione cum typographis res agetur secreto, ne quis malus genius exortus bonum opus interrumpat. In numero summarum mittendarum imputari volo etiam Hieronymum et Hilarium a me castigatos.

Quod supererit hic peractis aut supputatis, detur in vsus pios, praecipue subleuandis bonae spei adolescentibus et elocandis pudicis virginibus.

Sepulturae cura sit penes heredem, sumptu nec sordido nec ambitioso, ritu ecclesiastico, sic vt nemo queri possit. Nemini quicquam debeo, heredem nullum habeo, et facultate tes-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

tandi sufficienter instructus sum diplomate Apostolico, etiam de bonis ecclesiasticis.

Quirino famulo, si adfuerit morienti, dari volo florenos ducentos aureos pro fideli diutinoque ministerio.

Haec constitui sanus et valens, ab anno et die quem supra designaui, et ad maiorem certitudinem propria manu scripsi exemplar vtrunque, et annuli peculiare signum, videlicet Terminum, impressi chartae; reseruata mihi facultate addendi, detrahendi et in totum omnia mutandi, si velim, sicuti ius publicum est.

Subsignatum erat apo[s]phragisma Terminus cum circumscriptione, 'Cedo nulli'.

Adhec coram Tribunali data fuerat libera facultas testandi prout vellet, dum coram notariis dein, si quid mutare vellet, nuncuparet. Heintzman fuit notarius, qui chartae foris adscripsit imprimis eam chartam signatam esse adhibitis testibus Petro Bittterlin, Sixto Birck, Clemente Rechburg Anno etc. 27, 13 mensis Iunii, in domo Erasmi apud S. Petrum.

Deinde scripsit et palam nuncupauit heredem Bo. Amermach coram officialibus die prima mensis Iulii praesente notario Heintzman in domo sua solita ad S. Petrum, vocatis testibus magistro Petro Bitterlin et Georgio Hoffischer, curiae Basilen [sis] collatoribus testamentorum.

Hec omnia Heintzmanni notarii manu pluribus ab parte exteriore testamenti scripta sunt.

"En el nombre del Señor, Amén.

En Basilea al día siguiente de Santa Inés, año del nacimiento de Cristo de 1527.

Erasmo de Rotterdam, doctor en Teología y presbítero de la diócesis de Utrecht, estando, gracias a Dios, en plenitud de mis facultades mentales, por esta escritura redactada de mi puño y letra declaro mi última voluntad respecto al destino de todos los bienes que a mi muerte dejare.

Instituyo heredero o fideicomisario de ellos al doctor Bonifacio Amerbach, y albaceas a Beatus Bhehanus de Schlettstadt, a Basilio Amerbach y a Jerónimo Froben.[8]

[8] Bonifacio Amorbach o Amerbach n. en Basilea (1495-1562) era el tercer hijo del célebre tipógrafo Juan, de Amerbach en la Baja Franconia (donde había nacido hacia el 1430; m. el 1513 o 1514), quien se estableció en Basilea y creó uno de los más famosos talleres de aquella época. Bonifacio realizó serios estudios de humanidades y derecho con Leontorius, Gebwiler, Sapido, Ulrico Zasius y Alciato, asistiendo al estudio de Schlettstadt y a las Universidades de Friburgo, de Aviñón y de Basilea; se doctoró en derecho en Aviñón y, el 1525, sustituyó en la Universi-

Deseo y establezco que:

En primer lugar, tome el heredero para sí de los bienes, todos mis anillos que se hallen registrados en el inventario, a más de la cuchara

dad de Basilea a Claudio Cantiuncula com profesor de derecho; desde entonces, hasta su muerte, permaneció en su ciudad natal; heredó una parte del taller tipográfico de su padre. Fue uno de los más fieles amigos de Erasmo y, su rica colección de manuscritos (cartas y documentos, entre ellos las cuidadosas cuentas de la administración del fideicomiso de Erasmo), se guarda hoy en la Biblioteca de la Universidad de Basilea y constituye un fondo único por su valor para la historia de su época.

Beatus Rhenanus era el nombre latino de Beat Bild (1485-1547), hijo tercero de Antonio Bild, jifero en Schlettstadt y oriundo de la cercana aldea de Rheinau. Estudió en la Universidad de París y se graduó allí de Maestro en Artes el 1505; durante dos años fue corrector en la imprenta parisina de Enrique Esteban; regresó a su ciudad natal en el otoño de 1507 y se entregó a la redacción de prefacios y anotaciones para las obras que en Estrasburgo comenzaba a editar Schürer; a esta última ciudad se trasladó en el invierno de 1508-1509. El 31 de julio de 1511 llegó a Basilea atraído por la fama de Kuno de Nuremberg; allí permaneció por espacio de 15 años viviendo con Amerbach y con Froben y dedicado por entero a las humanidades, editando y preparando nuevos libros. El 1526 regresó a Schlettstadt en donde ya vivió por el resto de sus días. Su producción literaria fue enorme; se enumeran no menos de 68 volúmenes incluyendo la famosa edición "*princeps*" de Veleyo Patérculo que realizó por el MS. que había descubierto el 1515 en la abadía de Murbach, cerca de Gebweiler, en Alsacia. Sintió por Erasmo verdadera devoción y llegó incluso a posponer sus propias obras para dedicarse a preparar y revisar las del Humanista. Dejó una notable biblioteca que se guarda en el Ayuntamiento de Schlettstadt.

Basilio Amorbach o Amerbach, nació en Basilea hacia el 1488 y murió el 1535; era el segundogénito de Juan de Amorbach y hermano del ya citado Bonifacio y de otro mayor, Bruno (1485-1519) que murió prematuramente. Con sus hermanos heredó el taller tipográfico del padre; estudió en París graduándose de Maestro en Artes (1506), pero un año después pasó a Friburgo para estudiar derecho bajo la dirección de Ulrico Zasius; parece que Bruno, el mayor, fue el único que se dedicó activamente al trabajo tipográfico y a estudiar a fondo griego y hebreo, su temprana muerte debió producir las transacciones de los Amerbach con los Froben. El nombre de Basilio se encuentra con frecuencia en la correspondencia del círculo de Froben.

Jerónimo Froben nació en Basilea (1501-1563); era el hijo mayor del famoso impresor Juan Froben de Hammelburg en Franconia (¿1460?-1527), fundador del taller tipográfico que sería célebre por sus cuidadas ediciones con la enseña del caduceo sostenido por dos manos. Cuando nació Jerónimo ya los dos tipógrafos, su padre y Amerbach, habían establecido mutuo concierto; Juan Froben adquirió la casa "Zum Sessel" (a la enseña del sillón), cerca de la iglesia de San Pedro de Basilea. Jerónimo estudió en la universidad de Basilea; después pasó a Lovaina en donde fue criado y pupilo de Erasmo. Al regresar a su ciudad natal, su padre le asoció en el negocio; fue graduado de maestro en Artes por el nuncio Antonio Pucci. El 1524 se casó con Ana Lachner, hermana de su madrastra. Viajó por Italia en busca de manuscritos. Cuando murió su padre, continuó el negocio asociado con Juan Herwagen, segundo esposo de su madrastra, y con Nicolás Episcopius que se había casado con una hermanastra suya. La amistad que tuvo con Erasmo se prueba por el hecho de que el Humanista viviera con él sus últimos años. ALLEN, *Op. cit.*, t. II, pp. 237, 60, 66, 260; t. III, 443-444, nota.

de oro puro y la copa doble con labra de oro, regalo del duque Jorge,[9] y fuera de esto cien coronados [10] en dinero.

Entréguese a Enrique Glareano[11] todo el ajuar de ropa blanca y además dos buenos tabardos, uno morado y otro negro, realzados con

[9] Se trata del duque Jorge de Sajonia. Su regalo le fue enviado a Erasmo con carta del día 16 de abril de 1526, escrita desde Leipzig, en la cual elogia la posición del Humanista frente a Lutero y le proclama campeón del catolicismo que con aljaba repleta de venablos vencerá, con la ayuda del espíritu de Dios y de la Madre Iglesia, al postrado Aquiles, no importa que los luteranos luchen lanzando flechas con su arco (Nam Lutherani proiectis sagittis arcu dimicant. Tu vero pharetram iaculis adhuc repletam habes, et auxiliante Dei spiritu et Ecclesia matre prostratum Achillem iugulabis). Al final le instaba a continuar la lucha y como testimonio de su afecto le regalaba la copa, agregando: "aunque otro regalo te conviniera, por lo mismo que soy sajón me gustan *las materiales obras del orfebre" (Bene vale et* perge vt cepisti; animumque nostrum isto poculo tibi testatum volumus. Et quamuis aliud te deceret donum, verum quia Saxo sum, tractant fabrilia fabri...). En el inventario de los bienes y efectos de Erasmo levantado el año 1534, en Friburgo, por su secretario Gilberto Cognatus o Cousin, aparece el asiento: "poculum duplex magnum, nulla habens insignia, sed ornatum foliis argenteis, munus Georgii Saxoniae ducis". En la Epist. 1728 (tomo VI de ALLEN), Erasmo participaba al duque no haber recibido el regalo; pero en la 1743, de 2 de septiembre de 1526 (ALLEN, tomo VI), le acusa recibo con gratitud y admiración por la esplendidez del obsequio Para Cognatus informa eruditamente LUCIEN FEBVRE, *Un secrétaire d'Erasme, Cousin et la Réforme en Franche-Comté,* Paris, 1907. En cuanto al inventario final ha sido estudiado por L. Sieber en su obra *Das Mobiliar des Erasmus,* Basilea, 1891.

[10] Designaba esta palabra la moneda que presentaba en su anverso la cabeza coronada del rey y, a veces, una *representación del acto de la coronación del monarca,* como en algunas del reino de Nápoles. El 1458, Fernando I de Nápoles acuñó una moneda que en un lado tenía grabada una cruz con el nombre del soberano, y en el otro el momento de serle impuesta la corona real por un cardenal y un obispo y el exergo: "coronatur quia legitimi certavit". A fines del siglo XII había acuñado Alfonso de Aragón *coronados* en Provenza. En general tuvieron estas monedas valores muy diversos; en Castilla, Sancho IV acuñó dineros de vellón, con su efigie coronada y valor de *seisenes y novenes;* Alfonso XI hizo dos tipos de igual valor, peso de 0.349 gramos y ley de 250 milésimas, que equivalían a medio maravedí de vellón. Enrique IV hizo acuñaciones de media blanca, cuando la blanca valía seis *cornados,* símcopa de *coronado,* que hizo proverbial la frase "valer menos que un *cornado".* Pero ya en el siglo XIV el *coronado* se llamó *corona* casi siempre; la *corona* de Navarra era de plata y valía doce dineros, aunque la hubo también de oro, con valor de 52 sueldos. El 1535 acuñó Carlos V *coronas de oro con peso* de 3.38 gr., ley de 917 milésimas y valor de 350 maravedís; tales fueron los llamados *escudos* españoles. Ahora bien, los *coronados* designados en este caso por Erasmo eran los imperiales de plata y de oro, con ley semejante a la de los escudos españoles.

[11] Su nombre era Enrique Loriti pero por haber nacido en Mollis en el cantón suizo de Glaris se sobrenombró *Glareanus;* nació en junio de 1488 y murio en Friburgo el 27 de marzo de 1563, comenzó sus estudios en Berna y los acabó en Colonia el 1510. El 1512, fue coronado, como poeta laureado, por el emperador Maximiliano, a quien elogió en un poema de 80 hexámetros latinos cantados con una melodía de modo dórico compuesta también por él. Defendió a Reuchlin en el *problema de los libros hebreos y tuvo que marcharse* de Colonia el 1514; en mayo de aquel año se matriculaba en la Universidad de Basilea; allí trabajó algún tiempo en el taller de Froben, pasó después a Pavía, pero el 1515 estaba de nuevo en Basilea y abría una academia-pensionado para treinta internos; entonces escribió muchos

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

pieles madáuricas, que en lengua vulgar se llaman *marders,*[12] y cincuenta coronados.

opúsculos docentes para sus alumnos; Erasmo le recomendó para un puesto en Ingolstadt y le dio ayuda para ir a París el 1517; trataba Glareanus de establecer su academia en Lutecia pero no pudo conseguirlo y regresó a Basilea. Cuando se produjo la Reforma se separó de algunos de sus amigos que siguieron aquel movimiento, como Zwinglio, y permaneció dentro del catolicismo. El 1529 se retiró a Friburgo donde fue profesor de aquella Universidad. Su ingenio era original, aunque muy dado a la exterioridad, poseía una cultura sólida y de abarque universal: filólogo, poeta latino, historiador, matemático y excelente teórico de la música. Su primera obra la publicó en Basilea el 1516: *Isagoge in musicen;* un año antes había dado a la prensa un poema latino cantando a Suiza, muestra curiosa, por lo temprana, de exaltación patriótica: *Helvetiae descriptio et in laudatissimum Helvetiorum foedus panegyricus.* Pero la obra que iba a inmortalizarle salió 30 años después también en Basilea (1547) y es el *Dodecachordon,* uno de los más famosos tratados de música del siglo XVI y además de los más útiles para el estudio de la historia de la música europea; en él trata Glareanus de los orígenes de la música y su evolución, del canto llano, de los ocho tonos eclesiásticos y de la posibilidad de aumentarlos hasta doce, de la armonía y del contrapunto; todo con numerosos ejemplos tomados de los mejores maestros de los siglos *XV* y *XVI.* Estudió de manera especial a Boecio y preparó la edición de sus obras completas; se le deben algunos tratados de Geografía y muchas anotaciones a los clásicos latinos, especialmente a Tito Livio. Sobre su vida y su obra informan, a más de su contemporáneo I. CASTNER *(De Obitu incomp. viri D. H. Loriti* Basilea, 1564), H. SHREIBER, *H. Loritus Glareanus, gekrönter Dichter,* Friburgo, 1837; O. Fr. FRITZSCHE, *Glarean sein Leben und seine Schriften,* Fraunfeld, 1890; y ALLEN, *Op. cit.,* t. II, pp. 279-280.

[12] He traducido en este caso "vestís" por *tabardo;* podría ser también *hopalanda.* La diferencia entre ambas prendas era muy pequeña o ninguna quizá. El *Dicc. de Aut.* define el tabardo: "Casacón ancho y largo, con las mangas bobas, de buriel o paño tosco, que traen los labradores y otras personas, para abrigarse y defenderse de los temporales." Pero no siempre debió de ser tosco, como observa COROMINAS, que señala la ordenanza de Burgos de 1338 en la cual el rey prohibe que "ninguno non traya *tabardo* nin rredondel d'escarlata vermeja, salvo Nos"; y cita luego al Cura de los Palacios, quien al describir el bautizo del infante Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, dice que la madrina vestía "un *tabardo* carmesí ahorrado en damasco". CEJADOR cree incluso que su nombre procede de *taba,* por llegar hasta los talones. Por lo que hace a *hopalanda* parece estar relacionado con *hopa* y con *loba.,* del griego , "manto de piel". El *Dicc. de Aut.* dice que *loba* es "vestidura talar, que hoy usan los Eclesiásticos y Estudiantes: la cual empieza por un alzacuello que ciñe el pescuezo, y ensanchándose después hasta lo último de los hombros, cae perpendicularmente hasta los pies; tiene una abertura por delante y dos a los lados para sacar los brazos". Por otra parte, *hopalanda,* del francés *"houppelande",* no es sólo una falda, como dice el Dicc. de la Academia; la definición francesa es: "long vetement ouaté, sans taille, a manches et col plat, que les hommes mettaient par-dessus leurs habits et que les prêtes portent encore par-dessus leur soutane". Bastará mirar con atención el retrato de Erasmo pintado por Holbein el 1523, que se encuentra hoy en Longford Castle (Inglaterra), y comparar las vestiduras que lleva con éstas que aparecen legadas en su testamento, para darse cuenta de la semejanza y, además, de lo friolento que debía de ser el Humanista, pues en el retrato del tabardo u hopalanda exterior cubre otro tabardo u hopalanda del mismo tipo; y lo mismo nos sucede ante el grabado en madera, también de Holbein, hecho el 1535 y que se conserva en el Kunstmuseum de Basilea, donde el

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de Rotterdam aparece en el centro de un pórtico renacentista apoyando la mano derecha en la cabeza del dios Término y debajo el dístico: *Corporis effigiem si quis non uidit Erasmi, / Hanc scite ad uiuum picta tabella dabit.* Allí se ven también dos tabardos u hopalandas uno encima del otro, pero además se puede observar que llegan hasta el suelo, cubren los pies y, la fimbria de su halda, desborda con amplitud holgada; también las mangas anchas, abiertas, forradas de piel, cuelgan desde los hombros sin dejar la menor marca o escorzo del cuerpo que envuelven. Pero ¿puede llamarse a esto *tabardo?* En general no se distinguió bien, especialmente en Alemania, entre *tabardo y ropón,* que venía a ser algo semejante a la *hopalanda.* El precio de estas prendas, que siempre estaban forradas de pieles, subía a cantidades muy respetables; en 1518 algún tabardo llegó a valer setenta y cinco florines (una vaca costaba entonces cuatro florines) y hasta trescientos ducados (Ver, Max von BOEHN, *La Moda,* Barcelona, s. a. t. II pp. 133-140). Al leer este legado de Erasmo se nos viene a la memoria el conocido romance de Rivas que describía el vestido de Carlos V cuando esperaba "En una anchurosa cuadra / del alcázar de Toledo", la llegada del conde de Benavente:

De brocado de oro y blanco
viste *tabardo tudesco,*
de rubias martas orlado
y desabrochado y suelto...

Erasmo dice "pieles madáuricas" y, a seguido, para que no haya error da el vocablo en "hochdeutsch" *marders, es decir* "de martas". En realidad, "piel de marta" es *Marderfell,* la piel elaborada. Pero ¿Cómo se explica el vocablo latinizado y con símcopa, "madauricum" o "madaricum", eliminando la primera *r?* En gótico hubo *marthus* que hizo la *th - d;* en escandinavo antiguo se dio *mordr - mordi;* la primera *r* siempre se sostuvo en todas las derivaciones: *martar* (en franco y longobardo); *martre,* en francés; *martola,* en italiano; *marta,* en español y en portugués; *martulo,* en francés meridional; *marthrin,* en bajo alemán antiguo y *mardar,* en una variante del alto alemán antiguo. Nebrija apuntaba: *marta* y *martes-tis.* En el inventario de sus bienes de 10 de abril de 1534, al que ya nos referimos antes, se anotaba: "Vestis vna nigra suffulta *madaricis* pellibus; vestes ii violaceae" (L. SIEBER, *Das Mobiliar des Erasmus, cit.* p. 10, *cf.* ALLEN, *Op. cit.* t. VI, apéndice XIX. 15n.). ¿No designará "madauricis" el lugar de procedencia? En Hungría, y precisamente en zonas que en aquellos días tenían abundante caza de martas, he registrado no menos de seis toponímicos de los que podría proceder el vocablo: *Madar,* en el condado de Komorn, junto al monte Hegyhat-Alom; *Madaras (Nagy-Kun),* en el condado de Jazygie, no lejos de Karczag; *Madaras-Baes,* en el condado de Baes-Bodrag; *Madaras-Csik,* en el condado de Csik, en el alto valle del Olt; *Madaras-Mezo,* en el condado de *Maros*-Torda; *Madarasz,* en el condado de Szatmar, al pie de las vertientes occidentales del Bück. Pero hay algo que también movió mi curiosidad. En el capítulo LVI del lib. I de *Gargantúa,* al describir Rabelais el vestido que usan las thelemitas en el invierno, escribe por la misma época (1530): "robes de tafetas des couleurs comme dessus, fourrées de loups cerviers, genettes noires, *martres de Calabre,* zibelines, et aultres fourrures precieuses"; en cuanto a los hombres usaban "robes", autant precieuses comme des dames". *Martas de Calabria...*; pero en Calabria, en el Brutium, el puerto de salida fué durante años *Mataurum* o *Metaurum,* cerca de la actual Goia Taur; ¿Mataurum o Madaurum? ¿Serían las "madauricis" de Erasmo las "martas de Calabria" de Rabelais? Vid. W. MEYER-LÜBKE, *Romanisches Etymologisches Wörterbuch,* Heidelberg, 1935, p. 440; J. COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana,* Madrid, 1954, vol III, p. 277; vol. IV, pp. 324-326.

A Luis Bero, por ser amigo sincerísimo que no ha tenido inconveniente en comparecer a mi testamento o fideicomiso, le lego un reloj de arena de oro puro.[13]

A Basilio Amerbach dos bandejas de plata con una cantarilla de plata y una copa,[14] también de plata, que tiene en su cobertera la imagen de San Jerónimo.

A Beatus Rhenanus, dos tenedores, uno de oro y otro de plata.

A Jerónimo Froben, dos escarcelas, una con aro de plata y la otra de plata labrada con oro.[15]

A Juan Froben, unas colgaduras de cama con dos tapices tejidos.

[13] Luis Ber nació en Basilea (1479-1554), en su juventud vivió en casa frontera a la de Juan Amorbach; estudió en París en donde se graduó en Artes el 1499. El 1500 ingresó en la Sorbona y fue becario el 1504; siguió sus estudios de Teología y se doctoró el 1512 con el primer lugar. Profesor de la Universidad de Basilea fue decano de su Facultad de Teología y rector en 1514 y 1520. El obispo Cristóbal de Utenheim le dio el prebostazgo de la Iglesia de San Pedro de Basilea; se mostró adversario decidido de la Reforma e hizo cuanto pudo para evitar que se imprimieran libros luteranos en Basilea. Al triunfar allí los reformistas, se marchó a Friburgo el 1529, donde vivió hasta el fin de su vida, salvo dos viajes a Roma el 1530 y el 1535. Su única obra publicada es un tratado que tiene el mismo título que el ya citado de Erasmo: *De praeparatione ad mortem* y que se imprimió en Basilea en el taller de Oporinus (2ª ed., 1551). A veces su nombre se ha escrito *Bairo*. En cuanto al reloj de arena, la relación o inventario de los efectos de Erasmo hecha en Friburgo por Cousin el 10 de abril de 1534 se abre con el asiento: "1. Horologium ex puro auro. Donum Christophori a Schildowitz, cum theca..."; en frente, escribió Bonifacio Amerbach: "Legauit Dno. Ludouico Bero theologo, scholasteri Basilien." (L. SIEBER, *Das Mobiliar; cf. ALLEN, t.* VI, pp. 413-414). Cristóbal de Schildowitz, que regaló a Erasmo este reloj, era canciller del rey de Polonia. La expresión "cum theca" parece excluir que este reloj fuera de los portátiles, como aquel que Mateo Schwarz usaba cosido a su traje por encima de la rodilla (vid. BOEHN, *op. cit., t.* II, p. 207).

[14] Traduzco *quadras* por bandejas, mejor que por "mesas para comer" ya que no parece lógico creer que fueran mesas de plata; hay que tener en cuenta que el vocablo se usa sobre todo substantivamente y en sentido técnico para indicar lo "cuadrado". En cuanto a "laguncula", del gr. , que dio "laguna", "lagoena", "lagena", "lagaena", con significado literal de cántaro o, en este caso, de recipiente en forma de frasco o botella pero de vientre ancho, he preferido el vocablo *cantarilla*. *Cyathus*, transparenta su directa procedencia gr. , copa, taza, vaso. No figura en el inventario de 1534.

[15] La etimología, del griego , daría más bien morral o mochila; pero *crumina* o *crumena* vino a designar la bolsa llevada en bandolera, o la limosnera colgada del cinto, de un ojal, por medio de una cinta o un hilo, o de una cadenita de metal. En la época de las Cruzadas los distintivos o emblemas que recibían quienes marchaban a Tierra Santa eran; la cruz, el bordón de peregrino y la *escarcela*. En los finales del siglo XV la *crumena* es un bolsillo redondo, con aro y armadura de metal que cuelga del cinturón; algunos burgueses y negociantes llevan bolsas no muy grandes de paño, de forma rectangular, con una anilla de metal como cierre, pendientes del cinto. Véase PAUL LACROIX, *Usos, costumbres y vestidos de la Edad Media y del Renacimiento. Vida pública y privada*, Buenos Aires, 1946, pp. 582, 598, 604, 605.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

A Segismundo,[16] corrector en la imprenta de Froben, a más de todo lo que tiene en vestidos, veintiséis ducados corrientes con una cuchara sobredorada.

A Juan Botzheim,[17] canónigo de Constanza, para su sepulcro, se le dará una cuchara de plata que tiene esculpido un San Sebastián.

A Conrado Goclenius,[18] todas las medallas de oro y de plata y seis copas de plata que actualmente obran en su poder.

Lo que haya quedado en vasos de plata o sobredorados, será aplicado a la edición de mis obras, según el criterio del heredero y el parecer de los albaceas.

[16] Se trata de Segismundo Gelenio o Gelensky, erudito checo, n. en Praga, hacia el 1498, y fallecido en Basilea el 1554; hijo de Gregorio Hruby, que vertió al checo a Petrarca, a Cicerón y el *Elogio de la Locura* de Erasmo; Segismundo fue primero discípulo del canónigo de su ciudad natal Venceslao de Pisek con quien pasó a estudiar a Bolonia; después estuvo en Venecia donde asistió a las clases de griego de Marcos Musurus; viajó por Italia y, cuando murió su padre, se dedicó a la enseñanza particular del griego en Praga; hacia 1524, se trasladó a Basilea dispuesto a entregarse por entero a las humanidades y, por algún tiempo, vivió con Erasmo como doméstico y amanuense; rechazó la invitación de Melanchton para que fuera a enseñar griego a Nuremberg y se quedó en el taller de Froben como revisor y corrector hasta el fin de su vida. Informa sobre sus numerosos trabajos de traducción del griego al latín y sobre sus hijos, ALLEN, *op. cit.*, t. VI, p. 330.

[17] Nació en Sasbach, al este de Estrasburgo, hacia el 1480, y murió, en Friburgo de Brisgovia, durante una visita que hizo a Erasmo, en abril de 1535. Discípulo de Wimpfeling en Heidelberg; siendo vicario de la catedral de Estrasburgo se fue a Italia, estudió en la Universidad de Bolonia y allí se doctoró en Derecho Canónico. Hizo imprimir a su regreso, en Estrasburgo, la obra de Aurelio Víctor *De vitis Caesarum*, según la edición de Lorenzo Astemio, y publicó también el *Speculum vite Humane*, de Rodrigo de Zamora. En 1512 fue nombrado canónigo de Constanza, se instaló allí y convirtió su casa en morada de las Musas, no sólo por ser lugar de cita de cuantos eruditos pasaban de Alemania a Italia y viceversa, sino por la riquísima biblioteca que reunió; conoció personalmente a Erasmo el 1520 y pronto se hicieron íntimos amigos por la similitud de sus temperamentos; al principio se inclinó en favor de la Reforma, pero pronto se separó de ella; cuando triunfaron los protestantes en Constanza, acompañó al cabildo de la catedral en su éxodo hasta Ueberlingen y allí estuvo hasta 1535, año en que fue a visitar a Erasmo a Friburgo y murió. Usó el nombre latino de "Abstemius". Su figura está inseparablemente unida a la biografía de Erasmo por haberle dirigido éste la famosa y extensa epístola conocida como *Catalogus omnium Erasmi Lucubrationum*, pieza fundamental para el estudio de la vida y la obra del de Rotterdam. *cf.* ALLEN, *op. cit.*, t. I, p. 1.

[18] Goclenius nació en la aldea de Mengeringhausen, cerca de Arolsen, en Waldeck, hacia 1489, y murió, en Lovaina, el 1539; parece que vivió de niño en Paderborn y que se educó en Deventer. ¿Se graduó en la Universidad de Colonia? Quizá, pero sus primeros años son poco conocidos. El 1519 sustituyó a Barland como profesor de latín en el Colegio Busleidiano de Lovaina, y desde entonces, hasta su muerte, ocupó aquella cátedra y pocas veces se ausentó de dicha ciudad. Su amistad con Erasmo fue muy íntima; el Humanista le confió dinero para inversiones y le encomendó, el 1524, otro de los fundamentales documentos que redactó sobre sí mismo: el *Compendium Vitae*. La última carta que escribió Erasmo (el 28 de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Hace ya tiempo vendí toda mi biblioteca al muy ilustre barón polaco Juan de Lasko[19] en cuatrocientos sueldos de oro, de los cuales pagó ya doscientos. De esta venta han quedado exceptuados los códices griegos manuscritos en pergamino o en libros, y si deseara adquirirlos, también, tendrá que pagarlos aparte, y de acuerdo con lo que indiquen las cuentas y recibos.

Para la edición de mis obras que deseo sea realizada por el heredero y los albaceas, hay lo siguiente:

Cuiden de que todos mis trabajos, que, a ser posible, ha de imprimir Juan Froben o, caso de que éste no fuera, otro editor, sean tipografiados decorosamente y hagan cuanto puedan por su pulcra presentación y distribúyanlos convenientemente en tomos, de la manera que he indicado en el Catálogo. Además, para mayor ayuda al impresor, deseo que se le pague en efectivo y de manera continua desde el momento en que haya comenzado el trabajo, trescientos florines anuales, si es que lo terminara en cuatro años, y cuatrocientos, caso de que le diese cima en tres. Con todo, entre estas obras, no serán incluidas las de San Jerónimo, San Hilario y otras semejantes que he revisado, si es que ello no fuere ventajoso para el tipógrafo, aunque yo bien deseara que se le pudiera convencer de que lo realizase por el mismo precio.

No quiero se permita a los correctores que adoben mis obras con sus adiciones; corrijan sólo los errores cometidos por incuria de los tipógrafos o incluso por descuido mío, con tal de que sea evidente, pero háganlo con poquísimas palabras y después de haber realizado una precisa confrontación. Póngase también toda la diligente atención al imprimir las citas de los autores, así como las de los libros y capítulos. En relación con esta actividad deseo, de modo especial, que intervengan Enrique Glareano, Conrado Goclenius, Beatus Rhenanus y Bonifacio Amerbach, a más de Basilio Amerbach y de Segismundo. Si éstos no aceptaren el encargo, doy autorización al heredero para poner en su lugar a otros que sean idóneos. Si Conrado

junio de 1536) está dirigida a él; el Humanista, según declaraba en su testamento de 1527, deseaba que fuera Goclenius quien dirigiera la edición de sus *Obras Completas*. Sobre otros extremos de su vida y sobre sus escritos y trabajos informa eruditamente ALLEN, *op. cit.*, t. IV, p. 505.

[19] Lasko o Lasky, sobrino del poderoso arzobispo polaco Juan, primer secretario y canciller del rey Alejandro, que compendió los estatutos del reino de Polonia: *Commune inclyti Polonie regni priuilegium* y siguió siendo canciller del rey Segismundo; arzobispo de Gniezno el 1510. Juan era su sobrino más joven, los otros dos fueron Jerónimo y Estanislao; los tres viajaron por Europa, estudiaron en Italia y se distinguieron como humanistas. Juan —el que concertó con Erasmo la adquisición de su biblioteca— sobresalió como reformista polaco. Sobre los Lasky o Lasko informa ampliamente ALLEN, *op cit.*, t. IV, p. 600; t. V, p. 560; t. VII, p. 119; y las epíst. 1502, 1622, 1751, 1855, 1674, 1821, 1915, 1945, 2033, 2746, 2780, 2862, 2911. Ver *infra*, nota 44.

Goclenius consintiera en dirigir esta empresa en Basilea, deseo que a él se le paguen anualmente cien coronados hasta los cuatro años, a más de lo que el tipógrafo diere, si lo quisiera dar; a Glareano sesenta florines de oro[20] en otros tantos años; y a Segismundo cuarenta.

El heredero tasará, a su juicio, tanto su trabajo como el de su hermano si es que quieren dedicar su colaboración

Por lo demás, como la labor que cada uno realizará es indeterminada, autorizo al heredero para que bien por su decisión o a juicio de los albaceas aumente o disminuya los emolumentos de acuerdo con el ritmo del esfuerzo en el trabajo. Sin embargo, no desearía que se empleara a más de tres correctores o, a lo sumo, cuatro; y si fueran suficientes dos para la tarea y compensaran con su habilidad su pequeño número, tanto mayor sueldo será dado.

Más aún, confío al heredero en unión de los albaceas, y en convenio con el tipógrafo, la administración de las recompensas por la pulcritud de la impresión y por el gran número de volúmenes que se editará; pues no quisiera que bajara de mil quinientos. Con Froben, o dado caso, con quien le sucediera en el taller, quiero que se llegue a la más amistosa liberalidad; pero si, no obstante, le resultara gravoso emprender el negocio, requiérase a otro. Al suponer que, ya el heredero o bien los albaceas realizaran algún dispendio por este trabajo, deseo que el dinero gastado se separe a fin de que cada legado permanezca íntegro.

De cada tomo o parte, irán disponiendo uno para preparar cuidadosamente veinte obras completas.

remitirán la primero colección al Arzobispo de Cantórbery;[21]
la segunda a Cutberto Tonstall, obispo de Londres;
la tercera a Tomás Moro, noble de Inglaterra;
la cuarta a Juan, obispo de Lincoln;[22]

[20] Como es sabido los primeros florines se acuñaron en Florencia (de ahí su nombre) el 1252, con un peso de 3.50 gramos; llevaban en el anverso la imagen de San Juan Bautista y en el reverso una flor de lis; no tardó la denominación en extenderse por Europa. En España acuñaron piezas semejantes Pedro IV de Aragón, Enrique II y Enrique IV de Castilla, los Reyes Católicos y sus sucesores. Carlos V acuñó como florines de oro las monedas llamadas *águilas,* por llevar la de San Juan con la leyenda *Suum cuique;* su ley era de 948 milésimas y tenían 3.43 gramos. Felipe II acuñó florines de plata para los Países Bajos. El florín de oro fue siempre una moneda fuerte durante el siglo XV y la primera mitad del XVI y sirvió de unidad de cambio internacional especialmente en los países bañados por el Rin.

[21] Era entonces Guillermo Warham, nacido hacia él 1450 y m. el 22 de agosto de 1532, lord canciller de Inglaterra, desde 1504 a 1515; y, puede decirse que dirigió la política inglesa en todo aquel período. Desde 1506, hasta su muerte, fue cancelario de la Universidad de Oxford. Para sus relaciones con Erasmo informa ampliamente ALLEN, *op. cit.,* t. I, pp. 417-418; y las epíst. 188, 208, 214, 240, 261, 285, 286, 293, 296, 425, 465, 558, 596, 781, 893, 1205, 1228, 1451, 1453, 1465, 1488, 1504, 1828, 1831, 1861, 1865.

[22] Juan Longlond, n. en Henley del Támesis (1473-1547); estudió en el Co-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la quinta a Cambridge, para depositar en el Colegio de la Reina, en su biblioteca pública;
la sexta a Juan, obispo de Rochester;
la séptima a España, con destino a la biblioteca del Emperador;
la octava al obispo de Toledo;[23]
la nona a Fernando, hermano del Emperador Carlos;
la décima a Bernardo, obispo de Trento;[24]
la undécima a Bautista Egnacio;[25]

legio de la Magdalena en Oxford; en 1514 era Dean de Salisbury; confesor de Enrique VIII; canónigo de Windsor el 1519; Lord Limosnero y obispo de Lincoln el 1521; cancelario de la Universidad de Oxford el 1532. Sobre su obra informa ALLEN, *op cit.*, t. VI, p. 1; para sus relaciones con Erasmo, las epíst. 1535, 1570, 1704, 1790, 2017, 2037, 2227, 3108.

[23] El arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca. Sobre este personaje y sus relaciones con Erasmo y el erasmismo en España, puede verse la fundamental obra de MARCEL BATAILLON, *Erasmo y España,* trad. de Antonio ALATORRE, dos tomos, México, 1950, *passim* y ALLEN, *op. cit.*, t. VI, 410, y las epíst. 1748, 1813, 1874, 2003, 2134, 2157, 2253[a], 2562.

[24] Bernardo de Cles o de Gless, en cuyo castillo, al N. de Trento, nació (1485-1539); estudió primero en Verona y luego en Bolonia, graduóse allí en derecho el 1511; al año siguiente era arcediano de Trento y protonotario apostólico; el 1514 consejero del emperador Maximiliano y poco después obispo de Trento; el 1516 se le nombró gobernador imperial de Verona; entró luego al servicio del rey Fernando, hermano de Carlos V, quien le hizo Gran Canciller el 1528; dedicó la mayor parte de su vida a las actividades políticas y diplomáticas en las que demostró gran habilidad; Clemente VII le creó cardenal en marzo de 1530. Fue uno de los más constantes protectores de Erasmo y le invitó a ir a Trento a vivir con él. Amigo de los humanistas, su palacio de Trento fue sede del saber. ALLEN, *op. cit.*, t. V, p. 275 y epíst. 1357, 1409, 1689, 1710, 1730, 1738, 1755, 1793, 2007, 2107, 2121, 2326, 2334, 2383, 2504, 2515, 2540, 2555, 2557, 2591, 2595, 2596, 2622, 2623, 2634, 2651, 2655, 2685, 2797, 2801, 2821, 2823, 2921, 2941, 3105, 3110.

[25] Juan Bautista Cipelli, llamado *Egnatio,* n. en Venecia hacia el 1473; discípulo de Ángel Poliziano en Florencia y amigo de León X, de Bembo y de Erasmo, enseñó literatura latina en Venecia hacia 1496, y como sus lecciones eran particulares tuvo la enemiga del profesor oficial Marco Antonio Sebelico, enemiga que duró hasta la muerte de éste, el 1506; Egnatio pronunció, pese a todo, el elogio fúnebre de su adversario. Se hizo sacerdote y el 1511 fue designado párroco de San Basso y prior del hospital de San Marcos; ya había obtenido que la República le nombrara notario. El 1515 se le envió en misión oficial a Milán para pronunciar el discurso de cumplimiento obligado al rey Francisco I, misión que le atrajo el disgusto de Carlos V. El 1520 obtuvo la cátedra oficial de elocuencia, que ocupó con aplauso general hasta su jubilación el año 1549. Ingresó en la Academia Aldina y colaboró en la famosa imprenta de Aldo preparando muchas de las ediciones clásicas que de ella salieron desde 1502; allí le conoció Erasmo el 1508. La amistad que unía a Egnatio con Aldo se prueba por el hecho de que éste le designara albacea testamentario; Cipelli siguió trabajando en la imprenta después de la muerte de Aldo, con Andrés de Asola, y fue preceptor del tercer hijo de aquél, Pablo Manuzio. Murió el 1553 en Venecia; no sólo preparó ediciones, versiones y comentarios, sino que produjo obras originales entre ellas *De Caesaribus libri III a dictatore Caesare ad Constantinum Paleologum hinc a Carolo M. Ad Maximilianum*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la duodécima al Colegio Busleidiano de Lovaina, con destino a su biblioteca; [26]

la décimotercera para guardar en el Colegio del Lirio; [27]

la décimocuarta a Tournay, con destino al Colegio que fundó Pedro Coutrelles para lenguas y literaturas; [28]

la décimoquinta a Francisco Cranevelt, magistrado del Consejo de Malinas; [29]

Caesarem (Venecia, Aldo, 1516(. Unas *Recopilaciones* de sus trabajos fueron recogidas por GRUTER, *Lampas sive Fax artium liberalium, hoc est thesaurus criticus, etc.* Francfort, 1602-1612, 6 vols. Otra obra de Cipelli es imitación de Valerio Máximo: *De exemplis virorum illustrium Venetae civitatis.* Sobre Egnatio informan: FABRICIUS, *Bibliographia antiquaria sive Introductio in notitiam scriptorum qui antiquitates hebraicas, graecas, romanas et christianas scriptis illustrarunt,* Hamburgo, 1713; DAVID CLEMENT, *Bibliothèque curieuse, historique et critique des livres difficiles à trouver,* Gotinga, 1750-1760, 9 vols.; G. DEGLI AGOSTINI, *Notizie storiche spettanti alla vita e agli scritti di Battista Egnazio,* incluido en Calogera, *Raccolta degli opusculi,* XXXIII, 1745, pp. 1 y sgs.; JAPANNI, *Notizia breve di Giovanni Battista Cipelli,* Treviso, 1836; ALLEN, *op. cit.,* t. I, p. 523, y las epíst. 588, 1623, 1707, 2105, 2249, 2302, 2448, 2871, 2964.

[26] El Colegio Busleidiano o de las Tres Lenguas de Lovaina se fundó por un legado de Jerónimo Busleiden, tercer hijo de Gilles Busleiden y hermano del canciller Francisco; Jerónimo nació hacia el 1470 y murió el 17 de agosto de 1517, en Burdeos, cuando se dirigía a España precediendo a Carlos I. Estudió en Lovaina y en Orleáns, en esta última ciudad conoció a Erasmo (el 1500); pasó luego a Italia y se doctoró en letras en Bolonia. Disfrutó de excelentes prebendas y canonjías eclesiásticas; realizó misiones diplomáticas en Roma (1505-1506), en Inglaterra (1509) y cerca de Francisco I de Francia (1515). Edificó en Malinas una espléndida residencia en la que dio acogida a los humanistas. Sentía devoción por los estudios de humanidades y en su testamento dejó una importante suma para la fundación del Collegium Trilingue, de Lovaina que, de manera semejante al Colegio del Corpus Christi en Oxford, sería el hogar de los nuevos estudios; Erasmo desempeñó una parte muy conspicua en la ejecución de estos deseos de Busleiden. Sobre este tema informa de manera especial: P. NEVE, *Mémoire historique et litteraire sur le Collège des Trois Langues à l'université de Louvain,* Lovaina, 1856; EL MISMO, *La Renaissance des lettres et l'essor de l'érudition ancienne en Belgique,* Lovaina, 1890; A. ROERSCH, *L'Humanisme belge à l'époque, de la Renaissance,* Bruselas, 1910; ALLEN, *op. cit.,* t. I, p. 434 y las epíst. 244[3], 470, 484 y 2456; H. DE JONGH, *L'ancienne Faculté de théologie de Louvain au premier siècle de son existence (1432-1540): ses débuts, son organisation, son enseignement, sa lutte contre Erasme et Luther,* Lovaina, 1911; para la estancia de Erasmo en Lovaina y su defensa del Colegio Trilingüe, AUGUSTIN RENAUDET, *Erasme, sa pensée religieuse et son action d'après sa correspondance* (1518-1521), París, 1926.

[27] El Colegio del Lirio formaba parte del conjunto de la Universidad de Lovaina; en los días de Erasmo enseñaron en él, entre otros, Adriano Amerot de Soissons, Herman Stuve de Westfalia, Juan de Neve, que era su provisor; allí se hospedó Erasmo, el 1517, en las habitaciones que ocupaba su amigo Juan Desmarais, llamado *Paludanus,* que era "orador" de la Universidad.

[28] Coutrelles era canónigo de Tournay, m. el 27 de mayo de 1545, dejó un importante legado para fundar becas en Lovaina. ALLEN, t. VI, apéndice XIX, p. 505, 101 n.

[29] Nació en Nimega (3 de febrero de 1485 - 4 de octubre de 1564), estudió en Lovaina en el Colegio del Halcón en donde se doctoró el 1510 (en 1505 había sido el número uno en Filosofía); se especializó, sin embargo, en jurisprudencia;

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la décimosexta a Gante, para el Abad de San Bavón [30]
la decimoséptima a M. Laurino, decano de San Donaciano, con destino a la biblioteca de su Colegio; [31]
la décimoctava a Nicolás Everardo, presidente de Holanda, o a quien le haya sucedido; [32]

el 1515 estuvo al servicio de los magistrados de Brujas y fue, entonces, cuando saludó, con una elegante oración latina, al cardenal Wosley para darle la bienvenida en nombre de la corporación (agosto de 1521); el 1522 fue designado miembro del Gran Consejo de Malinas, cargo que ocupó hasta el fin de sus días. Conocía las tres lenguas; latín, griego y hebreo y se dice que esta última la aprendió sin profesor. Tradujo al latín las homilías de San Basilio, la obra de Procopio *De Iustiniani Imp. aedificiis;* de Juan Luis Vives, con quien mantuvo amistad estrecha, editó póstuma la obra *De veritate fidei Christianae.* Fue amigo de Moro y tuvo devota admiración por Erasmo para quien compuso un epitafio al conocer su muerte. ALLEN, *op, cit.,* t. IV, p. 349 y las epíst. 1145, 1173, 1317, 1545, 1546, 1655, 1724, 1850; para sus relaciones en la Europa humanista de su época, ENRIQUE DE VOCHT, *Literae virorum eruditorum ad Franciscum Graneveldium,* Lovaina, 1928. Para sus relaciones con Vives (del que aparecen cartas en la colección citada de VOCHT), hay algunos datos en ADOLFO BONILLA SAN MARTIN, *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento,* 3 vols. Madrid, 1929; y en MARIANO PUIGDOLLERS, *La filosofía española de Luis Vives,* Barcelona, 1929.

[30] Livinus Hugenoys, m. el 1535, era fraile del convento de San Bavón en Gante y fue elegido abad el 4 de noviembre de 1517; debía de ser ya muy anciano cuando le eligieron para aquel cargo, pues se le designó un coadjutor, que más tarde le sucedió. Fue el último abad, ya que un año después de su muerte la iglesia abacial se convirtió en Colegiata y los frailes quedaron secularizados. Sostuvo amistad con Erasmo, al que proporcionó un valioso MS. latino de los Evangelios para una de las ediciones que hizo el Humanista. Algunas noticias más en ALLEN, *op. cit.,* t. IV, p. 531 y en la epíst. 1214, que le envió Erasmo con fecha 21 de junio de 1521.

[31] Marcos Laurino o Lauweryn, n. en Brujas (17 de mayo de 1488-4 de noviembre de 1546); de familia noble (su padre había sido camarero y tesorero de Felipe *el Hermoso* y recuperó del mar las tierras que luego el Archiduque le dio en señorío con el título de Señor de Watervliet). Marcos fue íntimo amigo de Vives y de Erasmo; siguió la carrera eclesiástica; el 1512 era canónigo y el 1519 Deán de San Donaciano de Brujas. En su casa se hospedó Erasmo dos veces, una el 1519 y otro el 1521, cuando el cardenal Wosley y Tomás Moro fueron a Brujas para entrevistarse con Carlos V; en esta última ocasión Vives vivía en casa del caballero viscaíno Pedro de Aguirre, en la calle del Puente Flamenco (actual calle de San Jorge); trabajaba en la edición del *De Civitate Dei,* y ya tenía redactados los comentarios y notas a los seis primeros libros; Erasmo le llevó el famoso códice de San Lutgardo o de Colonia; por su parte Laurino le proporcionó otro viejo códice de la obra de San Agustín y los tres amigos juntos acogieorn a Tomás Moro (fue aquella la última vez que se vieron Erasmo y Moro).

[32] Everardo o *Everardi,* nació en la isla de Walcheren (hacia 1462 - 9 de agosto de 1532) y se decía de Middelburgo; estudió en Lovaina en donde se doctoró el año 1493; allí siguió como profesor de derecho y fue rector de la Universidad el 1504; canciller de Enrique de Bergen, obispo de Cambray y protector de Erasmo; tomó las órdenes menores y fue Deán de San Guidon en Anderlecht y Deán de Santa Gúdula en Bruselas, pero poco después volvió a la vida laica, se casó y fue designado miembro del Gran Consejo de Malinas; el 1509 se le eligió Presidente del Consejo Holanda, Zeelanda y Frisia; el 1528 ocupó la presidencia del Gran Con-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la decimonona al teólogo Herman Lethman;[33]
la vigésima al monasterio de Egmond, con destino a su biblioteca[34]

Si algunos de estos destinatarios murieren, el heredero elegirá a otros según su voluntad.

Con respecto al convenio con los tipógrafos, el asunto será llevado con sigilo, no sea que algún maléfico genio interrumpa la obra al comienzo. Deseo también incluir en el número de las colecciones que han de ser remitidas, las ediciones de Jerónimo y de Hilario revisados por mí.

Terminados o ajustados estos trabajos, lo que haya sobrado debe dedicarse a fines piadosos, principalmente para ayudar a los adolescentes de cualidades prometedoras y para proporcionar dote matrimonial a doncellas honestas.

Quede al arbitrio del heredero lo relativo a mi sepultura, que no se debe elegir ni mezquina ni ostentosa, según costumbre de la Iglesia, de modo que nadie pueda estar quejoso.

A nadie debo nada, no tengo ningún heredero forzoso y estoy suficientemente autorizado, por letras o patentes Apostólicas, para ejercer la facultad de testar incluso sobre bienes eclesiásticos.

Quiero que le sean dados a mi criado Quirino, si estuviere presente cuando yo muera, doscientos florines de oro por el servicio leal que me prestó durante mucho tiempo.[35]

sejo en sustitución de José Laurens. Sobre otros detalles de su vida y sobre sus obras informa ALLEN, *op. cit.*, t. IV, p. 237, y además las epíst. 1092, 1186, 1188, 1238, 1469, 1653, todas dirigidas por Erasmo.

[33] Herman Lethman o Lethmatius o Laetmatius era de Gouda, en Holanda (¿1492? - 6 de diciembre de 1555); estudió en París y obtuvo brillantemente el doctorado en la Sorbona ocupando siempre el primer lugar. El 1522 fue designado por el papa Adriano VI canónigo de Santa María de Utrecht; el 1525, se le envió para combatir la herejía a Amsterdam; en octubre de 1530, era Deán de Santa María de Utrecht y el 1534, vicario general de la diócesis a la que, como presbítero, había pertenecido Erasmo. Tuvo una dificultad seria con el duque de Güeldres a causa de un pretendido "cuerno de unicornio" que pertenecía a la iglesia de Santa María y que Lethman quitó al duque para devolverlo al templo; por esta causa fue encarcelado y obligado a restituir aquel curioso objeto. Sobre otros extremos de su vida y sobre sus obras y relaciones con Erasmo informa ALLEN, *op. cit.*, t. V, p. 138 y epíst. 1320, 1345, 1350, 1359.

[34] Egmond aan Zee en la Holanda Septentrional, al O. de Alkmaar, a orillas del mar del Norte. La abadía de benedictinos, a la que Erasmo quería se enviara un ejemplar de sus *Obras Completas*, fue destruida por un incendio el 30 de octubre de 1509; entonces reconstruyó su edificio Meynardo Mann (muerto el 1526) que era amigo de Erasmo y de Martin van Dorp; a ambos les favoreció en diferentes ocasiones; Erasmo, en carta a Dorp, desde Lovaina, en septiembre de 1514, le califica de Mecenas suyo. Cerca del monasterio se encontraba el castillo señorial que dio nombre a los condes de Egmond. La abadía fue destruida por los reformados el 1572. El castillo lo desmantelaron los españoles.

[35] Quirino Talesio nacido en Haarlem (21 de diciembre de 1505 - 27 de mayo

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Dispuse y establecí este instrumento en plenitud de juicio y de salud, en el año y día arriba citados[36] y para mayor garantía lo escribí de mi puño y letra en dos ejemplares y estampé en la escritura el sello de mi peculiar anillo, a saber, la efigie de Término; me reservo lo facultad de agregar, suprimir y variar enteramente todo, caso que tal fuere mi voluntad y de acuerdo con el derecho público.

Tenía al pie el sello de Término con el exergo circunscrito: "Cedo Nulli".[37]

"A este respecto, en presencia del Tribunal, le había sido concedida libre facultad para testar conforme él deseara, a la vez que, caso de que quisiera, para variar el testamento declarándolo así ante notarios.

de 1573), era hijo de un sastre; después de estudiar en Colonia sustituyó a *Livinius* Algotius o Algoet como criado y amanuense de Erasmo, hacia el 1524, y le sirvió por espacio de siete años. Erasmo lo incluyó como personaje de su coloquio *El juego* t. VII, p. 346 y epíst. 1966, 2113, 2735, PRESERVED SMITH, *A key to the* t. 1||, p. 346 y epíst. 1966, 2113, 2735, PRESERVED SMITH, *A key to the Colloquies of Erasmus,* Harvard, Cambridge, Mass., 1927, p. 60.

[36] El día citado es "al día siguiente de Santa Inés". Uno de los testimonios que aduce con mucha sagacidad Lucien Febvre para demostrar el "dominio de la religión" sobre todos los actos de la vida: "...al calendario —escribe— se le hacía expresarse en cristiano. Así, no se decía que los tribunales de justicia reanudaban sus sesiones el 12 de noviembre, sino "al día siguiente de la fiesta del Señor San Martín"; las jornadas cortas de trabajo para la artesanía no comenzaban el 9 de octubre sino "el día de San Remigio"...; no menos de cien días de los 365 del año se señalaban así en Francia por el nombre de un santo y no por una abstracta cantidad de mes". En Francia —añadimos— y en toda Europa y tanto en lengua vulgar como en latín. Ver LUCIEN FEBVRE, *El problema de la incredulidad en el siglo* XVI. *La religión de Rabelais,* trad. de José Almoina, UTEHA, México, 1959, p. 305.

[37] Cuando Erasmo estuvo en Italia se le encomendó la orientación docente del joven Alejandro Estuardo, hijo del rey Jacobo IV de Escocia; con él estuvo en Padua y en Siena y, después de ir a Roma solo, volvió acompañando a su pupilo y le sirvió de guía en la ciudad Eterna, así como en Nápoles; era ya Alejandro, por entonces, pese a su edad que no pasaba de 18 años, arzobispo de San Andrés, en Escocia, y al despedirse del Humanista para regresar a su patria llamado por su padre, quiso demostrarle su gratitud y le regaló algunos anillos entre ellos uno que llevaba una piedra con el busto de un hombre de larga y revuelta cabellera y que representaba al dios Término. Erasmo hizo que como exergo se grabaran en la piedra dos palabras: "Cedo nulli". La frase pareció a sus adversarios testimonio de su orgullo y de su arrogancia desafiante, y cuando arreció la lucha contra él se sacó a relucir aquel anillo (que siempre llevaba y utilizaba como sello personal) para demostrar su soberbia descarada. El Humanista se defendió de sus enemigos en una carta dirigida al español Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V, desde Basilea, el 1º de agosto de 1528, en la cual decía: "Quod mihi pro tuo ingenio modestissime significas, idem ex aliorum litteris dilucide cognoui, extitisse qui Terminum anuli mei sigillum in calumniam vocent; vociferantes intolerabilis arrogantiae esse quod adiectum est symbolum 'concedo nulli'. Quid est si hic non

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

El notario fue Heintzman, quien, en la parte exterior del documento, añadió, a lo escrito en primer lugar, que la escritura había sido subscrita por los testigos convocados: Pedro Bitterlin, Sixto Birck y Clemente Rechburg, el año etc., 27, día 13 del mes de junio, en casa de Erasmo, junto a San Pedro.[38]

Después, por escrito y públicamente, se declaró heredero a Bonifacio Amerbach, en presencia de los actuarios públicos, el primero de julio, con asistencia del notario Heintzman, en su domicilio habitual junto a San Pedro;[39] comparecieron como testigos el maestro Pedro

est fatalis quidam morbus calumniandi omnia? Ridetur Momus qui sandalium Veneris reprenderit; at isti Momum ipsum superant, qui in anulo quod arrodant inuenerint. Momos dicerem, sed Momus nihil carpit nisi quod prius attente perspexerit. Isti ..... vel sycophantae potius, clausis oculis carpunt quod nec vident nec intelligunt: tanta est morbi vis. Atque interim sibi videntur Ecclesiae columnae, quum nihil aliud quam traducant suam stoliditatem cum pari malicia coniunctam, iam notiores orbi quam expedit. Somniant ab Erasmo dici 'Concedo nulli'. Atqui si mea scripta legerent, viderent vix quenquam esse tam mediocrem vt illi me praeferam, citius concedens omnibus quam nulli.

"Iam qui me propius ex conuictu familiari nouerunt, quiduis vitii tribuent potius quam arrogantiam; meque fatebuntur propiorem esse illi Socratico, 'Hoc vnum scio, me nihil scire', quam huic, 'Concedo nulli'. Sed fingant animum tam insolentem esse mihi vt memet ommnibus anteponam, etieamne tam stultum existimant vt id symbolo profitear? Si quid haberent Christianae mentis, interpretarentur ea verba aut non esse mea aut aliam habere sententiam..." A seguido, alega Erasmo que las dos palabras no están solas, que hay que unirlas con el vocablo Término que aparece grabado en la piedra y las tres miden un verso, si este acaba en *Terminus* será iambico acatalecto, si comienza con esa palabra ('Terminus concedo nulli') será trocaico acatalecto. Al final explica que el significado verdadero y el símbolo que la figura y el exergo encierran es el de la Muerte, verdadero término de las cosas, "Mors vltima linea rerum", que no cede ante nadie. ALLEN, t VII, epíst. 2018, pp. 430-432. Esta carta a Valdés fue incluida al final del t. IX de los *Opera Omnia (Epistola de Termino suo,* en el índice), pp. 1442-1443. Para Alfonso de Valdés: Fermín CABALLERO, *Conquenses ilustres. Alfonso y Juan de Valdés,* t. IV, Madrid, 1875; Marcelino MENENDEZ PELAYO, *Heterodoxos Españoles,* t. IV. Buenos Aires, 1945; M. BATAILLON, *op. cit.,* cap VIII; José F. MONTESINO, Introducciones y notas a los Diálogos de *Lactancio con un Arcediano* y de *Mercurio* y *Carón,* Madrid, 1928-1929; ALLEN, *tomo cit.,* p. 25.

[38] En la extensísima carta que escribió Erasmo a Marcos Laurinus desde Basilea, el 1º de febrero de 1523, le decía que le ofrecían en venta una casa en Basilea por 400 florines de oro, que no deseaba comprarla, que su propietario (es decir, Juan Froben) se la quería dejar libre de renta, pero que él había insistido en pagar su alquiler; lo más interesante de esa casa era que Erasmo había hecho construir una chimenea con fogón en una de las habitaciones para evitar el uso de la estufa que le producía jaquecas. ALLEN *(op. cit.,* t. V, p. 133) la identifica con la casa "Zur alten Treue" (A la antigua Lealtad), actualmente la número 15-17 de la calle Nadelberg. Esta casa la había adquirido Froben el 18 de diciembre de 1521, principalmente por alojar bien a su amigo el Humanista; la calle Nadelberg está cerca de la iglesia de San Pedro, de lo cual se infiere que Erasmo vivía allí cuando hizo su primer testamento.

[39] Se sobrentiende la casa donde vivía Erasmo; es decir, la de Froben. Ver nota anterior.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Bitterlin y Jorge Hoffischer, cotejadores de testamentos en la curia de Basilea.

Todos estos diferentes extremos fueron consignados en la parte exterior del testamento de puño y letra del notario Heintzman."

El tercero y último testamento

Este último testamento es muy breve y escueto. En él no se hace referencia alguna a la edición de las *Obras* del Humanista, quizá por estar ya resuelta y asegurada su impresión y concertadas con Froben las condiciones. El documento nos ha llegado en su original, escrito totalmente de puño y letra de Erasmo; se conserva en el MS. AN. III. 15. 96 de Basilea, y fue reproducido en las siguientes ediciones:

a) *Epistolae familiares,* Basilea, C. A. Serin, 1779;
b) J. B. KAN, *Erasmiana,* 1881;
c) EMIL MAJOR, *Erasmus von Rotterdam, Virorum illustrium reliquiae,* Basilea, 1927;
d) MARCO BESSO, *L'Encomium Morias di Erasmo di Rotterdam,* Roma, 1918 (Reproducción facsimilar en "Documenti", VI);
e) DANIEL VAN DAMME, *Éphéméride illustrée de la Vie d'Erasme,* Anderlecht, 1936 (Reproducción facsimilar, pág. 61);
f) H. M. ALLEN y H. W. GARROD, *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami,* tomo XI, Oxonii, MCMXLVII, Apéndice XXV, págs. 363-365.

Además en el MS. de la Biblioteca Real de Copenhague, G.K.S. 95 Fol. f. 253, hay una copia del original hecha por un secretario o amanuense.[40]

Doy su texto, según la reproducción de ALLEN y GARRÓD, y agrego la versión castellana con algunas notas.

In nomine Sanctae Trinitatis

Desiderivs Erasmus Roterodamus, fretus diplomatibus Caesaris, summi Pontificis, ac magnifici magistratus inclytae ciuitatis Basiliensis, hoc meo chirographo renouo supremam voluntatem meam, quam quocunque titulo firmam ac ratam haberi volo, irritum vero si quid alias testatus sum.

Principio certus me nullum habere legitimum haeredem, praestantissimum virum D. Bonifacium Amerbachium omnium facultatum mearum haeredem instituo, exequutores vero Hieronymum Frobenium et Nicolaum Episcopium.

[40] Sobre el contenido de este precioso MS. informa ALLEN que lo describe detalladamente en su *op. cit.*, t. III, apéndice XIII, p. 630-634.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Bibliothecam meam iampridem vendidi D. Ioanni a Lasko Polono, iuxta syngrapham super hoc contractu inter nos confectam: non tradentur libri nisi haeredi numeret ducentos florenos. Quod si ille pactum remiserit, aut me prior e vita excesserit liberum esto haeredio de libris statuere quod velit.

D. Lodouico Bero lego horologium auream,

Beato Renano cochleare aureum cum fuscinula aurea,

M. Petro Viterio *centum quinquaginta coronatos aureos,*

Tantundem Philippo Montano,

Lamberto famulo, si mihi morienti adfuerit, ducentos florenos aureos, nisi ego viuus ei hanc summam numeraro,

D. Ioanni Brisgoo lagenam argenteam,

D. Paulo Volzio florenos aureos centum,

Sigis. Gelenio ducatos centum et quinquaginta,

Ioanni Erasmio Frobenio duos anulos, quorum alter non habet gemmam, alter gemmam subuiridem Gallis dictam turcois,

Hieronymo Frobenio lego omnes vestes meas omnemque supellectilem laneam, lineam et ligneam; praeterea poculum *quod habet insignia Cardinalis Mogontini,*

Vxori eius annulum qui habet imaginem mulieris in tergum respicientis,

Nicolao Episcopio poculum cum operculo, quod in pede habet versiculos insculptos,

Iustinae vxori eius duos anulos, quorum alter habet adamantem, alter turcois minorem,

M. Conrado Goclenio poculum argenteum, quod in summo habet imaginem fortunae.

Si quis legatariorum interciderit, quod legatum erat in haeredis arbitrio esto.

Haeres, praeter ea quae ipsi per syngrapham designaui, sibi accipiet quicquid superfuerit poculorum aut anulorum aut rerum *similium: adhaec nomismata insignia, vt Lusitanos* cruciatos, Regis Poloniae ac Seuerini Boneri faciem exprimentia, aliaque his similia. Praeterea ducatos omnes duplices et quadruplices. Pecuniam apud Conradum Goclenium depositam illi Brauantia dispensandam relinquet, quemadmodum ei mandaui. Si quid apud Erasmus Schetum erit reliquum, ab eo repetet. Eamque pecuniam ac reliquam omnem quae superfuerit, suo arbitrio et ex consilio exequutorum distribuet in vsus pauperum aetate aut valetudine infirmorum, item in puellas nupturas, in adolescentes bonae spei, breuiter quoscunque subsidio dignos iudicarint.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Hanc extremam voluntatem meam, quo plenior sit fides, propria manu descripsi, ac peculiare anuli mei sigillum Terminum affixi Basileae in edibus Hieronymi Frobenii duodecimo die Februarii anno a natali Dominico Millesimo quingentesimo tricesimo sexto.

"En el nombre de la Santísima Trinidad[41]

Desiderio Erasmo de Rotterdam, autorizado por Letras Patentes imperiales y pontificias[42] y por licencias de los ilustres magistrados de la ínclita ciudad de Basilea, por este documento autógrafo redacto otra vez mi última voluntad que deseo sea tenida por confirmada y ratificada en cualquier caso, anulando, sin dejar dudas, lo que en otras ocasiones haya testado.

En primer lugar y siendo verdad que no tengo ningún heredero legítimo, instituyo por tal de todos mis bienes al muy insigne señor Bonifacio Amerbach, y nombro albaceas testamentarios a Jerónimo Froben y a Nicolás Episcopio.[43]

Hace tiempo que he vendido mi biblioteca al señor polaco Juan de Lasko, según consta en contrato que, al efecto, instrumentamos por escrito; los libros no le serán entregados a menos que pague dos-

[41] Estas expresiones eran obligadas. Dice a este respecto LUCIEN FEBVRE: "No había testamento en toda la Cristiandad que no comenzara con una invocación y un signo de la Cruz. La fórmula ritual de un testamento francés en la comarca del Franco-Condado era: 'En nom de la sainte et indivisée Trinité, du Père, du Fils, et du Saint-Esprit, *amen*...' La fórmula no menos ritual del testamento en la Saboya francesa era: '... *Et premièrement*, come bon catholique crestien, faisant le signe de la croix disant In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen...' *El problema de la incredulidad*, etc., *cit.* p. 302. La fórmula era muchísimo más antigua; en el *Cartulario de Celanova* (Fol. 5 v°, Archivo Histórico Nacional de Madrid), y correspondiente al día 27 de febrero del año 838, se conserva un largo testamento de una rica hembra llamada Ilduara que comienza así: "Domino meo, creatori summo redemptorique omnium, cuius nomen Trinitas alma glomerat in unitate diuina, etc...". Ver, Manuel PAULO MERÊA, *Sôbre as origens do executor testamentario*, en Academia Portuguesa da Historia *Anais. Ciclo da Fundação da nacionalidade*, Lisboa, 1940, apéndice, p. 27.

[42] Dos letras Patentes solemnes poseía Erasmo al respecto; ambas del mes de mayo de 1530, expedidas en Innsbruck; la primera el día 18, por el rey Fernando y subscrita además por el secretario R. Wising, en alemán; la segunda, firmada por Carlos V y subscrita por su secretario Alejandro Schweis, redactada en latín. En las dos se autorizaba a Erasmo para que hiciera testamento. Los textos en ALLEN, *op. cit.*, t. VIII, pp. 437-439.

[43] Nació en Rittershofen (¿1501? - 7 de marzo de 1564); llegó a Basilea hacia el 1519; el 1520 fue con Jerónimo Froben a Chur (Coira, la antigua *Curia Rhaetorum)* para recibir un grado académico de manos del nuncio Antonio Pucci y en el mismo año se hizo ciudadano de Basilea; contrajo matrimonio con Justina, hija de Juan Froben y de Gertrudis Lachner y fue a vivir con los Froben en la casa de éstos; ahí ocupó las habitaciones que Erasmo había dejado libres cuando marchó a Friburgo. Por los mismos días entró a formar parte de la firma tipográ-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cientos florines al heredero. Ahora bien, si rechazara el convenio o cientos florines al heredero. Ahora bien, rechazase el convenio o lo que quiera respecto de los libros.[44]

Lego al señor Luis Ber un reloj de oro;
a Beatus Rhenanus una cuchara y un tenedor, ambos de oro;
al maestro Pedro Viterius,[45] ciento cincuenta coronados de oro;
la misma cantidad a Felipe Montanus;[46]

fica de su suegro. ALLEN, *op. cit.*, t. VI, p. 346, y las epíst. 1714, 2202, 2257, todas de Erasmo a él.

[44] Aunque ya en nota anterior se dijo algo de los Laski parece ocasión de señalar con más detalle la personalidad de Juan Laski o *a Lasco*, el reformista polaco n. en Lask, *Polonia Oriental*, el 1499 y m. en Pinczow el 8 de enero de 1560. Era sobrino, como ya se dijo, del poderoso y célebre arzobispo Juan *el Viejo;* viajó por Europa, estuvo en Bolonia y en Roma y cultivó intensamente los estudios de humanidades; en París se relacionó con elementos inclinados a la Reforma, pero Juan se hizo sacerdote católico el 1521 y por la influencia de su tío obtuvo prebendas y canonjías. Desde 1524 a 1526 realizó misiones diplomáticas y durante ellas su contacto con los reformistas fue mayor. El rey de Hungría Juan Segismundo Zapolya le propuso para el obispado de Veszprem, pero el papa no confirmó el nombramiento por las sopechas de heterodoxia que concurrían en el candidato. Ya en 1538 era protestante; Erasmo había muerto y el polaco que tanto le admirara dejó correr con libertad sus inclinaciones. Pasó a Francia, estuvo en Lovaina y en Emden y se le encomendó dirigir las iglesias reformadas de aquellas regiones; pero el 1544 volvió a Polonia y juró adhesión al catolicismo; su actitud duró poco tiempo y regresó a Emden para organizar el movimiento llamado de los humanistas-calvinistas, adversario de los luteranos; pasó a Inglaterra después del *interim* de Augsburgo (1550) y recogió allí a los exilados protestantes de Alemania que formaron la llamada *Ecclesia peregrinorum.* Al morir Eduardo VI (1553) y ascender al trono María Tudor, Laski abandonó Inglaterra con sus amigos; los luteranos le rechazaron por doquier y el 1556 estaba en Polonia cuyo rey Segismundo Augusto le permitió dedicarse a la tarea de unificar las distintas sectas reformadas desgarradas por la cuestión sacramentaria. No logró la fusión de los calvinistas, luteranos y hermanos moravos, que era su anhelo. Sobre este personaje dan noticias abundantes: H. DALTON, *Johannes a Lasco, Beitrag zur Reformationsgeschichte Polens, Deutschlands, Englands,* Gotha, 1881; EL MISMO, *Lasciana,* Berlin, 1898; J. JASCAL, *Johannes a Lasco, baron de Pologne, evêque catholique, réformateur protestant,* Paris, 1894; K. A. R. KRUSKE, *Johannes a Lasco und der Sacramentsstreit,* (en "Studien zur Geschichte der Theologie und Kirche", 7), Leipzig, 1901; F. DE SCHIKLER, *Les Eglises du Refuge en Anglatterre,* I, Paris, 1892, pp. 25-26; III, 1892, pp. 18-38.

[45] Pedro Viterius o quizá Vitrie o Vitré, era francés de origen muy modesto; amigo de Tomás Grey, el alumno inglés de los primeros años de Erasmo en París y por el cual sintió tanto cariño; el Humanista debió de conocerle a través de su discípulo; antes de 1516 era profesor en Calais, tuvo allí dificultades y Erasmo le indicó que regresara a París en donde fue profesor en el Colegio Lombardo y más tarde en el de Navarra, en el cual permaneció hasta 1535 o 1536 por lo menos. Después de bastantes años sin comunicarse, la pobreza que le acosaba obligó a Viterius a escribir al de Rotterdam; una carta de Viterius a Erasmo, fechada en París, el 20 de febrero de 1536, nos informa de su situación; parece que Erasmo recomen-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

a mi criado Lamberto, si se encontrare presente a mi muerte, doscientos florines de oro, a menos que yo le haya dado ya en vida esta suma en efectivo;[47]

al señor Pablo Volz,[48] cien florines de oro;

a Segismundo Gelenio, ciento cincuenta ducados;

a Juan Erasmio Froben,[49] dos anillos, uno de los cuales carece de piedra preciosa y el otro tiene una de color verdoso que los franceses llaman turquesa;

dó a Brixius que hablara con el cardenal Du Bellay en favor de su amigo. Este y Montanus escribieron, con fecha 19 de mayo de 1540, a Bonifacio Amerbach para agradecer las 150 coronas que cada uno recibiera como Legado de Erasmo. Amplía estas noticias ALLEN, *op cit.*, t. I, pp. 193-194, y t. XI, p. 290, *así como las epíst.* 66, 444, 503, 528, 779, 817, 3101, 3106.

[46] N. en Armentières (¿1496? - 22 de mayo de 1576) fue pupilo y doméstico de Erasmo hacia 1527-1529; el Humanista le hace aparecer junto con Livinus Algoet en el breve coloquio *Impostura*. Después pasó a París al Colegio de Lisieux, y en abril de 1529 fue testigo en la plaza de la Grève de la muerte de Berquin en la hoguera. Más tarde se fue al Colegio de Tournay en donde pasó varios años dedicado a preparar la edición de los Padres; en septiembre de 1534 envió como regalo a Erasmo, desde París, un manuscrito de *Emblemata*, muy semejante al libro de Alciato que imprimió más tarde Wechel. Ayudó en 1535-1536 al editor Chevallon en la impresión de un Crisóstomo en latín, texto que volvió a revisar para otra edición de 1543 hecha por la viuda de Chevallon; el 1556 lo reeditó otra vez en aquel taller, con dedicatoria a Odet Coligny, el primogénito del almirante. Para más detalles, ALLEN, t. VIII, p. 520, y la epíst. 2065; además PRESERVED SMITH, *op. cit.*, p. 48.

[47] Juan Calceatoris, llamado Brisgoicus por haber nacido en Broggingen en Breisgau, al norte de Friburgo; fue conspicuo teólogo; se había doctorado en París y en Friburgo y en esta última universidad fue profesor de Occam; decano de la Facultad de Teología 21 veces y rector cinco veces; el 27 de julio de 1536, expresa a Amerbach su dolor por la muerte de Erasmo: "Fui alli dum viueret, aliquoties a confessionibus: in quo non nisi Christo dignam vitam depraehendebam". ALLEN, *op. cit.*, t. VIII, p. 145 y epíst. 2156.

[48] Nacido en Offenburg (1480 - 6 de julio de 1544); estudió en la Universidad de Tubinga; el 1503 ingresó en la orden benedictina y fue designado abad de Hügehofen, cerca de Schlettstadt. A mediados de 1526 se pasó a la Reforma; pasó a Estrasburgo en donde se le nombró predicador de las monjas de San Nicolás (1528); se negó a firmar la Concordia de Wittenberg (1536). Calvino le convenció más tarde. Participó en la Sociedad Literaria de Wimpfeling en Schlettstadt. Erasmo le dedicó una reedición de su *Enchiridion* y antes de morir le envió como regalo una copa. ALLEN, *op. cit.*, t. II, pp. 158-159 y las epíst. 368, 372, 858, 1075, 1518, 1525, 1529, 1607, 3069, 3114.

[49] Era el hijo menor de Juan Froben y ahijado de Erasmo, cuyo nombre llevaba; n. entre el 4 de noviembre de 1515 y el 28 de febrero de 1516, ya que Erasmo declara que tenía seis años cuando él le dedicó sus *Colloquiorum Formulae*, en la edición de marzo de 1522 (Basilea, Froben). Al principio se le llamó *Juan Erasmus*, pero hacia 1522 comenzó a usar la forma *Erasmius*; sus padrinos de bautismo fueron Erasmo y Beatus Rhenanus y el de confirmación —antes de marzo de 1522— Capitón. En junio de 1522 fue enviado a Friburgo para recibir enseñanza de Heresbach; después pasó a Coblenza donde estudió bajo la dirección de Luis Kiel (Carinus) con quien riñó Erasmo a causa del sistema de educación que em-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

a Jerónimo Froben le lego todos mis tabardos u hopalandas y todo mi ajuar, tanto las prendas de lana y ropa blanca, como los muebles de madera; además una copa con el blasón del cardenal de Maguncia;
a su esposa, un anillo que tiene la figura de una mujer vista de espaldas;
a Nicolás Episcopio, una copa con cobertera que tiene grabados, en su base, unos versículos;
a su esposa Justina, dos anillos, uno con un diamante y el otro con una turquesa;
al maestro Conrado Goclenius, una copa de plata que tiene en el fondo la imagen de la fortuna.

Si alguno de los legatarios muriese quedará a disposición del heredero lo que le estaba legado.

El heredero recibirá para sí, a más de lo consignado en escritura aparte, lo que quedare de copas, anillos u objetos semejantes, incluyendo las monedas y medallas preciosas, como "cruzados" portugueses, las que llevan en relieve la figura del rey de Polonia y de Severino Boner, y otras semejantes. A más de esto, todos los ducados de a dos y de a cuatro.[50]

pleaba con el muchacho. Cuando murió Juan Froben, Erasmo se hizo cargo de él y le llevó a Friburgo; pero sus tutores le enviaron a París. Erasmo quería que le dejaran con él durante el verano de 1531 y aconsejó que siguiera los estudios de archivero y bibliotecario. El 1534 estaba el joven en Basilea y en agosto de 1536 —es decir, después de la muerte de Erasmo— contrajo matrimonio; su padrasto Hetwagen le hizo entrar en el negocio tipográfico. ALLEN, *op. cit.*, t. III, p. 57, y epíst. 1262, 1476, 2229.

[50] El rey de Polonia, sin duda Segismundo I que reinó desde 1507 a 1548. De Severino Boner da noticias ALLEN, *op. cit.*, t. IX, p. 336, y además las epíst. 2533 y 3010.

Se llamó *cruzado* a una moneda de oro que llevaba en el reverso una cruz; la hubo durante la Edad Media en Castilla; en Portugal acuñaron *cruzados* de muy buena ley los reyes Alfonso V y Juan III, a este último dedicó el Humanista su edición de San Juan Crisóstomo *(Chrysostomi Lucubrationes,* Basilea, J. Froben, marzo de 1527), con extensa dedicatoria uqe se reprodujo en los *Opera Omuia* (tomo VIII, Basilea, Froben, 1540). V. MARCEL BATAILLON, *Erasme et la Cour de Portugal,* en "Arquivo de História e Bibliografia", vol. II, Coimbra, 1927, pp. 258-291. El *ducado,* y de ahí su nombre, se acuñó por primera vez en Venecia en el siglo XIII; el nombre se aplicó después tan sólo a las piezas de oro que en casi toda Europa imitaron en el peso y la ley a la emitida el 1284 por el dux Juan Dandolo y que en Venecia se llamó más tarde *Zecchino.* El intenso y extenso comercio de Venecia dio gran difusión a esta moneda. En España, Juan II de Aragón la introdujo para sustituir al florín, con un peso de 3.50 gr. y múltiplos de dos y de diez ducados. Los Reyes Católicos acuñaron ducados desde 1480, pero con el nombre de *excelentes* y las mismas características del ducado aragonés de Juan II. El *excelente entero,* con ley de 948 centésimos y peso de 9.20 gr., llevaba en el anverso los bustos de los Reyes con corona y el exergo *Quos Deus coniunxit nemo non separet;* el *medio*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

El dinero depositado en manos de Conrado Goclenius, en Brabante, quede en administración del mismo modo que se le encomendó. El que se encontrare en poder de Erasmo Schets, se le reclamará. Y el dinero en efectivo y todo lo demás que quedare, a su decisión, y según el parecer de los albaceas, se distribuirá en beneficio de los pobres ancianos y de los enfermos desamparados, así como para dotar a las doncellas casaderas y ayudar a los adolescentes que posean cualidades prometedoras; en suma, en favor de cuantos juzgaren dignos de socorro.

Para que esta mi última voluntad tenga más completa fe y autoridad, la escribí de mi puño y letra y estampé en ella mi sello con la figura de Término de mi anillo personal, en Basilea, en el domicilio de Jerónimo Froben, el día doce de febrero del año del nacimiento del Señor de mil quinientos treinta y seis."

Erasmo iba a morir en Basilea, en la misma casa de Froben, justamente cinco meses después de haber firmado este testamento. Era la noche del 11 al 12 de julio de 1536. Sus funerales tuvieron lugar en la catedral de Basilea, el día 18, y, después de ellos, el notario y actuario de la ciudad, Enrique Ryhiner, abrió el testamento y procedió a su lectura ante los interesados y los testigos; el día 22 del mismo mes, otro notario, Adalberto Salzmann, levantó el inventario completo de todos los bienes y efectos propiedad de Erasmo. Al dinero y propiedades muebles que dejaba el Humanista, en Basilea, se agregó el efectivo que tenía colocado a rédito en manos del negociante de Amberes y amigo y tocayo suyo Erasmo Schets; la suma que, después de satisfacer gastos y obligaciones, quedó en poder del heredero Bonifacio Amerbach y de los dos albaceas, se elevaba a la cantidad de cinco mil florines. Como en poder de Conrado Goclenius se habían dejado 1,960, según la disposición testamentaria del Humanista, y como los legados en efectivo subieron a la cifra de 1,100 florines, se puede calcular que la fortuna que tenía Erasmo al morir ascendía a la entonces muy respetable cantidad de ocho mil florines, eso en dinero y sin contar la biblioteca, los muebles, ropas, vestidos y numerosos objetos y efectos preciosos, regalos, estos últimos, de personajes o amigos poderosos y que, como vimos, dejó distribuidos en su testamento en favor de diferentes legatarios (copas, anillos, medallas y monedas valiosas, etc.).

Es decir, en sus últimos años, fue Erasmo un hombre rico; su renta anual se aproximaba, si es que ya no la había alcanzado, a la cantidad de unos setecientos florines oro; cuando estuvo en casa de Froben, le pagaba como pensión quince florines mensuales que en aquellos tiempos era mucho. Para comprender lo que entonces significaban estos números y determinar su situación económica, bastará

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

recordar que los emolumentos que percibía por aquellos días un profesor universitario fluctuaban entre 100 y 200 florines al año, pero el sueldo más común no pasaba, casi nunca, de 140 (unos 70 ducados).

Los cinco mil florines que Bonifacio Amerbach y los albaceas de Erasmo debían administrar fueron colocados, después de morir éste, en un préstamo al Ducado de Würtemberg, con un interés anual del 5% (250 florines). Con una parte de esta renta se creó un fondo para becar a estudiantes necesitados en la Universidad de Basilea, becas que aún hoy existen; con otra, se hizo un depósito dedicado a los pobres. Los 1,960 florines que quedaron en Brabante en manos de Goclenius fueron a parar también a los necesitados.[51]

Las *Obras completas* del Humanista comenzaron a salir del taller de Froben menos de dos años después de la muerte de su autor, es decir, el 1538, este es, al menos, el año que aparece en el colofón del tomo III —que debió de ser impreso en primer lugar— y en el cual se reprodujo el *Opus Epistolarum,* in-folio, impreso por Froben, Herwagen y Episcopio, en Basilea, el año 1529, con el cual "usque ad apicem consentit", como hace constar, en nota manuscrita en la portada, un cuidadoso lector de finales del XVI, en el ejemplar que poseo.[52] Los nueve tomos, in-folio, estaban impresos totalmente el 1540 (el colofón del octavo precisa la fecha de septiembre y, es de suponer, que el noveno, que sólo da el año citado, saliera lo más tardar antes de finalizar éste).

excelente —o *medio ducado*— tenía en el anverso a los reyes sentados. El *entero* ofrecía en su reverso el águila nimbada con los escudos de Castilla, Aragón y Sicilia. El valor del *ducado* o *excelente* era de 375 maravedís (Carlos V lo elevó el 1537 a 393). El *excelente entero* se denominó también *doblón* por valer dos escudos, tenía un peso de 6.76 gr.; esta es la moneda llamada *ducado de a dos;* el *doblón* de *cuatro escudos* (media onza), pesaba 13.53 gr. y era el *ducado de a cuatro.* Del *ducado* de 375 maravedís procedió el *ducado* de Holanda con, aproximadamente, el mismo valor y que aun sin tener curso legal se recibía al cambio de 5¼ florines. Al producirse en España la depresión económica de 1517-1525 que coincidió con la llegada de Carlos I y su numeroso séquito de flamencos, el pueblo achacó a la codicia inmoderada del más conspicuo de ellos, Guillermo de Croy, Señor de Chièvres, que se hicieran raras en la circulación las piezas de oro, especialmente los preciados *excelentes* o *ducados;* de ahí la copla burlesca:

Sálveos Dios
ducado de a dos
que monsiú de Xévres
non topó con vos,

En los días de Erasmo, a más de los *ducados* citados corrían también los papales, los imperiales, los de Rodas, etc., con valores muy semejantes.

[51] ALLEN, *op. cit.,* t. X, apéndice XXIII.

[52] Este t. III *(Epistolas complectens universas)* se reeditó otras dos veces más, el 1541 y 1558, y reproducen la primera edición.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

También fue respetada la voluntad de Erasmo en cuanto a su enterramiento; sus restos quedaron depositados en la catedral de Basilea en un sepulcro "ni ostentoso ni mezquino", en cuya lápida se grabó el siguiente epitafio, que todavía se conserva hoy con su poco feliz redacción latina:

Christo Seruatori S.
Des Erasmo Roterodamo,
viro omnibus modis maxi
mo, cuius incomparabilem
in omni disciplinarum ge
nere eruditionem pari con
iunctam prudentia poste
ri et admirabuntur et prae
dicabunt: Bonifacius Amer
bachius, Hier. Frobenius, Nic.
Episcopius, haeres et, nuncu
pati supremae suae volunta
tis vindices, patrono optimo,
non memoriae, quam immorta
lem sibi editis Lucubrationi
bus comparauit, iis tantisper
dum orbis terrarum stabit
superfuturo ac eruditis vbi
que gentium colloquuturo, sed
corporis mortalis, quo recon
ditum sit ergo, hoc saxum
posuere, Mortuus est IIII
Eid. Iul. iam septuagenarius,
An. a Christo nato
M.D.XXXVI.

Esta inscripción resulta en algunas líneas bastante confusa por la colocación irregular de algunos elementos; la estructura correcta sería quizá: *. . . quam editis Lucubrationibus immortalem comparauit sibi, superfuturo iis tantisper dum orbis terrarum stabit ac eruditis vbique gentium colloquuturo, sed corporis mortalis ergo, hoc saxum posuere quo reconditum (corpus) sit.*

Hay también un error en la edad que tenía Erasmo al fallecer; no contaba setenta sino que cumpliría sesenta y siete, en octubre de aquel año (véase *supra* la nota 2).

De este modo, todos los deseos expresados por el Humanista en sus testamentos de 1527 y 1536 se cumplieron cabalmente. Sus cenizas, envueltas por el rumor de las aguas del cercano Rin, podrían,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

a este respecto, reposar en sereno recogimiento. No lo habrían tenido seguramente si les fuera dable conocer los acontecimientos que, poco después y con rápida sucesión, tuvieron lugar en Europa, la definitiva separación de las iglesias, la ruptura de la concordia, el hundimiento de los ideales que más amó y por los que luchó Erasmo hasta sus postreros días: la unidad del mundo cristiano dentro de la Iglesia Católica, renovada y acendrada por el Concilio, y la paz universal bajo el signo del Evangelio.

JOSÉ ALMOINA.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

AIRES CLÁSICOS DEL POLIFEMO DE GÓNGORA

1. *El Olimpo en desorden*

Don Luis de Góngora anuncia la buenaventura aun con la mala estrella del número trece. Esta octava del Polifemo es explosiva. El trueque de los símbolos, el caprichoso cambio de los dioses, el caos en el cosmos. El Poeta se atreve con el Olimpo. Y, sin embargo, la aparente disonancia en la mitología, culmina con el son más dulce y acordado.

Después que, en estrofas anteriores, ha descrito con robustos trazos la imagen de Polifemo, Góngora dibuja la increíble hermosura de Galatea.

Ninfa, de Doris hija la más bella,
adora, que vio el reino de la espuma. . .

El verbo, sin sujeto expreso, alude al "fiero jayán"; es Polifemo que adora a la Ninfa Galatea. Ella irrumpe con su belleza superlativa, gracias al hipérbaton que la hace inaugurar la octava, y al latinismo que, al suprimir el artículo, enhiesta y aísla la figura solitaria de Galatea.

Ninfa —de Doris hija la más bella—.

En la *Fábula* de Góngora, "el mar siempre empieza" —¡oh! Valéry— casi podría decirse que es un poema marino y que, como en *Las Soledades,* el cordobés no olvida su terca obsesión por el agua. Así, surge Doris, madre de aquellas ninfas que entrelazan su cabellera de perlas y que, al cabalgar sobre la alegría de los delfines, llevan en sus manos ramos del "más tierno coral". ¿Cuándo el mar tuvo otro nombre de tan imperial belleza, "el reino de la espuma"?

Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus gracias suma.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

En dos versos se agolpan dos latinismos más: "dulce", el adjetivo latino en funciones de adverbio —dulcemente, amigablemente y favorablemente—; y "suma", con su clásico significado de "reúne".

Venus, hecha de cielo y mar, soberano símbolo del amor y la belleza, ha concedido a Galatea el don de las tres gracias.

Pero no son las tres Gracias del orden mitológico, las tres vírgenes que a Venus deben el atractivo que ellas, a su vez, dispensan a los mortales. Son tres gracias del orden poético, nacidas en el propio cielo de Góngora, hijas exclusivas de su fantasía, o de sus ojos andaluces enamorados del color y de la luz.

Las tres gracias que se reúnen en Galatea son el cristal, la blancura del cisne y el azul dorado del pavorreal. De esta alquimia poética se forma la belleza de Galatea. Al sumar el agua, que es puro cristal, el cisne que es albura sin mancha, y el pavo de fastuoso plumaje, resulta, ya única y total, Galatea deslumbradora.

Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma.

Fue costumbre de los clásicos centrar en los ojos la fisonomía y el asomo del alma. (Cicerón, preceptista, recuerda que la fuerza mímica del orador radica en el impacto de sus miradas.)

Los ojos de Galatea son estrellas. A primera vista, la metáfora es tradicional, acaso pareciera elemental dentro del arte repujado y denso de Góngora. Pero he aquí que lo que, en un principio, era sencilla metáfora —"las estrellas son ojos"—, se convierte en un complicado juego de imágenes; porque ahora son "lucientes ojos de su blanca pluma".

Estos ojos ya no son los de Galatea, con reflejos de estrella. Son los ojos del pavorreal, los círculos luminosos de su plumaje.

Y, como para acabar de desconcertarnos, los ojos del pavorreal están dibujados sobre "blanca" pluma, cuando su plumaje de casullas litúrgicas es entre azul y verde, irisado y fantástico.

Los círculos, los ojos, no están sobre la pluma verdeazul del pavo, sino en las alas blancas de los cisnes. Son ojos azules sobre plumaje inmaculado. Porque Galatea es un cisne sin dejar de ser pavo; es blanca, pero con llamas versicolores. Ella posee al mismo tiempo las más encontradas bellezas.

El enigma de estos versos radica en el verbo "sumar": unidad de lo diverso —fórmula agustina de la "pulchritudo"—, producto único de los sumandos disímiles.

He aquí el proceso y la complejidad de las metáforas: las estrellas son los ojos de Galatea, los ojos son los del pavo, los ojos del pavo están sobre la pluma del cisne.

Y cuando pareciera que el problema quedara descifrado, Góngora concluye con una nueva tiniebla fascinante:

Si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno.

¿Qué queréis que signifique Galatea? ¿Qué os gusta para que semeje su hermosura? Góngora derrochador nos ofrece tres imágenes; que cada cual elija.

Si os parece, Galatea puede ser como roca de cristal de Neptuno; pero si preferís, su hermosura iguala al pavón de Venus. Todavía os ofrezco una nueva opción, ella es un cisne de Juno.

Entre el cristal, el cisne y el pavorreal, elegid el símbolo. Que, al fin, dulce en ella, "el terno Venus de sus gracias suma".

El pavo fue el símbolo de Juno, como el cisne de Venus. Pero si se ha confundido el plumaje azul del pavo con el albo plumaje del cisne, qué más da que se confundan los símbolos de los dioses, y que los dioses mismos se alteren. La lógica poética simplemente apura las consecuencias.

Por eso Galatea es pavón de Venus en vez de ser pavón de Juno; y cisne de Juno, en lugar de cisne de Venus.

El último verso de la octava es un verso paralelo al conocido verso sexto:

lucientes ojos (pavo) de su blanca pluma (cisne)...
pavón de Venus es, cisne de Juno.

Mediante este entrecruzamiento, Góngora logra expresar la triple y sola irradiación de Galatea. De tal manera en ella se combinan la transparencia del cristal, la policromía del pavo y la albura del cisne, que las tres gracias desaparecen, ya unificadas, en un mismo caleidoscopio ideal.

Tal es el arte de Góngora, un arte sin caprichos, donde toda palabra y toda metáfora, por disonante y rara que parezca, puede justificarse plenamente.

Ninfa, de Doris hija la más bella,
adora, que vio el reino de la espuma.
Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus gracias suma.
Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma:
si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

En prosa holgada, esta octava podría expresarse así: Polifemo adora a una Ninfa, la más bella hija de Doris que pudo ver el mar. Se llama Galatea. Venus favorablemente reunió en ella estas tres gracias: la transparencia del cristal, el azul dorado del pavorreal y la blancura del cisne. Cual luminosas estrellas son sus ojos; ojos azules como los que lleva el pavo, pero ojos que están estampados sobre las blancas plumas del cisne. Ella es translúcida como el cristal de roca de Neptuno; o, si queréis, como un pavorreal que no deja de ser cisne; o, en fin, como un cisne que a la vez es pavorreal. Ella es azul y blanca y cristalina; todo al mismo tiempo, de diversa y única hermosura.

2. *Nueva efigie de Galatea*

La octava 46 es un eco de la maravillosa octava 13, pero sin el complicado juego de las metáforas, ni su estallido lírico.

Acaso la complejidad de la octava 13 provenga de que, en esta vez, es el propio Góngora quien dibuja a Galatea, mientras que en la octava 26, mucho más sencilla y comprensible, es Polifemo el que evoca a su amada.

Desde una brava roca, donde el Gigante otea los horizontes, cual "árbitro de montañas y riveras", ensaya con su flauta el himno trágico:

¡Oh bella Galatea!, más suave
que los claveles que tronchó la Aurora,
blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora;
igual en pompa al pájaro que, grave,
su manto azul de tantos ojos dora
cuantas el celestial zafiro estrellas,
¡oh tú que en dos incluyes las más bellas!

Las diferencias entre una octava y otra aparecen fácilmente, aunque en ambas los materiales poéticos sean los mismos: el cisne, el pavo y las estrellas.

1) En la octava 13, estos materiales se ofrecen como atrevidas metáforas, en tanto que en la 46 son simples comparaciones: Galatea es más dulce que el cisne e igual en pompa al pavorreal.

2) En la octava 13, los materiales poéticos se encabalgan uno sobre otro para lograr una fusión total. En la octava 46, aparecen sucesivamente aislados, diversificados.

3) En la octava 13, estos tres elementos solamente se nombran, se evocan, se toman en cuanto sirven como símbolos, pero sin que distraigan la atención que converge, exclusiva, en Galatea. En la 46,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

el Poeta se detiene en cada uno de aquellos elementos. Allá fue el nombre, el símbolo puro; aquí, el contorno, lo accesorio, lo adjetival. El cisne mora en el agua y muere cantando. El pavo es pomposo, grave y azul. En aquella octava, apenas asoman sus "lucientes ojos"; pero aquí es todo el pavo, hierático, que discurre como una procesión —tal como lo miró José Juan Tablada en su primoroso hai-kai—, revestido de un manto azul, dorado de luceros.

4) En la octava 46 —¡oh la agreste incultura del Pastor!—, no existe ninguna alusión a la mitología grecolatina. Pero en la 13, fulge una constelación de divinidades: Doris y Venus, Neptuno y Juno, las Ninfas y las Gracias. De este universo caduco, y acaso muerto, Góngora logra golpes de luz y símbolos vivientes. No es Venus lo que interesa al Poeta, ni los dioses y sus aventuras; sino su evocación de hermosura, el solo impacto poético. La mitología: un trampolín para la fuga lírica.

En medio del Olimpo, Góngora no olvida su tierra y su sangre de Córdoba:

¡Oh bella Galatea!, más süave
que los claveles que tronchó la Aurora.

El amanecer, personificado —con mayúscula—, se levanta sobre una alfombra de flores encendidas que va tronchando; como aquel otro verso, más suave, en que Galatea despierta, como esta Aurora, y empezando a caminar por las verdes márgenes del arroyuelo.

seguir se hizo de sus azucenas (octava 28).

3. *El viejo Sol de los Clásicos*

Su aliento humo, sus relinchos fuego
—si bien su freno espumas— ilustraba
las columnas, Etón, que erigió el griego,
do el carro de la luz sus ruedas lava,
cuando, de amor el fiero jayán ciego,
la cerviz oprimió a una roca brava,
que a la playa, de escollos no desnuda,
linterna es ciega y atalaya muda.

Esta es la octava 43 con que empieza la segunda parte de la *Fábula.*

En esta parte, Polifemo entona un cántico a Galatea; para convencerla de amor, le va mostrando las cualidades que tiene, su her-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

mosa voz o su prosapia, su altura o su opulencia, y aun su increíble piedad y misericordia.

Al canto antecede un preludio, que aprovecha Góngora para situar la hora y el lugar de los acontecimientos. Tal es la intención de la octava 43.

Fue el Sol, entre los griegos y romanos, asiduo y magnífico material de poesía. Desde el Padre Homero, el amanecer y el atardecer ilumina sus preocupaciones líricas. Pero acaso ninguno como Ovidio, en el segundo libro de las *Metamorfosis*, se complació en describir el palacio del Sol.

Góngora recurre a un viejo motivo, que parecería petrificado por los siglos. No le importa, si el tema mismo de todo el poema venía rodando desde las nieblas de la tradición grecolatina. Para Góngora, la novedad no radica en el tema o en la imagen, sino en su tratamiento.

Con un ideal de superación, acrecienta la herencia recibida. Y el hallazgo poético consiste en el modo inigualable con que renueva y perfecciona.

Toma el último anillo de una larga y fértil tradición de atardeceres, y es el suyo tan radiante o más que el de los versos ovidianos.

Su aliento humo, sus relinchos fuego.

Es la irrupción de lo grandioso mediante fórmulas airosas y prensadas. Góngora no menciona al Sol, ni lo presenta en su tradicional círculo. La superación lírica estriba en describir el todo por una de sus partes. En lugar del Sol, piafa en el horizonte un caballo. Es Etón, el cuarto de los caballos que conducen el carro del Sol.

Etón es el sujeto de la oración. Para describirlo, el Poeta recurre a tres ablativos absolutos —frases tensas, solitarias, dinámicas: su aliento humo, sus relinchos fuego, su freno espumas.

Con una concisión del mejor Horacio, Góngora ciñe la comparación hasta dejarla en el más extremo límite de la metáfora casi pura.

Aliento, relinchos, freno: he aquí el caballo del Sol, representado en sus rasgos más plásticos y vivos.

Como en la octava segunda, Góngora no puede ver el freno de un caballo sin matizarlo con la nota blanca de la espuma:

Tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma (octava 2).

En vez del Sol, un caballo; en vez del caballo, humo, fuego y espuma. He aquí la voluntad de superación en Góngora.

Vuelven los latinismos de léxico. Etón "ilustraba", es decir, iluminaba las columnas de Hércules, que están al Occidente.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Hay aquí todo el misterioso encanto, la sutil caída de un atardecer, la aparente desaparición de la luz por el entornamiento de los ojos de la Amada.

En la octava 43, apenas pudo el mar ocultar al viejo Sol prepotente; basta aquí la blandura del sueño para que se apaguen, no uno, sino dos soles. Atardece en Galatea. . .

Su boca dio, y sus ojos, cuanto pudo,
al sonoro cristal, al cristal mudo.

Acis, sediento por el bochorno de la hora, puso su boca en la rumorosa corriente del arroyo, cristal sonoro; y fijó sus ojos, lo mejor que pudo, hasta donde le fue posible, en la hermosura, como de cristal, de Galatea enmudecida por el sueño. Duplicado cristal y doble sed del cuerpo y del espíritu.

"Su boca dio." Góngora tiene señalada predilección por el verbo "dar"; en su arte munificente y generosa, todo lo da, rico en la sintaxis, derrochador de recursos, fantástico en la imaginería. Contad las veces que Góngora usa el verbo dar.

El verso final, como suele ser frecuente en la clausura de casi todas las octavas de la *Fábula,* es el verso de clara estirpe renacentista, partido en dos y, en este caso, bipartito en antítesis: "al *sonoro* cristal, al cristal *mudo*".

La doble sed que consume el ardor del galán predestinado a la tragedia de convertirse en río.

Verano y amor fúndense en un mismo clima de altas temperaturas líricas. Para que no se diga que los clásicos no supieron, jamás, fundir el paisaje con el alma.

Verso final que acaso sea vivo símbolo de la poesía del Padre Góngora, musical y escultórico, sonoro cristal y cristal mudo.

JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

DE LA ENEIDA

(cinco paneles)

Formar concepto cabal de un vasto poema de casi diez mil versos en las páginas contadas de que puede uno disponer en un Anuario, es empeño imposible. Pero tal vez no lo sea vislumbrar algo de lo que constituye el mérito y el atractivo de la *Eneida,* la epopeya que todavía tiene lectores después de dos mil años, que todavía conmueve los corazones, y todavía descuella en el panorama de la literatura universal como una de las supremas cumbres del ingenio y del corazón del hombre para dar respuesta al trascendental problema del sentido de la vida.

Hay en la *Eneida* para todos los gustos y aficiones. Hay encantos para los catadores de exquisiteces literarias que se detienen en la forma; los hay para los adictos a los apasionantes escrutinios de la psicología; los hay para los que, en la enrevesada trama de los humanos sucesos, gustan de meditar las grandes lecciones que rigen el paso del hombre por la existencia.

Pero de más provecho y de más sabor que las ponderaciones de la crítica es la fruición directa de la obra del poeta, aunque sea en forma fragmentaria y antológica. Claro es que la plena intelección del magno poema no puede lograrse sin una lectura completa y sin largo estudio; pero para una impresión primera, para una idea inicial de lo que puede ser su excelsa valía en el triple campo de la estética, de la psicología y del humanismo vital, pueden servir unos cuadros o paneles escogidos, que pongan a la vista las diversas modalidades y la variedad de recursos del arte de Virgilio. Cinco de estos cuadros voy a presentar sin comentario y con la sola introducción indispensable para hacer inteligibles las escenas.

La prueba tendría eficacia perfecta si pudiese hablar por sí el original latino en la magnificencia de sus regios hexámetros. A falta de ellos, ofreceré las primicias de una traducción que tengo inédita

todavía, y de la que bastará decir que las preocupaciones que en ella he mantenido constantes han sido tres: exactitud, concisión y llaneza.

Las dos primeras habían sido ya empeño primordial de don Miguel Antonio Caro, quien, en la seriedad de los estudios previos a toda traducción y en el afán de conservar al estilo virgiliano su compacta plenitud, es acabado modelo y viva lección de responsabilidad literaria. En la tercera, he creído conveniente una modificación de criterio. Solicitud constante de Caro en su traducción de la *Eneida* fue el de "levantar el tono a la altura de la materia", y tomó por medio realzar al endecasílabo "con el ensanche que le da la estrofa y la fuerza que le añade la rima".[1] Esta razón, convincente en el parangón de trozos cortos, no lo es tanto en el de amplias secciones; y tras largos tanteos me he convencido de que, para el aprecio global de la epopeya, más importante que el vigor y rotundidad parciales, era la inteligibilidad libre, expedita y corrida del conjunto, y que ésta se lograba más eficazmente con el endecasílabo suelto.

El primer cuadro será la salida de Eneas de la incendiada Troya. Ha ensayado en vano una heroica defensa contra los Griegos traidores. Cien veces en una noche se ha jugado la vida. Viéndolo todo perdido quiere salvar a los suyos. Pero al llegar a su casa, halla que Anquises, su anciano padre tullido, a quien ama entrañablemente, se niega a salir. Pierde Eneas la cabeza, desesperado quiere lanzarse a buscar solo la muerte en medio de los invasores. En este momento se interpone Creúsa su esposa con su hijo Yulo. Escuchad al mismo Eneas que relata la patética escena.

Vuelvo a ceñir la espada, y el escudo
vuelvo a embrazar, y me lanzaba afuera,
cuando en el mismo umbral cae Creúsa
abrazando mis pies. Me muestra a Yulo,
y "¡Si vas a morir —me grita—, vamos,
llévanos a morir, pero contigo!...,
y si es que de tus armas algo esperas,
¡tu hogar primero! ¿A quién nos abandonas?
¿a quién tu tierno Yulo? ¿a quién tu padre?
¿a quién la esposa que llamaste tuya?"
Y con el alarido de su llanto
llenaba la infeliz la casa entera.
Hubo entonces de súbito un prodigio:
a nuestra vista, en la febril congoja
con que a Yulo abrazábamos, alzarse
sobre su frente vemos tenue llama

[1] Obras de Virgilio. Estudio preliminar, 1873, p. CIV.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

que inofensiva los cabellos besa
cebándose en sus sienes... Repentino
rompe a la izquierda poderoso trueno
y del cielo una estrella entre las sombras
con luminosa cauda se desliza.
Dase mi padre por vencido; se alza
y la estrella adorando, a las deidades
saluda con ardor: "¡No más demora!
¡adonde me guiés dispuesto os sigo,
oh dioses de mis padres! Esta casa
salvad, salvad al nieto: augurios tales
vuestros tienen que ser, y queda Troya
a vuestra voluntad. Hijo, he cedido;
tu compañero sabré ser, me avengo..."
Y como al decir esto, ya en los muros
más claro el fuego crepitar se oía
y en oleadas llegaban sus ardores,
"¡Ea, padre querido, pronto! —exclamó—
sube, te doy mis hombros; esta carga
no es nada para mí. Vengan azares,
para los dos ha de ser uno el riesgo
y una la salvación. Marche a mi lado
el tierno Yulo, y largo trecho siga
Creúsa mis pisadas. Y vosotros,
criados míos, escuchadme atentos.
Hay al salir de Troya un templo antiguo
de Ceres, solitario en una loma,
y al lado aquel ciprés que tantos años
se ha venerado con piadoso celo.
Saldremos separados, pero todos
nos juntamos allí. Y ahora, padre,
toma en tus manos las sagradas prendas
y los penates patrios, pues las manchas
de tanta sangre en dura lid vertida
esta noche, mis manos inficionan
mientras en agua viva no las lustro."
Sin decir más, sobre los anchos hombros
y el humillado cuello tiendo entonces
la piel rojiza de un león, brindándome
a mi carga preciosa. El tierno Yulo
de mi mano se agarra, y va siguiendo
a su padre con pasos desiguales.
Detrás viene mi esposa. Entre las sombras
avanzamos; y yo, que antes retaba

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

los tiros todos y apretadas filas
del enemigo, ahora me acongojo
al menor soplo, al ruido más ligero,
temiendo por mi dulce acompañante,
temiendo por mi carga tan querida.
Ya llegaba a la puerta, ya salvado
creía todo riesgo, cuando oímos
un súbito tropel, y en la tiniebla
atisbando mi padre, "Hijo —me grita—
huye presto, se acercan, los relumbros
ya distingo de escudos y de aceros!"
No sé qué numen enemigo entonces
mi angustia aprovechó para perderme,
mas, dejando las sendas conocidas,
me lancé a la ventura, y ¡ay! mi esposa
por el hado cruel me fue arrancada...
¿Se detuvo tal vez? ¿erró el camino?
¿cayó sin poder más? Hasta hoy lo ignoro,
y nunca más mis ojos a Creúsa
han vuelto a ver... Y fue que en ese trance
ni miré, ni pensé, ni supe nada
hasta cuando, llegados a la loma
del santuario de Ceres, al juntarnos
todos salvos allí, faltaba ella,
ella sola, ¡ay burlando la esperanza
de los suyos, de su hijo y de su esposo!
De mi dolor en la demencia, ¿a quiénes,
hombres o dioses, no acusé? ¿qué cosa
vi más cruel en la ciudad en ruinas?
En un valle ocultando a Yulo, a Anquises,
a los patrios penates, y poniéndoles
por resguardo a los míos, mi armadura
visto otra vez y a la ciudad me lanzo,
resuelto a renovar todos los riesgos,
a recorrer de nuevo Troya entera
y en cualquier lance a desafiar la muerte.
Voy primero a la puerta que en el muro
nos dio salida. Al desandar mis pasos,
la vista aguzo por hallar, si puedo,
las huellas que dejamos en la noche.
Asáltame el horror por todas partes
y aun el silencio el corazón aterra.
Voy derecho a mi casa, en la esperanza
que allá volvió tal vez... ¡Tarde! Los Griegos

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

la habían invadido, y en sus manos
estaba toda ya. De pronto miro
que las llamas dominan la techumbre,
y airada estalla incontenible hoguera.
Sigo al palacio; hasta el alcázar subo.
Ya en los desiertos pórticos del templo
de Juno, Fénix y el odiado Ulises,
guardianes escogidos, custodiaban
el inmenso botín. Allí traían
cuanto de Troya y sus santuarios pudo
la codicia arrancar a los incendios:
mesas de dioses, ponderosas cráteras
de oro macizo, arrebatadas telas.
Y en torno, en larga hilera dolorosa,
niños en pie, despavoridas madres.
Aun me atreví a dar gritos en la noche
y lancé por las calles mi llamada,
"¡Creúsa!" repitiendo adolorido,
una vez y otra vez, siempre "¡Creúsa!"
Y como iba tras ella, registrando,
casa tras casa, la ciudad entera,
pónese ante mis ojos de repente
un fantasma infeliz, la sombra misma
de Creúsa en figura agigantada.
Suspenso y erizados los cabellos,
no pude hablar... Ella me habló, calmando
blandamente mi angustia: "Oh dulce esposo,
¿por qué tan ciegamente así te entregas
a la locura del dolor? ¿Acaso
pudo esto ser sin el querer divino?
No te era concedido que llevaras
a Creúsa de aquí por compañera:
el rey del alto Olimpo no lo admite.
Vas a largos destierros, anchos mares
te quedan que arrostrar, hasta que llegues
a la tierra de Hesperia, donde fluye
el lidio Tíber de caudal tranquilo
entre campos sin par. Allí te aguardan
la dicha, el trono y una regia esposa.
Seca el llanto que viertes por Creúsa,
la electa de tu amor. No ha de ser ella
quien vea las mansiones orgullosas
del Mirmidón y el Dólope, o quien sirva
a griegas amas. ¡Sangre soy de Dárdano

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

y la nuera de Venus! Estas playas
me asigna la gran Madre de los dioses.
Y ahora adiós, y guarda tu ternura
al hijo que mi amor te diera un día."
Dijo, y me abandonó deshecho en llanto
cuando iba a contestar; desvaneciose...
y cuando el cuello con mis brazos quise
cercarle por tres veces, otras tantas
en vano aprisionada se deshizo
su imagen, como brisa volandera,
como sueño fugaz... Hacia mi gente,
viendo expirar la noche, al fin me vuelvo.
Y aquí con gran sorpresa juntos miro
más fugitivos en inmenso número,
hombres, mujeres, lastimosa turba,
prestos para partir. De todas partes
habían concurrido, hecho ya el ánimo,
con los recursos que podían, listos
a seguirme por mar adondequiera
dispusiese llevarlos. Ya el lucero
asomaba del Ida en las alturas
trayendo el día; y en las puertas vemos
los Griegos apostados. No quedando
esperanza ninguna, me resigno,
y con mi padre a cuestas subo al monte.[2]

Tras este cuadro conmovedor de los más puros afectos familiares, el cuadro sombrío de la pasión que avanza implacable hasta la muerte.

En sus travesías por el Mediterráneo hacia Italia, Eneas ha sido arrojado por una tempestad a las playas de Cartago. Dido, la reina, una joven viuda, se enamora perdidamente de él. Eneas, un tiempo, vencido de sus halagos, le corresponde, hasta que recibe una orden divina terminante de romper con ella y de partir al punto a cumplir su misión sagrada de fundador de Roma, la ciudad predestinada para dar la paz al mundo. Dido, al conocer la resolución de Eneas, se exalta locamente y hace los últimos extremos por detenerle, resuelta a darse la muerte si se va. Cumple Eneas su arduo deber, y parte en plena noche. La mañana siguiente, al divisar Dido la flota troyana lejos ya en alta mar, se entrega a un arrebato de rabiosa desesperación. Sombría luego y agotada se decide a morir. Apacíguase, sin embargo, la furia pasional y para el último trance le devuelve Virgilio toda su majestad de reina, toda la dolorida simpatía que inspira un

[2] *Eneida*, II, 671-804.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

fin tan desgarrador, debido más a la desgracia que a la culpa. Vamos a asistir a la última hora de Dido.

Empezaba a esparcir la nueva Aurora
sus sonrosadas tintas por el mundo,
cuando desde el palacio, al primer ampo
de los fuegos del alba, ve la reina
la flota en marcha, el rumbo igual, y abajo,
yerma la playa, el puerto sin remeros.
El seno hiriendo y las doradas crenchas
mesando con furor, ansiosa grita:
"¡Por Júpiter! ¿se irá el advenedizo,
haciéndome su escarnio, aquí en mi reino?
¿Y las armas no empuñan? ¿no se lanzan
de toda la ciudad, entrando a saco
el astillero en busca de navíos?
¡Tras ellos! ¡teas, dardos, nada falte!
¡pronto y a todo remo!... ¡Qué locura!
¿qué digo? ¿dónde estoy? ¡ay trastocada!
¡Dido infeliz!... ¿ahora es cuando sientes
tanta impiedad? ¡Hubiérasla sentido
cuando *incauta tu cetro le entregabas!*
¡Y ése es el hombre que a sus patrios dioses
dicen que va llevando, y que en los hombros
cargó a su padre por la edad postrado?
¡Tanta lealtad y fe, que en esto paran!
¡Ah! ¿no pude prenderle, desgarrarle,
sus miembros esparcir sobre las ondas,
sus *compañeros* degollar, el hierro
a su Ascanio clavar, y al propio padre
dárselo de comer? Que la victoria
dudosa hubiera sido... ¡Que lo fuese!
¿A quién iba a temer, si morir quiero?
¿Por qué no pegué fuego a sus reales,
y no incendié las tillas de sus barcos?
¡Hubiera exterminado al padre, al hijo
y a toda la progenie, y en las llamas
hubiérame lanzado yo en pos de ellos!

Oh Sol, que ves cuanto en la tierra se hace;
oh Juno, que mediaste en mis dolores
y sabes lo que son; nocturna diosa
Hécate, a quien invocan en los trivios;
vengadoras Erinas, dioses todos
de Elisa moribunda, bien merezco

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

que pongáis vuestros ojos en mis males
y que benignos escuchéis mi súplica.
Si aquel ser execrado en todo caso
ha de llegar a tierra y tocar puertos,
si los hados de Jove así lo exigen
y es fallo ineluctable, al menos pido
que, al estrellarse contra audaces gentes,
lanzado de sus lindes, arrancado
de los brazos de Yulo, sin auxilio
vea el destrozo horrendo de los suyos,
y, rendido a humillantes condiciones,
ni de la vida goce ni del reino,
antes con muerte prematura yazga
en la arena insepulto. Ésta es mi súplica,
que exhalar quiero al derramar mi sangre.
Y vosotros, oh Tirios, ¡odio eterno
a su estirpe, a su raza! Tal la ofrenda
con que me habréis de honrar en mis cenizas.
¡Entre ambos pueblos, ni amistad ni pacto!
¡Oh vengador, de nuestros huesos surge,
y con tea y espada al Teucro hostiga,
hoy y mañana y siempre, mientras hierva
pujante tu venganza! Así lo impreco:
¡mar contra mar y playa contra playa,
legión contra legión, en pugna eterna,
padres, hijos y nietos de los nietos!"

A todas partes su angustiado espíritu,
al decir esto, revolvía, ansiosa
de acabar con la luz que la atormenta.
Trémula toda y el mirar sangriento,
ante su propio plan desatentada,
tremantes y veteadas las mejillas,
pálida de la muerte ya inminente,
se lanza al patio del palacio, y presa
de súbito furor, de un vuelo sube
la gradería de la excelsa pira.
La espada del Dardanio desenvaina,
no destinada a tan fatal intento;
mas cuando mira allí las vestiduras
del Troyano y el lecho conocido,
da un momento al recuerdo y a las lágrimas,
se tiende sobre el tálamo, y pronuncia
llorosa sus palabras postrimeras:

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

"Oh dulces prendas, mientras Dios y el Hado
me quisieron feliz, el alma mía
tomad, y libertadme de estos duelos.
He vivido mi vida, he recorrido
la senda que me abriera la Fortuna,
y ahora, magna sombra, bajo tierra
emprendo mi jornada. He levantado
una excelsa ciudad; sus nobles muros,
los míos, vi surgir; vengué a mi esposo,
y castigué a mi hermano por su crimen;
feliz, oh sí, feliz en demasía
con que jamás hubiesen en mis playas
abordado los dárdanos bajeles. . ."
Y hundiendo rostro y labios en el lecho,
"Moriré no vengada. . ., mas siquiera
—murmura— moriré! Que así me place,
aun así, descender hacia las Sombras.
Desde alta mar la llama de mi pira
el Dárdano cruel lleve en los ojos,
y con ella el augurio de mi muerte. . ."

Aún hablaba, y venla sus doncellas
sobre la espada desplomarse, avistan
cómo espuma la sangre en torno al hierro
y las manos se esparcen. Alaridos
llenan todo el palacio; cual bacante
gira la Fama en la ciudad convulsa;
llantos suenan en todas las moradas,
plañidos y lamentos femeniles;
retiembla el aire todo con las voces,
cual si Cartago o si la antigua Tiro
presa del invasor, viesen las llamas
devorando sus casas y sus templos.

Oyó su hermana, y de terror exánime,
lastimándose el rostro con las uñas,
con los puños el pecho, se abalanza,
entre el gentío, a gritos por su nombre,
llamando a la que muere: "¡Ay! ¿esto ha sido?
¿y de este modo, hermana, me engañaste?
¿para esto eran las aras y la hoguera?
¿Fue desprecio alejarme de tu muerte?
¿y no me he de quejar? ¡ah, si tus hados
compartieras conmigo, un mismo hierro

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

juntas en un dolor nos inmolara!
¡Yo con mis manos levantar la pira,
llamar contigo los paternos dioses,
y en el trance mortal, cruel fallarte!
De un solo golpe has acabado, hermana,
contigo, ay, y conmigo, con tu pueblo,
con tu senado y la ciudad entera...
Lavar su herida y recoger ansío
en mis labios el soplo que en los suyos
esté vagando todavía..." Dice,
y, escalando la pira, contra el seno
abrigaba a la hermana moribunda,
restañando, entre abrazos y gemidos,
los brotes de la sangre con sus vestes.
Quiere ella alzar los adormidos párpados,
y torna a desmayarse. Hirviente silba
el desgarrado pecho en la honda llaga.
Tres veces prueba a alzarse sobre el codo,
y recae otras tantas sobre el lecho;
busca la luz, y al encontrarla gime.

Dolida entonces Juno omnipotente
de tan largo dolor y ardua agonía,
manda que baje de los cielos Iris,
a libertar al alma que relucha
en la prisión de los corpóreos lazos.
Pues, como ni por muerte justiciera,
ni cumplidos sus hados sucumbía,
sino al impulso de pasión sangrienta
en muerte prematura, no cortaba
todavía en su frente Proserpina
el dorado cabello, consagrando
al Orco Estigio su cabeza. De Iris
despliéganse las alas que reflejan
del rocío y del sol los mil matices,
y el vuelo abate ante la triste víctima.
"Llevarme debo este tributo a Dite,
y del cuerpo el espíritu liberto"
dice, y corta el cabello con la diestra.
Todo el calor al punto se disipa
y la vida se pierde entre las auras.[3]

Tercer cuadro, la amistad. "No hay amor más grande —dijo un día Jesús— que dar la vida por el amigo", palabra divina que tiene

[3] *Eneida*, IV, 584-705.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cumplimiento pleno en Niso y Euríalo, el ideal par de amigos de la *Eneida.* Hallándose Eneas en Palantea, adonde ha ido en busca de aliados para la guerra a que le obligan los Latinos, Niso y Euríalo, dos jóvenes troyanos, salen en busca de él una noche, para urgir su vuelta al campamento asediado y en peligro. En vez de ir derecho su camino, imprudentemente se detienen a matar gente dormida en los reales enemigos. Cuando quieren reanudar la marcha son sorprendidos por un escuadrón de caballería que se acercaba en la noche, y a poco queda consumado el sangriento sino de ambos, pues Niso que hubiera podido salvarse, no tiene otro pensamiento que el de salvar a Euríalo o de morir con él. La escena es tan rápida como patética.

Por el llano venían de Lavinio
trescientos de a caballo con broqueles.
Volcens mandaba el escuadrón; ya estaban
cerca del campo, a vista de los muros,
cuando a los dos divisan desde lejos
que a la izquierda torcían en su fuga.
Fue que el casco de Euríalo en las sombras
de la noche translúcida un reflejo
inadvertido despidió. Fue visto,
y no en vano... Detiene la columna
Volcens y "¡Alto! —les grita— ¿adónde el viaje?
¿con qué fin? ¿y de cuál de los dos bandos?"
Ni atienden, y la huida precipitan
hundiéndose en la noche. Los jinetes
al punto atajan las salidas todas
en apretado cerco. Todo el bosque,
tupido matorral de encinas negras,
lleno estaba de abrojos, y un sendero
sólo a trechos lucía entre los claros
apenas discernibles. Desconciertan
a Euríalo, la noche de la fronda,
el peso del botín, el extravío
causado por el susto. Niso escapa.
Sin reparar en nada, ya ha dejado
atrás al enemigo y los parajes
que hoy Albanos por Alba denominan,
y eran hacienda entonces de Latino.
Párase, mira y al amigo no halla...
"¡Euríalo infeliz! ¿dónde has quedado?"
—es su clamor— ¿y adónde iré a buscarte?"
Desanda al punto su camino, se entra
por el bosque falaz, huellas escruta

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

errando en los breñales silenciosos.
Oye al fin los caballos, oye zambra
y llamadas de gente que persigue.
A poco escucha un grito. . . ¡ay! es Eurialo,
que, víctima del bosque y de la noche,
sorprendido, oprimido por el número,
va arrastrado entre vanos forcejeos.
¿Qué hacer? ¿con qué armas intentar la lucha
que liberte al amigo? Y si no puede,
¿no le será mejor a las espadas
enemigas lanzarse, apresurando
una gloriosa muerte? A toda prisa
blande un venablo en la fornida diestra,
y mirando a la Luna así la invoca:
"¡Acórreme propicia en este trance,
oh Latonia, honra y gloria de los astros,
guardiana de los bosques!, por los dones
con que por mí cargó tus aras Hírtaco,
por los que de tus muros, de tus bóvedas
colgué yo, como ofrenda de mis cazas,
¡dame el sembrar la muerte en esa turba,
y guía tú mi dardo por los aires!"
Dice, y con todo el cuerpo esfuerza el golpe
al disparar. El asta vuela, corta
las sombras de la noche y va a clavarse
en el broquel con que Sulmón se cubre;
de frente allí se rompe, y el pedazo,
aunque hecho astillas, le traspasa el pecho.
Helado se desploma, brota ardiente
río de sangre, y los ijares pulsan
como en largo sollozo. Ellos remiran
en torno acongojados, mientras Niso,
más arrestado al verlos que se azoran
para un segundo tiro empina el brazo.
Parte el dardo silbando, hiere a Tago
hiérele entre las sienes, y hervoroso
se le hinca en el cerebro. Ruge Volcens
con ira atroz: a quién culpar no atina,
ni sabe contra quién lanzarse deba.
"¡Pues serás tú quien con tu sangre pagues
ambos delitos!" grita, y sobre Eurialo
avanza espada en alto. Niso entonces
enloquecido de terror exclama
sin querer ya esconderse, sin alientos

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

para dolor tamaño: "¡Aquí, miradme,
aquí, aquí estoy yo! ¡yo lo hice, oh Rútulos,
volved el hierro contra mí, que el dolo
es mío, mío todo... él nada ha hecho,
ni pudo hacer: lo han visto esas estrellas!
¡Tan solamente amó con demasía
al amigo infeliz!" Así clamaba,
mas el hierro con furia en el costado
se hunde despedazando el níveo pecho.
Cae Euríalo muerto. Roja mancha
tiñe los blancos miembros, y su frente
sobre el hombro caída se doblega,
cual flor lustrosa que tronchada al paso
de la reja agoniza y languidece,
o como adormidera que derriba
su corola agobiada por las lluvias.
Mas Niso irrumpe en medio y contra Volcens
ciego se tira, a ningún otro ataca.
Para atajarle en vano se aglomera
la hueste toda a un lado y otro. Él insta
y la espada fulmínea en ruedo bate
hasta hundírsela al Rútulo en la boca.
Fue buscarse la muerte, pero al menos
muere matando al matador de Euríalo.
Y acribillado al punto se abalanza
sobre el amigo muerto, y allí logra
su paz en la dulzura de la muerte.
¡Afortunado par!, si algo mis cantos
se pueden prometer, no ha de haber día
que os borre del recuerdo de los siglos,
mientras fijo el peñón del Capitolio
dé morada a los vástagos de Eneas,
¡mientras impere sobre el orbe Roma! [4]

En el bando Troyano puso Virgilio las figuras ideales de Niso y Euríalo; para el bando Latino tuvo la figura de su predilección, la que maravilla por su gracia, por su pureza, por lo airoso de su independencia y de su arrojo, por lo singular e inimitable de todo su ser, Camila, la amazona, que aparece en plena batalla y muere en ella. Virgilio pone su historia en boca de Diana, la diosa cazadora, que se la cuenta a Opis, una de sus ninfas, la que queda encargada de vengar la muerte de Camila cuando caiga en la refriega. Esta historia es sin duda el trozo más netamente romántico de toda la

[4] *Eneida*, IX, 367-449.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Eneida, y que mejor revela las claras afinidades de Virgilio con la poesía moderna.

En el empíreo
hablaba en tanto la hija de Latona
con Opis la veloz, virgen sagrada
de su divino séquito, y con ella
adolorida comentaba: "Oh virgen,
a esta guerra cruel parte Camila,
que en vano va ceñida de mis armas,
aunque la quiera yo más que a ninguna,
—ternura que no es de hoy, y que no mueve
a Diana con dulzura repentina.
De la antigua Priverna al irse Métabo,
lanzado de su reino por los odios
que inspiraban su fuerza y su arrogancia,
en medio de la sórdida refriega,
de la cuna, al huir, alzó a la niña,
su compañera en el destierro, y diole
por nombre el de su madre, cercenado:
por Casmila, Camila. Contra el pecho
estrechándola ansioso, iba perdiéndose
por las hoces de bosques soledosos.
Dardos le cercan con crüel porfía
de la Volsca mesnada que le apremia.
De pronto en plena fuga detenido
se ve por el raudal del Amaseno
que hirviente rebasaba sus riberas
tras rápido turbión. Pudiera a nado
cruzarlo su coraje; mas le ataja
el amor de la niña, y se estremece
por su carga preciosa. Delibera,
mira y remira, y por recurso último
este arbitrio de súbito le acude:
su lanza, arma terrible, que en la mano
guerreadora blandía, un tronco entero,
roble nudoso al fuego endurecido.
Del asta en la mitad ata a la niña,
envuelta en dos cortezas de alcornoque;
la encobra y la asegura zozobroso,
y en la potente diestra al fin la mece,
orando antes al cielo: "¡Oh salvadora
virgen Latonia, de los bosques reina,
un padre es quien te ofrece y te consagra
por servidora a su hija! Esta arma es tuya,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

—su arma primera a la que asida vuela
del enemigo huyendo, suplicante.
¡Acéptala por tuya, cuando al riesgo
voy a entregarla, oh Diana, de las auras!"
Dice, echa atrás el brazo, el asta vibra,
la arroja. El río brama. Sus corrientes
sobre el silbante leño leve cruza
la pobre niña. En ese instante Métabo,
por la jauría humana acorralado,
se lanza al río, y vencedor arranca
del césped el lanzón, y en él la niña
el don que hiciera a Trivia y que ella acepta.

Ni murallas buscó, ni quiso techo
su indomable aspereza; por las cumbres
solitario vivió cual los pastores,
y allí crió a su hija entre jarales
en medio de la fosca, con la leche
de una yegua salvaje, cuyas ubres
entre los tiernos labios exprimía.
En cuanto el piececito vacilante
dio los pasos primeros, en su mano
puso el padre un astil, y de los hombros
arco y flechas colgó. No en su cabello
se vio el cintillo de oro, ni en su talle
la luenga bata; es una piel de tigre
la que cubre su busto desde el cuello.
Ya su mano infantil lanza venablos,
y en giro audaz voltea ya la honda
que a la grulla Estrimonia, al blanco cisne
derriba de la altura. Por las villas
Tirrenas, cuántas madres no soñaron
atraerla por nuera: ¡ansias inútiles!
Diana le basta: ella en sus armas goza,
en su vírginidad, amor eterno,
que en el alma cultiva sin mancilla.
¡Ay! ¿por qué así mezclarse en esta lucha
y en vano provocar a los Troyanos?
Hoy pudiera contarse entre mis ninfas
como la predilecta de mi tropa...
Mas ea, pues el sino ya la apremia
de unos hados acerbos, desde el cielo
al Lacio baja, oh ninfa, donde traban
tan triste lucha con agüero infausto.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Ármate ya; la flecha vengadora
ten fuera del carcaj; porque quienquiera
que aquel sagrado cuerpo a herir se arriesgue,
sea Troyano o Ítalo, no importa,
me pagará ese crimen con su sangre.
Yo misma luego, oculta en hueca nube;
de la infeliz he de llevarme el cuerpo
con sus armas intactas al sepulcro
donde en su suelo patrio al fin descanse".[5]

Como último cuadro tomemos las escenas finales de la *Eneida*, el duelo a muerte de los dos caudillos, Eneas y Turno. Para poner término a la guerra habían pactado un combate singular. En el último momento los Rútulos, partidarios de Turno, violan traidoramente el pacto atacando a los Troyanos e hiriendo a Eneas. Se generaliza la batalla, hasta que tras múltiples vicisitudes vienen a quedar frente a frente los dos jefes. Vamos a asistir al espléndido despliegue de genuina poesía épica en el que Virgilio ha descrito el encuentro final.

A través de los que huyen corre Turno
derecho a las murallas, donde el suelo
en sangre más se empapa, y estridentes
más rehilan las flechas por los aires.
Con la mano hace señas, y repite
a voces su pregón: "¡Basta ya, Rútulos;
basta, quietas las armas, oh Latinos!
Ya, cualquiera que sea la Fortuna,
es para mí; lo justo es que yo pague
la violación del pacto por vosotros,
y que zanje la lucha con mi espada..."
Todos de en medio al punto se retiran
dejando libre espacio.
Mas al punto
que oye el nombre de Turno el padre Eneas,
abandona los muros, abandona
el asedio empezado del alcázar,
atropella demoras, lo inturrempe
todo, y avanza rebosando gozo
con armas que retumban como trueno,
excelso al par del Atos, o del Erix,
o del mismo Apenino cuando agita
sus robles coruscantes, o gozoso
se yergue a las alturas, empinando

Eneida, XI, 532-594.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

su vértice de nieves. Todos vuelven
las miradas con ansia, así los Rútulos
como los Teucros y las tropas Italas,
los que de guardia estaban en los muros
y los que con arietes los pulsaban;
todos las armas dejan, y Latino
mira con estupor que dos varones,
nacidos en regiones tan diversas,
grandes entrambos, frente a frente se hallen
para que el hierro entre los dos decida.
Mas ellos, al quedar desierto el campo,
de lejos con las lanzas se acometen
arrojadas en rápida carrera,
y se entrechocan luego los escudos.
Gime la tierra. Las espadas caen
en golpes redoblados, y se aúnan
el valor y la suerte en la contienda.
Y así como en el Sila o el Taburno,
cuando se lanzan a luchar dos toros
testuz contra testuz, los mayorales
medrosos se retiran, el ganado
todo párase mudo y las terneras
pavoridas aguardan cuál por dueño
quedará sin disputa de la umbría,
y en pos de cuál irá el rebaño todo;
ellos con mutuo ahinco se destrozan
a heridas, y los cuernos en las carnes
rabiosos se hunden, y la sangre baña
cuellos y brazos en copioso riego,
y todo el bosque es eco a sus bramidos;
—no de otro modo Eneas el Troyano
y el héroe Daunio, escudo contra escudo,
el embate sostienen. Su balanza
Júpiter mismo alzando en esta lucha
los hados de los dos en ella pesa,
por ver a cuál platillo marca el sino,
en cuál gravita el peso de la muerte.
Da Turno un salto (lo creyó seguro),
y erguido a cuanto alcanza su alto talle,
la espada en alto, hiere. Un grito solo
de Teucros y Latinos brota a una,
y ambos la vista aguzan azorados.
Mas la pérfida espada se hace añicos,
desamparando al dueño en pleno golpe

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cuando más ardoroso. Otro recurso
no resta sino huir. Y huye más rápido
que el euro, al ver la ajena empuñadura
que ha quedado en su diestra desarmada.
Lo que se cuenta es que, en la prisa ciega
con que impetuoso reanudó la lidia,
al saltar a su carro, fue dejando
la espada de su padre, y sin fijarse
llevó la de Metisco. Largo tiempo
bastó contra los Dárdanos que huían;
mas al chocar con las divinas armas
de Vulcano, la espada hechura de hombres
en pedazos voló cual hielo frágil,
y los fragmentos en la arena brillan.
Fuera de sí, fuga sin rumbo emprende
Turno por la llanura en raudos círculos
ya de un lado, ya de otro, pues al ruedo
le cercan los Troyanos, y le impiden
toda salida una anchurosa ciénaga
y en parte la ciudad y sus murallas.
Eneas por su lado, aunque la herida
por momentos le estorba y se resiste
a dejarle correr, ardiente apremia
al que huye sin perderle una pisada:
como el perro ventor que encuentra un ciervo
al que ataja un torrente o el espanto
de la barrera de rojizas plumas,
a ladridos le estrecha, y él con sustos
del acoso y de lo alto de las márgenes
corre, va y viene en vueltas y revueltas,
mas, abiertas las fauces, el sabueso
va incansable tras él, y ya le alcanza,
y aun creyéndolo asido, las mandíbulas
hace crujir, pero ha mordido en vano...
Surge entonces inmenso vocerío,
la laguna y sus playas lo repiten
y se hinche el aire todo del tumulto.
A los Rútulos Turno mientras huye,
por sus nombres llamándolos, increpa
y suplica le den su espada propia;
Eneas por su lado los conmina
con inmediata muerte a quien rebulla,
y los aterra con gritar que arrasa
la ciudad si se mueven, y aunque herido

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

sigue siempre en pos de él. Ya cinco vueltas
han corrido de un lado, y otras tantas
en sentido contrario: es que no luchan
por algún premio baladí: la vida
y la sangre de Turno están en juego.
Hubo allí en otro tiempo un acebuche
de amargas hojas consagrado a Fauno,
tronco que veneraban los marinos
salvados de las olas, que solían
al Laurentino dios pagar sus votos,
colgándole las vestes prometidas.
Mas sin mirar en ello, los Troyanos
habían derribado el sacro leño
por despejar la liza. Allí se hallaba
fija el asta de Eneas, bien hundida
en la raíz flexible con el ímpetu
que traía en su vuelo. Ya el Dardanio
se inclina y hace fuerza por sacarla,
y alcanzar con la pica a quien no puede
prender tras él corriendo. Turno entonces
suplica, loco de terror: "¡Oh Fauno,
terme piedad, y tú, Tierra benigna,
retén la lanza, pues cumplí yo siempre
con el culto que en cambio los Enéadas
han profanado en esta guerra!" Dijo,
y sus votos no en vano al dios subieron,
pues con largo luchar de frente al tronco,
y con gastar en él sus fuerzas todas,
no pudo hacer Eneas que soltara
el hierro que mordió. Mientras forceja
y en su esfuerzo se obstina, transformándose
en Metisco otra vez, la diosa Daunia
corriendo entrega a Turno el patrio acero.
Mas indignada Venus que tal pueda
la ninfa audaz, ella también procede,
y de la honda raíz arranca el asta.
Con nuevas armas y ardimientos nuevos
erguidos uno y otro, éste confiado
en su espada y aquél en su ardua pica,
al jadeo retornan y a la lucha.
Pero Eneas apremia, y en la mano
blande su enorme lanza, todo un tronco.
Habla sañudo: "¿Y qué es lo que se espera?
¿Conque el encuentro esquivas? Mira, Turno,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

esto no es lucha de carrera, es lucha
de aceros sin piedad, cerrada liza.
Múdate en cuantas formas se te antojen,
tu valor junta en uno con tus mañas,
vuela y refugio busca en las alturas,
o escóndete en los senos de la tierra. . ."
Él mueve la cabeza: "No me ponen
pavor tus dichos fieros, ¡insolente!
los que ahora me aterran son los dioses,
es el sentir a Jove de enemigo. . ."
No dice más, y un pedrejón avista,
hito antiguo y enorme, abandonado,
lindero de dos predios en disputa.
Ni doce hombres aunando sus empujes
lo alzaran, de los que hoy la tierra cría.
Nervioso lo arrebata y blande el héroe
mientras hacia el rival erguido corre;
mas ni al moverse ni al correr acierta
a darse clara cuenta: va agitando
el peñasco en las manos, y no sabe
si está en su propio ser; en las rodillas
siente un temblor, la sangre se le hiela.
Parte la piedra al fin por el vacío,
mas ni al término llega y va sin golpe.
Y como en sueños, al posarse lánguida
la nocturna quietud *sobre los párpados,*
nos parece probar con vano intento
a correr más a prisa, y *dolorídos*
caemos en mitad de la carrera;
la lengua entorpecida, sin arranque
el antiguo vigor, ni una palabra
logramos proferir ni un leve grito;
—así en cuanta salida ensaya Turno,
crüel la diosa de su valor se niega.
Mil afectos se agitan en su pecho,
a sus Rútulos mira, mira ansioso
los muros laurentinos; se insinúa
en él vago terror, siente la muerte
que va llegando y tiembla; retirada
o ataque, ambos contempla ya imposibles.
Ya no está allí su carro, ya tampoco
la hermana fiel que le sirvió de auriga.
Mientras Turno vacila, blande Eneas
el dardo del destino; su mirada

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

busca el sitio que marca la fortuna,
y con todas sus fuerzas desde lejos
asesta el tiro. Tan atroz no cruje
la piedra que despide la ballesta,
ni del rayo así salta el estampido.
El asta vuela como negro vórtice,
cruel lleva la muerte en el acero,
y lo traspasa todo, la loriga,
los siete discos del potente escudo
por el borde inferior, y al fin se clava
silbadora en el muslo. En tierra cae,
doblada la rodilla, herido, Turno.
Ante el gigante derribado, rompen
los Rútulos en lúgubre alarido;
por el monte y los bosques se prolonga
el eco doloroso. Y él, humilde,
suplicantes los ojos, tiende al ruego
la mano con que implora, mientras dice:
"Lo merecí... mi suerte no rehuyo,
usa de tu fortuna. Mas si puede
la desgracia de un padre emocionarte,
(pues también supo Anquises de dolores),
ten compasión de la vejez de Dauno,
y vivo, o muerto si es así tu gusto,
devuélveme a los míos, te lo ruego.
Ya venciste, y me han visto los Latinos
tender en mi derrota a ti las manos...
¡Tuya, tuya es Lavinia! Basta de odios..."

En su ímpetu guerrero al punto Eneas,
revolviendo los ojos, se detiene
y reprime la diestra. Vacilante,
ya empezaba a sentir cómo la súplica
le estaba doblegando, cuando infausto
apareció a sus ojos, sobre el hombro
de Turno, el tahalí del joven Palas
con sus claros relieves conocidos,
que, derribado el joven héroe, Turno
llevaba como insignia de victoria.
Al ver Eneas en aquel despojo
vivo el recuerdo de un dolor infando,
se enciende todo en furia, y su ira surge
arrolladora: "¡Cómo! ¿así vistiendo
esas preseas de quien fue tan mío,

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

saldrás indemne de mis manos? ¡Palas,
Palas es quien te hiere, quien te inmola
y en tu culpable sangre te castiga!"
Y esto dicendo en pleno pecho le hunde
fulminante la espada. Con el frío
de la muerte desátanse sus miembros,
y con hosco gemir huye la vida
perdiéndose indignada entre las sombras.

Cinco escenas sueltas de un vasto poema no pueden, como conveníamos al principio, proporcionar una idea cabal del mismo, pero pueden hacer vislumbrar las potencialidades del poeta que las trazó. Qué vibración patética tan honda en el relato de las últimas aventuras de Eneas en Troya; qué alaridos trágicos de pasión en la última hora de Dido; qué emoción de palpitante y viril ternura en el fin de los dos amigos inseparables hasta en la misma muerte; qué luminosidad tan ideal en la de la virgen Camila; que sombría crudeza en el inexorable vuelo épico de la última escena de la epopeya.

Tan vario y tan uno, tan potente y tan dueño de su arte, tan arrimado al gran modelo épico, Homero, y tan distinto y tan independiente de él, Virgilio, lazo de unión entre la poesía del mundo antiguo y la del moderno, excita la admiración entusiasta del joven que con su primera lectura abre los ojos al mundo de la belleza, sacude íntimamente al varón que poco a poco penetra en las insospechables honduras de su poesía, y para la hora de la plena madurez reserva el indefinible encanto de ofrecer en sus páginas familiares el libro de consulta en que pueden repasarse todas las lecciones que enseña la vida.

AURELIO ESPINOSA PÓLIT.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS EPISTOLAS ATRIBUIDAS A SALUSTIO Y ROTULADAS

"Ad Caesarem senem de re publica"

PROEMIO

Son realmente muy sugestivas las investigaciones que se emprenden para determinar la autenticidad discutible o, cuando menos, discutida de algunas obras literarias. Parece que penetrar en las augustas intimidades que unen al producto con su autor, es un alto objetivo que, una vez logrado, puede compensar los mayores y los más intensos esfuerzos. No nos extrañe, pues, que en tareas de la índole de la mencionada, intenten probar sus fuerzas hasta los dotados, como el que esto escribe, de modestísimas capacidades. Pero si es explicable esa proclividad a tales empeños, no se debe desconocer la intrínseca y, en muchas ocasiones, casi insuperable dificultad de los mismos. No se olvide tampoco que la obra artística, quinta-esencia del hacer humano diferenciado, vive una buena parte de su vida *fuera, aparte* y, a veces, hasta en *contra* de su autor y sin mostrar ostensibles vestigios de las peculiaridades individuales de este último. No es raro el caso de que la obra artística o literaria sea muy superior, por sus calidades estéticas y éticas, a su humano creador, quien, si no pudiera probar *históricamente* su paternidad, difícilmente lograría conquistarla por medios dialécticos o suasorios.[1]

[1] Después de escritas las líneas que preceden, hemos leído los asertos que transcribimos a continuación y que ratifican y fundamentan la exactitud de nuestro humilde juicio en tan ardua materia: "Han sido creados determinados motivos jurídicos, artísticos, éticos —acaso al aliento de nuestra más profunda espontaneidad— y, sin embargo, no dependen de nosotros las formaciones en que esos motivos se han de desarrollar; al crearlas o recibirlas seguimos, más bien, las directrices de una necesidad ideal puramente objetiva, y que no se preocupa de las exigencias de nuestra individualidad, por muy centrales que sean, en mayor grado qu las fuerzas físicas y sus leyes. Es verdad, de una manera general, que el lenguaje piensa y poetiza por nosotros, es decir, que recoge los impulsos fragmen-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Teniendo en cuenta las precedentes consideraciones que, por su notoria evidencia, no demandan mayores desenvolvimientos, deberemos examinar *una vez más* el problema que ha suscitado y sigue suscitando aún hoy la determinación de la real o supuesta autenticidad "salustiana" de las epístolas *Ad Caesarem senem de re publica.* Y procederemos con la debida circunspección, dando al atractivo de la empresa la ponderación y la corrección obligadas en el reconocimiento de la intrínseca dificultad y trascendencia de tal labor.

ANTECEDENTES

Para abreviar todo lo posible en esta parte de nuestra exposición, nos permitiremos citar como fuentes de rápida y lúcida referencia de los antecedentes y vicisitudes hasta nuestros días de la indicada cuestión crítica las obras conocidísimas de *M. Schanz*[2] y de *A. Klotz.*[3] También *A Kurfess,* en el prólogo de su edición de las epístolas de referencia (*C. Sallusti Crispi epistolae ad Caesarem senem de re publica,* Lipsiae in aedibus B. G. Teubneri MCMXXX), clasifica las opiniones de un buen número de doctos respecto a la autenticidad o no autenticidad "salustiana" de dichos escritos, en la forma siguiente:

a) Adversarios de tal autenticidad: *H. Jordan (De Suasoriis ad Caesarem senem de re publica,* Berolini 1868); *O. Hartung (De Sallusti epistolis ad Caesarem senem,* Diss Hal. Sax. 1874) y *Fr. Vogel* Ομοιότητες *Sallustianae,* Act. sem. phil. Erl. I. 1878, pp. 341 ss.) B) Partidarios de la misma: *C. Spandau (Eine Sallustsstudie,* Progr. Bayreuth (1869); *Joh. Pajk (Sallust als Ethiker,* Progr. Franz Joseph Gymn. Wien 1894); *R. Pöhlmann (Zur Geschichte der antike Publicistik,* Sitzungsb. Ak. d. Wiss. München 1904, pp. 3-79 = Ges. Abh. Aus Altertum und Gegenwart N. F. München 1911, pp. 184-89); *Ed. Meyer (Cäsars Monarchie und das Prinzipat des Pompejus,* Berl. 1918. pp. 558-582) y *Jos. Klek (Symbulentici qui dicitur his-*

tarios o encadenados de nuestro propio ser y los lleva a una perfección que no hubieran alcanzado ni aun en su pura condición interna... Desde el momento en que nuestra obra se ha destacado de nosotros, no sólo posee existencia y vida propias, que se desentienden de nosotros, sino que contienen en este auto —ser— como si dijéramos, por gracia del espíritu objetivo— fuerzas y endebleces, partes y excelencias que nada deben a nosotros y de las que somos, acaso, los primeros sorprendidos". *Jorge Simmel, Concepto y tragedia de la cultura* (Rev. de Occidente", Año XI, Nº CXXIV, pp. 59 y 65).

[2] *Gesch, der röm. Lit., Erster Teil, vierte Auflage von C. Hosius,* 1927, p. 373, Geschichte des Problem.

[3] *Gesch. der röm. Lit.,* Bielefeld u. Leipzig, 1930, pp. 120 y sgte. Vid. además el "compte-rendu" consagrado por *D. Moisés Sánchez Barrado* a la obra de *W. Schur* titulada *Sallust als Historiker,* Kohlkammer, Stuttgart 1936, en "Emerita", t. IV, semestre 2º, pág. 353.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

toria critica, Rhet. Stud. hg. v. Drerup. VIII, Paderborn 1919) C) Partidario de una solución intermedia (de la autenticidad "salustiana" de una epístola y de la no autenticidad "salustiana" de la otra): *L. Hellwig (De genuina Sallusti ad Caesarem epistola cum incerti alicuius suasoria iuncta.* Diss. Lips. 1873). Debemos advertir que esta clasificación no es completa, no comprende todas las monografías publicadas sobre la materia, como comprobará el ulterior estudio efectuado en este "ensayo", y como revela ya la misma "introducción" a que venimos refiriéndonos, en la que no se extiende la diferenciación susodicha de partidarios y adversarios de tal autenticidad a la más copiosa bibliografía moderna, por el propio *Kurfess* en su mencionado introito citada. Baste, por ahora, con advertir en términos generales que en las monografías no clasificadas a la luz del indicado criterio, ordinariamente se defiende la tesis de la autenticidad de tales suasorias, según advierte de manera bien explícita el mismo *Kurfess* (op. cit., loc, cit., p. V): "Proximo decennio (1920-1930) epistolae hae totiens tamque dilucide tractatae sunt a multis viris doctis, ut communis opinio eas adiudicaverit Sallustio". La opinión personal de *Kurfess* se concreta también en la página anterior a la últimamente citada en el mismo sentido: "Equidem persuasum habeo has epistulas esse primitias Sallustianas". Y nótese incidentalmente que, en cambio, la primera duda de la autenticidad "salustiana" de las epístolas mencionadas fue sugerida y formulada por el filólogo de origen español *Luis Carrión* (en la edición de Salustio de *Grunter* de 1607), contra *Douza.*

Todavía adicionaremos a esa sobria mención la de la interesantísima monografía de *Gunnar Carlsson,* titulada *Eine Denkschrift an Caesar über den Staat,*[4] donde se recogen en buena parte las indicaciones bibliográficas más recientes y más oportunas respecto al problema que aquí nos proponemos dilucidar. Formuladas ya esas indicaciones, nos bastará por el momento con recoger su resultado en una breve evocación resuntiva.

Apareciendo muy dudosa al principio la pretendida autenticidad "salustiana" de las susodichas epístolas o suasorias *Ad Caes. senem de re publica,* gradualmente se ha ido formando en un amplio sector

[4] Lund 1936. De esta producción hemos trazado un "compte-rendu" que ha visto la luz de la publicidad en la "Revue des Études latines", 15e. année, fasc. I. pp. 189-190. También a la citada monografía de *Carlsson* se refiere este exactísimo juicio que suscribimos literalmente y transcribimos de la obra titulada *The year's work in Classical Studies 1937 edited by J. G. Owens:* "G. Carlsson is an earnest and eloquent champion of the sallustian authorship of the Second Suasoria. Following Hellwig he assignes it to 51 B. C. (before the Senate of 29th September). His arguments are sometimes more ingenious than convincing; it is hard, for instance, to accept his explanation of quadraginta senatores sicutei hostiae mactati sunt (4, 1) that Sallust is speaking only metaphorically".

de la erudición y de la crítica la convicción firmísima de que tales opúsculos no han podido ser concebidos, ni compuestos más que por el historiador de Amiternum. Claro es que en los mismos días que corren —como ya veremos ulteriormente— no faltan quienes dudan de esa autenticidad, o la rechazan de plano, con personal prestigio y con sólida argumentación dialéctica, pero no deberemos desconocer ni negar que quienes así proceden se hallan en la actualidad en manifiesta minoría. Sin duda, se podrá reargüir que la verdad y el acierto en el orden científico no se gradúan, ni se inquieren por sufragio universal, y asentiremos, sin vacilación alguna, a tan sensato reparo, mas no extrañará que para proceder con la objetividad necesaria, señalemos la disparidad de fuerzas existente entre los que defienden y los que impugnan la autenticidad "salustiana" de las susodichas epístolas.

Mas para la defensa, así como para la impugnación de semejante tesis, podían y debían buscarse los precisos o, cuando menos, los más decisivos argumentos en la atenta consideración y en el minucioso examen del "fondo doctrinal e histórico" y de la "forma artística" (estilística y métrica) de semejantes epístolas o suasorias.

Por lo que respecta al primer sector de tales trabajos, al examen del "fondo histórico" de las susodichas epístolas, la monografía de *Carlsson* ya citada ofrece abundantes, curiosos y selectos testimonios de la labor anterior, con nuevas y personales aportaciones en el sentido de la afirmación y defensa de la discutida autenticidad. Sin embargo, en el "compte-rendu", mencionado ya también, nos hemos permitido razonar algunos reparos a la indicada tesis del susodicho *Carlsson*. Como seguimos creyendo en la legitimidad de tales objeciones, insistiríamos en formularlas aquí, si en este lugar nos propusiéramos tratar de nuevo el tema expuesto en el precitado "compte-rendu".

Hallfried Dahlmann, por su parte[5] ha creído poder afirmar que las epístolas de referencia fueron escritas en el tiempo en que pretenden haber sido trazadas, si bien, contra lo que se conjeturó en un principio, ambas piezas epistolares no constituyen una notoria unidad de contenido. En este último respecto, *Dahlmann*, utilizando el testimonio de *Seel* que transcribimos en nota,[6] piensa que cada una de las referidas cartas refleja muy diversa situación de espíritu en su autor. Ahora bien, precisamente en tal diversidad halla *H. Dahlmann* la prueba fehaciente de la autenticidad "salustiana" de esos textos epistolares, ya que cree que un retórico de época tarda podría,

[5] *Sallusts politische Briefe* ("Herm", 69, 1934, pp. 379-389).

[6] "Der 2 Brief steht zum ersten in vielen Punkten in einem ungemein debeutsamen Gegensatz; die geistige Haltung dieses Briefes ist eine gänzlich andere, latent spricht sich das allenthalben aus". *Sallust von den Briefen ad Caesarem zur Coniuratio*, Lpz., Teubner, 1930, p. 526.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

cuando más, reproducir el estilo y las concepciones generales de un gran escritor, así como las circunstancias temporales, incluso, a que cabe referir la obra fasificada, pero parece inconcebible que la supuesta superchería pudiera extenderse a simular lo que sólo es explicable por el interno proceso de una individualidad que refleja la transformación operada en los años 50 al 46 de la historia de Roma. Para reproducir ese delicado aspecto, es inexcusable —siempre a juicio del autor cuyas doctrinas aquí exponemos— hallarse en íntima conexión con el medio histórico y, por ende, con César. Mas si las cartas examinadas fueron forjadas en los momentos que evocan, tienen que ser productos del ingenio de Salustio, porque entonces las coincidencias y las analogías del contenido de tales piezas epistolares y del respectivo de otras obras, indudablemente auténticas, del historiador de Amiternum, resultan de manera muy particular significativas y convincentes. Mas no se oculta a *Dahlmann* la posibilidad de explicar dichas coincidencias y semejanzas por imitaciones de Salustio efectuadas en época tardía, si bien rechaza tal probabilidad, advirtiendo que nadie pudo imitar al autor de la *Coniuratio* en los años 50 y 46, ya que las obras cardinales de dicho historiador vieron la luz de la publicidad en fecha posterior a las indicadas. Incidentalmente no nos será lícito disimular que los razonamientos que acabamos de exponer, no nos convencen, puesto que la imitación del estilo y de las concepciones de un autor, no es menos difícil, ni más asequible, por tanto, que la de los sucesivos estados de ánimo del mismo escritor cuyas obras se intenta contrahacer.[7] El tema de la "autenticidad temporal" —según la expresión de *Carlsson* en la monografía de este docto varias veces citada —aparece ya, pues, totalmente determinado en la doctrina que acabamos de extractar y exponer. Pero esa especial autenticidad temporal" no creemos que resulte en muchos casos más perceptible que la autenticidad estrictamente literaria. ¿Es que el presente deja huellas indelebles e inconfundibles de su continuo fluir en los textos literarios? ¿No ocurrirá muchas veces que un exceso de "preocupación temporal", pueda inclinar a argüir de superchería lo que pretende pasar por documento fehaciente? Y por otra parte, ¿no son muchas de nuestras más hondas preocupaciones de toda índole verdaderamente "atemporales", o, cuando menos, de muy difícil localización en tiempo y época determinados? Mas aunque las precedentes interrogaciones no sugieran las obligadas reservas en el extremo que aquí tratamos, ¿se podrá negar —insis-

[7] Vid. opúsculo cit. de *Dahlmann*, pp. 382 y 389.

[8] 43. 9. 2: "...

ὅτι τοιαῦτα συγγράμματα συγγράψας καὶ πολλὰ καὶ πικρὰ περὶ τῶν ἐκκαρπουμένων τινὰς εἰπὼν οὐκ ἐμιμή σατο τῷ ἔργῳ τοὺς λόγους. . . ἀλλ'αὐτος γε ὡαυτὸν καὶ πάνυ τῇ συγγραφῇ ἐστηλοκόπῆσε".

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

timos— la posibilidad de que el falsificador conozca *también y además* la evolución del espíritu del autor que falsifica?

Un testimonio de *Cassius Dio* varias veces invocado[8] ha parecido de valor probatorio eficacísimo en pro de la autenticidad "salustiana" de las epístolas de referencia a *Anna María Holborn.*[9] Mas como observa discretamente *H. Drexler*[10] es dudoso que quepa atribuir al testimonio citado la valoración indicada, pues en las epístolas que estudiamos, no aparecen claras diatribas contra la explotación dolosa, criminal de las provincias. En los pasajes 1, 5, 4, 6, 8, 8, 4 las expresiones utilizadas revelan una manifiesta indefinida generalidad y en la epístola 2, faltan, por completo, textos que puedan más o menos mediatamente referirse a ese aspecto de la mala administración provincial.

Mas también el aspecto sintáctico de las epístolas de referencia en relación con el tema de su discutida autenticidad ha sido recientemente estudiado por E. Löfstedt.[11] Y merece la pena recoger una circunstanciada enumeración de los argumentos del docto citado en el punto que aquí dilucidamos. Dice *Löfstedt,* glosando el pasaje Ep. ad. Caes. II 3, 1: *nihil eo maluit quod tibi obesset,* que en esa extraordinariamente rara construcción analógica de *malle* con abl. comp., de la que sólo encontramos ecos en Horacio sat. II 8, 79: *nullos his mallem ludos spectasse,* parece ofrecerse un destacado testimonio del origen posterior, no "salustiano" de la mencionada epístola, ya que en las obras auténticas de Salustio no hallamos semejante giro. Sin embargo, contra esa apariencia objeta el mismo autor que aquí extractamos que Salustio utiliza otra construcción semejante a la de *malle* con abl. comp. y analógica en Iug. 16, 3: *uti fama, fide, postremo omnibus suis rebus commodum regis anteferret.* Ambas construcciones se corresponden y se acomodan a una época, en la que comenzaba a ampliarse gradualmente la esfera de aplicación del abl. comp. También es —seguimos exponiendo las tesis de *L.*— auténticamente "salustiano" el pasaje Ep. ad Caes. II 2, 2: *amplius aequo.* Tal ablativo lentamente se desarrolló: en Plauto hallamos ya *opinione* y *iusto,* pero sólo posteriormente aparece *aequo* y precisamente, en Salustio, Cat. 51. 11: *gravius aequo* y alguna vez en Lucrecio, v. gr. III 952: *amplius aequo.* Otras estructuras de esta índole con *merito, fide, voto,* etc., etc., son aún posteriores y, en particular, debidas a innovaciones "ovidianas". Ahora bien, pensar que pudiera fijarse en

[9] Víd. de la citada escritora la obra titulada *De Sallustii epistolis ad Caesarem senem de re publica,* Diss. Berlin, 1926. Firenze: Tipografia Giuntina 1926 *passim.*

[10] Víd. su "compte-rendu" de la citada obra de *Holborn* en "Gnomon", IV, pp. 278-283 y particularmente la pág. 279 de dicho informe.

[11] Víd. de este autor la producción titulada *Syntactica,* Lund-Paris, 1928-933, I 242-243, n. 1 y 263, n. 1.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

esas exquisiteces un falsificador de la época imperial, parece inconcebible al autor cuyas doctrinas estamos y seguimos exponiendo. Incidentalmente nos permitiremos, sin embargo, advertir que sólo mediante la imitación de características singularidades como las señaladas, se puede conseguir, con plena eficacia, la superchería de una paternidad literaria apócrifa. Pero *L.* insiste en advertir que aparece *carior* con abl. comp. dos veces en las Epistulae ad Caes., y una vez *clarior* (II 13, 6: *tua unius mors vita clarior erit),* así como en Sal. Iug. 15, 3 leemos: *quibus bonum et aequum divitiis carior erat.* También contrasta el giro retórico de Epist. I 1, 7: *bellum aliorum pace molius gessisti* con Iug. 14, 15: *morte graviorem vitam exigunt,* resumiendo toda su labor precedente en estos terminantes asertos: "Unabhängig von A. Holborn—Bettmann *(Diss. Berl.* 1926) und teilweise von anderen Gesichtspunkten aus habe ich die Sprache der Ep. ad Caes. eingehend untersucht; mir scheinen sowohl viele bisher *unbeachtete sprachliche minutiae* als auch die ganze Haltung des Stils entschieden für Salust als Autor zu sprechen."[12]

Todavía vuelve a insistir dicho autor en su mencionada tesis al estudiar las conjunciones *neque* y *nec,* y advierte que si las Ep. ad Caes. fueron, como mucho tiempo se ha creído, obra de un retórico de la época de Adriano, o de época posterior, en esos opúsculos necesariamente se habría introducido de alguna manera y alguna vez la forma *nec,* tan característica de esa etapa de las Letras latinas. Sin embargo, observamos que en tales epístolas se halla exclusivamente *neque* (50 veces) y jamás *nec.* Esto mismo ocurre en la obra indudablemente auténtica de Salustio más próxima cronológicamente a las Epistulae, en la *Coniuratio Catilinae,* donde encontramos 90 veces *neque* y jamás *nec.* Con posterioridad a esa etapa de la labor de Salustio, hallamos sólo dos excepciones de la práctica referida: Iug. 107, I: *nec quemquam* (donde, sin embargo, Nonius cita *neque)* e Hist. Or. Cottae 7: *nec minus,* mas claro es que esas dos esporádicas desviaciones de la norma general, no invalidan la legitimidad incuestionable de esta última. Y congruencia análoga se observa en lo que respecta al uso de las formas *atque* y *ac* en la Ep. ad Caes. y en las obras indiscutiblemente "salustianas". En las Ep. aparece 52 veces *atque* y 10 veces *ac* (y esta última forma, ante *d, l, m, p, s);* Salustio (según *Kunze, Sallustiana* I (1892) pp. 11 y 13) utiliza la forma más larga 370 veces y la más breve, 131 entre otros casos, ante *d, l, m, p, s,* y, en verdad, con particular frecuencia, ante *d, m, p, s).* La comparación de esas cifras totales permite reconocer una mayor frecuencia en las Epist. que en las restantes obras "salustianas" de la forma más larga *atque.* Y ese hecho parece plenamente explicable a *L.,* quien ve en las Ep. ad Caes. obras de

[12] *Op. loc.* laud.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

un modo muy particular retorizadas y que, en gran manera, se asemejan a los discursos de Salustio, confirmando lo que *Kunze* con referencia a *Dietsch* advierte (op. cit. p. 12) de que en las piezas oratorias se usa con menos frecuencia *ac* que *atque*. Y nuestro autor pone término a todos los razonamientos y testimonios que acabamos de extractar y registrar con estas convencidas palabras: "Solche feine Schattiernugen des Sprachgebrauchs sind viel schwieriger zu imitieren als einzelne Gedanken, Redewendungen und loci communes, die jeder Fälscher ohne weiteres übernehmen kann... Daraus folgt aber auch, dass eine vernünftig gemachte sprachliche Analyse auch für die Echtheitsfragen eine grössere Bedeutung beanspruchen darf als gewisse Vertreter der modernen, mit literarischen Klischeen, aber ohne sprachliche Kentnisse arbeitenden Philologie anerkennen wollen."[13] Se nos permitirá que no asintamos sin reservas a las precedentes aseveraciones, que no creemos inexpugnables, ni plenamente convincentes en el arduo problema de la discutida autenticidad de las Epist. ad Caes. Coincidencias en el empleo de las partículas *neque* y *atque* entre tales Epist. y las restantes obras indudablemente auténticas de Salustio, como las que acabamos de registrar, no pueden erigirse en prueba plena de la autenticidad "salustiana" de aquellas cartas, sin dar una excesiva eficiencia suasoria y dialéctica a semejantes analogías, y no parece que la más elemental circunspección científica justifique esa apasionada actitud.

Y no se vea en esas naturales reservas ni el más liviano atisbo de personal parcialidad sectaria. Estudiando la lengua de las Epist. referidas, *Anna María Holborn* (vid. la obra ya citada de esta autora en anteriores páginas) si *casi* convence, o *plenamente* convence a *Drexler* de su tesis "autenticista" respecto a los vocablos *torpedo* y *dispalari*, no logra el mismo resultado examinando otros varios fenómenos lingüísticos de esos mismos textos discutidos. Y es notorio que sólo una considerable pluralidad de hechos idiomáticos coincidentes, puede sugerir y fundar la convicción en la autenticidad que se dilucida.

Pero es que además no bastaría hallar y registrar una serie bien copiosa de coincidencias lingüísticas entre las Epistulae estudiadas y los escritos históricos indudablemente auténticos de Salustio. Sería inprescindible después penetrar hasta los últimos fundamentos del estilo así descubierto, y esa delicadísima, ardua, pero no imposible tarea, se halla aún en buena parte por cumplir. Las observaciones que a *Drexler* merece esa interesantísima faceta del problema aquí planteado, son recogidas en nota por su indudable interés e importancia.[14]

[13] *Op. loc.* laud.

[14] "Compte-rendu' antes cit., pág. 280: "Aber es darf doch nicht verschweigen werden, dass die andere Aufgabe durchzustossen bis zu den letzten Gründen dieses Stils, kaum irgendwo in Angriff genommen ist. Und doch ist sie, wenn auch zwei-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

Y de la trascendencia notoria que cabe atribuir a las prudentes y circunspectas reservas que acabamos de registrar circunstanciadamente en la nota precedente, hallamos elocuente testimonio en el tema de las imitaciones griegas utilizadas como criterio para decidir acerca de la autenticidad o no autenticidad "salustiana" de las referidas Epist. Comenzaremos advirtiendo que tales imitaciones, acuciosamente inquiridas y apuntadas, han sido objeto de interpretaciones muy varias y contradictorias, al compás de las cada día más intensas exigencias de la Crítica y de la Hermenéutica literarias. En los últimos cinco o seis años, un buen número de obras aparecidas en Alemania ha servido para defender la tesis de la muy probable autenticidad "salustiana" de la denominada *segunda suasoria* (la segunda, en orden de colocación y publicación de las *Epistulae ad Caesarem senem de re publica* aquí estudiadas). Mas nótese que esa actitud implica una casi total rectificación de la que quince o diez y seis años antes hubo de adoptarse: vid. en comprobación de nuestro precedente aserto la monografía del *Prof. Hugh Last* en "Classical Quarterly", XVIII (1923) 87-100, 151-62, donde se presenta como muy dudosa la supuesta autenticidad de la susodicha *segunda suasoria*. Uno de los primeros doctos que refutaron la tesis de *Hugh Last* fue el *Prof. Post of Haverfold* (en "Classical Weekly", XXI (1917), 19-23). *Post* pensaba que considerando las fuentes griegas de Salustio, podría subrayarse la autenticidad de referencia. Sabemos —razona el mencionado profesor— que Salustio se sentía particularmente inclinado a introducir en sus obras paráfrasis de la Cyropaedia y de los Memorabilia de Jenofonte, así como de las Epístolas y de otras obras de Platón. (Se supone que en la denominada *Primera suasoria*, el historiador de Amiternum hace uso de la epístola 7 de Platón). Pues bien y semejantemente, si podemos hallar en la *segunda suasoria* análogas derivaciones, en ella deberemos ver un testimonio, cuando menos, bueno *a priori* de la paternidad "salustiana" de tal *suasoria*. Siguiendo esa dirección, el *Prof. Post* llega a los siguientes resultados en su examen de las imitaciones griegas de la *segunda suasoria*: 1. Muchos de los lugares comunes acerca de las riquezas y de los placeres, así como respecto al florecimento y decadencia de las naciones, tienen sus paralelos en las *Leyes* de Platón y en la *Cyropaedia* de Jenofonte. Esto no obstante, el citado profesor reconoce que esas

fellos unendlich schwerer, ja in ihrer Methode durchaus problematisch, so doch die *eigentlich wesentliche*, denn erst wenn sie gelöst wird, gewinnt der Vergleich überzeugende Kraft... Für das Griechische ist es schon lange keine übertriebene Forderung mehr, in der Sprache die Geistesgeschichte zu erfassen. Im Lateinischen liegt es weniger glücklich, erstens weil der gewiss wichtige und gerade für Sallust bedeutsame rhetorische Begriff der μίμησις die Aufmerksamkeit von den zentraleren Problemen ablenkte, und dann weil von römischer Geistesgeschichte überhaupt kein die Rede zu sein pflegt —seit Heinzes auctoritas— Aufsatz nicht mehr mit Recht".

coincidencias son tan vagas que prueban poco (si prueban algo). 2. En el pasaje *sed mihi studium... cognitum habuerim* (II 1, 3), la primera cláusula es una reminiscencia de Platón, *Epist.* 7, 324 B-C y el resto prácticamente un resumen de Jenofonte, *Memorabil.* III, 6. 3. La frase *nullius potentia super leges erat* (II 5, 3) es probablemente una reminiscencia de Platón, *Epist.* 7, 334 C y *Epist.* 8, 354 C= *οὐκ ἄνθρωποι τύραννοι νόμων* 4. El pasaje *nam ubi bonus... animus ad voluptatem a vero deficit* (II 7, 6) "parece" derivar de Platón, *Republica* VII. 5. La sentencia *ergo in primis autoritatem pecuniae demito* (II 7, 10) es bellamente claro testimonio de un giro de Platón *Epist.* 8. 355 A-B; *inprimis* es un eco del giro "platónico" *πάντων πρῶτον*. 6. El pasaje *ita coaequantur dignitate, pecunia, virtute anteire alius alium properabit* (II 8, 2) procede de Platón, *Menexemus* 238 D. 7. En II 13, el autor de la *segunda suasoria* utiliza el aritificio "platónico" de poner una exhortación en labios de una aparición forjada *ad hoc* (cf. *Menexemus* ad fin., *Epist.* 8 ad fin.). Ahora, formuladas esas alegaciones, séanos lícito razonar sobre ellas. Desde luego, se deberá reconocer que los textos aducidos por el últimamente mencionado profesor, no son ni muy ciertos, ni muy obvios. Y ya es claro indicio de semejante condición que, hasta la fecha en que aparecen recogidos por *Post,* no se sospechó que en ellos se disfrazaran o se reflejaran imitaciones griegas. Las mismas expresiones de que el citado *Post* se vale para presentar tales textos, son claro indicio de que no le acompaña muy confortadora certidumbre, salvo en los casos n$^{os.}$ 2 y 6 de la serie registrada.

Pero aún hay más y de más importancia que cuanto acabamos de decir. Como ingeniosamente ha sugerido y defendido *E. T. Salmon,*[15] los argumentos de *Post* pueden ser esgrimidos contra la misma tesis para la que aparecen primeramente forjados. El docto últimamente citado sostiene que el autor de la *segunda suasoria,* utilizaba las mismas fuentes griegas que Salustio, y ve en esa circunstancia una prueba de la paternidad "salustiana" de dicha obra. Mas nótese que las semejanzas existentes entre algunos de los pasajes aducidos y sus presuntas fuentes griegas son tan vagas que permiten pensar en una posible y verosímil imitación de "segunda mano". Ya el mismo *Prof. Hugh Last,* anteriormente citado, creyó hallar pasajes en la *segunda suasoria* que supone hayan sido plagiados de la *primera.* Así, pues, sería por lo menos muy verosímil conjeturar que un forjador o contrahacedor de pasajes "salustianos", hubiera podido trazar aquéllos que entre los citados por el *Prof. Post,* revelan una tan sólo vaga reminiscencia de las fuentes griegas, directamente utilizadas en los textos "salustianos" auténticos correspondientes. Es decir, que

[15] Vid. de este autor el artículo titulado *Concerning the second sallustian Suasoria* ("Classical Philology". Vol. XXXII, January-October, 1937, pp. 72-74).

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

una más atenta consideración de los hechos que examinamos, permitiría descubrir que puede y hasta necesariamente debe ser vaga la reminiscencia griega acusada en un texto apócrifo "salustiano", que procede de la artificiosa imitación de otro auténtico, directamente inspirado en la fuente griega de que se trate. V. gr., la primera cláusula de II 1, 3 que el *Prof. Post* juzga reminiscencia de Platón, Ep. 7, 324 B-C y que acaso más bien sea eco de *Catilina* III 3, basado directamente en el texto platónico citado. Es así también verosímil y posible que ciertos pasajes de las *Epistulae ad Caes.*, de los que trasciende un manifiesto aroma de aticismo, sean no más ni otra cosa que imitaciones de las partes perdidas de las *Historiae* de Salustio, forjadas a su vez e inmediatamente sobre textos griegos. Y adviértase que el autor de la sesuda rectificación propuesta, no pretende que sea indiscutible la *efectividad,* sino tan sólo la *posibilidad* de la misma. Mas con semejante *posibilidad,* basta y sobra para que el nuevo criterio de una problemática y remota imitación griega, no baste, mejor no pueda, ni deba bastar para concluir en el difícil problema de la discutible autenticidad "salustiana" de las Epist. aquí estudiadas.[16]

Cala, por eso, más hondo que la generalidad de los críticos *W. Kroll,* perito conocedor de la lengua de Salustio, cuando asegura que aun siendo notorias las conexiones que ligan al arcaísmo "salustiano" con el extremo aticismo, no es lícito olvidar que el estilo áspero y rudo se acomoda a las concepciones trascendentales de un hombre que, por su propia experiencia, había llegado a sentir desprecio hacia sus semejantes, pero para el que perduraba con valor absoluto la "dignitas senatoria" y que contemplaba, por tanto, con explicable veneración a Cato, representante de condición tan excelsa. Y natural parecerá que cuando *Kroll* razona en la forma indicada y anhela penetrar en las más profundas intimidades de la creación artística, no conceda a los propios testimonios de Salustio sobre sus concepciones más que un valor circunstancial y muy relativo, cuando no completamente nulo.[17] Mas claro es que cuando se inquiere con

[16] "Could not this vagueness of resemblance, which induces Professor Post to use the cautious words "seems" and "probably" and "practically", be interpreted as meaning that a forger wrote the *Second Suasoria* and interladed it with passages which he modeled on genuine Sallustian writings; that some of the genuine Sallustian passages he used were obtained from Greek literature; and that consequently his efforts, being one step farther removed from the greek originals, are vague rather than recognizable derivations from the Greek? The present writer is not saying that this is the case, he merely points out that it is possible to argue along these lines. It would appear to be better for supporters of the sallustian authorship of the *Second Suasoria* not to adduce alleged Greek echoes in the pamphlet; such argument might prove a two-edged sword". *E. T. Salmon,* "Compte-rendu" cit., p. 74.

[17] Vid. del citado *W. Kroll, Die Sprache des Sallust* ("Glotta" XV, 280-305)

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

esa intensidad y acuidad de visión interior, las más extrínsecas apariencias no pueden bastar para sugerir el obscuro fondo de las más complejas realidades, y así *Kroll,* después de estudiar con atenta diligencia la lengua de Salustio, termina su últimamente citada monografía con estas palabras, que proponemos a la inconsiderada ligereza de apreciación crítica de no pocos contemporáneos: "Die Schriften ad Caesarem habe ich so gut wie nicht berücksichtigt, da mir die Echtheitsfrage damals nicht völlig geklärt erschien".[18] Con lo que no nos cansaremos de advertir que nos hallamos muy lejos de prejuzgar soluciones definitivas, hasta la fecha no alcanzadas, bastándonos por el momento con registrar que dista "toto caelo" de haber obtenido asentimiento unánime la creencia en la autenticidad "salustiana" de las *Epistulae ad Caesarem senem de re publica.* Y obsérvese bien y una vez más que las discrepancias subrayadas, no responden a geniales y arbitrarias "salidas de tono", sino precisamente al inexcusable anhelo de "calar hondo", "muy hondo" en las complejas realidades sometidas a nuestro examen.

Pero en la exposición presente bástenos, después de lo indicado, con hacer constar que se ha creído romper una lanza más en pro de la autenticidad de referencia, examinando las calidades métricas de las espístolas *ad Caesarem senem de re publica.* Es perfectamente explicable que se haya procedido de esa manera. Descubierta la delicada urdimbre de las estructuras métricas de la prosa artística, se ha creído obtener con ese hallazgo una clave de interpretación preciosa y acaso insustituíble para determinar *ex ungue leonem,* para elevarse de la consideración del producto artístico a la de su humano creador. Insistimos en que es perfectamente explicable esa actitud, pues somos dados a atribuir a nuestros hallazgos muy trascendentales ecos y resonancias.

Adviértase, sin embargo, que para que la interferencia aquí glosada fuese plenamente legítima, sería necesario, cuando menos, haber previamente establecido y comprobado que cada personalidad relevante en la esfera de las letras, posee y puede reflejar en sus obras su peculiar e inconfundible módulo métrico-prosaico. Será más o menos (siempre creo que podremos inclinarnos a la primera de esas alternativas) difícil inquirir la existencia de tal módulo, mas una vez advertido éste, allí donde se encuentre estará "clamando en silencio" por su inconfundible autor. Ahora bien, ¿conoce algún filólogo el procedimiento de hallar con absoluta seguridad y certidumbre semejante módulo? Personalmente y a pesar de la referencia contenida

y particularmente la siguiente nota de la última página citada: "Man hat es über dem Suchen nach einer Tendenz verabsäumt, S. s. eigene Ausserungen zu prüfen, und sie entweder als nebensachlich oder als bewusste Lügen betrachtet".

[18] *Op. loc.* laud.

en la nota anterior, no podemos dar a esa pregunta más que una contestación negativa. Esperamos y deseamos que se impugne este primer reparo que oponemos a la aplicación del criterio métrico-prosaico para decidir en problemas de autenticidad literaria.

Pero no extrañe que sintamos algún recelo de no ser —como desearíamos y repetimos— impugnados en la aseveración precedente. Sin negar las íntimas, pero en muchos casos poco perceptibles conexiones que enlazan al ritmo con las modalidades de las actividades humanas que rítmicamente se desenvuelven, nadie podrá desconocer que en la prosa métrica, como en la prosa rítmica, hay una parte considerable de artificio, entregada a las relativas veleidades del gusto individual y del gusto colectivo, cuando no a los embates del capricho y de la arbitrariedad.[19] Ni se deberá tampoco olvidar que es precisamente esa parte aquí subrayada la más ostensible de ordinario también y la que, por ende, con más facilidad se transmite e imita. De las más entrañables y más íntimas conexiones que *suponemos y queremos creer existan* entre el ritmo de la frase y el del pensamiento y de la emoción en aquélla exteriorizados, no es ordinario hallar claras y muy precisas manifestaciones. Por lo menos, el que traza estas líneas confiesa su personal limitación en ese extremo y le consta que no está sólo en semejante penuria informativa. Es más, no creemos pecar de injustos diciendo que bastantes investigadores ni siquiera han sospechado la posibilidad de la existencia de esa íntima y, en cierto modo, necesaria conexión de uno y otro ritmo, del de la frase y del del pensamiento y la emoción vertidos en aquélla. Mas para quien desee entrar en el también arduo sector a que aquí nos referimos, y que casi soslayamos, la lectura de la oración inaugural de *Ed. Norden,* titulada *Logos und Rhythmus,* será muy provechosa.

Será además muy conveniente para esa investigación someter a detenido examen los atisbos y las parciales aseveraciones de algunos muy contados autores. Ya *Ch. Reisig (Vorlesungen über lateinische Sprachwissenschaft,* ed. de Fr. Haase, 1839) incluye la doctrina del ritmo oratorio en el capítulo dedicado a la exposición de la teoría acerca del orden de colocación doctrinal con la del pretendido ritmo del pensamiento. *Havet,* por su parte, ha mostrado que una prosa medida como la de Symmachus, ofrece a la gramática y la crítica de

[19] Háganos el lector de estas páginas el honor y la justicia de creer que no pensamos que ni el "gusto", con sus veleidades ya calificadas de "relativas", ni la "arbitrariedad" misma, ni siquiera el "capricho", logran evadirse de la esfera de la causalidad. Mas el lector también asentirá a nuestra creencia de que la causalidad de esos fenómenos, es muy distinta especie de la que aquí inquirimos, por lo que, aun precisada cuando resulte plenamente asequible, no servirá, por lo menos, de un modo inmediato y sin toda una serie de rectificaciones, para el descubrimiento del módulo métrico individual a que se hace precisa referencia en el texto.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

textos los mismos eficaces auxilios que la versificación en las obras poéticas. Pudiera parecer un tanto exagerada, por razones que nos sería lícito omitir, ya que son bien notorias, semejante aserción, mas *Havet* insiste en que la *estructura prosaica metrificada* revela la manera según la cual el autor analiza sus propias frases, deparando así un fundamento sólido a la puntuación científica, independiente de la arbitrariedad caprichosa de algunos editores modernos. Admitida esa conexión, el docto últimamente citado encarece la importancia del estudio de las cláusulas para la crítica de textos en su artículo titulado *Cicero, De Oratore* ("Rev. de Philol". XVII, 1893, pp. 33-47). Porque cree *Havet* que la *métrica* de la *prosa* puede "criticar a la crítica', revelando de ordinario faltas y deficiencias comúnmente inadvertidas. Todavía es más terminante la actitud de *Zielinski* en este punto, quien piensa que las cláusulas son una manifestación inconsciente del sentimiento rítmico del autor, aunque éste puede disponer incluso conscientemente la cadencia de su discurso, advirtiendo de ello al lector o al oyente. En todas partes, el mencionado *Zielinski* busca e intenta hallar *conexiones entre la forma métrica* y el sentido que en aquélla se exterioriza, fijando así en cada caso el *ethos* propio de cada pasaje. Tendencia también seguida por *J. May,* para quien el lado rítmico del discurso aparece determinado por las ideas y por la fuerza afectiva contenidas en aquél. Y no será preciso advertir que el "método psicológico-estadístico", defendido por *Charles Marbe* y del que debemos precisas referencias a *A. Thumb* en su artículo Satz*rhythmus und Satzmelodie in der altgriechischen Prosa* (publicado en la Rev. de *Marbe,* "Fortschritte der Psychologie und ihre Anwendungen", I 1913, pp. 139-168 y, en forma más breve, en el último capítulo de la redacción del propio *Thumb* de la *Gramática griega de Brugmann,* 1913, pp. 665-672) se basa en esa íntima compenetración a que venimos refiriéndonos de las formas métricas con las realidades psíquicas en aquéllas exteriorizadas.

No será, sin embargo, necesario advertir que en la Métrica poética ese aspecto halló más pronto expreso y terminante reconocimento que en la Métrica prosaica. Refiriéndose en el siglo pasado *Saint-Beuve* a la obra de P. J. Rossignol tiulada *Virgil et Constantin le Grand*[20] veía en el dáctilo el "alma de la poesía bucólica", consideraba el efecto producido por ese pie métrico en el quinto, cuarto y tercer lugar del hexámetro, observando que un gran número de versos de Teócrito sugieren el movimento de ligereza y alegría que refleja el texto de Virgilio: Hūc ădĕs, ō Mĕlĭbōēĕ! căpēr tĭbĭ sālvŭs ĕt hāēdī [21] y discretamente indicaba: "Les anciens grammairiens avaient déjà fait en partie ses remarques et l'illustre critique Walckenaer les

[20] *Portraits littéraires,* t. III, p. 49.
[21] Ecl. VIII, v. 9.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

avait confirmées. M. Rossignol y a ajouté quelque chose, et l'observation du dactyle en *troisième* pied est de lui. Sur neuf cent qua-tre-vingt dix-sept vers de Théocrite, il y en a sept cent qua-tre-vingt-six qui offrent cette circonstance métrique, et pour quiconque a pénétré la delicatesse habile et même subtile des anciens en telle matière, ce ne saurait être l'effet du hasard. Ceux qui séraint tentés d'accueillir avec sourire ce genre de recherches intimes, poursuivies par un homme de goût, peuvent être de bons et d'excellents esprits, mais il ne sont pas entrés fort avant dans le secret du langage antique, et nous les renverrions pour se convaincre s'ils en avaient le temps à Denys d'Halicarnasse[22] et aux traités de rhétorique de Cicéron". Mas ya en este punto y con la última oportuna cita de *St. Beuve,* volvemos a enfrentarnos con los precedentes clásicos de la teoría de la prosa métrica, que ha tardado bastante tiempo en penetrar en las conciencias y en las prácticas didácticas de los doctos modernos. No creemos decir una herejía si notamos que *todavía en los días que corren,* algunos profesionales, un tanto distraídos, no se han dado por enterados de que una buena parte de la prosa artística griega y latina, es prosa métrica y rítmica.

De todos modos, cúmplenos advertir que aun con las dificultades propuestas y con otras más que, sin duda, habrán escapado a nuestra escasa perspicacia, no han faltado audaces y prestigiosos investigadores que han creído hallar en la prosa métrica claros indicios y criterios para resolver las dudas suscitadas respecto de la autenticidad "salustiana" de las predichas epístolas. Aludimos en las líneas precedentes al muy docto y famoso filólogo *F. Novotný,* cuyas doctrinas en relación con las producciones citadas y atribuídas a Salustio, constituyen el capital tema de esta disertación.

Comenzamos por declarar con la lealtad y la objetividad obligadas —para prevenir desde el primer momento al lector de estas líneas contra posibles yerros de interpretación— que no hemos tenido, bien a nuestro pesar y contra nuestros mejores deseos y esfuerzos, la plena información que necesitaríamos de las citadas doctrinas del mencionado e ilustre filólogo tcheco. Ya el propio *Novotný* en la interesantísima monografía tiulada *État actuel des études sur le rythme de la prose latine*[23] dice con toda sinceridad, al dar cuenta de sus investigaciones y, en particular, de su fundamental libro rotulado *Eurhythmie recké a latinske prosy (Euritmia de la prosa griega y latina),*

[22] Las conexiones que cabe establecer entre el pensamiento y su expresión rítmico-métrica, no se ocultaban a la penetración de *Dionisio de Halicarnaso,* quien apunta en su *De Isocrate,* c. 12: "δουλεύει γὰρ ἡ διάνοια πολλάκις τῷ ρυθμῷτ ἧς λέξεως καὶ τοῦ κομψοῦ λείπεται τὸ ἀληθινόν. . . βούλεται δὲ ἡ ρύσις τοῖς νοήμασιν ὥπεσθαι τὴν λέξιν, οὐ τῇ λέξει τὰ νοήματα".

[23] E V S Supplementa vol. 5, Lwöw 1929, p. 25.

Praga 1921: "...parce qu'il avait paru en langue tchèque, il est resté presque completement inconnu aux spécialistes, et avant tout aussi à M. Broadhead dont la méthode est basée sur la même idée que celle de Novotný, c'est-à-dire sur l'dée de comparer les fins de cola avec le corps de phrase". Ante declaración tan paladina y terminante, únicamente debemos hacer constar nuestro expreso asentimiento y personal comprobación. A confesión de parte, relevación de prueba.

En efecto, cuando hemos querido examinar con todo detenimiento la monografía de *Novotný* titulada *Nova klausulova methoda a pochybna Sallustiana (Un nuevo sistema de cláusulas y los "Sallustiana" dudosos)*,[24] han fracasado nuestros mejores deseos, aun utilizando la amable cooperación de un tcheco, que no dominaba el francés, ni el alemán. Nos ha sido, por tanto, necesario fundar capitalmente los razonamientos de estas "notas" en la lectura de las monografías métricas de *Novotný* escritas en alemán, en inglés y en francés, pues en absoluto ignoramos (y lamentamos ignorar) el tcheco. Aunque nos consuele comprobar que en esa dolorosa limitación nos acompañan personas autorizadas, siempre convendrá —procediendo con la sinceridad obligada— señalar diáfanamente nuestras fuentes de información. Sólo respecto a ellas tendrán valor y aplicación los asertos subsiguientes que, en cambio, no podrán alcanzar, ni referirse de un modo inmediato y terminante a la parte esencial de la producción científica de *Novotný*, que nos es total, o casi totalmente desconocida. Ahora bien, de la sección que nos ha sido asequible en tal labor, concedemos la obligada preferencia a aquellas monografías que de un modo explícito, recogen ecos o antecedentes del campo para nosotros hoy ignoto y casi incognoscible, por lo menos, en un plazo de cierta perentoriedad. Como parecerá lógica y explicable esa prelación, nos creemos dispensados de justificarla expresamente.

Formuladas las precedentes y obligadas salvedades, examinemos ya las doctrinas de *Novotný* en sus fuentes asequibles e inteligibles para nuestras modestas posibilidades. El citado autor ofreció precisos testimonios acerca de "un nuevo método de investigación de cláusulas" en la monografía que llevaba ese título *(Eine neue Methode der Klauselforschung)* que apareció en la revista "Berl. philol. Wochenschr."[25] Ese nuevo método implica una ruptura definitiva con la práctica tradicional de prescindir de los límites de los vocablos al precisar las estructuras métricas de las cláusulas de la prosa artística,

[24] "Listy filologické", XLV 1918, pp. 257-264.

[25] XXXVII, 1917, pp. 217-222. El mismo *Franz Novotný* advertía al comienzo de este artículo su significación y sentido en estos términos: "Kurzgefasster Auszug aus einem Teile meines vorbereiteten Werkes, in welchem eurhythmische Theorien der griechischen und lateinischen Prosa besprochen werden".

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

porque cuando no se tienen en cuenta tales límites, se omite la consideración debida a uno de los elementos más importantes en el análisis métrico de los textos prosaicos: el vocablo, la palabra. Pero además, el método de referencia tampoco coincide en absoluto con los de *Zielinski* y de la escuela francesa que, parcial o sistemáticamente, toman en consideración los límites de las palabras, de las llamadas "partes del discurso", aunque, en cambio, incurren en el error de creer que una estadística de cláusulas, sin más, puede sugerir una clara idea de las inclinaciones y repugnancias estilísticas de determinados escritores. *Novotný* que rompe con la escuela tradicional, no acepta tampoco sin reservas la *tipología* de los contemporáneos. Su posición —más o menos justificada, más o menos discutible, como veremos— es original y personalísima.

Para obtener clara idea de la contextura de las cláusulas será preciso comparar y oponer éstas *con* y *a* las restantes partes del mismo texto estudiado. Nada, pues, de supuestos textos "amétricos" que pudieran en el fondo y en realidad no ser tales, para dar el apetecido relieve a las cláusulas métricas de los textos de "prosa numerosa". Dentro del texto que se examine en cada caso, hallaremos elementos suficientes para esas contraposiciones y esos contrastes plenamente instructivos. En definitiva, las cláusulas son tales en oposición, o en diferenciación manifiesta y perceptible de las partes que en la misma obra estudiada, *no son cláusulas.*[26]

Pretende aclarar y legitimar esos supuestos *Novotný* con toda una serie de glosas, que intentaremos reproducir aquí con la obligada concisión. Refiriéndose a textos "ciceronianos", señala los siguientes resultados. Hallamos una palabra trocaica después de un troqueo 7 veces en el interior, 9 al fin de la proposición, de lo que cabe concluir el valor de cláusula de la conexión (. . . .) — ∪ | — ∪. En cambio, la unión (. . . . .) — ∪ | ∪ — aparece 7 veces en el interior y ni una sola al fin de la proposición: no habrá ahí, por tanto, cláusula. El tipo (. . . . .) — ∪ | ∪∪∪ se ofrece solamente en la cláusula y

26 "Est ist daher erforderlich dass man die Klauseln mit dem übrigen Texte desselben Werkes vergleicht... Wir gehen von der Überzeugung aus, dass als Einheiten auch für den Rhythmus-genauer gesagt für die Eurhythmia der Prosa, die metrische Gestaltung von einzelnen Wörten und keine metrische Versfüsse su betrachten sind"... *Op. cit.*, p. 219. Todavía con mayor determinación aparece expuesta esta doctrina en las siguientes palabras del mismo *Novotný* "Aristote avait déjà bien discerné le sens de la clausule métrique en ce qu'elle marque, par sa cadence, la fin d'un membre du discours. Pour remplir ce but, la clausule doit différer, au point de vue métrique, de l'interieur de la phrase. Reconnaître cette difference, démontrer qu'elle est voulue, c'est trouver les formes qui avaient pour un écrivain la valeur de clausules. Et le moyen de la déterminer, c'est tantôt la frequence relative de certaines formes en fin de pharase, tantôt l'influence évidente exercée sur le choix des formes, sur le choix et l'ordre des mots". *Le problème des clausules* etc., REL., IV, 1926, pp. 222-223.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

casi ocurre lo mismo con este otro: (. . . . .) — ∪ | — ∪∪, pero es de todo punto manifiesta la diferencia que intentamos subrayar en la unión (. . . . .) — ∪ | — — ∪, donde la relación entre los casos registrados en interior de colon y los advertidos en cláusula, se halla representada por las cifras 1: 21. En esa desproporción ve —o, cuando menos, cree ver— *N*, una manifiesta tendencia a formar la clausula con la última unión citada. Nótese además que esas cifras (1:21) son más altas que las obtenidas por *Zielinski* (7:5) para el juzgado como tipo normal de dicha unión: —∪— | —∪. Y todavía hay que advertir que los resultados del tipo — ∪ — | — — se cifran en 13:4. Fácilmente apreciará el lector que la consideración de los límites de los vocablos permite destacar muchos y muy diversos matices en el empleo de una misma, o de dos muy semejantes *secuencias* prosódicas — ∪ — — ∪ o — ∪ — — —. Una investigación similar a la extractada y referida a la I Catilinaria ha permitido a nuestro autor obtener análogos y muy interesantes resultados. Por otra parte, cree haber comprobado *Novotný* en ese sector de sus experiencias una manifiesta y sorprendente inclinación de los vocablos dactílicos a cerrar el "kolon' y tras toda palabra, o final de palabra, a excepción de ∪ ∪. La relación antes mencionada y registrada, se expresa aquí con las siguientes cifras:

— | — ∪∪ 8:9; ∪∪ | — ∪∪ 1:0; ∪ — | ∪∪ 1:4; — ∪ | — ∪∪ 1:7; — — | — ∪∪ 4.7; ∪ ∪ — | — ∪ ∪ 0.5; — ∪ — | — ∪∪ 1:7. No parece explicación muy pertinente del indicado fenómeno la propuesta diciendo que el dáctilo, en posición final, puede ser considerado como equivalente del crédito (— ∪ u).

Mas nuevas investigaciones en textos "ceceronianos" permiten a *Novotný* fijar estos resultados, también curiosos y dignos de particularizada mención:

	Dáctilo	Crético
Después de —	6: 4	14: 3
« « ∪ ∪	1: 0	1: 0
« « ∪ —	1: 2	3: 2
« « — ∪	1: 4	6: 1
« « — —	2: 3	15: 5
« « ∪ ∪ —	0: 1	3: 1
« « — ∪ —	1: 4	5: 3

Una somera inspección de la lista precedente permite reconocer una gravitación interesante del dáctilo hacia el final del "kolon", superior, en general, a la respectiva del crético (vid. 4 frente a 3, después de —, 4 frente a 1, después de — ∪, 4 frente a 3, después de

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

— ∪ —), salvo en un caso (3 frente a 5, después de — —). Y debiera añadirse a lo expuesto que Cicerón evita aquellas conexiones mediante las cuales se ofrece la posibilidad de que surja el ritmo dactílico, presentando estos esquemas: — ∪ | ∪ —, — ∪ | ∪ — ∪, — ∪ | ∪ — —. De manera semejante a la indicada con referencia a los textos "ciceronianos", procede *Novotný* en el análisis métrico de los textos de Salustio y aprecia en estos últimos muy atenuado el valor de *cláusula del ditroqueo, así como la preferencia* por la terminación de la proposición con una palabra de la forma ∪ — ∪, con frecuencia, después de un troqueo precedente. En Cicerón la unión .... | — ∪ | ∪ — ∪ no es sólo evitada como cláusula, sino que también rara vez aparece en el interior de la frase.

Mas si ésa y otras cláusulas son preferidas por Salustio, *Novotný* cree que no sea lícito asentir a la convicción de quienes niegan que sea prosa rítmica ("métrica" diríamos mejor y con más exactitud) la del historiador de *Amiternum.*[27] *Sólo ocurrirá* —a juicio, cuando menos del docto cuyas doctrinas reflejamos fielmente— que los ritmos y cláusulas de Salustio, no podrán, ni deberán confundirse con los ritmos y clásulas de Cicerón, pero aquéllos y aquéllas no serán, por eso, menos legítimos que éstos y éstas. Advierta el lector tan importante extremo que en la teoría de *Novotný* procede de la íntima persuación, por dicho autor alcanzada, de que su método corresponde perfectamente a la representación del hecho en que consiste el trabajo *estilístico. El pensamiento* depara al escritor las palabras y, en parte, el orden de las mismas, mas el sentimiento rítmico del creador artís-

[27] Son aludidos en esa impugnación *Bornecque (Les clausules metriques latines,* pp. 495 y siguiente y 515 y sgte.) y *Ed. Norden.* Este último autor dice terminante y expresamente *(Antike Kunstprosa,* zweiter Band, Viertel Abdrück, Berl. 1923, pp. 934-940): "Für Sallust bezeugt Seneca ep. 114, 17 ausdrücklich das Unrhythmische seiner Komposition, jede seiner Rede bestätigt das, z. B. der Anfang der des C. Cotta (p. 116 f. Jord.): "Quirites, multa mihi pericula domi militaieque, multa advorsa fuere,* quorum alia toleravi, partim reppuli deorum auxiliis et virtute mea: * in quis omnibus numquam animus negotio defuit neque decretis labor (∪ ∪ — — — ∪ —). Malae secundaeque res opes non ingenium mihi mutabant (— — — —). at contra in his miseriis cuncta me cum fortuna deseruere,** praeterea senectus, per se gravis, curam duplicat,* cui misero acta iam aetate ne mortem quidem honestam sperare licet,* also nur Ausnahmen und von den zwei Formen keine regulär. In der Rede Caesars de coni. Catil. 51..., kommt die Form — ∪ — — ∪ kein einzige Mal vor, was, wie ich denke, deutlich genug spricht". Vid. además eod. op., t. I. pp. 201-202: "Er (Sallust) legte grösstes Gewicht auf die Form, aber nicht zur Abzirkelung schöner Perioden wie Cicero und Livius-er hat im Gegenteil absichtlich das Rhythmische der Diktion gemieden 'Das ergibt sich auch aus Seneca ep. 114, 17: "Sallustio vigente amputatae sententiae et verba ante exspectatum cadentia... fuere pro cultu"; so bezeichnet er selbst § 16 und 100, 7 die den Rhythmus vernachlässigende Komposition sondern um sein Stilideal, die *brevitas,* zu erreichen wie Thukydides und Tacitus"...

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

tico, unido a la consideración de la eufonía, perfecciona y completa la disposición de los vocablos y, entre otras cosas, coloca al fin aquellas conexiones que no se toleran en el interior de la proposición y que, por ende, parecen de un modo más característico acusar esa parte final. Supone *Novotný* que cada estilista dispone de un número relativamente limitado de vocablos y de grupos de vocablos para formar tales cláusulas con acusada caracterización, mas también conjetura que la mayoría de los individuos de una comunidad glótica muestra notoria indiferencia en ese respecto.

Advirtamos además que los resultados obtenidos por nuestro autor aplicando la concepción expuesta, proceden de la consideración de grupos de dos vocablos, que deberá ser completada y ampliada ulteriormente examinando agrupaciones más complejas de palabras. Pero por el momento puede bastar, para las necesidades de nuestra exposición, con el esquema hasta aquí trazado, que ya señala bien la orientación doctrinal del célebre filólogo tcheco. Por otra parte, ese autor ha mostrado una muy notable consecuencia y firmeza a través del tiempo hasta la fecha transcurrido en las líneas generales de su teoría. Compruébese lo que acabamos de afirmar comparando con el tenor de las doctrinas hasta aquí expuestas y que fueron publicadas el año 1917, las aparecidas en un artículo del mismo *Novotný* del año 1926: este último trabajo se publicó con el título de *Le problème des clausules dans la prose latine* (en REL., t. IV, pp. 221-229). La comparación propuesta permitirá advertir que la monografía francesa que acabamos de citar, ni modifica ni supera esencialmente la monografía alemana hasta aquí extractada. *Novotný*, discutiendo con *De Groot*,[28] fija en el ya mencionado artículo del año 1926 su antes afirmada opinión de que no cabe partir de supuestos textos "amétricos" para precisar las cláusulas de los textos métricos, insiste en que tales cláu-

[28] Vid. de este docto, aparte de sus producciones magistrales, los dos siguientes artículos que sirven de inmediato precedente al que ahora examinamos de *Novotný: La prose métrique latine: état de nos connaissances* (REL., III, 1925, pp. 190-204-y-IV, 1926, pp. 36-50). El mismo docto *De Groot*, en el último de sus citados artículos, pp. 36-37, nos trasmite este elocuente testimonio de la consecuencia doctrinal de Novotný —que cabe referir al año 1923: "In accent, I believe, I found the key to a rational explanation of Cicero's clausulae. In this and in the conviction that the final part of a word after the accented sylable is decisive for the choice of the succeeding term. I believe to be the precursor of Broadhead. The most important point where we both agree is that we both recognize the need of comparing internal combinations of rythmical units with final combinations ("es ist daher erforderlich, dass man die Klauseln mit dem uebrigen Texte desselben Werkes vergleicht. Berl. Philolog. Wochenschrift, 37, 1917, 217-222)... I, too, have based my research on the principles of periods and cola as components of speech, not believing that the principle of metrical feet could be applied to a prosaic text; on the contrary, the base of my investigation is the rhythm of words". (Ap. "Philologica, Journal of compar, philol". II, 1923, pp. 115-119).

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

sulas han de ser determinadas en contraste y contraposición con las partes del mismo texto estudiado que no tengan carácter de elementos finales y siguiendo esta última orientación, señala los criterios que permitirán discernir cuándo una combinación de vocablos podrá ser considerada como verdadera cláusula y cuándo no. Creemos percibir en la vaguedad e imprecisión de semejantes criterios, un claro indicio de la debilidad conceptual que aqueja a la total doctrina que intentamos exponer. Pero por ahora basta con advertir que el mismo *Novotný* reconoce la imposibilidad de determinar la cifra del cociente en que comienza el valor de la cláusula, si bien nos advierte que considera cláusulas expresivas las series cuya frecuencia total presenta aproximadamente la mitad de los casos, al menos, al fin de la frase.

Y no hallamos más precisión, ni más exactitud cuando se trata de fijar la extensión de la cláusula. En ese extremo, *Groot* imputa a *Novotný* el que aquél juzga desacierto de considerar como uno de los límites de la cláusula el acento del penúltimo vocablo y de semejante imputación no se libra plenamente el censurado con razonamientos de suficiente fuerza suasoria. Ya en su opúsculo *État actuel,* etc., etc.[29] *Novotný* se pasa al campo del impugnador y terminantemente dice: *M. de Groot* ha formulado un teorema bien exacto: la cláusula se extiende a partir de la última sílaba hasta la que aparece como indiferente durante la comparación. Previamente en el artículo *Le problème des clausules dans la prose latine,*[30] hubo de aceptar *Novotný* ese mismo criterio, puesto que aclara con un ejemplo su concepto de la extensión de la cláusula y dice: cuando compruebo que ante una palabra del tipo — — ∪ — se encuentra tan frecuentemente ∪ — ∪ como — — ∪, deduzco de ese hecho que la primera sílaba es indiferente para la cláusula y, por tanto, que la serie — ∪ — — ∪ — es una cláusula. Más claro es —nos permitimos adicionar glosando— que si la comparación diera un resultado diferente al que acabamos de registrar, diferente sería también de la fijada la extensión de la cláusula, que quedaría así, en su última determinación, pendiente de las eventualidades de ese cómputo discutible en sus últimos fundamentos, como muy pronto veremos.

Mas no menor extrañeza que la tesis que acabamos de exponer nos produce la complementaria que Novotný sostiene en el mismo opúsculo a que venimos refiriéndonos, al afirmar: "Y es naturalmente cierto, a mi juicio, que la parte de la palabra que comienza por una sílaba acentuada, es con frecuencia decisiva para el enlace con la palabra siguiente y es así por lo que yo considero, p. ej., la combinación ∪ — ∪∪, — ∪ — como equivalente de la combinación —

[29] Pág. 47.

[30] REL. IV (1926), pp. 221-229. Vid. particularmente la pág. 227 de ese artículo.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

— ∪ ∪, — ∪ —" etc., etc. Confesamos que no nos es posible comprender la legitimidad de esa más que discutible equivalencia entre ∪ — ∪∪, — ∪ — y — — ∪ ∪, ∪ —. Apreciamos sólo en el caso aducido similitudes acentuales (en la primera, como en la segunda combinación de referencia, el primer vocablo es proparoxítono (∪ ´— ∪∪ = — ´— ∪∪); y el segundo, acentúa su primera sílaba (´— ∪ — = ú —), que creemos se hallen muy distanciadas de las relaciones fundamentales y esenciales de la métrica prosaica y cuantitativa del período clásico de la Latinidad.

Pero insistiendo en el natural anhelo de disipar en lo posible y *hasta donde alcancen nuestras fuerzas* esas dudas, creemos — o más bien, *queremos*— ver una más clara conexión entre las citadas *secuencias* ∪ — ∪∪ ,— ∪ — y — — ∪∪, ∪ —, en el hecho de que en *ambas*, los *dos* acentos se hallan separados por dos sílabas breves átonas. Porque todavía añade nuestro autor en el extremo que intentamos dilucidar estas palabras, que transcribimos literalmente a continuación para alejar toda posibilidad de interpretaciones erróneas por nuestra parte: "La manière dont se manifestent les équivalents métriques me donduit à cette opinion que l'accent tonique joue un certain rôle dans les clausules de Cicerón. Si le type du dernier mot de la phrase forme la clausule désirée avec un trochée précédent, il la forme aussi avec le tribraque, mais non avec l'iambe; et le type qui exige le spondée admet aussi l'anapeste, mais non le dactyle. Il est evident *ici que* ∪∪ *est l'équivalent* d'une syllabe longue accentuée, et non d'une syllabe inaccentuée. Mais si nous voyons que la clausule *esse videatur* est aussi recherchée que *omne debetur*, il faut en conclure que les observations faites sur l'equivalence n'ont pas de valeur générale, à moins qu'il n'y ait une certaine différence entre le caractère atone de la syllabe *de*-dans *debetur* et par exemple celle de la syllabe —*nes* dans *omnes*" [31] No se ocultará al lector —acaso sean innecesarias estas aclaraciones para los iniciados que deben excusarlas en favor de los menos advertidos— que en las líneas transcritas se supone la conjunta aplicación de criterios no siempre coherentes, ni coincidentes: acentuación según las normas del trisilabismo y de la cantidad de penúltima del acento latino histórico en prosa y denominaciones específicamente métricas y métrico-poéticas de tribraquio, yambo, anapesto, etc., etc. —Así es posible que el espondeo de la penúltima palabra — — , sea equivalente al anapesto ∪∪ — de ese mismo lugar, que llevará la acentuación prosaica *no métrica* o *métrico-poética* ú ∪ — (con *acento*, no con *ictus*), mientras el dáctilo, con *ictus* y *acento* "coincidentes', presentará dos finales breves átonas, contra el supuesto aquí admitido de que ∪∪, es igual a — con acen-

[31] Art. cit., pág. 228.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

to. Adviértase, sin embargo, que este otro texto de *Novotný,* parece invalidar nuestro aserto anterior: "Je ne parle ni de l'accord ni du désaccord des ictus rythmiques des clausules ave les accents toniques parce que dans les clausules, je ne reconnais pas d'ictus spéciaux. Dans les clausules grecques, l'accent tonique n'a pu jouer certainement le même rôle que l'on constate dans les clausules latines. Mais il n'y avait pas d'ictus, là non plus, à ce que je pense; l'arrangement de syllabes d'après leur quantité suffisait à assurer la valeur de clausule à une certaine série métrique et c'était la chose principale dans les clausules latines aussi."[32] Mas a pesar de negativa tan rotunda y terminante, seguimos creyendo que la doctrina expuesta implica el supuesto de la valoración del "contraste" y de la "coincidencia" del *ictus* y del *acento,* pues de otro modo resulta totalmente inconcebible que se subraye que en el tribraquio y en el anapesto de penúltima, las dos breves iniciales equivalgan en cada caso a una larga acentuada (lo que implica para el tribraquio, equivalente del troqueo, "coincidencia", y para el anapesto, si se trata como parece del anapesto ordinario (⏑ ⏑ —́), "discrepancia" entre *ictus* y *acento).* Claro es, sin duda, que todas estas especificaciones no se ofrecen de un modo explícito y terminante formuladas en los textos examinados de *Novotný,* pero ya será suficiente para la justificación de nuestros razonamientos que sea lógicamente necesaria e irreprochable la deducción impugnada. Y respecto del último aserto transcrito en el texto anterior al que acabamos de citar, nos limitaremos a advertir que indudablemente en *omnes,* la larga átona —*nes* es post-tónica y final, y en *debetur,* la larga átona *de*— es pretónica e inicial, acusándose, por tanto, manifiestas, no ya meramente conjeturables diferencias entre esos dos elementos silábicos comparados. Mas nótese también que entre *esse videatur y omne* no *omnes debetur,* hay una perfecta y completa correspondencia: cf. *esse* con *omne* y *videatur* con *debetur,* pues si ⏑́ ⏑ es equivalente a —́, ⏑ ⏑ puede y debe equivaler a —: adviértase, por último, que las dos átonas *vĭdē* —ocupan la misma posición inicial en *vĭdĕātŭr* que la larga átona dē— en *dēbētŭr.* El mismo *Novotný* indica además que en una gran número de cláusulas preferidas por Cicerón, cabe inducir la vigencia de una cierta ley, según la cual las dos últimas sílabas acentuadas, se hallan separadas por un número impar de tiempos o *moras* (como ocurre precisamente en los dos tipos de cláusulas *esse videatur* y *omne debetur* en último término citados); el Arpinate llega así a rechazar incluso en el interior de la frase el orden dactílico, porque claro es que cuando en este orden, como ocurre con frecuencia, coinciden *ictus* y *acento,* necesariamente han de hallarse separados por un nú-

[32] Art. y pág. cits. en nota anterior.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

mero par de *moras* los dos acentos últimos (— ∪∪, — ∪, o incluso — —, — ∪).[33]

Creemos de todas suertes explicables y, en cierto modo, hasta legítimas nuestras dudas predichas, pues la teoría que estamos exponiendo no alcanza el general asentimiento de los doctos más prestigiosos. El propio *De Groot*, bien reputado, somete a severa crítica las concepciones métricas de *Novotný*. No juzga aquél con este filólogo que la elección de un texto "amétrico", sea puramente subjetiva, sobre todo, en lo que concierne a los contratos de venta y a no pocos textos latinos del siglo XIX.[34] Tampoco admite *De Groot* con *Novotný* la existencia de un cierto acento dinámico, inadmisible para la prosa griega y no aceptado unánimemente para la latina de Cicerón. Mas el primero de esos filólogos atribuye a *Novotný* el aserto de que la cláusula comienza por la sílaba acentuada de la penúltima palabra de la frase, con lo que tal cláusula necesariamente habría de constar de una parte de esa penúltima palabra (de no llevar, claro es, ese vocablo su acento en la inicial). *De Groot* rechaza el indicado supuesto, que cree rebatido por investigaciones de carácter estadístico, verificadas ya y susceptibles de plena y eficaz reiteración. "Admitir, dice, que la sílaba acentuada de la penúltima palabra de la frase es el comienzo de la cláusula métrica, o, incluso que allí aquélla juega

[33] Art. cit. en notas anteriores, pág. 227. Permítasenos notar incidentalmente aquí que *Novotný* se refiere a este mismo extremo en su ya citado opúsculo *État actuel des études sur le rythme*, donde (en la pág. 37), sin duda, por inadvertencia, por involuntario error, expresa lo contrario de lo que pretende expresar: "Et il (ed. d., el mismo *Novotný*) a découvert... que, dans les discours de Cicéron *Pro Archia* et *In Catilinam* I, par ex. des mots en ∪ — — se recontrent moins rarement après le trochée précédent que des mots du type — — ∪ dont la fréquence absolue est aproximativement égale; il a remarqué le même phénomène dans les discours *Cum senatui gratias egit (Recueil de travaux dédiés au prof. Groh*, Prage 1923, pp. 25.34). Il en concluait qu'une aversion contre Fordre dactylique se fait valoir dans l'arrangement des mots chez Cicéron; il n'a pas remanqué cette répugnance dans Salluste". Más claro es que si el precedente troqueo es *menos raramente* seguido por palabras del tipo ∪ — — que por palabras del tipo — — ∪, de esa circunstancia derivará la consecuencia contraria a la que *Novotný* subraya, es decir, la mayor frecuencia del orden dactílico, pues — ∪ + ∪ — —, da como indefectible resultado — ∪ ∪ — —, o sea, la cláusula heroica, dactílica, por tanto. Creemos que en el caso se trata de un mero error material, de un *lapsus*, de una errata no salvada, pero acaso convenga señalarla a la atención de quienes utilicen el interesante opúsculo últimamente citado. Substituyendo *moins rarement* por *moins souvent*, se restablece la coherencia truncada y se rinde el debido tributo a la verdad de los hechos.

[34] REL., 1926, p. 38. En los mismos textos latinos del siglo XVII español, ha creído entrever el que traza estas líneas claros indicios de manifiesta "ametticidad", al estudiar, por ej., la prosa latina del *P. Juan de Mariana* de la colección titulada "Tractatus septem". No dispone el autor de este "ensayo" en el momento de escribirle de sus correspondientes cuartillas, perdidas o, cuando menos, extraviadas en el vendaval de la guerra civil española por lo que ha de limitarse aquí a expresar un dolorido recuerdo.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

necesariamente un papel, parece ser una hipótesis *à priori,* rechazada por los hechos y que incita a descuidar las sílabas que preceden a la acentuada, sílabas cuya cantidad es con frecuencia de importancia." [35] Adviértase, sin embargo, que no es lo mismo "admettre que la syllabe accentuée de l'avant dernier mot de la phrase est le commencement de la clausule métrique" que "a. q. l. s. a. d. l'a.—d. m. d. l. ph. y joue nécessairement un rôle", pues esto último, o algo semejante, y no aquello primero, es lo que reiteradamente nos consta que, en definitiva, ha aceptado y expresado *Novotný.* [36]

Pero salvada esa parcial inexactitud, asentimos a la impugnación que estamos extractando. Impugnación que alcanza no sólo al autor cuyas doctrinas estudiamos, sino también a *Bornecque* y a *Broadhead,* quienes con aquél admiten la hipótesis de que en un texto métrico, la forma de la última palabra está determinada por la de la penúltima de la frase. Mas esa hipótesis parece ser falsa, según *Groot,* ya que si Cicerón rechaza la cláusula *cōmmĕmŏrārēnt,* no lo hace, sin duda, en razón de la penúltima palabra (que le es indiferente, por completo), sino para evitar la cláusula heroica. Además, refiriéndose exclusivamente a la penúltima y a la última palabras de la frase, se parte del gratuito supuesto de que la cláusula sea tan sólo integrada por dos palabras, o dos grupos de palabras, y no nos consta que eso siempre ocurra. En efecto, Cicerón, que muestra una gran preferencia por la cláusula — ∪ — — ∪ $\overset{\cup}{—}$, suele con frecuencia formarla con más de dos palabras. Pero permítasenos en este punto intervenir personalmente en la impugnación extractada para hacer constar que no creemos haber advertido en *Novotný* una expresa tendencia a limitar su examen en los reducidos términos de las palabras última y penúltima de la frase, sino más bien a iniciar con prudente y explicable mesura la aplicación de su método a los grupos elementales de dos vocablos, para extenderle después a más amplios y complejos horizontes. En cambio, creemos justa y fundamental la réplica y la rectificación de *De Groot* al principio de *Novotný* y *Broadhead,* quienes comparan el *fin* de la frase con el *resto* de ésta, para obtener las verdaderas cláusulas en proceso de diferenciación y contraposición, sin advertir que de ese modo no se distinguen con la debida diafanidad la cláusula métrica de la cláusula amétrica, puesto que el *resto* de la frase, no sólo el *final* de la misma, suele ser con frecuencia métrico.

Mas no es preciso por ahora seguir paso a paso todas las incidencias y todos los extremos de la referida impugnación y hasta de su

[35] *Ibid.* p. 42.

[36] "Je ne crois pas que la clausule commence toujours par la syllabe accentuée de l'avant dernier mot de la pharase, comme me le fait dire Mr. de *Groot*"... REL., IV, 1926, p. 227.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

contrarréplica por el autor censurado: esa cuestión podrá ser ulteriormente muy tenida en cuenta en el siguiente capítulo de "discusión doctrinal". Por el momento bastaba con dar a nuestras no disipadas dudas el fundamento de autorizadas críticas, ya que parece explicable que nuestra limitación no alcance a discernir donde el acierto no ha logrado concretarse en construcciones doctrinales de indiscutible legitimidad, de irreprochable rigor lógico.

Pero hora es ya también de que hagamos aquí punto en esta parte de nuestra exposición, en la que hemos querido mostrar tan sólo cómo se sostiene y cómo afirma algunos de sus principales resultados la doctrina de métrica prosaica latina de *Novotný*, pues no pretendemos, ni necesitamos inmediatamente descender, con ejemplar minuciosidad, a todos los extremos y aplicaciones de ese complejo doctrinal. Y la razón de nuestra conducta en el caso es bien obvia y legítima: confesamos que los mismos supuestos fundamentales de tal doctrina, nos sugieren intensas dudas y pudiera ser inútil e improcedente asistir con impasibilidad e indiferencia a la construcción total de un edificio, de cuya sólida fundamentación muy seriamente dudamos. Claro es que el propio *Novotný* casi en todos los opúsculos suyos que hemos citado se cuida de advertir que sus tesis son meramente hipotéticas y que responden al noble anhelo de explicar lo hasta ahora inexplicado, pero también es cierto que un asentimiento implícito a la conjetura más improbable, da apariencias de solidez a lo que no merece acaso esa estimación de falsa fortaleza, hallándose transido de íntima debilidad conceptual. Y, por otra parte, si nuestra anunciada impugnación fundamental alcanzara la eficacia probatoria que creemos tiene, tras ella y buscando en ella misma el arma más eficaz, atenderíamos a la rectificación de los extremos y aplicaciones doctrinales hasta el momento no registrados. Tales extremos y aplicaciones serán especialmente referidos a la determinación, en juicio resolutorio, de la supuesta autenticidad "salustiana" de las epístolas *"ad Caesarem senem de re publica"*, a la luz de las cláusulas métricas que se conjetura utilizó el historiador de Amiternum.

Discusión doctrinal

Que el vocablo, o la agrupación de vocablos y no el pie, o la serie de pies, sea el criterio regulador de la prosa métrica clásica latina, es aserción ya conveniente y sólidamente impugnada por *Nicolau*,[37] quien también rechaza todo ostensible influjo del acento

[37] Vid. *L'origine du "cursus" rythmique et les débuts de l'accent l'intensité en latin par Mathieu G. Nicolau* ("Col. d'études latines publiée par la Soc. des Études latines sous la direction de J. Marouzeau" -V-), p. 150, de donde proceden estos

en la estructuración de esa misma modalidad artística de la prosa latina clásica.[38] Pero esas autorizadas impugnaciones —que nos son conocidas y se han difundido considerablemente— merecen nuestro asentimiento, aunque no agotan la materia impugnable.

Fijémonos, en primer término, en que aceptando los supuestos de *Novotný* hasta el momento registrados, diremos que *podrá haber* y hasta, en ocasiones, *tendrá que haber* tantas modalidades de prosa métrica como autores cultiven un idioma literario, y que las cláusulas características de cada uno de esos escritores no tendrán, por tanto, más que valores ocasionales y esporádicos, que dependerán exclusivamente de los cómputos estadísticos efectuados en cada texto y caso particular. Ese extraño resultado, que creemos deducir irreprochablemente de asertos de nuestro autor tan terminantes como el siguiente: "Yo no hablo de cláusulas métricas y amétricas, sino que trato de mostrar si una forma métrica tiene en la obra de un autor dado

terminantes asertos: "Le caractère métrique de la prose cicéronienne a été donc bien reconnu par l'auteur du *Candelabrum*. La méthode de Cicéron, laquelle est fondée sur la consideration du pied métrique est nettement formulée dans ce texte. Donc suivant le *Candelabrum*, la consideration des pieds métriques est spéciale à la prose ancienne. Le pied est l'unité qui convient à la clausule métrique. Pour, la clausule rythmique, c'est-à-dire, pour, le *cursus*, c'est le mot qu'il faut prendre comme unite rythmique".

[38] *Op. cit.* en not. ant., p. 85. La parte de esta página que forman las líneas siguientes: "Les séries de syllabes brèves étant évitées, il resulte qu'entre les deux accents il y aura souvent une syllabe longue et une syllabe brève et parfois même *deux longues et deux brêves* (subrayamos nosotros, no el autor del texto transcrito), donc toujours un nombre pair", etc., etc., nos parece bastante imprecisa e inexacta, por lo que recomendamos para su adecuada rectificación la lectura de los dos pasajes aquí citados y glosados de *Novotný* (État actuel, etc., etc., p. 54 § 81 y p. 66 § 108). Aunque asentimos a los juicios de *Nicolau* respecto a *Novotný*, concedemos a éste en la exposición de sus propios atisbos doctrinales una fuerza testifical que no podemos atribuir a aquél en semejante relación. Queremos así explicar nuestra actitud en el caso, que pudiera parecer inconsecuente, pero que es plenamente lgítima, razonada y justificada en atención al valor y al sentido de la observación anterior. Seguimos creyendo que nadie conocerá mejor que *Novotný* el pensamiento del... propio *Novotný*: Aunque no desconocemos ni negamos —valga la oportuna salvedad para otros casos que son en la apariencia similares del presente— que en determinadas circunstancias, el inventor de una fecunda idea no suele alcanzar a percibir toda la enorme trascendencia de su hallazgo, completado y desarrollado por sus continuadores y colaboradores más modestos. Las indicaciones que *D. José Ortega y Gasset* formula acerca de sus coincidencias y discrepancias ideales con la doctrina filosófica de *Dilthey*, confirman la legitimidad y la pertinencia de nuestras apuntadas reservas. (Vid. del citado filósofo español contemporáneo su monografía titulada *Guillermo Dilthey y la idea de la Vida* "Rev. de Occidente", A. XI, Nº CXXV y ss.). Mas claro es también que en el caso presente no parece que se trate de la excepción salvada, sino de precisas y concretas referencias de hechos, que no han sido con la debida exactitud recogidas por *Nicolau* de los textos de *Novotný*. De todas suertes, nunca nos deberemos arrepentir de proceder con la más exquisita circunspección al tratar de estos temas doctrinales.

valor de cláusula o no, e. d., si hay alguna tendencia a señalar los fines de frase y de miembro por una forma métricamente expresiva y en ese sentido, la combinación — ∪∪ — ∪ que encuentro en Salustio es para mí una cláusula, tanto como la combinación de Cicerón — ∪ — — ∪",[39] implica una total indiferencia de las más dispares combinaciones métricas que quepa imaginar para sus posibles funciones de cláusulas, una no menos completa referencia de tales funciones a los resultados numéricos de la frecuencia absoluta o relativa de las series utilizadas y, finalmente, el desconocimiento o la negación de todo elemento tradicional y escolástico en la estructuración de la prosa métrica contra los hechos constantemente comprobados de la práctica de sentido un tanto gregario de las escuelas y de los cenáculos artísticos. En el mundo métrico de *Novotný*, cada lector necesitará tener sus buenas estadísticas a la mano para saber si el ritmo se acusa con la cláusula heroica, en cuyo caso estamos en los dominios de Salustio o Livio, o con la cláusula crético-trocaica y entonces tendremos que habérnoslas con Cicerón y sus adeptos. Al oído, meramente al oído no podremos confiar la obtención de los penosos cocientes de las estadísticas de *Zander, Zielinski* o *Novotný*. Y no necesitaremos subrayar la insostenible consecuencia que de las impugnadas tesis del filólogo tcheco, hemos podido con rigurosa lógica obtener.

Lealmente creemos —y la realidad parece venir en apoyo de nuestra creencia— que no todas y cualesquiera indiferentemente, sino algunas entre las múltiples posibles combinaciones métricas han alcanzado el merecido honor de ser utilizadas como cláusulas. Y decimos *merecido honor*, porque no creemos que el azar, ni la casualidad sean las Musas que inspiren esas casi, o, cuando menos, en buena parte espontáneas selecciones de formas. Acaso las tales formas escogidas tienen virtualidades rítmicas, métricas y estéticas insospechadas hasta que son puestas a prueba, mas si se rechaza esta conjetura, no se proceda lo mismo ante el hecho histórico indudable de que algunas y sólo algunas pocas de semejantes formas, entre las múltiples posibles, han sido utilizadas con reiterada y expresa intencionalidad como cláusulas.

Pero hay más. Como esa selección no ha sido obra del azar, ni de la arbitrariedad[40] y, en cambio, sin duda, o, cuando menos, muy probablemente ha sido en buena parte condicionada por las cualidades peculiares (fonéticas, métricas, semasiológicas, etc., etc.) de las combinaciones prosódicas adoptadas, éstas no son, ni fueron nunca

[39] *Le problème des clausules dans la prose latine*, REL. IV (1926), pág. 224.

[40] Ya en nota anterior hemos formulado nuestras reservas respecto al valor que atribuimos a la arbitrariedad o al capricho en este sector de la causalidad humana, y ratificamos aquí las observaciones aludidas y antes propuestas.

mero reflejo del gusto individual más subjetivo, arbitrario y personalísimo. Por tal motivo, las cláusulas seleccionadas en un período literario son válidas para todos, o para la mayoría de los autores incluibles e incluidos en la corriente dominante de la época. Ahora bien, que en tales circunstancias la supuesta prosa métrica de Salustio deba ser la total negación, o la contraposición más terminante de la prosa métrica "ciceroniana", parece simplemente inconcebible. En el supuesto impugnado, "todos los gatos son pardos", no hay distinción posible entre los distintos individuos del género, pues todos ellos, si con frecuencia absoluta o relativa aparecen, son susceptibles de operar como cláusulas y esto último, *de hecho no ocurre,* y además parece que *no debe ocurrir,* si la forma métrica mantiene íntima y cordial conexión con su función específica y con su consagración histórica.

Y todavía debemos esgrimir otro argumento de indubitable fuerza suasoria. La conexión íntima y necesaria, o, incluso, libre y racionalmente escogitada e impuesta, no de *todas,* sino de *algunas* de las formas métricas posibles con sus peculiares funciones, se cumple en un ambiente, cual es el de la creación artística, en el que el individualismo más esquinado y vidrioso, acepta y necesita tradiciones y hábitos sociales (es un hábito social, en parte, el propio lenguaje de una nacionalidad). La obra del literato es obra, a veces, de genialidad, mas siempre dentro de un molde social preexistente y de hábitos y tradiciones comunes. Que algunas sólo de las formas posibles sean tradicionalmente señaladas o imitadas como cláusulas, permite dar a la función de las tales su más lógico y solemne fundamento y no entrega semejantes factores a los ciegos azares de la frecuencia mayor o menor de los mismos en determinados lugares de la frase.

Mas todo lo dicho no empece al reconocimiento de una posibilidad, en la que no se ha fijado siempre la debida atención: nos referimos a la muy verosímil contingencia de que las cláusulas sean, en parte, por su propia intrínseca cualidad e ingenuidad, *naturales,* y en parte, por su siempre, sin duda, admisible inobservancia e inaplicación, *artificiales.* Es posible de lo natural y con lo natural, pasar al campo del artificio. Pero también, al lado de ese tránsito, se da la posibilidad de la abstención de tal movimento, que no es imprescindible para el supremo e inexcusable fin de la inteligibilidad de la expresión idiomática. ¿Es que no nos consta en forma fehaciente que varios prosistas han tenido a gala no utilizar las cláusulas consagradas y escribir en prosa *amétrica?*[41] Pues bien, ese hecho tan-

[41] Claro es que se nos podrá reargüir que aun los escritores que explícitamente prescinden de todo intento de componer "prosa métrica", están expuestos a trazar tal especie de prosa *sin saberlo,* como el famoso Mr. Jourdain. Mas adviértase que

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

tas veces advertido, no puede ser lícitamente desconocido, ni —para continuar la serie de nuestros razonamientos— debe interpretarse en el sentido en que le interpreta *Novotný* de que es para Salustio cláusula lo que no ha podido serlo nunca para Cicerón y para otros muchos autores de la época en que Cicerón y Salustio viveron. En suma y para terminar toda esta parte central de nuestra exposición: que las cláusulas no son una creación *ex nihilo,* ni una fatalidad ineluctable, ni un producto singular e individualísimo, ajeno a la actuación artística disciplinada, tradicional, solidaria.

Ratificación de la tesis que acabamos de defender

Acaso se objetará a los precedentes razonamientos que tan sólo responden a una concepción distinta y aun contraria de la que intentan impugnar, pero que no aparecen más, ni mejor probados que los adversos. Aunque admitimos y aun tenemos la posibilidad remota de la objeción que anticipamos, no estamos convencidos de que sea razonable tal aserto. Fijémonos ante todo en que la doctrina por nosotros defendida pretende reconocer en el complejo hecho de la "prosa métrica" todos o, cuando menos, sus más importantes factores: el factor fonético o prosódico en la selección —en parte, espontánea y, en parte, reflexiva— de determinadas y precisas series de sílabas para las funciones de cláusulas métricas, el factor tradicional o histórico en la validez general de las series silábicas escogidas y utilizadas para las funciones métricas susodichas y la posibilidad de la omisión de esa estructuración artística, adversa indiscutiblemente en los hechos de la prosa sin especiales pretensiones estéticas, mas capaz de conseguir plenas finalidades de clara y precisa significación, sin artificios de "prosa métrica". En cambio, en la doctrina que impugnamos, la determinación de la compleja realidad a que venimos refiriéndonos, queda casi o totalmente pendiente de las contingencias de un cómputo, que lo mismo puede recoger resultados preconcebidos que otros meramente casuales y que, en cualquiera de los dos supuestos, implica la insostenible tesis de que cada prosa métrica es o, cuando menos, puede ser singularísima y como *prolem sine matre creatam,* ni conoce ni admite necesaria conexión con otras realidades similares. Y no necesitamos advertir que er la medida en

queda enervada toda la aparente fuerza dialéctica de esa objeción si observamos que la inconsciencia, no es la actitud más eficaz, ni más conveniente, ni más lógica para dar vida a las supremas concreciones del hacer artístico diferenciado. Y en todo caso, esa improbable y supuesta metrificación inconsciente, por su total, o, cuando menos, muy acentuada discrepancia con la metrificación tradicional y consciente, demandaría para probar su legitimidad discutible argumentos de más peso que las cifras de frecuencia absoluta o relativa de una estadística, en la generalidad de las circunstancias a todas luces insuficiente.

que una construcción científica refleja la compleja realidad que pretende interpretar, en ese mismo grado puede ver afirmada e intensificada su credibilidad, que queda, en cambio, muy comprometida cuando se procede en sentido contrario al que hemos procurado seguir.

Es más, podría hasta ocurrir, aplicando el sistema de los cocientes de frecuencia relativa de *Novotný*, que textos indiscutiblemente métricos por la contextura prosódica y métrica de sus cláusulas tradicionalmente empleadas en estos menesteres *y así queridas emplear*, por expresa declaración de un determinado autor no merecieran el reconocimiento de su manifiesta esencia al no acomodarse a las escalas, un tanto complicadas del método estadístico.[42] Y en cambio, sería también posible que halláramos en este sector de la prosa artística no pocos Mrs. Jourdains —como ya previamente hemos advertido— que escribirían en "prosa métrica" sin saberlo y sin proponérselo, pero que de la noche a la mañana se encontrarían admirados y sorprendidos con los resultados maravillosos de su inconsciente metrificación prosaica. No se crea que son gratuitas y exageradas las suposiciones que acabamos de formular, pues lo ocurrido con la escala de *De Groot*[43] respecto a la gradación de las cláusulas más gratas a Cicerón, arroja el donoso resultado de que es precisamente la última de tal escala la cláusula... — ∪ — — ∪ (!!). La explicación de esa aparente, mejor diríamos *real* anomalía, propuesta por *Novotný*[44] no nos convence, porque se basa en supuestos que nos hallamos muy lejos de aceptar. Mas de todas suertes —y para no insistir ilimitada e innecesariamente en la indicada discrepancia— adviértase, por último, el cómico contrasentido que pudiera darse con la aplicación del método que impugnamos, llamado a hallar complejos métricos inconscientes y a desconocer y negar los complejos métricos plenamente conscientes, en una labor tan fundamentalmente conscia como la de la estructuración de la prosa métrica. Parece —y perdónesenos la vulgaridad del ejemplo, en gracia a su expresividad— como si los tratadistas modernos de métrica imitaran al sabio del cuento, que pretendía enseñar a rugir al león. Dentro de las flamantes teorías que discutimos, cabe la posibilidad de suspender en *métrica prosaica* a un profesional de la prosa artística y métrica y, en cambio, de conceder la palma en esa técnica al que no

[42] Del método estadístico y de sus graves inconvenientes en las investigaciones de Métrica, no necesitamos añadir nada a las muy certeras observaciones de *Nicolau, op. cit.*, pp. 30 y ss.

[43] Vid. de este autor su *De número oratorio latino*, p. 8.

[44] Vid. *État actuel*, etc., pp. 30-31: "...*la frequence absolue ne nous dit rien* de cette tendence, car la forme — ∪ — — $\overset{\cup}{-}$ par exemple, et d'une frequence absolue la plus grande dans Cicéron, céest vrai, mais la comparaison avec un texte ametrique nous montre que *la forme* — ∪ — — ∪ $\overset{\cup}{-}$ *est la plus recherchée* chez lui."

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

haya ni pensado en ejercitarla: misterios, en suma, del método comparativo y estadístico... Después de lo dicho, no podrá sorprendernos que se haya pensado en la posible eventualidad de que en un futuro acaso próximo, tengamos que buscar ansiosa y concienzudamente los textos que no hayan sido corregidos y, por ende, deformados merced a las fantasías métrico-prosaicas. Porque sabido es que tales fantasías no han sido siempre innocuas, sobre todo, en los casos en que han inspirado una posición morbosamente hipercrítica al editar determinados textos clásicos.

Mas no obstante la indiscutible validez dialéctica —al menos, en la humilde opinión del que esto escribe— de las argumentaciones precedentes, *Novotný* ha creído descubrir en las suasorias *ad Caesarem senem de re publica* un ritmo interior, nada extrínseco y aparencial, perfectamente similar al que también dicho docto ha pretendido hallar en la prosa de las obras de Salustio de indiscutible autenticidad. Ese ritmo "interno" —si se nos tolera el calificativo— que regula la posición de los vocablos en el interior de las frases y no consiste, por tanto, en meras y externas coincidencias verbales, es el que —siguiendo al propio *Novotný*— resulta más inasequible a los imitadores, *servum pecus,* y aparece como patrimonio exclusivo y módulo propio de cada autor en sus diversas producciones. En efecto, en el artículo tiulado *Un nuevo método de las cláusulas y los "salustiana" dudosos*[45] el susodicho *Novotny* se ha servido de los índices del ritmo de Salustio previamente hallados para juzgar de la autenticidad, o de la inautenticidad en su caso de los opúsculos atribuidos al famoso historiador latino *Ad Caesarem senem de re publica oratio, ad Caesarem senem de re publica epistola* (estas dos producciones son las que ordinariamente designamos como *epist. o suasoriae ad Caes. sen. d. r. p.*) —e— *Invectivae in Ciceronem.* Ahora bien, los criterios rítmicos (mejor diríamos métricos) aludidos parece que permitan reconocer a nuestro autor una clara semejanza entre el estilo de las suasorias, especialmente, el de la segunda, y el estilo de las obras sin duda auténticas de Salustio. Mas, como ya anteriormente hemos indicado, adviértase que para *Novotný,* la prosa del historiador de Amiternum no es amétrica, sino de metricidad diferente a la de Cicerón, aunque notoria e indiscutiblemente métrica. La más acentuada diferencia —sigue afirmando nuestro autor— procede de que Salustio no evitaba el orden dactílico, ni en el

[45] *Nova Clausulova methoda a pochyhna sallustiana* ("Listy filologicke" XLV 1918, p. 264). El concepto que aquí atribuyo al autor estudiado, me parece claramente expuesto en la traducción que particularmente —y con no pocas dificultades— pude proporcionarme de una parte de esa monografía, escrita en lengua tcheca. Mas de todas suertes, tenga el lector por repetidas en este lugar todas las salvedades ya expresadas en punto a nuestro doloroso desconocimiento del idioma tcheco.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

interior, ni en los fines de frase y en que es justamente la cláusula heroica (— ∪ ∪ — ⏑̲), evitada por Cicerón, la que en el mismo Salustio y en Tito Livio tiene un gran valor de tal, es decir, de verdadera cláusula. Además, según *R. Ullmann* en los *Symbolae Osloenses* (1.925, pp. 65-75), el predominio del espondeo y de las combinaciones en que el espondeo se encuentra en penúltimo lugar, es un rasgo característico del ritmo de Salustio y de Tito Livio.[46]

Impondríase ahora que desplazáramos el campo de nuestra investigación y tratáramos de comprobar o de rectificar los asertos del citado filólogo tcheco referentes a la metricidad de la prosa "salustiana" auténtica que sirve, como es natural, de crisol y de piedra de toque de la prosa pretendida "salustiana", de autenticidad discutible o, cuando menos, díscutida. Mas no es necesaria esa dilación. Sin entregarnos a semejante labor, no vacilamos un punto en reconocer que las características por *Novotny* atribuidas a la contextura prosódica de la prosa auténtica "salustiana" son ciertas, pero... de su propia certidumbre, conjugada con el concepto que de la prosa métrica hemos sostenido y razonado en este "ensayo", deducimos con irreprochable rigor dialéctico la afirmación de que esa prosa indubitablemente auténtica "salustiana", *no es prosa métrica.*

Pero entendámonos: no es "prosa métrica", si por "prosa métrica" se entiende y seguimos entendiendo lo que siempre generalmente se ha entendido por tal realidad literaria y estilística, dentro del orden de supuestos fonéticos, rítmicos, prosódicos, tradicionales e históricos en medio de los cuales se ha forjado semejante modalidad de la prosa artística. Claro es que, en cambio, será la prosa auténtica "salustiana" "prosa métrica", si aceptamos el más que discutible, ya discutido e impugnado concepto que de la prosa métrica defiende *Novotný.* Como no sería discreto, sino altamente dilatorio y enojoso que reprodujéramos en este lugar toda la impugnación que dicho concepto nos ha merecido ya, a nuestros previos razonamientos nos referimos aquí y en su eficacia probatoria fiamos para deducir que si los opúsculos atribuidos a Salustio se asemejan en su contextura prosódica a la de la prosa auténtica "salustiana", ni en aquéllos ni en ésta cabe hablar de "prosa métrica".

Pero se nos dirá también que acaso estamos discutiendo nombres y barajando fantasmas, creyendo y deseando movernos en el orden de las realidades. Es posible que se nos objete que si no es "prosa métrica" para nosotros lo que merece tal consideración para *Novotný,* dejando aparte nuestra disputa verbal podrá reconocerse que, *cuando menos,* la semejanza entre la prosa auténtica "salustiana" y la prosa discutible en su autenticidad de las suasorias susodichas, es mani-

[46] *Novotný, État actuel,* etc., etc., pág. 71.

fiesta, y de tal circunstancia cabría deducir consecuencias importantes para resolver el grave problema de la discutida paternidad literaria de semejantes suasorias. Pues bien, ni aun esa solución mínima nos parece defendible. Advierta el lector que no es lo mismo la coincidencia en una cualidad positiva que la coincidencia en una abstención o en una privación. La coincidencia en el recóndito módulo de la metricidad prosaica es, desde luego y cuando más, favorable indicio de conexiones de técnica entre dos o más obras, o de unidad de autor en las mismas. Mas que en varias obras se abandone el artificio métrico-prosaico, no indica de modo inequívoco que tales producciones sean obra de la misma mano y sí tan sólo que han surgido al margen de toda inquietud, de toda preocupación rítmico-métrico-prosaica. Y esa posición no es ciertamente unívoca; puede obedecer, y de hecho obedece en la generalidad de las ocasiones a muy diferentes móviles, ora de personal incapacidad, ora de consciente restricción, ora de especial anhelo de alejar la prosa de todo contacto con la poesía etc., etc. Si ya al comienzo de estas disquisiciones advertimos que las más extrínsecas y asequibles coincidencias de técnica métrico-prosaica, no permiten deducir asertos con absoluta certidumbre acerca de la paternidad de una obra de autenticidad discutible y discutida, ¿qué diremos del caso en el que la congruencia se reduzca a la negación, a la abstención de toda estructura de prosa métrica en las obras comparadas? Comprenderá el lector que la reserva formulada aquí es tan lógica como indiscutible. No es, por lo tanto y para nuestro caso indiferente que sea, o que no sea "prosa métrica" la de las obras de indiscutible autenticidad "salustiana". Y precisamente por la importancia prejudicial de esa cuestión, la hemos concedido y la seguimos concediendo atención muy preferente.

Mas al llegar a este punto de nuestra impugnación creemos necesario recordar para prevenir al lector contra precipitadas exclusiones y valoraciones, que ni hemos expuesto totalmente las doctrinas que nos son conocidas de métrica prosaica de *Novotný*, ni tales doctrinas nos han sido hasta el momento asequibles en su total integridad y con la diafanidad anhelada. De ambas limitaciones, voluntaria aquélla y razonada ya, involuntaria y, por ende, no razonable esta última, podremos acaso prescindir en momento y lugar más oportunos que los presentes, porque no estimamos desdeñable, ni mucho menos, la circunstanciada exposición de todo lo hasta el momento alcanzado, aunque atraiga y solicite nuestra más apasionada curiosidad lo aún no indagado, ni visto. Con lo omitido conscientemente por razones de oportunidad y con lo que sin duda resta por alcanzar, habrá materia más que suficiente para acometer una completa refundición de este modesto "ensayo".

Insistimos, pues, en advertir que no desdeñamos la considera-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ción particularizada, punto por punto, de las doctrinas de *Novotný*, pero aparte las razones más de una vez expuestas, en los momentos en que se trazan estas líneas no hemos podido consultar todas las monografías de métrica prosaica también debidas a la competencia probada del mencionado filólogo tcheco, y las dificultades de orden material con que tropezamos, no son de las que cabe esperar que se obvien en un plazo perentorio. Pero... podemos "esperar andando", y así lo hacemos, sometiendo a un reiterado y escrupuloso análisis las aseveraciones de carácter general y metódico que hallamos expuestas y sostenidas en las monografías del citado filólogo hasta la fecha consultadas y utilizadas hasta el momento.

De esas aseveraciones merecerá que sea una vez más destacada la referente a la personalísima apreciación de *Novotný*, que no admite la distinción notoria y manifiesta a todas luces de cláusulas métricas y "amétricas", porque en su concepto, donde hay una tendencia a señalar los fines de frase y de miembro por una forma métricamente expresiva, allí hay en todo caso una cláusula. Claro es que convendría precisar bien lo que el autor entiende por "forma métricamente expresiva" y que si con esa expresión se sugiere el concepto de grupos prosódicos de intrínseca plasticidad rítmica, ese su peculiar carácter y no su lugar al fin de miembro o de frase, capacitará a aquéllos para servir de cláusulas adecuadas.

Pero no descenderemos a esas sutilezas y nos bastará tan sólo con advertir que ya la determinación de la apuntada tendencia a indicar los fines de frase y de miembro implica muy arduas dificultades, donde no hallamos aplicaciones, más o menos diferenciadas e individualizadas, de formas tradicionalmente admitidas. Porque ¿será suficiente para apreciar esa tendencia el resultado numérico de las estadísticas? ¿Se descuenta siempre en éstas el margen de error que podía resultar de la persistencia o, cuando menos, de la frecuencia de ciertas formas léxicas similares y, por ende, de sus respectivas estructuras prosódicas en finales de miembro o de frase, por acatar debidamente ineludibles exigencias sintácticas y aun estilísticas del orden de colocación de vocablos en una lengua de sintetismo tan claro como la latina? ¿No hará falta, por tanto, que las cifras de las aludidas estadísticas sean no ya sólo registradas, sino escrupulosamente discernidas y valoradas? Y, por otra parte, ¿sería siempre realizable ese inexcusable dicernimiento, en el que parece que no se haya pensado por el propio *Novotný*? Reconózcase que en las interrogaciones formuladas, hay márgenes respetables de duda y de meditación, que no deberán ser ligeramente soslayados.

Para que las cifras de frecuencia de determinadas combinaciones de vocablos y de sus correspondientes estructuras prosódicas en determinados lugares de las obras de prosa métrica, tengan pleno valor

significativo y total eficacia probatoria, será necesario que se determine primero por qué ciertas combinaciones métricas y no todas alcanzan una plasticidad rítmica no lograda por otras y cuáles son en definitiva, las íntimas conexiones que ligan el ritmo del pensamiento y de la emoción con el que se intenta traducir y exteriorizar en la palabra hablada o escrita. Esta investigación, tan atractiva como ardua y en la que creemos que no se ha avanzado todavía en forma que permita recoger resultados de alguna densidad y volumen, deberá necesariamente proceder a tentativas de la índole de la que aquí estamos examinando. Y no se nos arguya que la intrínseca dificultad de la finalidad propuesta, explica y hasta justifica que, por el momento, se la soslaye, porque adviértase que si provisionalmente deberemos renunciar a lo que es de un modo inmediato irrealizable, nunca nos podremos autorizar a construir nuestras tesis sobre vanos supuestos.

Recuérdese también que, como al comienzo de esta digresión advertimos, el propio *Novotný*, para sostener la parte más personal y original de su doctrina, nos habla de "formas métricamente expresivas"; pues bien, esa expresividad debe ser algo más que un "flatus vocis" para que con tanto esmero sea requerida y señalada, y no presumimos que pueda encontrar mejores, ni más sólidas raíces que las de una estrecha e indisoluble conexión de tales formas con sus contenidos conceptuales, emocionales, fonéticos incluso. Este verosímil supuesto aleja considerablemente la probabilidad de que dichas formas puedan ser discernidas por cómputos de frecuencia hechos *grosso modo*, y menos aún, que las veleidades personales del escritor, puedan conferir o denegar calidades de cláusulas a determinados grupos prosódicos. Si el problema que aquí planteamos llegara a centrarse en el ambiente por nosotros propuesto, hallaríamos posibilidad de explicar un extremo que parece inexplicable dentro de los supuestos de la doctrina de *Novotný*. Las cláusulas que cada autor puede inventar para su peculiar uso, de no responder a intrínsecas y comunes condiciones de la Euritmia del vocablo, ¿resultarían eficaces, plásticas, *expresivas* para su público de no hallarse éste imbuido de análogas veleidades rítmicas a las que sintiera aquél, supuesto en muchos casos improbable? Una contestación terminantemente negativa parece necesaria para responder a la anterior pregunta. En cambio, en la suposición contraria, en la que inspira estas observaciones, ¿no sería perfectamente natural que el autor lograra sobre su público los efectos rítmicos que pretende y que en muchos casos logra? La consecución de tales efectos dependería, sí, muy principalmente de la destreza artística del creador literario, pero semejante destreza serviría para alumbrar a la superficie de la obra creada la *ritmicidad* inmanente a que rinden culto lo mismo el literato profesional que el profano más indocumentado en el sector de las actividades artís-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ticas. En suma, que creemos no pecar de audaces suponiendo que esa tantas veces incidentalmente glosada "expresividad de las formas métricas", alude a una objetividad que debe ser cuidadosamente inquirida y descubierta, para disipar de la concepción que discutimos el matiz de arbitrariedad caprichosa que pudiera deslustrarla. Claro es que estas observaciones no implican que se niegue al forjador del ritmo prosaico toda personal iniciativa y responsabilidad en sus tareas específicas, pero aun reconociendo ese margen de legítima y hasta necesaria subjetividad, habrá que reconocer también que será inexcusable operar con valores físicos y humanos y para moverse en un ambiente de depurada humanidad artística. Por tanto, bueno será, al enfrentarse con la doctrina que estamos examinando y criticando, integrarla en la más amplia que tratemos de sugerir, sin atrevernos a acometerla sobre la marcha.

No será liviana la importancia así lograda por la concepción que discutimos, que fecundamente suscita, hasta al ser impugnada, útiles aplicaciones complementarias. Sabido es que en la penosa marcha ascensional del pensamiento humano, en más de una ocasión, la presunta, pero en realidad insuficiente solución propuesta para un determinado particular problema, ha solido servir para plantear en sus más amplios y precisos términos ese mismo problema en un aspecto cardinal, previamente incomprendido. Y si no somos víctimas de una ilusión, eso creemos que acontece en el caso de referencia, por donde pensamos que la doctrina impugnada alcanza su máxima eficiencia más en el complemento que suscita que en los hechos particulares y concretos que logra explicar de un modo satisfactorio.

Hora es ya de que estos estudios de Métrica o de Rítmica prosaica (hay que lamentar bastante impropiedad en el uso de los términos técnicos en este sector de los estudios filológicos) no se muevan entre los superficiales extremos de un irracional "psitacismo" de aseveraciones tradicionales de los teóricos de la Retórica, y de un no menos lamentable empirismo estadístico. No desdeñaremos los auxilios que de las fuentes de información citadas cabe derivar y obtener, pero en definitiva deberemos atenernos a un análisis profundo y minucioso de la forma rítmica y métrica en su causal relación con el fondo en ella "ritmizado" y "metrificado". Sólo cuando tal análisis pueda ser verificado en condiciones de dichosa y eficaz efectividad, podremos acometer una síntesis plena y lúcidamente discernida del complejo en que el fenómeno del ritmo prosaico consiste y ya entonces, las cifras de los grupos prosódicos o léxicos de las cláusulas, tendrán cumplida y clara significación.

No creemos irrealizable en momento oportuno, aunque nunca sea asequible en forma accidental, ni menos digresionalmente la labor aquí propuesta y no cumplida. Repetimos que las dificultades más

arduas, si no exceden de las capacidades humanas, nunca podrán justificar cobardes abstenciones. Por tal motivo y para el ejercicio de aptitudes más felices que las del que escribe, véase cuál pudiera ser el camino que importaría recorrer en esa ampliación de horizonte y de problemas que hemos postulado en esta exposición crítica.

Importará ante todo en el examen de casos paradigmáticos y hábilmente escogidos, discernir toda la compleja textura del hecho rítmico-métrico-prosaico: el acentuado relieve conceptual y emotivo logrado con la forma rítmico-métrica y sus causas, si fueran inmediata o mediatamente asequibles, o sus fuentes generadoras; la fijación de la parte en que se mueve con plena independencia la libre iniciativa del creador o seleccionador de esa forma artística, y la que se halla predeterminada por la propia índole de los elementos prosódicos combinados en tal creación; la proporción en que aparecen esos dos fundamentales factores en el complejo examinado y sus recíprocas relaciones e influencias; la aportación del elemento tradicional a semejante síntesis; la fuerza mimética y sugestiva de los elementos fonéticos morfológicos, semasiológicos y estilísticos y sintácticos del vocablo en su función rítmico-métrico-prosaica, etc., etc. Reiterados y delicadísimos análisis de la orden del proyectado en las precedentes líneas, permitirán vislumbrar la respectiva importancia de cada una de las facetas mencionadas y de bastantes más, que descubriría, sin duda, la exploración atenta de los casos analizados. Esa valoración y jerarquización de los elementos integrantes de la síntesis discernida, permitiría pronto decidir a cuál de aquéllos habría de darse preferente consideración e importancia en el total complejo por todos integrado. Y según fuera el origen que hubiese después que señalar o atribuir al elemento predominante, así se podría decidir respecto a las consecuencias más probables y verosímiles del análisis métrico-prosaico para la solución de arduos problemas de alta crítica sobre la autenticidad o inautenticidad de determinadas obras literarias en prosa. Sin prejuzgar para el caso que ha suscitado todas estas disquisiciones, obvio parecerá que las soluciones simplistas a que suelen inclinarse *Novotný* y otros doctos modernos, no resulten muy probables en este sector de los conocimientos humanos, dada la extrema complejidad de elementos integrantes que la más superficial consideración descubre en los hechos del ritmo métrico-prosaico. Desde luego, la obligada prudencia con que habremos de proceder ante concepciones que omiten ese reconocimiento substancial de la complejidad notada, producirá saludables efectos de austera severidad científica, nunca desdeñables en el fructuoso e inexcusable ejercicio del *ars nesciendi.* Pero es más, es que hasta podría ocurrir que en el detenido examen de los complejos analizables y analizados, no se llegara ni a determinar elementos predominantes, ni siquiera a creer en algún caso extraordinario po-

sible o legítima la existencia de tales relevantes factores: pues bien, aun en tan extremo supuesto, sería de indubitable valor semejante resultado, que con sólido fundamento pondría una eficaz limitación a toda audaz tentativa de resolver por criterios métricos exclusivamente arduos problemas de autenticidad literaria. No hay que decir que rectificar una abusiva aplicación de una determinada orientación metódica, suele suponer no sólo la ventaja de librarnos de un error, sino la más positiva de depararnos una nueva verdad en la legítima concreción a que queda adscrita la concepción rectificada. Si tuviésemos que convencernos de que la teoría de las cláusulas métricas de la prosa rítmica, mejor, rítmico-métrica, no es un expediente infalible para resolver problemas de autenticidad o inautenticidad literaria, es muy posible que adquiriéramos a la par la sana y moderada idea de que esa teoría es susceptible de otras más modestas, pero no menos útiles aplicaciones que la que suponemos fracasada. Aquí, como en otras ocasiones el prudente *ars nesciendi,* tendría una fructuosa, utilísima compensación en el *ars moderate sciendi* s. *vere sciendi.*

Pero queda todavía pendiente de examen un tema central en el caso que estudiamos. En efecto, ¿se ha intentado analizar *métricamente,* sin prejuicios teoréticos definidos en cualquiera de las dos direcciones aquí en pugna, la prosa de las dos suasorias en cuestión. Queremos creer que a esa ingenua pregunta podrá y deberá contestarse *afirmativamente,* cuando tanto y tanto se ha escrito acerca de la *metricidad* o *ametricidad* de esas piezas prosaicas. Pero lealmente confesamos que nos parece también advertir que se ha prescindido del examen inmediato, directo, objetivo y desapasionado de la contextura métrica de esos opúsculos. De otra suerte no se hubiera dejado de advertir lo que acreditan los resultados que recogemos a continuación. Y téngase en cuenta, con la debida prelación, que con rigor acaso (y sin acaso) conscientemente exagerado, no hemos admitido en nuestro registro más que los casos indubitables de cláusulas notorias, o los generalmente tolerados de constantes y acostumbradas substituciones de los sistemas puros. Conscientemente hemos dejado en el tintero *secuencias* prosódicas con notable frecuencia tenidas por cláusulas legítimas, pero en ocasiones también discutidas en punto a su legitimidad métrico-prosaica. Y bien, procediendo con la escrupulosidad indicada siempre conveniente, mas de todo punto necesaria en nuestro caso y para cimentar serios razonamientos, he aquí lo que hemos hallado. En la primera suasoria de referencia encontramos estas cláusulas (de frases, *membra* o *incisa)* notoriamente métricas:

[— ⏑ — — ⏑̄] ātquĕ clēmēns sĭt, (1)—tēmpĕrāvērĕ (2)—delĭctā pēr-pēssŭs (6)—bellō sātīs dĭctŭm. (6)—victōs cŭpīvĭssĕ. (6)—pēctŏrē

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

ēvōlvăt (8)—quēmquĕ fōrtūnāē, (1)—potēst ŭtēī dīcānt. (1)—modō mŏdo īn cīcīs, (5)—malīsquĕ dīmōtīs (5)—commacularetūr bŏnōrūm lāūs. (6)— māgnā mērcēs ēst. (6)— bonūsquĕ prāēcēptīs (7)— con cupītā prāēbēndō, (7)— tūtīōrēs sīnt. (8)— alīā vīā pērgēs. (8);
[— ∪ — — ∪ —] incorrūptā pērmānsĕrānt. (1)—munītīōrēs pŭtānt, (1)—factū sīt ĕxīstĭmā. (2)—consūētā nōn sūppĕtūnt, (6)—lubīdīnī cōnsŭlēs, (6)—cōrpŏrīs gāūdīīs (7)—dēsĕrēndō dōmōs (8)—pecūnīāē dēsĭnēut, (8);
[— ∪ — — ∪ — —] prudēntīōrēm sĕcūtī. (2);
[— ∪ — ∪] nequiorēs fŭērĕ. (1)—sīc vĭdētŭr: (1)—virtūtĕ pārtā, (1)—ēxpĭāndā (3)—expēllĕrēntŭr, (6)—ōpsĕcūtūs, (6)—*provideā ŏpōrtēt*, (7)— dominarī dēcēbăt (8)— pārtĕ dīctūm (8)— strēnŭūs sīs, (1)—mortēm rāpīnās, (2)— praedāē fūtūrōs. (5)— cōnrŭīssēnt, (7)—exērcĭtāndō. (7)— ŏccūpāndō. (8).—

En esa misma primera suasoria hemos encontrado estas generalmente admisibles y admitidas substituciones de los esquemas puros de las respectivas cláusulas métricas, procediendo con el indicado y necesario rigor y no dando cabida en nuestro registro más que a aquellas formas más generalizadas que presentan *una sola* ligera modificación *en cada caso* del arquetipo paradigmático (desdoblamiento de *una* arsis, o substitución de *una* breve de tesis por una larga, inversión del orden en que suelen aparecer colocados los grupos prosódicos integrantes de la cláusula, etc., etc.)

[— ∪ ∪∪ — ∪] ōmnĭă fŭtūrā. (1)—sāēpĕ *trĭbŭērĕ* (2)—*attĭngĕrĕ* nĕquīrĕt, (7);
[— ∪ ∪∪ — —] dīgnā făcĭūndō. (1);
[— ∪ — ∪∪ —] iniūrĭāē fĭērēnt, (4)—stipēndĭūm făcĭēnt. (8);
[— — — — ∪] āēquē cōnquīrīt. (6);
[— ∪ — ∪ —] pro socōrdĭa āēstĭmēnt. (6); [47]
[— ∪ — — ∪ ∪] āntĕ tē ōmnĭbŭs, (1)—pārtā cōmpōnĕrĕ, (1)—pacīs bŏnīs ārtĭbŭs (1)—industriā hăbērēī dĕcĕt (1) [48]—firmāndā rēs pŭblĭcā (1) ēt dĭūtūrnā sīt (2)— fenerātŏr īn pōstĕrūm (5) tū mĕdĕrī pŏtēs (6)— aliēnā cōnsūmĕrĕ, (6)— Romā brĕvī cōncĭdĕt (6)— vicĭssĕ quīd rēttŭlĭt (6)— falsīs vŏlūptātĭbŭs, (6); [49]
[∪∪∪ — — ∪ —] obprŏbĭă vĭctōrĭaē (4);
[— ∪ ∪∪ — ∪ —] rēbŭs ăllĭī tĭmēnt, (6);

[47] Admitido el hiato, la cláusula sería dicrética y, por ende, totalmente regular: socōrdĭā aēstĭmēnt.

[48] Admitido el hiato posible de āā, más evitado, tendríamos la cláusula no totalmente inaceptable, ni inusitada — ∪ ∪ — — ∪ ∪: industria hăbērēī dĕcĕt.

[49] Casos como el que se ofrece en: licēntĭām dēmpsĕrīs (6), con final *anceps*, pueden sugerir el tránsito del esquema puro — ∪ — — ∪ — al esqema ligeramente modificado: — ∪ — — ∪ ∪.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

[— ∪ —∪∪∪ —] quāē tĭbī plăcŭĕrĭnt (8);
[— ∪ — — ∪∪∪] factō mĕō dĭssĕrĕrĕ. (8);
[— — — — ∪ —] pĕrvŏrsē cōnsŭlūnt (*1*)—ēvādēndum ēst tĭbī (*1*)—Pompēiūm dĭscēssĕrĭnt (2)—cōnfēctīs ōptĭmōs (4)—libidinī sūmptūs qūāerĕrēnt (4)— immōrtālēs ādprŏbēnt (8);
[— ∪ — — — —] paucĭssĭmīs āpsōlvī (8); [50]

De la cláusula heroica, he aquí los casos registrados en esa primera epístola:

avidē cŭpĭūntŭr, (1)— Āppĭŭs āĭt, (1)— īncrĕpăbāntŭr, (2)— ōmnĭă vĭsă, (3)— ēt pŭĕrōrŭm, (4)— extōllĕrĕ sēsē (5)— lūdĭbrĭō sūnt, (6) dētĭnēātŭr: (6)— vēntrem ŏēăē, (8)— prōmptă vĭdētŭr, (8)— quiēscĕrĕ mōs ēst, (8)— ōmnĭă vāstānt, (8)— reticuĭssĕ pĭgĕrĕt (8).

Todavía para registrar todos los hechos de "prosa métrica" que advertimos en dicha primera epístola, convendrá destacar las siguientes bien manifiestas "responsiones" semánticas y prosódicas de tal texto:

ne incŭrĭă dēfŏrmēntŭr— aut—cōrrŭānt īnfĭrmătă. (1); āntĕ tē ōmnĭbŭs... pārtă cōmpōnĕrĕ (1); īmmānĕ dĭctūst qūāntī... Pōmpēiūm dĭscēssĕrĭnt (2); dēflūxĕrĕ... rēstĭtĕrĕ (2); magistrātūm pŏpŭlō, non creditōrī gĕrĕrĕ (5); dīvĭtĭās cōntēmpsĭssĕ | ēt vĭctōs cŭpīvĭssĕ (7); extōllĕrĕ sēsē... attĭngĕrĕ pŏtēst, (7); nōn ādsēntāndō... concupītă prāēbēndō (7), etc., etc. [51]

Resumiendo todo el análisis precedente, he aquí sus resultados numéricos: casos observados: 212; cláusulas métricas halladas: α) indubitables: 41; ß) plenamente admisibles: 30; total: 71. Tanto por ciento de *metricidad* del texto analizado: 33.[49] De no haber procedido con el rigor ya subrayado y admitiendo formas con dos o más licen-

[50] En nota podemos adicionar a los precedentes y como caso muy probable y admisible en buena lógica el que se nos ofrece en: exercito utivolunt. (8). Medido ese grupo con elisión, aparece la cláusula pura exĕrcĭto ūtī vŏlūnt, mas incluso medido con hiato, depara la combinación no desdeñable exĕrcĭto ūtī vŏlūnt. Sin embargo, no incluimos en nuestro riguroso cómputo esa instancia, porque no nos es posible resolver de plano sobre la legitimidad o ilegitimidad de la elisión o del haito posibles en el grupo de referencia. Claro es que no disimulamos nuestra conjetura favorable a la legitimidad de tal hiato al redactar esta nota, que queda así y por tal motivo plenamente justificado.

[51] Esas "responsiones" con sus acusadas aliteraciones y rimas, acreditan la matización retórica del estilo de esta epístola, en la que en punto a *disposición chiastica* de vocablos, se ofrece este curioso caso, de un manifiesto y rebuscado artificio: magna mediocri sapientia res (1). Y precisamente en este último texto, hay un esbozo de cláusula en el grupo: sapiēntĭā rēs hūc vŏcăt. Insistimos una vez más en que de no sentirnos impulsados por un rigurismo estricto, podríamos registrar muchas más cláusulas de las que nos permitimos admitir en este análisis.

cias en cada caso respecto al esquema puro, ese tanto por ciento se hubiera elevado a la cifra respetable de un 40 ó 45.

Y ahora, sometiendo a un examen idéntico a la segunda suasoria, veamos los resultados obtenidos:

Cláusulas evidentes [— ∪ — — ⏑̄] opulēntĭā pōssĕt (1)— satīsquĕ prūdēns sĭt. (1)— aequō prŏbārētŭr, (2)— ullŭm sătīs pōllĕt, (7)— praetēr bŏnūm nōmĕn (9)— hostīs părābātŭr, (10)— prōspĕrē cēdĕt, (12) [52]—cōpĭāē ādsĭnt (1) [53]—ĭmpĕrātōrī, (1)—publicā tĭbī scrĭpssī (2)—quadragintā sĕnātōrēs (4)—dēmĭnūtāē sūnt (5)—ĭgnāvĭāē dūcō (6)—cōntra ĕām nīsī (6) [54]—exīstŭmāvērūnt (6)—animūm sŭbēgīt qūīn, (19)—māxŭmam ĭn tērrīs, (13);
[— ∪ — — ∪ —] mirābĭlēm cōmpĕrī, (1)—ĭmpĕtū vĭndĭcēs (2)—fāctĭōsī rĕgūnt, (3)—hominēs ĭnērtĭssĭmī, (3)—pecūnĭāē dēmĭtō. (4)— inertĭssĭmī nōbĭlēs, (9)—cōrpŭs ēxĕrcŭī, (10)—ā mĕtū lĭbĕrā: (11)— paucīs sĕñātōrĭīs (11)—hāēc tĭbī dĭcĕrēnt (13);
[— ∪ — — ∪ — ∪] negōtĭīs ĭmpĕdĭtā (5)—laudāntŭr ātque ādpĕtūntŭr. (8);

[— ∪ — — ∪ — — ⏑̄] promĭscŭē dĭvĕs ēt pāŭpĕr (7)—ūt cŏlāntūr bŏnī mōrēs, (7)—dĭgnĭtātēm clĭēntēlās (11);
[— ∪ — ∪] *prāvĭtātĕ (3)—intēllĕgēbăt, (4)*—commūnĭāsquĕ. (14)— ingenii prŏbārĕ, (4)—āntĕĭbăt: (5)—rēs ăgētŭr, (6)—sēse hăbērĕ (6)— [55] exērcĭtābăt. (10)—ōptĭma ūrbĕ (13)—[56] cĕpĕrāmŭs, (13)— fāctĭōsī, (6)—fĭdeīque ămīcī (6)—paucīs prŏbārī (7)—apsurdē plăcēt lēx, (8)—satīs vălērēnt, (8)—māgnā vĭs ēst, (9)—pedēs fŭgācēs; (9) —cōnsŭlēbānt, (10)—ĭmplĭcātī, (11)—ādfŭērūnt, (11)—*praesidiūmquĕ* nōbīs, (13) .[57]

[52] Con hiato, ōptĭmā ūrbĕ (13) correspondería a esta sección; con elisión pertenecerá al tipo de cláusula admisible y admitida — ∪ — ∪. Siempre se obtendrá, por tanto, una instancia métrica de ese grupo. Decimos lo mismo de ūsŭi ēssĕ (12).

[53] En cŏpĭāē ādsĭnt parece legítimo y justificado el hiato, pero si nos equivocásemos, ese grupo se podría considerar siempre métrico y referible al esquema — ∪ — ⏑̄. En pecūnĭa āmĭssā, (7) por su "corresponsio" con māiōrēs nōstrī por la conveniencia de evitar una enojosa concurrencia vocálica *i ā ā*, la probable y defendible elisión, engendradora no obstante de *hiato (ĭ ā)*, *permite obtener una* clara instancia métrica.

[54] Adviértase que en cōntra ĕām nīsī, aún con hiato, tendríamos también cláusula admisible y legítima. En cambio, en consulātŭm ērūpĭt; (9) sólo el hiato permite obtener valor métrico de ese grupo prosódico, así como la elisión determina *el mismo efecto en ignāvĭa īnvāsĭt, (10), aunque quizá en este último caso el hiato* no destruyera totalmente el valor de cláusula de tal "secuencia" silábica.

[55] En sēse hăbērĕ, con elisión o con hiato, habrá siempre, como es fácil comprobar, instancia métrica favorable: sēse hăbērĕ —o— sesē hăbērĕ.

[56] Vid. acerca de este grupo nuestra nota anterior, Nº 52. Nótese además que un posible hiato, permite incluir en este sector la "secuencia" tĭbī ŏbēssĕt (3). Mas si ese grupo fuera rechazado de tal lugar por no admitir dicho haito, la elisión daría cláusula heroica: quōd tĭbi ŏbēssĕt, que, como consta por la misma práctica "ciceroniana", no es ajena a la intencionalidad métrico-prosaica.

[— ∪ — ∪ ⏑] renovātā plēbs ĕrĭt (7)—alienā lĭbĭdĭnĕ (11)—sī ĭd āccĭdăt, (12) [58] multīs lăbōrĭbŭs ,13)—āŭt sŭpērbĭā (5)—mortālĭbŭs dărī, (6)—pūblĭcum āēstŭmānt. (11)—fortĭssĭmī vĭrī, (13).

Cláusulas generalmente admitidas y usadas como substituciones legítimas de los esquemas puros; aparecen las siguientes en esta segunda suasoria que estamos examinando:

[∪∪∪ — — ∪] stăbĭlĭēbātŭr, (11);
[— ∪ ∪∪ — ∪] glōrĭam ăgĭtābĭs (13);

[—∪ — ∪ ∪ ⏑] perīcŭlūm făcĕrĕ, (1)—magistratūm mŏdŏ căpĕrĕm, (1)—alienās ŏpēs pĕtĕrĕ, (5)—vī sŭā pĕnĕtrĕt; (8)—sicūt mĭhĭ vĭdĕŏr, (10)—cārĭōrem hăbĕŏ, (12) [59] lĭbĕrīs pătrĭā (8);
[— — — — ∪] intĕrdūm fōrtūnā, (13)—nātūrāē cēssĭt, (13)—hāc tēmpēstātĕ (13);
[— ∪∪ — — —, derivado de — — — — ∪ e.d., de — — — — ∪] maiōrĭbŭs āccēpī, (4);
[— — — ∪ —] quāē dĭscrĭptĭō, (12)—fāctū vīsā sūnt (13);

[— ∪ ∪ ∪ — ∪ –] obēssĕt ĭtā lāpsŭs ēst, (3)—pecunĭāē dĕcŭs ădēmĕrīs (8); [60]

[— ∪ — — ∪ ⏑] additīs nŏvīs cīvĭbŭs (5)—āŭt quŏād rēs fĕrĕt, (7)—ubī ĕām dēmpsĕrīs, (7)— [61] sī dŏlūm cāvĕrīs (8) [62] nūmĭne in visĭĕr (12)—amplĭssĭmō nōmĭnĕ (13);

[57] Con lícita elisión, corresponde también a esta categoría el grupo dignitātem hăbĕrēī (1). Mas en el supuesto de que aquí se rechazara la indicada elisión, con el hiato, en tal hipótesis necesario, estaríamos también como en el caso anterior, dentro de la esfera de la cláusula heroica: dignitātĕm hăbĕrēī. Y respecto a tal cláusula heroica, damos por formulada en este lugar la salvedad ya propuesta en la nota precedente.

[58] En este caso de sī ĭd āccĭdăt, sólo el hiato —que creemos legítimo— permite obtener de dicho grupo una instancia métrica favorable. Con elisión, no se obtiene análogo resultado. Podremos, pues, considerar tal "secuencia" tan sólo como probablemente métrica. No deberá, por tanto, ser incluída en nuestro cómputo final.

[59] El grupo cārĭōrem hăbĕŏ puede ser también considerado como elemento integrante de uno más amplio, notoriamente métrico: glōrĭā cārĭōrem hăbĕŏ. Si en el texto hemos prescindido de ocupar esa y otras posibilidades, atribúyase a nuestro deseo de reducir todo lo posible la extensión de esta parte necesariamente casuística d nuestro "ensayo".

[60] En pecunĭāē dĕcŭs ădēmĕrīs, el valor prosódico *anceps* de la última sílaba del grupo, legítima la inclusión de éste en el sector en que aparece registrado. Si ese sílaba fuese (como no es) exclusiva y originariamente breve, tal grupo sólo con una cierta laxitud y tolerancia podía ser admitido en el lugar en que figura: conste así porque, como ya insistentemente hemos advertido, nos proponemos por lo menos (no nos atreveríamos a anticipar que lo conseguiremos) proceder con el rigor y la circunspección que nuestro desinteresado anhelo de inquirir la verdad demanda.

[61] En ubī ĕām dēmpsĕrīs, con hiato, cuando menos, explicable, si no es plenamente legítimo, de nuevo la condición prosódica *anceps* del último elemento silábico del grupo, permite su inclusión en el lugar en que aparece, pero en este caso,

[— — — — — ∪ —] alterīūs sōcōrdĭā (3) [63]—nōn ōrbī lĭbĕrī, (4)—plūrēs qūām iūdĭcānt. (7)—ūtī dēcrēvĕrīs, (12) [64]—parēntēs pōssēnt lŏquī, (13)—tērrārūm vāstĭtās (13);
[— ∪ — — — — —] fortunā tŭā dēcrēvī (1) [65]—fūndĭtūs mīscērī, (6)—sēvĭtūtem īmpōnī, (6)—āūt mĭnūs mātūrē, (7)—fāctĭōne īnstrūctī (10)—stultĭssĭmī mōrtālēs, (11)—superbiām sūām dīmittēnt (11);
[— ∪ ∪ — — ∪ —, derivado de — — — — ∪ —, o sea de
— ∪ ∪ — — ∪ —] alitēr nĕquĕ prīvātā rēs (7)—iūdĭcĭīs pūblĭcīs, (11);
[— ∪ — — ∪ ∪ —, derivado de — ∪ — — — —, o sea de
— ∪ — — — ∪ ∪ —] īllā rēs clārĭŏr ēst (1). [66]

a la inversa de lo que ocurre en el anteriormente anotado, acentuamos el matiz ulterior breve de la sílaba —*ris*, que posibilita la agrupación aceptada, sin preocuparnos del supuesto contrario que, por otra parte, permitiría sin reservas atribuir esa "secuencia" al esquema puro — ∪ — — ∪ —. Por tanto, adverada cualquiera de las dos posibilidades dichas, el grupo en cuestión podrá y deberá ser considerado como grupo notoriamente métrico.

[62] Es aplicable al grupo sī dŏlūm cāvĕrīs, todo lo expuesto en la nota anterior.

[63] De alterīūs sōcōrdĭā no creemos necesaria particular justificación, mas por si nos equivocásemos, conste que la penúltima sílaba de *alterius* es ordinaria y etimológicamente larga y su abreviación es muchas veces debida a exigencias del metro dactílico, que no podría consentir nunca "secuencias" como ésta: *ālterīūs*. Como en nuestro caso no creemos que se tratara de acusar un ritmo dactílico, que, por otra parte, sería inasequible en tal grupo, no vacilamos en aceptar y sostener la medida propuesta. Medida que además va apoyada en la coincidencia —no pocas veces perceptible en la prosa métrica latina— entre el ictus y el acento: alterīūs sōcōrdĭa.

[64] En ūtī dēcrēvĕrīs, a diferencia de lo apuntado en una nota anterior, interesa subrayar el valor de la larga de la sílaba *anceps*. Considerado como breve ese elemento silábico, el esquema puro — ∪ — — ∪ — presentaría no *una* sola alteración, como de ordinario y casi siempre suele ofrecer en nuestra enumeración precedente, sino *dos* en las sílabas segunda y sexta. De todas suertes comprenderá el lector que ese riesgo nimio no merecería —sin nuestro natural anhelo de rigor demostrativo— mención especificada, mas quede hecha ésta y el estudioso proceda de acuerdo con su mejor criterio y dictamen. Por nuestra parte seguimos creyendo que uti decreveris con la notación prosódica — — — — ∪ — es una cláusula rigurosamente admisible.

[65] En fortunā tŭā dēcrēvī pudiéramos admitir una metrificación más amplia que la registrada y de una simetría no poco significativa. La expresión íntegra a que pertenecen esas palabras es la siguiente: ēx fōrtūnā tŭā dēcrēvi: vemos ahí, pues, tres créticos, de los que el primero y el tercero presentan la substitución nada anómala — — —. Sin embargo, porque son *dos* y no *una* sola las modificaciones introducidas en el esquema puro (— ∪ — — ∪ — — ∪ —), no nos hemos decidido a considerar ineludible en el texto esta ampliación de cláusula que hacemos constar como posible, o probable en nota.

[66] Los esqemas derivados — ∪ ∪ — — —, — ∪ ∪ — — ∪ — y — ∪ — — ∪ ∪ — de los ya impuros — — — — —, — — — — ∪ — y — ∪ — — — — (que, a su vez, proceden de los puros — ∪ — — — y — ∪ — — ∪ —) y que son, por tanto, productos de "derivación secundaria", no deberían hallar acogida en el rigorismo propuesto y acatado de esta investigación. Sin embargo y excepcionalmente obtienen tales esquemas "derivados" por antonomasia "carta de naturaleza" entre las cláusulas impuras admitidas, por la frecuencia con que se suele hacer uso en la prosa métrica latina del pie coriámbico (— ∪ ∪ —).

Cláusulas heroicas: servitūtĕ rĕlīquĭt. (3)—satĭarī nĕquĭērĕ: (4)—nōn dŭbĭtābō. (4)—āmplĭfĭcātŭm (5)—habērĕ sŭbēgĭt, (5)—īmpĕrĭtābăt, (5)—civitātĕ fŭtūrŭm, (6)—nōbĭlĭtātĕ; (6)—rerūm pōtĕrētŭr, (6)—novōs cŏālēscăt. (7)—in pĕctŏrĕ vŏlvĭt. (7)—opulēntĭă vĭncĭt, (7)—dignitātĕ crēētŭr. (7)—īntŏlĕrānda ĕst: (8)—āddĭtāmēntī (9)—ingenĭūm que ădŏlēvĭt, (10)—litterīs ăgĭtāvī. (10)—honorēm pĕpĕrērūnt, (10)—gentibŭs mŏdĕrāntŭr (10)—fluctuantēs ăgĭtāntŭr: (11)—obscūrĭŏr ēssĕt, (11)—dīstĭnŭērĕ (11)—īmpĕrĭtābānt. (11)—dīstrĭbŭāntŭr; (12)—gēntĕ sŭbāctā (12)—dilabī pătĭārĭs. (12)—mēntĕ fĕrārĭs. (12)—prāēmĭă bēllī. (13)—grātĭfĭcāndī, (13).

Todavía deberemos advertir para dar fin a este análisis métrico que en la suasoria que estamos ahora examinando no sólo se presenta alguna que otra "responsio" prosódica y semasiológicamente expresiva, como hemos tenido ocasión de notar en líneas precedentes, sino que hasta en algún caso y sin ostensible imitación de esquemas métricos admitidos y notorios, se pretende tan sólo reflejar en el lento movimiento prosódico que determina la extraordinaria acumulación de sílabas largas, el agotamiento y la esterilidad de la senectud:

parēntēs ēxācta āētātĕ o parēntēs ēxāctā āētātĕ (4).

Y ahora, cifremos los resultados, en relación con las instancias consideradas en esta segunda suasoria. Casos observados: 306; cláusulas métricas halladas: α) indubitables, 61; ß) plenamente admisibles 35; total, 96; tanto por ciento de "metricidad" del texto analizado: 31,69. Es inferior, por tanto, esa cifra a la obtenida respecto a la primera suasoria (33,49), pero con una diferencia nada considerable (de 1,80). Sensiblemente acusan ambas suasorias un grado semejante de "metricidad", salvada esa ligera discrepancia. Que se observa bastante más acentuada si fijamos el tanto por ciento de cláusulas heroicas que aparecen en esas dos epístolas: en la primera, ese tanto por ciento se cifra en 6,13 y en la segunda, en 9,47. Téngase por otra parte presente que en la cláusula heroica, como hemos podido notar en otro trabajo ya publicado,[67] se acusan notorias veleidades de metrificación prosaica de un gusto más o menos depurado, por lo que si sumásemos la cláuuslas de ese tipo a las indubitables y a las generalmente admitidas como legítimas, que hemos registrado y enumerado, los tantos por ciento de "metricidad" de las suasorias analizadas ascenderían a las cifras 39, 62 para la primera de tales epístolas y 41, 17 para la segunda, con un aumento en relación con el primer cómputo de 6,13 y 9,48, respectivamente. De este modo, invirtiéndose los términos, el máximum de "metricidad" correspondería

[67] *Algunas observaciones acerca de la prosa de Marcial* (Revista "EMERITA", t. III. Semestre 1º, 1935, pp. 1-31.

a la epístola que en un principio parecía menos métrica (la segunda). No disimulamos que de las dos soluciones propuestas, merece nuestro particular asentimiento la señalada primeramente y no esta última, que acabamos de consignar, porque es más acentuada la repulsa que la aceptación siempre parcial y esporádica —de la cláusula heroica en la "prosa métrica". No debíamos, sin embargo, prescindir para dilucidar el problema que estudiamos de ofrecer esa instancia más a la atenta consideración de los estudiosos. Ahí están, pues, y ahí quedan nuestros datos, obtenidos de la atenta consulta del texto ya citado al comienzo de este "ensayo" de *KURFESS* de las suasorias en cuestión.

Y preguntamos ahora: ¿se podrá negar que en esas dos epístolas y, muy principalmente, en la primera de ellas, hay en una proporción bien acusada o, cuando menos, claramente perceptible verdaderas "secuencias" de "prosa métrica"? ¿Será lícito, después de acreditar y de adversar esos resultados con la pulcritud y el rigor convenientes decir que tales epístolas son totalmente ajenas a la estructuración métrica de la prosa "ciceroniana" y acusan sólo la modalidad *sui generis* de la presunta "prosa métrica" de Salustio? Creemos que la anterior pregunta puede únicamente ser contestada en sentido negativo. No, ciertamente no son por completo ajenas a la "prosa métrica" conocida como tal de la época "ciceroniana" las susodichas epístolas. Lo que sí acreditan —y de un modo muy característico esto ocurre en la segunda— que al factor métrico tradicional no se concede una sostenida atención, ni, por consiguiente, una constante, o, cuando menos, muy generalizada observancia. Ese carácter ambiguo, oscilante, indeciso que en su contextura métrico-prosaica acusan las suasorias de referecia, se compagina bien con la actitud poco definida y vacilante en extremo de algún humilde autor de segunda fila. Es de presumir que una personalidad de potente y original genialidad, no se hubiera mantenido en esas "medias tintas" y rompería en dirección de la clara y manifiesta "prosa métrica" de la época, o en el derrotero más asequible de la completa "ametricidad".

Mas podemos anticiparnos a una muy probable objeción, que acaso nos sea formulada después de aducir los datos y glosas que acabamos de presentar. Se nos dirá que esos indicios de "metrificación", aunque expresivos y notorios, por su relativa infrecuencia —particularmente en el caso de la segunda suasoria— nada prueban de lo que con ellos intentamos probar. Y claro es que si creyésemos que el número y no la calidad, tiene el valor de criterio decisivo en el caso, asentiríamos a ese reparo. Pero distamos mucho de creer que las cifras y las estadísticas sean argumentos irrefutables en problemas de Métrica clásica. Adviértase además que la cláusula heroica no es más frecuente en ninguna de las dos suasorias examinadas que esos men-

cionados indicios de "metrificación" y, sin embargo, para *Novotný*, tal cláusula heroica es una característica diferencial propia de la supuesta 'prosa métrica salustiana".

En verdad, no se nos alcanza —ni es fácil que se alcance a nadie— por qué han de caracterizar más y mejor una "prosa métrica" *veintinueve casos* de cláusula heroica que *sesenta y uno* de cláusula con — ∪ — — ∪, con — ∪ — — ∪ —, con — ∪ — ∪ —, con — ∪ — ∪ o con cualesquiera otras "secuencias" de notoria legitimidad y uso frecuente como las mencionadas en la primera parte de nuestro precedente análisis métrico. Pero además no se olvide que hemos advertido que no sirven todas y cualquiera de las posibles "secuencias" prosódicas para formar las específicas de cláusulas, influyendo en la solución pertinente con los hábitos del uso más generalizado, las condiciones de intrínseca adaptabilidad a los fines del ritmo prosaico de las fórmulas en remota arcaicidad escogitadas. Creemos, pues, que la objeción presunta no podrá comprometer la estabilidad, ni la firmeza del edificio conceptual que estamos construyendo.

De modo, pues, que si las consideraciones históricas y teóricas previas impedían asentir de plano a la tesis de la autenticidad "salustiana" de las dos epístolas *Ad Caesarem senem de re publica,* el examen inmediato del aspecto métrico de tales epístolas no nos consiente variar de actitud crítica, ni prescindir de la obligada circunspecta reserva. Más que piezas forjadas a la manera de las auténticas de Salustio, parecen las que aquí examinamos tímido ensayo de construir "prosa métrica", sin lograr sostenerse en el ambiente más favorable para alcanzar semejante objetivo. Esas creaciones defectuosas, en las que un ostensible designio artístico no logra realizarse más que a medias, son bien sintomáticas del esfuerzo y de la frustración de los imitadores de épocas tardas. Y en esa posición suponemos que se hallaba el *todavía* desconocido autor de las epístolas mencionadas. Mas añádase aún a lo expuesto el reconocimiento de que en punto a "metricidad", acusan la primera y la segunda epístola examinadas grados algo diferentes, si no radicalmente diversos. Si es, como se presume, anterior en el tiempo la segunda de esas epístolas a la primera,[68] es muy natural que en aquélla, más que en ésta, se noten las deficiencias métricas que iría gradualmente obviando el autor de las dos piezas mencionadas.

Adviértase además incidentalmente que no descartamos tampoco la posibilidad de que las dos epístolas de referencia no hayan sido

[68] Von den beiden an Caesar gerichteten Denkschriften über den Staat setzt, wie man schon seit langem erkannt hat, die in unsrer handschriftlichen *Überlieferung* und dementsprechen auch in unsren geruckten Ausgaben an zweiter Stelle erschienene eine frühere *Situation voraus* und ist also, wenn es sich bei diesen Schriften um wirkliche Zeitdokumente und nicht bloss um spätere Fälschungen handelt, zeitliche die ältere". G. CARLSSON, op. laud., p. 8.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

trazadas por el mismo autor. Ya G. CARLSSON (op. laud., p. 4), con referencia a la monografía de L. HELLWIG titulada *De genuina Sallusti ad Caesarem epistula cum incerti alicuius suasoria iuncta* (Diss. Lpz. 1883) textualmente dice: "In seiner Trennung der beiden Schriftstücke hat er (scil. H. Last) übrigens in L. Hellwig einen alten Vorgänger gehabt, der aber in umgekehrter Weise das zweite, mit einer anderen Datierung, für echt, das erste für unecht erklärt hatte". Y a estos asertos nos permitimos adicionar una conjetura, acaso no totalmente improbable. ¿Será la tesis de HELLWIG más verosímil si se tiene en cuenta que por lo que a la Métrica prosaica respecta, está más cerca de Salustio la segunda que la primera de las dos epístolas aquí estudiadas, en cuanto en aquélla más que en ésta se acusa la tendencia *amétrica* y el acentuado uso de la cláusula heroica a la manera "salustiana"? No damos a esta sugestión más que el valor muy relativo que puede corresponderla, ya que las dudas que justificamos en los razonamientos precedentes respecto a la supuesta paternidad literaria "salustiana" de las dos epístolas de referencia, no gravitan tan sólo sobre la primera de esas piezas epistolares.

En resumen, como creemos y demostramos que ni deductiva, ni inductivamente se puede probar con visos de eficiencia dialéctica persuasiva la presunta autenticidad "salustiana" discutible y discutida de las predichas epístolas, hacemos aquí punto, demandando —creemos que con toda razón y con todo derecho— que quede de nuevo abierta a las disputas de los hombres la determinación de la paternidad literaria de los opúsculos referidos.

Y ¿cómo habrá, por tanto, que proceder en lo sucesivo para reanudar y, finalmente, terminar con toda felicidad esta enojosa y agobiadora empresa? No sería ahora fácil —por lo menos, al que esto escribe— señalar esas definitivas rutas del futuro, mas sí bastará advertir que nos precaveremos de errores semejantes a los que ahora sufrimos considerando las realidades de la Métrica prosaica en toda la complejidad que descubren ante la atenta contemplación y la desapasionada experiencia del estudioso, ajeno a los prejuicios del sectarismo doctrinal o doctrinario. Procediendo así, serán lentos, pero seguros los avances que logremos alcanzar en la penosísima ruta que lleva al santuario de las verdades aún no alumbradas, ni nacidas. Mientras tanto, que el error ajeno advertido, sirva de útil enseñanza y de fructuosa amonestación.

PEDRO URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

§ *1.* Por lo general, todo corrido aparece enmarcado entre dos estrofas —inicial y final—, a través de las cuales el autor o narrador del poema se comunica directamente con sus oyentes. En la estrofa inicial anuncia sintéticamente lo que va a relatar o reclama la atención de su público; la última es una despedida o epílogo. Esta estrofa final se estructura según dos esquemas generales. Uno de ellos ("vuela, vuela, palomita"), procede, según Mendoza, de las canciones de boda del Noroeste de España *(cf. El Corrido mexicano,* pp. XX-XXIII), y aparece por primera vez en los corridos a fines del siglo pasado.

§ *2. El otro tipo —el de las despedidas—, será el objeto exclusivo* de este trabajo. Su origen ha de buscarse también, sin duda alguna, en el folklore español; los populares cantos de ronda hispánicos, por ejemplo, terminan con una despedida de estructura muy semejante a la de las canciones mexicanas *(cf.* algunas muestras en Rodríguez Marín, *Cantos populares españoles,* Madrid, 1951, vol. *II,* pp. 479-487). No obstante, en México han tenido tal arraigo esas despedidas y han alcanzado tanta popularidad, que incluso algunos romances tradicionales —desprovistos normalmente de despedida— se cantan aquí con ella.

§ 3. Uno de los rasgos más característicos de las despedidas y que *más directamente las relacionan con la técnica de los romances españoles* y de los poemas juglarescos medievales, es el particular procedimiento de la alocución, es decir, las interpelaciones que el juglar dirige a su público con el fin de atraer y de mantener bien despierta su atención.

Menéndez Pidal *(Romancero hispánico,* I, p. 67), afirma que el adverbio *ya* se usa con frecuencia al comienzo de una narración para prestar a ésta mayor viveza y agilidad; esto podría explicar el hecho de que la mayor parte de las despedidas mexicanas comiencen por tal palabra.

§ *4.* La forma estrófica de casi todas estas despedidas, como en ge-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

neral de las canciones mexicanas, es la cuarteta, si bien en algunos casos aparecen quintillas o sextinas; sólo excepcionalmente he tenido en cuenta estas dos últimas formas, y he omitido la mayoría de ellas, debido a que los problemas estructurales que plantean son distintos a los de las despedidas normales. El estudio lo he realizado tomando en consideración 181 coplas de despedida, la gran mayoría de las cuales pertenecen a corridos, aunque también hay entre ellas algunas procedentes de chilenas, valonas [1] y otras formas de la canción popular que tienen despedidas del mismo tipo.

Cada verso de la estrofa de despedida responde a un cliché casi siempre constante; por eso, en el análisis, he procedido por partes, estudiando independientemente el primero y segundo versos de acuerdo con su forma. En cambio estudio conjuntamente los dos versos finales que suelen ir estrechamente ligados.

Primer verso

§ 5. El primer verso de la despedida es el que está más sujeto a una fórmula fija. La más usual, empleada aproximadamente en el sesenta

[1] El conocimiento de estas canciones contenidas en rollos magnetofónicos que pertenecen al Museo Nacional de Antropología lo debo a la amabilidad de la señora C. de Dávalos.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

Campos, F. L. = Campos, Rubén M., *El folklore literario de México,* México, 1929.
Dobie, *Puro Mex.* = Dobie, J. Frank (*ed.*), *Puro mexicano,* Austin, Texas folk-lore society, 1935, 261 pp.
Herrera, *Corridos Rev.* = Herrera Frimont, C., *Los corridos de la Revolución,* México, Secretaría de Educación Pública.
M. N. A., R... C... P... = Rollo magnetofónico perteneciente al Museo Nacional de Antropología, Rollo... Canal... Puente...
Mendoza, *Corrido* = Mendoza, Vicente T., *El corrido mexicano.* Antología, introducción y notas. Letras mexicanas, 15. Fondo de Cultura Económica, 1ª ed., México, 1945. 468 pp.
Mendoza, *R y C* = Mendoza, Vicente T., *El romance español y el corrido mexicano,* México, 1939.
Mendoza, *S. Pedro* = Mendoza, Vicente T. y Virginia R. de Mendoza, *Folklore de San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas.* Instituto Nacional de Bellas Artes, Secretaría de Ed. Pública, México, 1952.
Pérez M., *Diez Corridos* = Pérez Martínez, Héctor, *Diez corridos mexicanos.* Secretaría de Educación Pública, México, 1935.
Pérez M., *Trayectoria* = Pérez Martínez, Héctor, *Trayectoria del corrido,* México, 1935, 99 pp.
del Rio, *Fiestas* = Del Rio, Alfonso, "Las fiestas de San Juan en Chavinda, Mich." *ASFM,* I, 1938-40, pp. 127-142.
Romero, *Corridos* = Romero Flores, Jesús, *Canciones mexicanas (Corridos de la Revolución),* México, *El Nacional,* 1941, 332 pp.
Santana, *Canciones* = Vázquez Santana, Higinio, *Canciones, cantares y corridos mexicanos,* coleccionados y comentados por... México, 1925, 317 pp.
Santana, *Hist.* = Vázquez Santana, Higinio, *Historia de la canción mexicana,* (Tomo III de *Canciones, cantares y corridos*), Talleres Gráficos de la Nación, México, 1931.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

por ciento de los casos es: "Ya con ésta me despido",[1] y sólo en una ocasión el adverbio *ya* es sustituido por otra palabra, *ahí* ("de Julián García", Mendoza, *Corrido*, nº 96). Esta fórmula fundamental tiene una serie de pequeñas variantes, en total 28, que le dan un matiz ligeramente distinto al verso:

Se introducen las palabras: *señores, amigos, ustedes,* posiblemente para hacer más expresivo el verso: "Ya me despido, señores..." ("La muerte del General Benigno Serratos", Mendoza, *Corrido*, número 140); "más en fin, amigos, me despido..." ("De Modesta Ayala", Mendoza, *R y C*, p. 619).

Se introduce la expresión *en fin* (12 ejemplos), quizá tratando de dar más intención terminativa a la cuarteta: "En fin, con ésta yo ya me despido..." ("Corrido de Oaxaca de Juárez", Santana, *Canciones*, T. *II*, p. 243).

La acción de despedirse puede situarse en un futuro próximo (dos veces): "Ya me voy a despedir..." ("La feria estatal de Oaxaca", Mendoza, *Corrido*, nº 169, y "Cacahuatepec valiente", M.N.A., 2129, R. 38, C. 1, p. 5).

Una sola vez se alude al corrido como *canto:* "En mi canto ya me despido..." ("Corrido de Monterrey", Disco Peerless, LPL 325).

§ 6. Otra forma de este primer verso, de la cual he encontrado diez y seis ejemplos, suprime el verbo *despedir*, e introduce el sustantivo *despedida*. La fórmula más usada es:

"Aquí va la despedida",

que aparece seis veces en esta forma, aunque "aquí" es sustituido por: "allá", tres veces; "ahí" dos veces; "allí", una vez, o "por ahí", una vez.

En una ocasión el autor se dirige más directamente al público: "Allá *les* va la despedida..." ("Corrido de Santanón", Santana, *Canciones*, T. *II*, p. 222), y en tres es él mismo quien da la despedida: "Aquí doy la despedida..." ("De la ocupación de Chihuahua por las fuerzas federales", Mendoza, *Corrido*, nº 47), "ya te doy mi despedida..." ("Del hijo pródigo", Mendoza, *Corrido*, nº 155) y "voy a dar la despedida..." ("La Sanmarqueña", Chilena, M.N.A., 2087, P. 2, C. 1).

§ 7. Menos frecuente, pero guardando una semejanza muy notable con las despedidas españolas, es la fórmula:

"Voy a echar la despedida",

de la cual he encontrado siete ejemplos; tres de ellos comienzan por la exclamación ¡ay!: "¡ay! voy a echar mi despedida" ("valona de las juinas", M.N.A., 2435, R 22, C 2, p. 7). En estas canciones la ex-

[1] Mendoza, en *R y C*, opina que *ésta* se refiere a "copla".

clamación *¡ay!* aparece al principio de todas las estrofas. No he encontrado este tipo de versos en corridos propiamente dichos, sino en las canciones llamadas "chilenas" y "valonas" de Michoacán y Oaxaca.
§ 8. La forma negativa de este verso:

"despedida no les doy"

la he hallado en diez canciones, una sóla vez con *¡ay!* antepuesto, (aunque no en una despedida de corrido). "¡Ay! despedida no la doy..." ("Valona dientito de cabada", M.N.A., 2428, R 22, C 1, P. 14).

La fórmula no tiene grandes variantes, aunque suele cambiar el pronombre y, en dos ocasiones, el verbo: "Despedida no *les* o no *la* doy", o "no *la echo*". *Solamente en una canción he encontrado* la fórmula "no quisiera despedirme" (Saavedra, M., "La expresión folklórica militar", ASFM, II, 1941, p. 217).
§ 9. Otra forma del primer verso de las despedidas, no muy frecuente (14 ejemplos), indica el fin del corrido mediante los verbos: *terminar, acabar,* y en una ocasión, concluir:

"Aquí termina el corrido..." ("Corrido del General Lázaro Cárdenas", Pérez M., *Trayectoria,* p. 95); " y aquí se acaban cantando..." (Corrido del Congreso Constituyente de Querétaro", Santana, *Canciones,* T. II, p. 249); "aquí terminan los versos..." ("El cuartelazo felicista", Pérez M., *Diez corridos,* p. 29); "esta historia he terminado..." ("Catástrofe ciclónica o Tragedia de Tampico", Mendoza, *Corrido,* nº 137) etc. (Véase *infra,* § 23, el estudio de los versos 3-4).
§ *10.* Poco numerosas son las despedidas que empiezan diciendo *adiós,* para despedirse del auditorio, de un lugar o del héroe del corrido: "Adiós, fieles compañeros" ("De Valerio Trujano", Mendoza, *Corrido,* nº 1); "¡adiós, Rancho de los gallos!" ("Corrido de Valente Torres", Santana, *Canciones,* T. II, p. 255); "adiós villistas que allá en Celaya..." ("Los Dorados de Villa", Disco Peerless, LPL, 325); "¡adiós, oh mundo variable!" ("Bola de Adán y Eva", Mendoza, *Corrido,* Nº 153).

Segundo verso

§ *11.* En la mayor parte de las despedidas (112), el segundo verso guarda muy poca relación con el corrido y con los versos restantes de la cuarteta, y es, en cierta forma, más lírico que los otros.

En la mayoría de los casos, ese verso viene introducido por una preposición o un gerundio, participio o infinitivo. Para estudiarlos más fácilmente, he agrupado los que empiezan de la misma manera.
§ *12. Gerundio y participio* (19 casos). En casi la mitad de ellos, la acción se refiere a un elemento vegetal: "...cortando una margarita..." ("De la prisión de Granaditas", Mendoza, *Corrido,* nº 85); "desho-

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

jando una limita... ("De la chinita", Mendoza, *R y C*, p. 591), etc. En otros tantos casos, se alude a un lugar: "devisando para el cerro..." ("De Macario Romero", Mendoza", *Corrido*, nº 64); "yéndome para la Unión..." ("De El Toro o de la Morena", Mendoza, *R y C*, p. 464); "pasando por la garita..." ("De la viuda", Mendoza, *R y C*, p. 368), etc. Sólo en una cuarteta aparece *cantando* ("Corrido de Monterrey", Disco LPL, Peerless 325). En dos ocasiones el verso principia con participio: "Subido en una palmera..." ("De Martín Herrera", Mendoza, *Corrido*, nº 67).

§ *13. Al* + infinitivo. (Solamente cuatro ejemplos): "Al salir de la garita" ("De la Indita", Mendoza, *R y C*, pp. 427-9); "al volar un pavo real..." ("Corrido de Heraclio Bernal", Romero, *Corridos*, p. 21).

§ *14. Al pie de...* Siete casos en total; tres de ellos aluden a un elemento vegetal: "al pie de bellos rosales" ("Corrido de Benito Canales", Pérez M., *Trayectoria*, p. 52), y uno dice "al pie de mi batallón" ("De los indios mayas con el 28 batallón", Mendoza, *Corrido*, nº 10); los tres restantes se refieren a un elemento del mundo natural: *orilla, bajada, sombra.*

§ *15. Con.* (27 casos). Solamente en dos ocasiones aparece el elemento vegetal: "con un ramito de azahares" ("Convención del general Calles en Jerez, Zac.", Mendoza, *Corrido*, nº 116), y "con las hojas de un encino" ("De Inocencio Ramírez", Mendoza, *Corrido*, nº 137). Diez versos manifiestan sentimientos de tristeza: "con el corazón deshecho" ("Corrido de Juan R. Escudero", Santana, *Canciones*, T. II, p. 259); "con gran tristeza letal" ("Corrido del General Felipe Ángeles", Campos, *F. L.*, p. 266), etc., y uno, de alegría: "con regocijo y afán" ("Asalto a la Hacienda de San Juan", Mendoza, *Corrido*, Nº 171).

En cinco ocasiones, este segundo verso está más ligado al primero y sirve para completar mejor su sentido: "Ya con ésta me despido / con mi sombrero de lado..." o "en la mano" ("Versos del Pelado", Mendoza, *R y C*, p. 517; "De Feliciano Villanueva", Mendoza, *Corrido* nº 71).

Dos versos hablan de "los rayos de la aurora" y de "la estrella del oriente" ("Corrido de Lino Zamora", Campos, *F. L.*, p. 246; y "Corrido del hijo desobediente", tradición oral). Los restantes aluden a diferentes circunstancias: "con un vaso de aguardiente" ("De el valiente guanajuatense", Mendoza, *R y C*, p. 511); "con l'amor de mi querida" ("De los quinientos novillos", Mendoza, *Corrido*, número 112), etc.

§ *16. Por* (25 casos). Todos los versos de este grupo contienen elementos vegetales o aluden al paisaje; los más comunes son, respectivamente, *hojas* y *orillas*: "por las hojas de una higuera", "por las hojas de un limón" ("De Rivera", Mendoza, *Corrido*, nº 88; "De Valentín de

la Sierra", Mendoza, *Corrido,* nº 73). "Por orillas de Sahuayo", "por las orillas del mar" ("Corrido del caballo prieto", Del Río, *Fiestas,* p. 140; "Versos de Peribán", M. N. A., 2400, R 21, C 1, p. 2).

§ *17. Porque* (19 casos). Los versos que así comienzan están más ligados al primero, debido a la conjunción, que los convierte en un complemento causal o explicativo del primer verso. "Porque no la traigo aquí [la despedida]" ("Corrido de Cananea", Disco Peerless LPL, 226); ". . . no la uso . . ." ("La mula de siete cuartas", Mendoza, *Corrido,* nº 121); ". . .no me conviene" ("Valona del dientito de cabada", M. N. A., 2428, R 22, C 1, P. 14), son las formas más frecuentes. A veces, la tristeza del cantor sirve de pretexto para la despedida: "porque la pasión me agita" ("Corrido de Rubén Ramos", M. N. A., 2119, R 37, C 2, P. 8); o también la necesidad de partir: "porque me voy para el plan" ("La gotera", Mendoza, *Corrido,* nº 165); o la hora avanzada de la noche: "ya viene la luz del día" (con la conjunción implícita) ("De Orlachía", Mendoza, *Corrido* nº 29). La excusa de no saber más, se introduce también algunas veces: "porque yo no sé otra cosa" ("María del Carmen", chilena oída en Oaxaca por Enrique Delgado).

§ 18. *En, entre, antes* (8 casos). Son menos numerosos y aluden a temas variados: "entre chanzas y entre muecas" ("Asalto y toma de Zacatecas", Pérez M., *Trayectoria,* p. 64); "en el llano y lo parejo" ("De el conejo", Mendoza, *R y C,* p. 590); "antes de que yo me vaya" ("De los combates de Celaya", Mendoza, *Corrido,* nº 23) etc.

§ 19. Un pequeño grupo de once despedidas tiene la común característica de que su segundo verso nada tiene que ver con el resto de la cuarteta; su único fin es servir de base para la rima con el último verso, que es, casi siempre, un poco difícil. Suelen ser absurdos e incongruentes, como se puede observar en los ejemplos: "Ya con ésta me despido / árbol que el viento deshoja / aquí terminan los versos / de Guadalupe Pantoja." ("De Guadalupe Pantoja", Mendoza, Corrido, nº 79). "Ya con ésta me despido / ya la puerca torció el rabo / aquí se acaban cantando / recuerdos de Marcial Bravo." ("De Marcial Bravo", Mendoza, *Corrido,* nº 98).

§ 20. En veintiséis despedidas, el segundo verso no obedece a ninguna fórmula, y su finalidad es completar la idea que se comenzó a expresar en el primero. He aquí algunos ejemplos: "Aquí termino de cantar este corrido / de Juan Ranchero, charrasqueado y burlador" ("Corrido de Juan Charrasqueado", transmisión oral); "Ya con ésta me despido / de Cuca Mendoza amada" ("De Cuca Mendoza", Mendoza, *Corrido,* nº 129); "En fin, se acabó Ponciano / ya no volverá a torear" ("Corrido de Ponciano Díaz", Campos, F. L., p. 257).

§ *21.* En más de treinta despedidas el cantor del corrido interpela al público en el segundo verso, ya sea para despedirse, para excusarse

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de las deficiencias, o para hacer alguna recomendación: "Señores, yo me separo" ("Del General Amaro", Mendoza, *Corrido,* nº 18); "señores, hasta otra vista" ("De Gervasio Mendoza", Mendoza, *Corrido,* nº 45); "dispensen lo mal trovado" ("La feria estatal de Oaxaca", Mendoza, *Corrido,* nº 169); "soy un triste jornalero" ("La gotera", Mendoza, *Corrido,* nº 165); "no se les vaya a olvidar" ("Corrido de Chihuahua", Disco Peerless, LPL 325); "te suplico lo conserves" ("La toma de Guadalajara", Pérez M., *Diez corridos,* p. 41).

§ 22. Finalmente hay tres grupos muy pequeños, cuyos segundos versos tratan temas de Religión: "recemos una oración" ("De los mártires de Veracruz", Mendoza, *Corrido,* nº 9); o interpelan a una muchacha: "adiós, hermoso clavel" (Serrano Martínez, *Romances tradicionales en Guerrero,* p. 68), o contienen una alusión un poco lejana al resto del corrido: "son recuerdos de la guerra" ("De la Perra Valiente", Mendoza, *Corrido,* nº 30).

Versos finales

§ 23. Los dos versos finales de la cuarteta forman una sola pieza y, en general, son la verdadera conclusión del corrido. Aproximadamente en la mitad de los casos (88), se emplea la misma fórmula con ligeras variantes de expresión, ya que su intención es la misma. Encuentro cuatro formas; la más usual es "aquí se acaban cantando / los versos de. . ." En la mayor parte de las despedidas se alude al corrido como *los versos,* aunque en dos casos es *el corrido,* en otros dos *la tragedia,* en uno *el son* y *los recuerdos.* Es raro que el autor hable en primera persona (dos ejemplos): "Y aquí termino cantando / los versitos de 'el Pelado';" "y aquí acabaré cantando / versos de la margarita". ("Versos de el Pelado", Mendoza, *R y C,* p. 517; y "Margarita", *id.,* p. 629).

La segunda forma es: "aquí termina (acaba, terminó) el corrido / de. . .". En casi todos los casos, los puntos *suspensivos equivalen* al nombre del héroe del corrido o del propio corrido: "El hijo desobediente" (Mendoza, *Corrido,* nº 103), "del juicio final" (Mendoza, *Corrido,* nº 154) etc., aunque tres casos se apartan de la fórmula general: "aquí termina el corrido / versos de Tepatitlán" ("De Tepatitlán", Mendoza, *Corrido,* nº 39); "aquí se acaba el corrido / que lo escribí muy temprano" ("Muerte de Alberto Balderas", Mendoza, *Corrido,* nº 110); y "aquí termina el corrido / despierten ya, mexicanos" ("De la Revolución", Mendoza, Corrido, nº 54).

La tercera forma sigue el cliché "aquí se acaban los versos / de...", aunque es mucho menos frecuente que los anteriores (8 ejemplos). Como caso curioso está el de "Los barandales" (Mendoza, *S. Pedro* [desde 1875], p. 231), cuyos dos últimos versos ya no son octosí-

labos, sino pentasílabos: "Ya con ésta me despido / entre perfumes y azahares / aquí se acaban / los barandales."

La cuarta forma, de la cual, como de la anterior, he encontrado 8 ejemplos, es: "ya *les canté a mis amigos / la canción de...*"; en lugar de *canción* aparece alguna vez *el corrido de, el fin de,* etc.

Sólo tres casos se apartan ligeramente de estos clichés: "ya cantamos el nuevo corrido / de ese lucido Oaxaca de Juárez" ("Corrido de Oaxaca de Juárez", Santana, *Canciones,* T. II, p. 243); "que aquí se acaba la historia / del valiente general" ("Corrido del General Felipe Ángeles", Campos, F. L., p. 266); "dando fin a los versos / del crudo impertinente" ("Del crudo impertinente", Mendoza, *R y C.,* p. 549).

§ 24. Los versos finales de otro grupo mucho menos numeroso (33 casos) no están sujetos a ninguna fórmula, pero todos ellos coinciden en formar una especie de epílogo o conclusión del corrido; a veces repiten el título: "esta es la historia verídica / de la toma de Papantla" ("De la toma de Papantla", Mendoza, *Corrido,* nº 16); insisten en algún concepto elogioso sobre el héroe ("del corazón de Demetrio / no nacen todos los días". "De Demetrio Jáuregui", Mendoza, *Corrido,* nº 66); reiteran un hecho sobresaliente antes mencionado ("fusilaron en Chihuahua / a un valiente general". "Del fusilamiento del general Felipe Ángeles", Mendoza, *Corrido,* nº 62); o dedican un recuerdo afectuoso al protagonista ("y conservamos gustosos / su memoria con cariño". "Corrido de Bernardo Gaviño", Campos, F. L., p. 251).

§ 25. He hallado veinte ejemplos en los que el autor del corrido se pone en contacto con los que le leen o le escuchan *(cf.* § 21), ya sea para dar simplemente su nombre ("este corrido es compuesto / por el trovador Grijalva", "Corrido de Santanón", Santana, *Canciones,* T. II, p. 222; ("que lo escribió un artesano / soy tu servidor Juan Pérez", "La toma de Guadalajara", Pérez M., *Diez corridos,* p. 41), ya para excusarse o para hacer alguna recomendación ("yo no soy compositor / soy humilde aficionado", "La muerte del General Benigno Serratos", Mendoza, *Corrido,* nº 140; "consérvenlo en su memoria / cómprenlo para su hogar", "Corrido de la entrada de México de las fuerzas obregonistas y gonzalistas, el 7 de mayo de 1920", Campos, F. L., p. 277).

§ 26. En otro grupo pequeño (15), los dos últimos versos repiten la despedida iniciada en el primero: "ya los vine a despertar / señores hasta mañana" ("Mañanitas", Santana, *Hist.,* III, p. 113); "adiós todos los tinteritos / y también don Sebastián", ("La gotera", Mendoza, *Corrido,* nº 165); "*y con triste corazón / te damos la despedida*" ("Despedida de Rodolfo Gaona", Mendoza, *Corrido,* nº 149).

§ 27. También en algunos casos (11) los dos versos finales forman

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

una moraleja o una especie de proverbio popular: "quiéranse amados paisanos / como manda el Redentor"; "fíjense en los resultados / que dejan las borracheras" ("Triste despedida de Emiliano Zapata", Pérez M., *Trayectoria*, p. 79; y "De Teresa Durán", Mendoza, *Corrido*, nº 102) y: "¡ay! la que es mujer se sostiene / y el qu'es hombre nomas puja"; "buenas nunca son las suegras / ni figuradas en barro" ("Valona de las juinas", M.N.A. 2435, R 22, C 2, p. 7, y "Corrido de María Belem", Mendoza, *R y C*, p. 402), etc.

§ 28. Sólamente en siete casos he encontrado el tema amoroso en los versos finales: "si nuevos amores tienes / dame un beso en tu boquita"; "he de adornar tus pestañas / con perlas y caracoles"; "estos versos yo los canto / a mi linda Mariquita ("El tilanguero", M.N.A. 2409, R 21, C 1, p. 11; "De los ojos chinos", Mendoza, *R y C* pp. 460-1; y "Corrido de Mariquita", Mendoza, *R y C*, pp. 457-8), etc. En tres se mencionan las mañanitas: "estas son las mañanitas / de don Refugio Solano" ("De Refugio Solano", Mendoza, *Corrido*, nº 28), etc. Seis terminan por una frase exclamativa: "¡que viva Don Venustiano / vivan los constituyentes!"; "¡he llegado a Ciudad Juárez / oh Virgen Guadalupana!" ("Corrido del Congreso Constituyente de Querétaro", Santana, *Canciones*, T. II, p. 249; "Despedida de un norteño", Dobie, *Puro Mex.*, p. 224), etc.

§ 29. Por último, he encontrado un pequeño grupo de cuartetas finales sin fórmula alguna de despedida. Los dos versos últimos no tienen independencia, y todo el conjunto forma una pequeña explicación; en realidad no se le puede llamar *despedida* en sentido estricto. He aquí dos ejemplos: "Sirva este corto relato / de un cariñoso recuerdo / para que nunca se olvide / aunque lo vemos que ha muerto." ("Otro corrido de Ponciano Díaz", Campos, *F. L.*, p. 260); "de testigo pongo aquí al siglo XX / como certero y seguro / para que noticie del hecho presente / de lo pasado y futuro" ("Historia del pronunciamiento del General E. Zapata", Herrera, *Corridos Rev.*, p. 36).

PACIENCIA ONTAÑÓN
DE LOPE

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LARROYO, FRANCISCO. *Pedagogía de la Enseñanza Superior. (Naturaleza, métodos, organización)* U.N.A.M. 366 pp.

Realmente hacía falta un libro de Pedagogía con la envergadura y excelencias que presenta este del Doctor Larroyo. Hasta antes de su publicación, el medio educativo latinoamericano se hallaba desvalido, careciente de una obra que lanzara una mirada comprensiva sobre toda la enseñanza superior y sus problemas.

Apenas si los grandes maestros de nuestro tiempo, Francisco Giner de los Ríos y Ortega y Gasset en lengua española, abrieron el camino en la investigación de la pedagogía universitaria, despertando el interés de la generación actual por estos temas, interés que ha motivado a su vez la producción de estudios monográficos.

Por muchas razones, el tema de la enseñanza superior ha tomado primacía en la literatura pedagógica contemporánea; bien como necesario producto de la evolución histórica; bien porque las universidades y politécnicos, de sencillas escuelas del pasado, se transforman cada día en complejas y fastuosas ciudades que ven crecer sus exigencias y no pocas veces sus presupuestos; bien porque nacen a la investigación y a la docencia nuevos institutos y planteles; o bien, por una parte, porque las responsabilidades contraídas antaño por los estudiosos, se ven aumentadas hoy por mayores compromisos con la sociedad, que sufraga, a elevado precio, su existencia. En una palabra: la enseñanza superior es un tema de nuestro tiempo.

Por otra parte, ya desde 1922, Ortega y Gasset, hacía notar este hecho por demás importante: la aglomeración, el lleno. Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos de huéspedes. Los trenes, llenos de viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de expectadores. Las playas, llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

A su turno, la aglomeración, el lleno, la masa ha llegado a las universidades y politécnicos, y a las escuelas de todo género. La educación vive en la actualidad el problema de las masas.

El hecho es alarmante. Los viejos maestros se anonadan y despotrican sin encontrar una solución pedagógica. Incluso otrora maestros egregios de sensibilidad y talento como Don José Vasconcelos, califican a la *plétora estudiantil* de "práctica demagógica que resulta perjudicial para los alumnos estudiosos", y no dejan de censurar acremente la *nueva figura pedagógica* que, por incomprensión, distorsionan en vez de superar. Así llegó a decir Vasconcelos dos meses antes de su muerte; por ejemplo: "En los primeros cursos de Facultades como la de Medicina, las clases, por el exceso de alumnos, parecen más bien un mitin que un sitio de disertación académica."

Con todo, es explicable esta serie de problemas Pedagógicos de orden práctico y de orden teórico. Una causa de esta lamentable situación por la que ha pasado y pasa, México y América Latina, se puede atribuir a la relativa juventud y reciente madurez de las instituciones de enseñanza superior. Otra causa ha sido, sin duda, la *habilitación académica* de profesionistas, a veces eminentes, a veces moderados, sin recursos didácticos ni pedagógicos, a que ha tenido que recurrirse para integrar el personal docente, administrativo y técnico-directivo de las Escuelas Superiores. En fin, la desorientación que existe al pensar y actuar en la enseñanza superior, en mucho se debe a que en todos los países iberoamericanos, ese nivel académico vive una etapa política y de sentido común, muy distante de asumir la forma de madurez ya alcanzada, por ejemplo, en Europa, donde la Enseñanza Superior presenta una vida Institucional técnico-administrativa.

Ahora bien, por lo que hace al tema de la Enseñanza Superior, su abordaje no es nada fácil. Su tratamiento reclama una persona, provista de información y experiencia, tanto docente como política y administrativa. Amerita un espíritu que comprenda a carta cabal el elevado fenómeno de la profesionalización en su grado fulminante. Exige una mente madura del todo, que no se compadezca por lo artificioso o mostrenco sino que atienda a la verdad y sólo a la verdad. Pide un personaje que hable de la investigación, siendo él mismo investigador, y al que la ciencia y sus métodos le sean familares. Solicita, ante todo, un pedagogo que tenga la suficiente claridad y entereza para discriminar las debilidades y flaquezas, y ponderar los aciertos, las ideas oportunas, viables, renovadoras.

Por fortuna para los americanos, se ha venido percibiendo una viva inquietud por la pedagogía y la psicología, cuya irradiación partió de la República Argentina. Ahora, Francisco Larroyo publica su libro *Pedagogía de la Enseñanza Superior (Naturaleza, métodos, or-*

ganización) 1959, con una serie interminable de ideas y apreciaciones valiosísimas.

Como se sabe, Francisco Larroyo tiene un merecido aprecio entre los lectores de todos los países, por las numerosas obras de pedagogía y filosofía que viene publicando desde 1935.

El libro *Pedagogía de la Enseñanza Superior,* viene a ser el coronamiento de la obra pedagógica de Larroyo, por lo que representa su máxima contribución a esta ciencia. El autor acomete aquí los problemas presentes y futuros de la educación terciaria. Un espíritu crítico contra toda *tradición negativa* no le es ajeno ni impropio, y la verdad, la norma, el criterio sensato se impone, no sin bondadosas esperanzas renovadoras. No es un libro de intriga política, ni de repetición, ni de sentido común. Es un libro pensado y escrito para maestros, funcionarios y demás personas que se interesen por la enseñanza superior, no para maestros de Primaria.

Larroyo presenta una serie interminable de ideas y apreciaciones valiosísimas en una amplia Introducción, y, dos partes con veintiséis capítulos, y un total de 146 títulos en 366 páginas de interesante lectura.

Después de referir los *Objetivos, Funciones y Problemas de la Enseñanza Superior,* y de explayar, en la *Metodología,* las *Ideas y Metas de la Formación Profesional,* el *Concepto y problemas de la Metodología de la Enseñanza,* el libro presenta un capítulo tercero sobre las *Formas y Leyes del Aprendizaje* donde se presenta tan magistralmente el uso del método "catedrático", que, en la lectura cada vez más amena de la obra, por el interés de los temas, se apura hasta el final, encontrando en cada párrafo la idea brillante, la crítica objetiva, el consejo eficaz, y reconociendo el lector, hoja tras hoja, los impensables errores en que incurren el maestro y el funcionario de la escuela superior, no por deseo expreso, sino por ignorar la norma científica, la recomendación pedagógica del experto.

¿Qué más se podría decir sobre un voluminoso libro de Pedagogía, enjundioso, claro, renovador, que ilustra y sugiere como el mejor?

Su concepto moderno del *Curriculum* nos hace sospechar las facilidades pedagógicas de la formación vocacional y profesional.

La *Enseñanza por la acción y el trabajo* (Capítulo Quinto de la Primera Parte), articulado con *El Practicum* (Capítulo Sexto), lleva a concebir, ahora atinadamente, la solución al problema planteado por la *educación económica.*

Reflexiones sobre *La enseñanza expositiva,* sobre la *Organización y metodología de la investigación,* sobre la *Consulta bibliográfica y las bibliotecas en la Enseñanza Superior,* así como sobre el *Valor y métodos formativos de la investigación,* sugieren de inmejorable manera el ambiente académico propio de la Universidad y del Politécnico

del futuro, sus rendimientos y la contextura profesional de las nuevas generaciones.

El fantasma de *las masas* que espanta a muchos educadores y Estados en la actualidad, así como el simple cumplimiento de deberes tanto de alumnos como de maestros y autoridades educativas que sólo por buen humor se ha llamado *mística educativa,* quedan comprendidos, en su lugar, dentro de los capítulos que abarca *La organización en la Enseñanza Superior.*

Al problema de las masas en la enseñanza superior, responden los Capítulos Sexto, Séptimo y Octavo de la Segunda Parte del Libro, principalmente, con soluciones como las que siguen: La clase magistral y su adecuado complemento, la tutoría académica, el Plan Batavia, el método de estudio dirigido en la enseñanza superior, los cursos acelerados, el Plan Cambridge, el Plan Portland, los cursos de docencia colectiva, el régimen de asistencia libre, el régimen de discencia libre, nuevos sistemas de promoción, nuevas pruebas académicas, los mínimos obligatorios, las mesas permanentes de exámenes, los horarios, los calendarios, etc.

El libro responde a otra suerte de problemas, cuyo interés se escapa a los más, siendo por lo mismo, de inestimable valor para las *élites directivas.* La profesiografía del docente de enseñanza superior, la formación y selección del profesorado, el decanato y la función directiva, la disciplina y la participación de los estudiantes en el gobierno de las instituciones, los recursos económicos y las instalaciones, la organización nacional de las tareas investigadoras, los vínculos internacionales en las Instituciones de Enseñanza Superior, son los capítulos finales de la obra y mediante los cuales el autor enmarca con estupenda visión, la enseñanza superior dentro de su horizonte más elevado, dentro de su cauce histórico propio.

En esta nota, sugerida por la lectura del libro, por el conocimiento de la obra anterior del autor, por el momento histórico y por la sincera amistad que le profeso al doctor Larroyo, he cuidado de producirme con la verdad y por la verdad.

EDMUNDO FÉLIX ESCOBAR PEÑALOZA.

VILLALPANDO NAVA, JOSÉ MANUEL. *Didáctica de la filosofía.* U.N.A.M., 182 pp.

José Manuel Villalpando, nació en la ciudad de Aguascalientes, el 29 de julio de 1926. Se graduó sucesivamente de Profesor de Educación Primaria (1947), Maestro de Normal y Técnico en Educación (1951) y recientemente de Maestro en Filosofía en la U.N.A.M.

Desde 1951 dicta las cátedras de Filosofía y Pedagogía en Escuelas Normales y Preparatorias y desde 1954 sustituye al doctor Francisco Larroyo en los cursos de Historia de la Educación en México y Pedagogía Comparada de la Escuela Normal Superior. En 1957 fue nombrado profesor de Historia General de la Pedagogía, y Pedagogía Comparada, en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.A.M.

En círculos profesionales, Villalpando es ampliamente conocido, sobre todo, por las obras suyas que han circulado llenas de didactismo y saber: *La orientación profesional en la vida de los pueblos cultos* (1953), *Introdución a la Psicotécnica Pedagógica* (1957) y *Líneas generales de la Pedagogía Comparada* (1958).

Ahora la *Didáctica de la filosofía,* del profesor Villalpando, es, que sepa el autor de esta nota, una obra única en su género en lengua española, bien mirado su contenido. Cierto: el doctor José Gaos ha publicado dos opúsculos sobre la materia, pero, careciente de una formación pedagógica especializada, vienen a ser sus escritos, en la literatura pedagógica, meros ensayos, de un conspicuo filósofo como lo es el doctor Gaos. También se ha difundido un estudio al respecto por el maestro Rafael Moreno.

La *Didáctica de la filosofía* de Villalpando es todo un tratado sistemático. Como maestro de Ciencia e Historia de la Educación, de Psicotécnica Pedagógica, y como maestro de Lógica, Ética, Estética e Historia de las Doctrinas Filosóficas en escuelas de enseñanza media, Vilalpando no ha descuidado en su libro ni las categorías pedagógicas (ante todo, educando y educador), ni las condiciones y fines del *hecho educativo* (Ontología y Teleología de la Educación) en ese tipo de escuelas, ni el *Contenido y formas de la enseñanza de la filosofía.*

Respecto al contenido materia del proceso educativo, Villalpando, a diferencia de Gaos, parte de las condiciones en que se hallan los Programas de Filosofía en México, y no los hace cuestión, porque él mismo ha participado en su elaboración tanto dentro de la Universidad como en la Secretaría de Educación Pública y los calza consciente y orgullosamente, interim José Gaos, hace precisamente cuestión el contenido programático porque no ha intervenido sino muy indirectamente.

A la verdad, Villalpando no se ha planteado como problema la enseñanza de la filosofía en el nivel facultativo, sino que ha tratado de limitarse, y con gran seriedad, a los problemas que conlleva la enseñanza de la filosofía entre los adolescentes y jóvenes. No se ha planteado tampoco el problema de la continuidad de los estudios filosóficos entre la Escuela Media y la Facultad, que el doctor Gaos sí se ha hecho cuestión, sin duda, por su mayor edad, saber y autoridad indiscutibles en filosofía.

Si Villalpando no aborda el problema de la *Didáctica de la filosofía* en el nivel facultativo, o en general, es porque entiende, como buen pedagogo, que en la enseñanza superior, es congruente y hasta necesario, el empleo de otra didáctica, tema que encuadra dentro de la pedagogía de la enseñanza superior, como ya lo ha demostrado su propio maestro el doctor Larroyo, precisamente en un libro así llamado: *Pedagogía de la enseñanza superior (Naturaleza, métodos, organización)*. México, 1959.

Ahora bien, Gaos ha llegado con sus ideas hasta la *Ética de Nuestro Tiempo,* de Joaquín Álvarez Pastor, de la cual no "recaba para sí más parte en la paternidad del libro que la de un incitador a componerlo y un crítico amistoso", francamente movido porque "se da en muchos casos bajo la forma de un curso de historia de la filosofía moral —como se dan la mayor parte de los cursos de las disciplinas filosóficas, por obra del "historicismo" que se ha adueñado incluso de muchos profesores anti-historicistas. Los cursos no dejan de ser históricos por no hacer la historia completa, ni por no hacerla en su orden cronológico, ni por no decir que lo que hacen es exclusivamente exponer filosofías morales del pasado y del presente, o a lo sumo criticarlas— sin un criterio fijo: tales cursos se reducen a ser históricos imperfecta y vergonzantemente..." (*Op. cit.* Prólogo); también es cierto que Villalpando en su *Didáctica de la filosofía* supone, porque constata él mismo en persona, porque vive directamente como maestro de bachilleres y normalistas, en otro estado el problema. En principio, Villalpando destaca una *tipología de maestros de filosofía* (Primera parte de su libro) y se cuida de no dar nombres, Gaos empero no distingue, no ve esa gama de *actitudes didácticas* y *tipos antipedagógicos,* y a todos los maestros de filosofía los reduce a "historicistas". En segundo lugar, el doctor Gaos solamente habla de maestros de filosofía de quienes se ha adueñado el historicismo, y no alude claramente a los *libros de texto* aunque sus críticas a los cursos, ataquen, ridiculicen y hasta insulten ("vergonzantes") a los maestros que siempre han usado *texto escolar,* incluso del que son autores; Villalpando por su parte se ocupa ampliamente del *método didáctico* y subraya *el papel del maestro* (pág. 66) enseñando además varias *formas de organización de los alumnos en la enseñanza activa,* y, en capítulo dedicado a los *Métodos y medios didácticos* no se olvida de los *auxiliares bibliográficos en la enseñanza de la filosofía,* dedicando, como buen pedagogo, un estudio especial sobre *El manual escolar de filosofía.* En tercer lugar, si Gaos ataca críticamente la enseñanza de la filosofía en el bachillerato y se cuida de no hablar de los *textos escolares* que allí se usan, y, al mismo tiempo

incita a que se componga un libro que, muerto su autor, él prologa y publica. ¿Qué se puede colegir?

Villalpando, como todo maestro de filosofía sensato, lo sabe bien: *El secreto del bien y del mal* tiene un *criterio fijo,* inaceptable tal vez, como lo puede ser la Ética del doctor García Máynez, la Ética de Vasconcelos, la del padre Martínez del Campo, o como lo es desde varios puntos de vista la propia de Álvarez Pastor, que por llegar tanto a la *realidad moral* se quedó en ella y sólo logró, lo que es su mérito, una descripción de la moralidad, *del ser* de la conducta, y no una reflexión sobre la esencia de esa conducta en el sentido (eminentemente axiológico, por ello filosófico) de *deber ser,* de norma. Respecto a la Ética misma, Villalpando no se hace cuestión ese historicismo total o parcial que Gaos señala, porque el propio Programa de Ética, desde la cuarta década del presente siglo, a iniciativa del doctor Larroyo, presenta y obliga una *enseñanza por problemas, por unidades,* habiendo sido precisamente el libro del doctor Larroyo *Los principios de la ética social* (1ª Ed. 1935, 9ª Ed. 1959) el primer manual de filosofía que señaló los problemas de la Ética, en México, y dentro de un horizonte filosófico peculiar que ya supera incluso la solución neokantiana formalista y postula la *voluntad social pura* como principio de una superación de antagonismos.

Lo propio vale para la enseñanza de la Lógica. Villalpando no encuentra ni en la Preparatoria ni en la Normal, que se enseñe Historia de la Lógica por la Lógica misma. Ahora bien, si encuentra una Lógica de Porfirio Parra, dizque positivista, una Lógica de Pfaender y una *Lógica* de Romero y Puchiarelli de inspiración fenomenologista, y para no citar más una *Lógica de las ciencias* (1ª Ed. 1937, 10ª Ed. 1959) de Francisco Larroyo y Miguel Ángel Cevallos.

La Didáctica de la filosofía de Villalpando, sintetiza lecturas y experiencias pedagógicas de más de tres lustros, a más de las enseñanzas empeñosas y directas del sabio doctor don Francisco Larroyo, en un discipulado amistoso de más de una década, por lo que el libro ofrece a todo lector una investigación responsable.

Capítulos como *El destinatario de la filosofía,* y, *El profesor de filosofía* quieren explayar inmejorablemente el punto de partida de toda enseñanza filosófica, con sus necesidades, sus aciertos y sus "actitudes antipedagógicas". Son capítulos que hacen surgir una honda reflexión a los maestros de filosofía sobre su actitud y valor ante el grupo y frente a la filosofía misma: Soy profesor de filosofía. ¿Soy un tipo didáctico? ¿Mi actitud es antipedagógica? ¿Estoy entre el erudito, emotivo, esquemático, o el metódico? ¿Cómo imparto la filosofía? ¿Soy diletante, proselitista, ególatra, destructivo, charlatán?

La segunda parte del libro, *La enseñanza en las escuelas de bachilleres,* presenta los temas clásicos y mínimos de la Teoría Pedagó-

gica en cuanto Didáctica: I. Concepto activista de enseñanza y aprendizaje; II. Naturaleza y formas del método didáctico; III. Formas de organización de los alumnos en la enseñanza activa; y IV. Caracterización general de las escuelas medias.

La parte final del libro, la tercera, expone concretamente y con mucha claridad, reflexiones sobre el *Contenido y formas de la enseñanza de la filosofía,* que Villalpando circunscribe conscientemente a la adolescencia y juventud. Con esta intención, sostiene un criterio ecuánime y fundado, eminentemente pedagógico, sobre: I. Objetivos y contenido de la enseñanza de la filosofía a los adolescentes; II. Métodos y Medios Didácticos de la Filosofía; y III. Apreciación de los resultados en la enseñanza de la filosofía.

Dos apéndices, uno con los Programas de Filosofía de la Escuela Nacional Preparatoria, y otro con ejemplos de pruebas pedagógicas para los cursos de Lógica y Ética, así como un índice de conceptos "que en cierto modo quiere constituir un vocabulario de la Didáctica", enriquecen todavía más, la obra.

La *Didáctica de la filosofía* de Villalpando puede ser discutible, como cualesquiera otros libros; pero por lo que hace a su contenido, responde cumplidamente el título que lleva.

EDMUNDO FÉLIX ESCOBAR PEÑALOSA.

ABAD CARRETERO, LUIS. *Instante, querer y realidad.* Fondo de Cultura Económica. México, 1958.

Este nuevo libro de Luis Abad Carretero, profesor de la Universidad Nacional de México, constituye una reelaboración, reafinación, reajuste y suplemento de su doctrina sobre la filosofía del instante, que había ya presentado en otras dos obras anteriores.

Se trata de una obra que, en términos generales, puede, en mayor o menor medida, ser situada en la corriente de la filosofía de la vida. Cuál sea esa medida es algo que no cabe analizar en la presente reseña. Luis Abad Carretero fue discípulo de José Ortega y Gasset en la cátedra de Metafísica que éste profesaba en la Universidad de Madrid. El autor considera que sigue los pasos de su maestro, pero que a la vez ofrece una doctrina que es la expresión de sus convicciones propias, las cuales, sentidas ya hondamente en su juventud, ha ido desarrollando sucesivamente más y más como obra personal suya. También de Lavelle y Mead ha recibido hondas influencias, según corrobora su propia declaración.

El punto de partida de la filosofía de Abad Carretero es que el hombre vive, desde que nace, realizando actos en momentos sucesivos, ya sean externos o internos, materiales o espirituales, y que la

base de todos ellos es el querer. Esto da a entender que el tiempo en el vivir del hombre no es sucesión de segundos, sino de decisiones. *El tiempo psíquico es el necesario para hacer frente a una situación* vital. Abad Carretero considera que, por no haber hecho esta clara distinción, la filosofía ha negado sistemáticamente la posibilidad de la existencia del instante y del acto en él, y ha visto a éste como un derivado del pensar y no del querer, impidiendo así la posibilidad de establecer un orden psíquico que resida en el obrar mismo, que es al fin y al cabo la raíz de todo orden intelectual. Insiste en que de la *negación del instante psíquico* y del acto en él, surge la negación misma del querer, afirmando por el contrario el pasado y el futuro y con ellos el pensar, con lo cual queda en la más absoluta opacidad el vivir mismo. Se trata, pues, de una doctrina voluntarista.

El hombre no puede vivir en un continuo. Es el querer quien corta e interrumpe ese continuo en cada instante bajo la presión de las fuerzas psicológicas, haciendo así posibles las distintas formas del querer, que, de otro modo, serían incaptables dada su trascendencia. También la fantasía es impulsada por el querer, la cual a su vez mueve el pensar, quien adquiere asimismo forma, gracias a la intervención de los cuatro conceptos fundamentales que para el autor existen en nosotros: dos en la psique, los *volitivos* y los *subvolitivos;* y dos en el espíritu, los *intelectivos* y los *cognoscitivos,* que se centran en último extremo en el Yo del sujeto.

Todo instante da lugar virtualmente a un acto y, en él, se parte *de la sensación y la imagen, surgiendo conjuntamente* la emoción, la atención y las fuerzas psicológicas, sobre todo la inducción, el temperamento, la ambición, el ensueño y la esperanza, que nos ligan con el querer por medio de los conceptos *volitivos* y *subvolitivos,* articulando y unificando el acto, el cual se dirige *en último término* hacia el sentido.

El acto es aquel en el cual el sujeto hace en cada instante, definido como el tiempo necesario para afrontar una situación vital, o aquél en que el sujeto permanece orientado con su atención hacia un mismo objeto. Es decir: vivimos entre presencia y ausencia. La ausencia dirigida hacia lo posible del pasado y del futuro, la presencia *hacia lo actual. La* acción es la cadena de actos posibles que están ligados a un objeto como los eslabones de una cadena, pero con la propiedad de que cada objeto tiene su cadena propia, que es su historia, sin que se confundan con los eslabones de las infinitas cadenas relativas a las demás *acciones. Cada instante tiene la particularidad* de sacar a la superficie del presente aquello que coincide con la situación que vivimos y el orden en que ella se da.

Se estudia en el libro aquí reseñado la relación existente entre querer y pensar, los cuales actúan formando un círculo, de tal

naturaleza construido y reconstruido continuamente, que el querer impulsa al pensar, el cual hace sus lucubraciones en el aislamiento y la soledad del sujeto, para luego lanzar sus resultados sobre el querer, quien los recibe y transforma en forma de reminiscencias y esquemas, que se manifiestan en el sentido del acto instantáneo.

A pesar de la continua intervención del querer, que sirve de base a todas nuestras funciones psíquicas, nos sentimos sobrecogidos por la influencia de los pensamientos. Por eso es necesaria la precisión del concepto en el vivir espiritual, para darnos fijeza por medios que consoliden nuestras relaciones con los demás. Ese medio es el lenguaje, nexo fundamental con el ritmo colectivo.

Los capítulos II, III y IV de este libro de Abad Carretero estudian la acción humana en cada uno de sus varios ritmos. Aunque el querer impulsa al hombre en todos ellos, es sobre todo en el primero, en el psicológico, en el que aparece la verdadera raíz de la función vital, porque es en él donde radica la voluntariedad el sujeto para transformar el presente, volcando sobre éste las ilusiones que puedan negar la realidad colectiva, dirigiéndose entonces hacia el ritmo creador. El querer da el impulso en el instante mismo; el desear mueve al querer hacia realizaciones posteriores, siendo éstas las que efectivamente producen las formas de aquel ritmo creador. Por eso es ésta el área verdadera del espíritu, donde se enlazan los *conceptos intelectivos* y los *cognoscitivos,* aquellos producen las soluciones activas y lógicas, y éstos la unidad del mundo del conocimiento, y se dirigen en el plano de la conciencia hacia el centro mismo del Yo. Todo esto se produce en la esfera del *pensar dinámico.* En el *pensar estático,* es donde se realizan la historia, que es pasado, que es espíritu, y que sólo se actualiza cuando el sujeto vuelve en cada instante por ella dando un nuevo perfil a la misma. Todo eso es estudiado en el capítulo IV. De tal manera aparece la historia *personal,* la del sujeto que es preciso distinguir de su historia *orgánica* y de la *universal.* El hombre es, pues, el ser de las tres historias.

Hay una primera historia que es única, por ser la hecha por el querer del sujeto en cada instante de su vivir, la cual muere y no vuelve sino a re-producirse, porque todo lo que nos ocurre, como decía Bergson, responde a una continua novedad. Una vida se parece a otra, pero no es *lo mismo* que ella; lo propio ocurre con un acto, pues sus ingredientes son los mismos que los de otros, pero en conjunto el acto es totalmente distinto. Acaso *lo mismo* pueda producirse y reproducirse en el mundo del pensar. Pero como es el querer quien nos mueve en cada instante y da sentido al acto, de ahí que todo sea diferente, y la historia esté apareciendo continuamente con aspectos diversos. Hay tantas historias como quereres y presentes traten de reproducir el pasado. Y sobre todo la historia está sometida a las in-

tervenciones de los ritmos psicológico y creador del *sujeto*, que captan los datos según los presentes que está viviendo, y que responden a la predicción del futuro, preparando así una "prehistoria" de lo que luego serán los hechos, y que nunca coincidirán con los inventados por el sujeto para aquel futuro.

El capítulo III está centrado en el estudio del ritmo colectivo, donde se describe la trinidad psicológica del hombre: crear, mandar y desear. El autor piensa que mientras que la filosofía se inclinó sobre todo hacia el saber y el crear, en cambio descuidó las dos otras actividades, que son las de más relieve desde el punto de vista vital: ordenar y soñar.

El capítulo II es el eje de este libro. Se trata de desarrollar una fenomenología del querer, la cual será el camino para llegar a la noción de realidad. Aquí se enlazan tres conceptos, que son los que dan título a la obra, pero en orden inverso, o sea, que la *realidad* es producto de lo que el hombre *quiere* en cada *instante* de su vivir. Se parte de que es el querer quien nos mueve a todos de modo original, es decir, que el hombre hace todos sus actos porque quiere o no quiere.

Ahora bien, hay que separar netamente tres fuentes de realidades: la de la materia, la de la sociedad y la de la psique. La materia da lugar a la ciencia, puesto que su finalidad es particular y trata de puntualizar el futuro para quitarle su incertidumbre, y para quitar a la materia su indeterminación. La sociedad induce a la producción de una sociología, la cual se ha de perfilar en lo impersonal, que es el vivir colectivo, con todas sus normas, sobre todo jurídicas. La psique nos presenta el querer como impulso básico del acto humano, en el que, al producirse, aparece el ser ante la consciencia del hombre, la cual contempla el devenir psíquico, que deja como una especie de estela y el anuncio de una promesa. Y es que el espíritu vive de ausencias que se hacen presentes impulsadas por las ansiedades del querer del sujeto en cada instante.

El punto de partida de la filosofía del instante es el vivir y la acción en los sucesivos instantes. A eso queda todo subordinado, incluso nuestro edificio intelectual. De ahí que el pasado, lo que fue, no existe, mientras no se re-actualice en el presente. Por esto el pasado queda definido por la expresión gramatical "ha sido". Tampoco el futuro cuenta como tal, sino como nos lo imaginamos o inventamos en el presente, manifiesto bajo la expresión del "será". Y vivimos entre el "ha sido" y el "será"; pero como quiera que así no seríamos nunca nada, de ahí que se afirme en la filosofía del instante como "ser" y única realidad la del querer en el instante. Por eso la noción de personalidad se dibuja netamente en esta frase "El hombre auténtico no vive más que de la realidad de su presente".

Dice Abad Carretero que el pensamiento construye las formas, prevé las del futuro, o sea que todo juicio es fundamentalmente hipotético, —es una ficción. Nos liberamos de lo hipotético del pensar en el momento del acto, por la propiedad que éste tiene de darnos sentido ante cualquier situación vital.

Así pues, el objetivo principal de la filosofía del instante es fijar el concepto de realidad y a través de él llegar a dar perfil a una contextura personal, ya que el mundo no es mundo hasta que es el propio hombre que lo siente, lo forja, lo hace. Todo hombre, por muy vulgar o anormal que sea, encierra en sí visiones propias de realidad y de unidad personales que procura afirmar en cada instante, pues sabe "sin saberlo" que es en el instante donde podrá afirmar lo que le rodea y lo que él mismo pueda ser. Con tal fin se vale de la proyección del ritmo creador en el seno del pensamiento para ver si su acción responde a hechos reales o fantásticos.

El hombre busca, pretende tener la plena seguridad de su vivir y liberarse de lo que le es impedimento. Por eso inventa la ciencia, porque ésta ataca parcelas de sus inquietudes que le atenúan su inseguridad vital. Ahora bien, la filosofía va hacia objetos genéricos y moralmente origina valor, virtud que afirma al hombre en cada instante.

Cuando la filosofía se plantea en el instante no hay modo de dudar, ya que el recuerdo y el juicio no pueden intervenir para articular formas acaso negativas que pudieran impedir la afirmación del acto. Así como del instante a la enunciación del juicio hay "distancia", en cambio desde el instante al acto impuesto por el querer no la hay. De esa manera ni el pesimismo ni la duda pueden minar la afirmación propia, porque en definitiva es el querer y no el pensar quien guía nuestros pasos en cada instante de nuestro devenir vital.

Resumiendo: la filosofía del instante establece como base fundamental nuestra realidad en cada instante, la cual es hecha por el querer, pues si el pensar interviene entonces es porque el sujeto se dirige hacia el futuro: preparamos el acto siguiente con el pensamiento; pero en realidad con éste no se obra, sino que el pensar llega al querer y cuando éste actúa lo hace con el sentido. O sea, tenemos la propiedad de producir sentidos en los instantes porque el querer los provoca. De ahí que el querer tenga siempre sentido y que todos, ignorantes o cultos, sepamos vivir sin someternos al empleo del pensar; pero la gran transformación que el pensar sufre al ser recogido por el querer hace que nuestro vivir pueda realizarse en instantes.

LUIS RECASÉNS SICHES

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

LESSING, THEODOR. *Estudio acerca de la axiomática del valor*. Trad. Luis Villoro. Cuaderno 3 del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959; 28 pp.

Pudiéramos decir, con ciertas reservas, que los *Studien zur Wertaxiomatik* (Leipzig, 1914) de Theodor Lessing —de los cuales el que nos ocupa es sólo el primero— representan la aplicación de la fenomenología al problema del valor.

Lessing fue discípulo de Husserl, y durante una primera etapa de su vida sufrió la influencia poderosa de este gran filósofo, en especial su doctrina de la objetividad. Sin embargo, este "objetivismo" en sus estudios de filosofía o axiomática de los valores, quedó bien pronto desplazado por un vitalismo *sui géneris* y por un "activismo" que destacaba la importancia de la vida práctica tanto frente a la mera teoría como frente a la nuda acción.

El *Estudio acerca de la axiomática del valor* pertence a aquella primera época de su vida, constituyendo un directo antecedente de la axiología formal en el sentido moderno. En esta obra, Lessing se ocupa ante todo de los fundamentos de una ciencia del valor, planteándose con rigor tanto el problema primordial como las posibilidades de una axiología. Asimismo, en un segundo momento, ejecuta un análisis del valor preguntándose por el acto de conducta valorativa, el valor actual y el valor puro, así como las leyes axiológicas *a priori* que él ve como leyes *sui géneris*.

Al principio de su trabajo, señala Lessing cómo la *Crítica de la razón pura* de Kant reconoció ya el problema primordial de toda teoría del valor, esto es, de que "así como existen determinaciones formales puras, fundadas en el sentido de la verdad en general, así tienen que existir determinaciones categoriales, fundadas en el sentido del valor en general" (p. 5). Mas, por otra parte, señala cómo la ética kantiana no logró separar el *obrar moralmente* y la *regla moral*, por lo que existen dos esferas distintas de la investigación ética, que en Kant se confunden; pero que la ética científica *tiene* por principio que separar" (p. 7). Dada, pues, esta confusión, el filósofo moral deberá preguntarse primeramente qué puedan ser las reglas puras axiológicas.

El propósito de Lessing es sentar una axiomática del valor *more geométrico tractata*, esto es, una *axiología formal* que se ocupe más bien de la esencia del valor que de su ser, devenir o causar. Esa axiología pura, "sería una disciplina *'trascendental' a priori*. Formaría la contrapartida —en el dominio de la práctica— de la lógica formal pura. Así, pertenecerían a la axiología pura todos los enunciados sobre el valor que prescinden enteramente de la volición, la

conducta valorativa y la valoración" (p. 8). Tal axiología pura podría denominarse aritmética del valor. Así, "en su cima tienen que encontrarse axiomas generales, intuitivos, comprensibles por sí mismos e incondicionados. En ellos se articulan luego, de modo análogo a la matemática, proposiciones *demostrativas* propias de una matemática del valor. Estas proposiciones matemáticas del valor serían enunciadas en parte sobre la *forma* necesaria del "valor en general", en parte sobre la esencia del "valor general" (p. 8).

Lessing, en esta forma, se ocupa de la necesidad y alcance sistemáticos de una axiología formal, al distinguir, asimismo, la ciencia pura del valor, de los valores específicos actuales. Así, nos dice que "toda la esfera de la aritmética del valor es *a priori* respecto de cualquier especie de axiología actual. Sn relación con el 'objeto' valor, podemos darle el nombre de esfera de determinaciones meramente formales" (p. 8). De esta *axiología pura o formal* habrá que separar, pues, las reglas de aplicación, las cuales pudieran denominarse *axiología normativa*. A continuación, Lessing trata de las distintas aplicaciones y tareas de esa axiología pura, llegando finalmente al siguiente esquema (pp. 17s): I. *Axiología a priori* (aritmética del valor, axiología trascendental). II. *Fenomenología del valor* (teoría de la esencia o significación del valor y de la conducta valorativa). III. *Psicología del valor y de la voluntad* (ciencia empírica del valor —como objeto de conciencia— y de la conducta valorativa —como proceso de conciencia). IV. *Axiología actual* (descriptiva —*teoría* económica de los bienes— y genética-biología explicativa del valor; eugenesia y *política descriptiva*).

Si bien es muy claro el pensamiento de Lessing sobre la diferencia habida entre axiología formal y axiología aplicada, nunca llega a presentar —en el presente estudio o en obras posteriores— un sistema elaborado de tal axiología pura. En verdad, el segundo y último capítulo de la obra que reseñamos sólo contiene, como el propio Lessing señala, indicaciones y bosquejos para la realización del esquema general antes mencionado, "son pasos a tientas de un explorador que sólo con la mayor desconfianza se aventura en una tierra aún no hollada" (p. 18).

El libro de Lessing, en última instancia, no se salva de la crítica que él mismo hace de las investigaciones anteriores de Meinong, Ehrenfels o Münsterberg. Sin embargo, en esta segunda parte de su estudio, encontramos numerosas y agudas sugestiones, así como una serie de afirmaciones, que necesariamente tendrán que ser tomadas en cuenta por toda futura ciencia del valor; como por ejemplo, cuando dice que "una axiología pura no habrá de contener nada más que aseveraciones *a priori* de determinaciones formales acerca de lo que se presenta con evidencia como 'valor' *en y por sí mismo, sin ocuparse*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

de si ese 'valor' es objeto de una *volición* o no; sin ocuparse tampoco de que esa objetivamente valioso. . .' (p. 21).

El hecho de que Lessing no nos dé una elaboración sistemática de esa intuición profunda que tiene de una axiología formal, bien pudiera no ser algo fortuito. Quizá tenga como razón, la afirmación fundamental que hace en un último parágrafo que titula "Las leyes axiológicas *a priori* como leyes *sui géneris*". Es en esta parte de su estudio donde se plantea una pregunta que podemos considerar que, actualmente, señala el meollo de la comprensión axiológica del valor. Se pregunta Lessing: "¿Existen determinaciones formales particulares del 'valor en general'? ¿No se trata tan sólo, acaso, de una modificación de aquellas leyes lógico-formales? ¿O de reglas válidas para cualquier especie de multiplicidad general? Pues ¿no está basado el valor en un *juicio* valorativo, como la verdad en un juicio *cognoscitivo?* ¿Las determinaciones formales, que parecen implicadas en el sentido de lo objetivamente verdadero o de lo objetivamente valioso, no son igualmente tan sólo leyes del juzgar correcto?" (p. 22). Lessing responde negativamente a estas interrogantes. Para él, "las leyes axiológicas son de hecho leyes específicas, distintas *toto genere* de las leyes lógicas" (p. 22). Cree que el pensamiento valorativo, por su específica naturaleza, no permite la aplicación de la lógica formal y que por ello hay que construir una lógica enteramente nueva, una axiología *sui generis*. Ahora bien, a partir de esta afirmación, ¿es posible el desarrollo sistemático de una axiología formal? ¿No se hallará Lessing en un error al considerar que la distinción entre la lógica valorativa y la lógica misma es una distinción de esencia y no de grado, dejando así de ver que la lógica valorativa, cual la matemática, es una especie de la lógica propiamente dicha?

Con relación al problema anterior, cabe pensar si al rechazar Lessing la lógica como estructura formal y fundamental de la ciencia del valor, no rechaza asimismo y hace imposible esa axiología que intentara fundar y desarrollar. Con todo, este ensayo que hoy nos ofrece traducido el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad, constituye ya un tratado clásico dentro de la axiología, y las numerosas sugestiones y disquisiciones que encierra serán, sin duda alguna, de gran interés y provecho para todos los preocupados por estas cuestiones que, por desgracia, tan pocas veces encontramos tratadas con la seriedad y rigor lógicos que requieren.

ROBERTO CASO BERCHT.

ROMERO, FRANCISCO. *(Historia de la Filosofía Moderna).*

La colección *"Breviarios"* del Fondo de Cultura Económica llegó al número 150 con una publicación del eminente filósofo argentino Francisco Romero; *Historia de la Filosofía Moderna.* Bajo este rubro

ha compendiado las doctrinas que parten del Renacimiento y llegan a los postkantianos Hamann y Jacobi. Así pues, el período que comprende la obra es básicamente la filosofía del Renacimiento y la Ilustración, con el tránsito al idealismo alemán significado por Kant. La obra está elaborada sobre una recopilación selectiva de las doctrinas, que encuentran en ella la exposición de sus principios generales. Romero ha consumado una labor depuradora que pone en alto su sentido crítico, revelando la erudición que indican las propias doctrinas y las circunstancias históricas que determinan su aparición y desenvolvimiento.

Para el lector que gusta consultar obras propedéuticas, ésta resultará de especial valor, sobre todo para enterarse de ciertos pensadores y escuelas que, por regla general, se soslayan en las exposiciones compendiadas, y que en este trabajo de Romero reciben una eficaz atención. Tal es el caso de las vertientes renacentistas, como la vuelta al platonismo y al aristotelismo prístino, de la influencia que ejerció la investigación científica, de la formación del pensamiento político, los principios de la reforma religiosa, la nueva mística y el nuevo esceptisimo, etc., para desembocar en Francisco Bacon, que cierran con broche de oro el período inaugurado por Nicolás de Cusa.

En la filosofía iluminista llaman la atención las páginas dedicadas a Gassendi, Hobbes, Malebranche y Pascal. En la filosofía de la Ilustración incluye al empirismo psicologista que va de Berkeley a Hume, también a la "Enciclopedia" francesa, que comprende personalidades tan ilustres como Montesquieu, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Rousseau y toda la constelación de hombres preclaros cuya sola mención resultaría dilatada.

Después de un breve señalamiento de la ilustración en Italia se dirige a la filosofía alemana, cuyo período de Wolff a Hamann y Jacobi considera dentro del mismo capítulo; incluye también a Baumgarten, Lessing, Mendelssohn, Kant, Herder, Goethe y Schiller, de modo que la romántica y el criticismo alemanes quedan incluidos para el autor bajo el mismo concepto de lo ilustrado. Sobre cada uno de los mencionados filósofos lleva a cabo una exposición suscinta, dirigida a su parte esencial y sin penetrar en las derivaciones de detalle, según el sentido general que tiene la obra. A pesar de este carácter, se trata de un volumen bastante grande por su contenido, ningún "breviario" en el sentido material del término, y la adaptación al formato reducido en esta magnífica colección se ha tenido que llevar a cabo con el reducido tipo de ocho puntos, un papel delgado y una composición que llena todas las páginas, en total 365 de ellas. No creemos que sea un trabajo innovador de la historia filosófica, pero su exposición ágil y nítida le convierte en un estimable

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

libro de consulta sobre este período y una sólida contribución a la literatura filosófica en castellano.

MIGUEL BUENO.

FERRATER MORA, JOSÉ. *(Dicionario de Filosofía).*

El *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora, apareció en su cuarta edición completamente rehecho con respecto a la tercera, ya bastante desarrollada en relación, a las dos anteriores. Esta rapidísima y notoria evolución del único diccionario filosófico escrito en lengua castellana, es testimonio del infatigable trabajo realizado por Ferrater, quien de este modo responde a la conciencia y responsabilidad que su obra reviste para la filosofía en castellano, pues le otorga una inapreciable herramienta de trabajo y fuente de consulta, con notable acopio documental y una exposición objetiva que nada pide a cualquier otra obra similar, escrita al amparo de culturas filosóficas de mayor madurez que la nuestra. La simple mención de las mil cuatrocientas ochenta páginas que integran este magno volumen resulta expresiva en cuanto al trabajo realizado, pero insuficiente en relación a su contenido, y sobre todo, al ordenamiento y exposición de los conceptos, que sólo repasando en el texto mismo es posible captar en toda su primigenia importancia.

El alcance de este *Diccionario* es verdaderamente universal en la materia, pues no sólo comprende conceptos y nombres, sino también escuelas, vertientes y tradiciones. En el orden temporal abarca las diversas épocas, desde la antigüedad prefilosófica a nuestros días. En la clasificación sistemática versa en torno a la totalidad de las disciplinas, señalando su conexión con la ciencia, el arte, la historia y la cultura en general. La relación onomástica contiene prácticamente a todos los nombres representativos y el lector puede enterarse de los filósofos estelares, y de los que ocupan un segundo, tercero o cuarto lugar, que son merecedores de la correspondiente mención. Incluye los filósofos hispanoamericanos, que probablemente no se encontrarían en ninguna otra obra documental de este género. Desde otro aspecto, la actualidad del *Diccionario* le pone rigurosamente al día, debido a la dedicación con que el autor se mantiene al tanto de las publicaciones y actividades correlativas.

El sistemático ordenamiento que aplica Ferrater en la redacción de sus artículos revela una poderosa capacidad de síntesis, que le permite condensar en una página lo que habitualmente tomaría varias de ellas. El acierto para elegir el material de cada nombre o concepto ha sido definitivo para el éxito de esta obra, pues contiene las tesis o datos esenciales en cada caso, convirtiendo al *Diccionario de Filosofía* en una compendiada y selecta antología de la materia.

El triunfo que ha logrado esta obra documental estriba precisamente en mantener ese carácter, documental, en función de una ri-

gurosa objetividad, que despliega al autor frente a los conceptos y personajes que consigna; su intervención se circunscribe a delimitar el contenido relevante con un criterio selectivo de rigurosa objetividad, destacando exclusivamente lo que procede por su importancia en cada caso. Este marcado objetivismo podría sugerir la falta de sistematicidad por parte de Ferrater, no sólo en su desempeño como redactor del *Diccionario,* sino como filósofo creador, que lo ha sido y bien notable, al grado de ocupar un sitio relevante en la filosofía de nuestro tiempo. Quien haya leído sus obras de lógica y otras materias, en las que ha dado estimable contribución, reconocerá inmediatamente a un productivo pensador que formula sus ideas con el asentamiento que les da su interna solidez. Resulta lamentable que la modestia de Ferrater Mora le haya hecho omitir su propio nombre en el *Diccionario,* creando una sensible laguna en la información de nuestro tiempo; creemos que la omisión es innecesaria, puesto que no se trata de efectuar un ditirambo, sino el señalamiento objetivo del propio trabajo, lo cual, por otra parte, han realizado con éxito otros filósofos. Ojalá en la próxima edición quiera llenar esta laguna y nos brinde, con la misma imparcialidad que ha impregnado las páginas de su *Diccionario,* un artículo en relación a él mismo y los problemas que ha manejado.

MIGUEL BUENO.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

NOTICIAS DE LA FACULTAD

El día 17 de enero de 1958, el señor Jaime Díaz Rozzotto, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Filosofía, con la tesis sobre *Ocaso de la revolución democrático-burguesa en Guatemala.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Wenceslao Roces, Dra. Paula Gómez Alonzo, Lic. Pedro Rojas, Mtro. Adolfo Sánchez Vázquez y Dr. Ricardo Guerra. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 26 de febrero de 1958, el señor Oswaldo Robles Ochoa, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Psicología, con la tesis sobre: *El problema de la angustia en la psicopatología de Karl Jaspers.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Roberto Solís Quiroga, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Lic. Alfonso Zahar Vergara, Mtro. Juan Hernández Luna y Dr. Eusebio Castro. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 18 de marzo de 1958, el señor Carlos Sáenz de la Calzada Gorostiza, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Geografía, con la tesis sobre: *La geografía médica en México a través de la historia.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Jorge A. Vivó, Dr. Pedro Carrasco G., Ing. Ramiro Robles Ramos, Profª Dolores Riquelme de Rejón y Prof. Jorge Rivera. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 25 de marzo de 1958, la señorita María Esperanza Garza Cuarón, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Letras, con la tesis sobre: *Katherine Mansfield's short stories.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Julio Jiménez Rueda, Dra. Mª de la Luz Grovas, Mtra. Elsa Garza Larumbe, Dra. Margarita Quijano y Mtra. Mª Suárez de Alcocer. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 17 de abril de 1958, el señor Germán Carrera Damas, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Historia, con la tesis sobre: *Contribución al estudio del pensamiento in-*

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

tervencionista en México durante el siglo XIX. El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Mtro. Ernesto de la Torre, Lic. Lucio Cabrera, Mtra. Mª, del Carmen Velázquez, Lic. Alfonso García Ruiz y Lic. José Valero Silva. Fue aprobado por unanimidad.

El día 10 de junio de 1958, la señora Jeudith Shaltiel, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Psicología, con la tesis sobre: *El test psicodiagnóstico y su estandarización mexicana.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Prof. Matías López Cha, Prof. José Peinado Altable y Dr. Augusto Fernández. Fue aprobada por unanimidad.

El día 3 de julio de 1958, el señor James Charles Shields, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Letras (especializado en Historia), con la tesis sobre: *Inmigración y colonización durante el segundo imperio.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Edmundo O'Gorman, José Mª Luján, Lic. Ernesto de la Torre V., Lic. José Valero Silva y Srita. Rosaura Hernández R. Fue aprobado por unanimidad.

El día 7 de julio de 1958, el señor Gordon Burwell Ross Cornett, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Geografía, con la tesis sobre: *Aprovechamiento de la tierra en la región central de Campeche.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Jorge A. Vivó, Pedro Carrasco Garrorena, Dolores Riquelme, Carlos R. Berzunza y Jorge Rivera. Fue aprobado por unanimidad.

El día 28 de julio de 1958, el señor Antonio Juan Dens E., presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Lengua y Literatura Moderna Francesas, con la tesis sobre: *Estudio sobre Felipe de Commynes.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Manuel González Montesinos, René Marchand, Dr. Manuel Alcalá, Lic. José Rojas Garcidueñas y Mtra. Concepción Franco López. Fue aprobado por unanimidad y con mención honorífica.

El día 5 de agosto de 1958, la señorita Alicia Quiroz García, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Psicología, con la tesis sobre: *Influencia de un ambiente institucional en la evolución de la conducta durante los primeros tres años de vida (conducta y ambiente).* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dra. Eugenia S. de Hoffs, Dr. Rafael Núñez y Dr. Alberto Cuevas. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 6 de agosto de 1958, el señor Abelardo Villegas Maldonado, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Fi-

losofía, con la tesis sobre: *La filosofía de lo mexicano.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Francisco Larroyo, Dr. José Gaos, Dr. Leopoldo Zea, Mtro. Juan Hernández Luna y Prof. Rafael Moreno. Fue aprobado por unanimidad "magna cum laude".

El día 18 de agosto de 1958, el señor Francisco Gaona de Lara, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Letras, con la tesis sobre: *El español como idioma extranjero y la metodología de su enseñanza.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Antonio Castro Leal, Dr. Amancio Bolaño e Isla, Dr. Pedro Urbano González de la Calle, Mtro. Juvencio López Vázquez y Prof. Domingo Tirado Benedi. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 4 de septiembre de 1958, la señorita Matilde Lemberger Langer, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctora en Filosfía, con la tesis sobre: *Bases filosóficas de la orientación profesional.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila, Dra. Paula Gómez Alonzo, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Mtro. Bernabé Navarro y Dr. Rafael Núñez. Fue aprobada por unanimidad.

El día 26 de agosto de 1958, el señor John Pershing Cannon, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Geografía, con la tesis sobre: *La influencia de geomorfología sobre la hidrología de los volcanes.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Jorge A. Vivó, Ing. Ramiro Robles Ramos, Mtra. Dolores Riquelme de Rejón, Ing. Carlos R. Berzunza y Prof. Gilberto Hernández Corzo. Fue aprobado por unanimidad.

El día 26 de agosto de 1958, la señora Sara K. de Mekler, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Psicología, con la tesis sobre: *Problema de las pruebas de aptitud musical.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila G., Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dr. Rafael Núñez, Dr. Augusto Fernández y Dr. Raimundo Macías. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 28 de agosto de 1958, el señor Gustavo Vargas Martínez, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Psicología, con la tesis sobre: *Propedéutica psicoclínica.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Oswaldo Robles, Lic. Alfonso Zahar Vergara, Dr. Roberto Flores Villasana, Dr. Rogelio Díaz Guerero y Mtra. Mª del Carmen Landero M. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 8 de septiembre de 1958, el señor Frank Leon Gelskey Reier, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Letras, con la tesis sobre: *Narraciones cristeras, después de Jorge*

Gram. El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Francisco Monterde, Dra. Mª de la Luz Grovas, Profª Sofía Villalón, Lic. Xavier Icaza y Dra. Concepción Franco López. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 8 de octubre de 1958, la señorita María Teresa Gómez Montero, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Letras, con la tesis sobre: *La poesía sintética en español como reflejo de la japonesa.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Francisco Monterde, Dr. Manuel González Montesinos, Mtra. Mª del Carmen Millán, Prof. Juan M. Lope Blanch y Lic. Xavier Icaza. Fue aprobada por unanimidad.

El día 10 de octubre de 1958, la señorita Elena Hernández Casas, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestra en Historia Universal, con la tesis sobre: *La génesis, histórico-cultural de América.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Leopoldo Zea, Lic. Ernesto de la Torre Villar, Prof. Luis Villoro, Dr. Juan A. Ortega y Medina y Mtra. Rosaura Hernández. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 17 de octubre de 1958, el señor Francisco Pestana Suárez presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Geografía, con la tesis sobre: *Geografía del municipio de Tuxpan.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Jorge A. Vivó, Mtra. Dolores Riquelme de Rejón, Mtro. Jorge Rivera Aceves, Mtra. Mª Teresa Gutiérrez e Ing. Carlos R. Berzunza. Fue aprobado por unanimidad.

El día 28 de octubre de 1958, el señor Jaime Zavala Cubillos, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctor en Psicología, con la tesis sobre: *Estandarización de las matrices progresivas de J. C. Raven en el Instituto Politécnico Nacional.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. José Luis Curiel, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dr. Luis Féder, Dr. Alberto Cuevas y Dra. Eugenia S. de Hoffs. Fue aprobado por unanimidad.

El día 7 de noviembre de 1958, el señor Luis Alberto Hernández, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Psicología, con la tesis sobre: *Observaciones a la estructuración, planeamiento y orientación de la carrera de psicólogo.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Oswaldo Robles, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Mtro. Juan Hernández Luna, Lic. Alfonso Zahar Vergara y Mtra. Mª del Carmen Landero. Fue aprobado por unanimidad.

El día 14 de noviembre de 1958, el señor Robert Baker Young, presentó examen para obtener el grado de Doctor en Letras, con la tesis sobre *La guerra carlista de Valle Inclán, variantes en las refundiciones de la obra.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores

profesores: Dr. Francisco Monterde, Dr. Amancio Bolaño e Isla, Prof. Antonio Alatorre, Lic. Xavier Icaza y Mtro. Juan M. Lope Blanch. Fue aprobado por unanimidad.

El día 25 de noviembre de 1958, el señor Wonfilio Trejo Resén-diz, presentó examen para btener el grado de Maestro en Filosofía, con la tesis sobre: *La filosofía de Dilthey.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Francisco Larroyo, Mtro. Juan Hernández Luna, Dr. Eusebio Castro, Mtro. Bernabé Navarro y Dr. Ricardo Guerra. Fue aprobado por unanimidad "cum laude".

El día 28 de noviembre de 1958, la señorita Mª Teresa Escobar Rohde, presentó examen para obtener el grado de Maestra en Historia, con la tesis sobre: *El cisma de Amarna.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Pablo Martínez del Río, Dr. Wenceslao Roces S., Dra. Paula Gómez Alonzo, Dr. Adalberto García de Mendoza y Dr. Juan A. Ortega y Medina. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 16 de diciembre de 1958, el señor Howard Krakaur, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Psicología, con la tesis sobre: *Las terapias rehabilitativas.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dra. Eugenia S. de Hoffs, Dr. Rafael Núñez, Dr. Héctor Prado Huante y Dr. Fernando Cesarman. Fue aprobado por mayoría de votos.

El día 18 de diciembre de 1958, la señorita Josefina Convers Vergara, presentó examen profesional para obtener el grado de Doctora en Psicología, con la tesis sobre: *Dinámica familiar frente a la enfermedad en un grupo de la clase humilde laborante de México, Distrito Federal.* El jurado que la examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dr. Rafael Núñez, Dra. Eugenia S. de Hoffs y Dr. Alberto Cuevas. Fue aprobada por unanimidad "cum laude".

El día 18 de diciembre de 1958, el señor Raimundo Macías Avilés, presentó examen profesional para obtener el grado de Maestro en Psicología, con la tesis sobre: *Terapia ocupacional en psicopáticos.* El jurado que lo examinó lo integraron los señores profesores: Dr. Guillermo Dávila, Dr. Rogelio Díaz Guerrero, Dr. Agustín Caso, Dra. Eugenia S. de Hoffs, y Prof. José Peinado Altable. Fue aprobado por unanimidad, mención honorífica.

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69

UNAM. FyL: Rev. FFyL
Enero-Diciembre
1958. t. xxxii. núms.63-69